

OMEGA: FÉLIX



Serie Alfa, Beta y Omega

Contents

[VIKI](#)

[VIKI](#)

[SINOPSIS](#)

[CAPÍTULO 1:](#)

[CAPÍTULO 2:](#)

[CAPÍTULO 3:](#)

[CAPÍTULO 4:](#)

[CAPÍTULO 5:](#)

[CAPÍTULO 6:](#)

[CAPÍTULO 7:](#)

[CAPÍTULO 8:](#)

[CAPÍTULO 9:](#)

[CAPÍTULO 10:](#)

[CAPÍTULO 11:](#)

[CAPÍTULO 12:](#)

[CAPÍTULO 13:](#)

[CAPÍTULO 14:](#)

[CAPÍTULO 15:](#)

[CAPÍTULO 16:](#)

[CAPÍTULO 17:](#)

[CAPÍTULO 18:](#)

[CAPÍTULO 19:](#)

[CAPÍTULO 20:](#)

[CAPÍTULO 21:](#)

[CAPÍTULO 22:](#)

[CAPÍTULO 23:](#)

[CAPÍTULO 24:](#)

[CAPÍTULO 25:](#)

[CAPÍTULO 26:](#)

[CAPÍTULO 27:](#)

[CAPÍTULO 28:](#)

[CAPÍTULO 29:](#)

[CAPÍTULO 30:](#)

[CAPÍTULO 31:](#)

[CAPÍTULO 32:](#)

[CAPÍTULO 33:](#)

[CAPÍTULO 34:](#)

[CAPÍTULO 35:](#)

[CAPÍTULO 36:](#)

[CAPÍTULO 37:](#)

[CAPÍTULO 38:](#)

[CAPÍTULO 39:](#)

[CAPÍTULO 40:](#)

[CAPÍTULO 41:](#)

[CAPÍTULO 42:](#)

VIKI

OMEGA: FÉLIX 6

VIKI

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito de la titular del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

IBNS:2406188291540

Contacta conmigo en:

vikiamazonkdp@gmail.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor y ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

SE RECOMIENDA HABER LEÍDO LOS TOMOS ANTERIORES

ADVERTENCIA: Este libro contiene situaciones y lenguaje explícito dirigido al público adulto y podrían ser ofensivas para algunos lectores. Asegúrate de que no sea accesible para menores de edad.

SINOPSIS

Félix era un Omega dominante, terco y un poco malhumorado. Siempre se había creído más que los Alfas de su manada, y no había día en el que no llegara a desafiar a uno hasta que un cruel accidente le robó una de sus piernas, su puesto como centinela, y su libertad por más de un año. Caleb era el líder de la manada y Alfa. Su deber era mantener a los miembros seguros, pero con Félix había fallado por completo. El Omega era incontrolable, y Caleb tomó una decisión equivocada tras otra. Lo ignoró, encerró, y se negó a reconocerlo como algo más que un miembro.

¿Podrá Félix dejar de pensar en sí mismo y mirar más allá? ¿Y Caleb? ¿Qué secretos oscuros escondía para negarse a reconocer a su propia pareja?

Mientras el lobo no tenga a su luna, seguirá aullando a las estrellas.

CAPÍTULO 1:

FÉLIX

Caleb observó el cuerpo inmóvil del niño sin pestañear.

—Es el quinto cachorro que encontramos —comentó Ivarr cerca de escupir fuego por su boca —Está lleno de marcas de aguja. Se deshacen de ellos como si fueran basura.

Caleb intentó enfriar su cabeza de alguna forma antes de hablar, pero el chasquido que produjo su mandíbula lo delató por completo.

Un niño inocente que había sido secuestrado, asesinado y lanzado al bosque.

Caleb se acuclilló a su lado. Lo habían vestido de blanco e iba descalzo. En sus pies no había ninguna herida por lo que ya estaba muerto cuando decidieron traerlo y dejarlo aquí. Tampoco lo habían escondido, yacía tendido junto a un árbol, con tierra en su cabellera rubia y ropa, y con sus brazos y piernas formando ángulos extraños.

Lo habían lanzado. Tirado. Como si no fuera nada.

La rabia aumentó en su pecho cuando descubrió su brazo y encontró el tatuaje en tinta negra.

089

—¿Qué cojones están haciendo con ellos? —masculló Ivarr —Mierda. Son niños. Ni siquiera han aprendido a protegerse aún.

—Y por esa razón son más fáciles de controlar —respondió Caleb.

—¿Por qué razón los tiran aquí? ¿No es mejor ocultarlos de nosotros?

—No, si lo que quieren es que lo sepamos. Nos están enviando un mensaje —Caleb miró al centinela y se levantó del suelo—. Que pueden llevarse a nuestras crías y hacer lo que quieran con ellas y que nosotros no podemos hacer nada por evitarlo.

—¿Crees que son los cazadores?

—No lo creo. Esos tipos son sanguinarios, no se llevan a los lobos, disparan y se regodean. Esto es organizado.

—Se arriesgan dejando el cuerpo cada vez más cerca de la manada.

—Es el número ochenta y nueve, sólo hemos encontrado cinco.

Caleb e Ivarr se miraron, poniéndose en lo peor.

Noventa cachorros secuestrados eran demasiados.

—Llévale el cuerpo a Helia para que lo examine, me pondré en contacto con las otras manadas y daré su descripción, a ver si alguien lo reconoce. E intentaré hacer un listado de niños desaparecidos en los últimos cinco años —le dijo Caleb.

—¿Informarás al gobierno humano? ¿Podemos confiar en ellos?

—A este punto, no podemos confiar en nadie.

Félix apretó las manos juntas en su espalda mientras mantenía la mirada fija en el suelo. Le ponía de los nervios tener que mantener la cabeza gacha y su lobo no se lo estaba poniendo fácil con sus gruñidos y sacudidas.

—A ver si lo he entendido bien —habló Caleb finalmente con un tono tan calmado que hizo que Félix perdiera el color en sus mejillas—. En lugar de patrullar el bosque, y proteger a la manada, habéis decidido librar vuestra propia y estúpida batalla personal por ver quién de los dos es el más dominante.

Félix, sin poder aguantar más tiempo la postura, se enfrentó a su mirada. Algo que ningún lobo con una pizca de sensatez e inteligencia hubiese hecho en su lugar.

—Marcus...

—No hables, Félix —espetó Caleb—. Si no quieres que os mande a los dos a la guardería a jugar con los de vuestra edad, porque al parecer, tenéis dos putos años.

Los ojos de Félix brillaron llenos de furia, apretó los dientes y frunció los labios controlando sus impulsos para no responder y meterse en un problema mayor.

—¿Marcus? ¿Tienes algo que decir? —Caleb llamó la atención al lobo que permanecía estático y con la cabeza gacha a pocos metros de Félix.

Marcus no se atrevió a mirarlo.

—No.

—¿De quién fue la idea?

Félix mordió su lengua, mirando de reojo a Marcus, cubierto de barro, tierra y hojas del bosque.

Marcus no respondió, y Félix volvió a tener que enfrentarse con la mirada glacial del Alfa.

—Dime de quién fue la idea, Félix.

Félix sintió un escalofrío helado, pero resistió con los labios sellados. Poco importaba quién de los dos había iniciado la pelea, la verdad era que los dos eran culpables por igual y la habían cagado por completo.

—Una semana de trabajo en la cocina —le dijo a Marcus—. Prohibido entrenar y salir a correr hasta que yo lo diga.

Marcus asintió con la cabeza, y Caleb le hizo una seña para que abandonara el despacho. De repente, Félix sintió todo el peso del aire sobre sus hombros como si fuera plomo. Le costaba respirar, sin embargo, eso no era nada nuevo cuando se encontraba cara a cara con Caleb, y tenía que esforzarse por respirar despacio y profundo para no ahogarse.

—Qué cojones voy hacer contigo —Caleb gruñó agarrando la barbilla de Félix, girando su rostro de un lado a otro e inspeccionando.

Caleb era más alto que él por lo que Félix se vio obligado a ponerse de puntillas cuando su agarre empezó a ser doloroso.

—Sé que he hecho mal —confesó, lleno de rabia.

—¿Y entonces por qué cojones sigues poniendo a prueba mi paciencia? El mes pasado fue Ben, hace dos semanas peleaste con Elora, y ahora, Marcus. ¿Qué es lo que quieres? ¿Que te encierre de por vida en tu cabaña?

—Llevo toda mi vida luchando por el puesto de centinela.

—Ya lo tienes.

—No. Lo que tengo es siempre a un maldito Alfa de mayor rango sobre mis pasos porque tú no confías en mí.

Los dedos de Caleb en su mandíbula lo agarraron con mayor firmeza y Félix se negó a doblarse a él.

—Lo que hago es enseñarte a trabajar en equipo, algo que te vendría bien aprender si quieres llegar más alto —musitó entre dientes, apartando el castigador agarre.

—No necesito a esos Alfas, sé cubrirme las espaldas yo solito.

—¿Piensas de verdad que a mí me divierte repetir esta situación una y otra vez en un momento tan delicado? No te asigno a un compañero por diversión o porque no confíe en ti. Se llama asegurar la manada. Todos los centinelas tienen una pareja y tú no vas a ser especial.

—Los vencí a todos —dijo orgulloso Félix, casi esperando que eso hiciera que Caleb cambiara de opinión.

—Acabas de sumar una semana más a tu castigo.

—No puedes hacer eso.

Caleb lo miró. Félix vio al lobo paseando por sus ojos durante unos escasos segundos antes de que Caleb consiguiera controlarlo. Pasaba muy a menudo cuando los dos discutían, y lo más extraño de todo era que Félix nunca había sentido miedo o pánico, es más, su lobo siempre respondía con las garras afiladas como si de verdad estuviera esperando a que Caleb se abalanzara sobre él.

—Tienes demasiados beneficios —respondió Caleb controlando el tono de su voz.

Félix apretó los puños. ¿Beneficios? Nadie en la manada había entrenado tanto como él. Nadie había estudiado tanto como él. Nadie estaba más preparado que él para ser centinela.

—Soy un centinela —le recordó a Caleb.

—Eres un bebé centinela que aún no ha salido del nido, y si piensas que con este comportamiento vas a llegar a alguna parte, te equivocas —Caleb dio un paso al frente y esta vez, Félix sí que tuvo la necesidad de retroceder—. Lo único que estás haciendo es enfadarme. Tu actitud es infantil, y ahora más que nunca la manada necesita protección. ¿Crees que la estás protegiendo?

Félix cerró la boca, sus pies moviéndose hacia atrás, intentando recuperar espacio, oxígeno, cualquier cosa que le permitiera seguir soportando la mirada ceniza de Caleb.

—No.

—Mañana a las ocho de la mañana empieza tu nuevo trabajo. Limpiarás y ayudarás en la granja de Jason durante un mes. Sin salidas al bosque, sin correr, y sin cacerías.

Félix se quedó completamente helado.

—¿Te has vuelto loco? —Félix sabía que tenía que mantener su estúpida boca cerrada, que tenía que asentir, bajar la cabeza, y esperar a que Caleb lo mandara fuera, sin embargo, ese lobo estaba apretando todos los botones para hacerlo saltar.

—Una falta de respeto más y serán dos meses —advirtió Caleb con un gruñido que hizo que Félix bajara la cabeza de inmediato—. He sido demasiado permisivo contigo, pero esto se termina hoy. Si no puedes hacer bien tu trabajo y controlar tu maldito ego, no sirves, ¿me has entendido?

Félix asintió rápido, con un nudo en la garganta.

—Ahora, dime si estás herido y si necesitas que llame a Helia.

Félix tragó.

—Estoy bien.

—Mi paciencia se agota, Félix.

—Tengo las costillas magulladas, nada más.

—Levanta los brazos —le ordenó Caleb y todas las células en su cuerpo se sacudieron para hacer exactamente lo contrario—. No quiero tener que repetirlo.

Félix mordió su labio. Intentando recordar que Caleb era su líder y no un lobo con el que

jugar a todo momento. Eso siempre lo confundía. La verdad era que todo en torno a Caleb lo confundía, mareaba y le hacía querer cosas... que nunca le había pasado con otros Alfas.

Al ser un Omega dominante, siempre estaba la necesidad de quedar por encima de cualquier Alfa, pero Caleb era diferente. Félix no quería pelear con él para dominarlo, no quería enseñarle los dientes y reducirlo, no quería vomitar cada vez que se acercaba a él.

Félix quería jugar. Y desde que había tenido memoria, había sido así. Siempre buscando a Caleb, siempre queriendo llamar su atención de alguna forma, ya sea buena o mala, y en la mayoría de los casos, había sido la segunda.

Con enfado contenido, Félix lo hizo. Extendió los brazos, haciendo una pequeña mueca de dolor cuando sus costillas se estiraron. Mostrándole a Caleb los pequeños cortes a través de los agujeros de la camiseta en su piel bronceada que Marcus había conseguido hacer.

—Al menos esquivaste bien sus garras.

El pecho de Félix se hinchó de orgullo al escuchar el cumplido. Podía hacerlo mejor. Podía ser el mejor.

Bajó las manos lentamente.

—Quiero... pedirte una cosa —por un momento, Félix vaciló.

No estaba en disposición de pedir nada. Caleb estaba enfadado, Marcus y él habían sido castigados y era muy probable que no pisara el bosque en todo el mes mientras lo mantenían limpiando caca de oveja en la granja.

—No.

Félix levantó la mirada.

—No sabes lo que...

—Por supuesto que lo sé. Ya te lo he dicho, Félix. No eres especial. Y Milka es y será tu protector hasta que encuentres a tu Alfa.

Mierda. ¿Por qué Caleb siempre leía dentro de su cabeza?

—No necesito un protector.

Caleb cruzó los brazos sobre su pecho. Lo miró de arriba abajo y Félix sintió el impulso de cubrirse por todas partes como si estuviera desnudo.

—Según tú, nunca necesitas nada —habló Caleb con un deje de ironía que hizo que el recién sentimiento de vergüenza se transformara en ira.

—Marcus no tiene a ningún Beta en su chepa. ¿Por qué tengo que soportarlo yo?

—Porque aunque no te guste escucharlo, eres un Omega.

Félix gruñó, y no pudo controlarlo. No es que no estuviera orgulloso de ser Omega. No. Félix estaba muy cómodo con su condición, lo que realmente odiaba era que lo infravaloraran y lo pusieran en el mismo escalón que otros Omegas.

Félix no era así.

Félix no se regía por las normas de la manada. Se regía por las suyas propias. Félix no necesitaba a ningún Alfa para sentirse seguro. No necesitaba que un Beta cuidara de él y le hiciera compañía. Ni necesitaba encerrarse durante una semana en su cabaña cada vez que su celo lo golpeaba.

Caleb mantuvo la mirada fija en él. ¿Por qué no podía darle un sólo voto de confianza? Se preguntó Félix esperando que Caleb no decidiera aumentar su sentencia por un gruñido.

—Vete y date una buena ducha —dijo en cambio apretando con fuerza la mandíbula.

Félix pensó en insistir un poco más, seguramente otra mala idea, por lo que decidió desistir. Al menos por hoy.

Salió de la cabaña con ganas de morder y destrozar cualquier cosa a su paso, llegó hasta su

casa ignorando las miradas fijas de los miembros de la manada y se quitó la camiseta de un tirón. Masculló una palabrota y pasó las manos sobre sus brazos desnudos y cuello tratando de despegar las feromonas Alfas de Marcus de su piel. Corrió al teléfono de la sala de estar cuando empezó a sonar.

—¿Qué tan ocupado te ha tenido Caleb toda la semana para que no me llames ni una sola vez? —rugió su hermana por la otra línea.

Félix apartó el teléfono de su oreja y lo acercó de nuevo cuando Layla se calmó.

—Hablamos el jueves.

—Cinco minutos. Cuando me fui prometimos llamarnos todos los días, no quiero tener un hermano fantasma vagando por ahí.

Félix suspiró, pasándose la mano por la cara y sentándose en el sofá.

—Perdón. No... He estado ocupado.

—¿Más que yo? No creo. Recuérdame que nunca vuelva a hacer una mudanza.

Félix sonrió suave.

—Aún tienes unas cuantas cajas aquí.

—Quédatelas. Lo digo en serio.

—¿Edu no te está ayudando?

—No, y prefiero que ni lo intente, me pone tan nerviosa que con gusto le clavaría los dientes.

Félix se relajó al escuchar de nuevo las quejas y gruñidos de su hermana siete años mayor que él. La verdad era que no eran muy diferentes. Igual de tercos. Igual de gruñones y cabezotas. La única diferencia era que Layla había nacido como Alfa y nadie la cuestionaba, y Félix tenía que luchar con todo eso.

—Encima, la familia de Edu no para de hacerme visitas y traer pasteles, ya verás, la próxima vez que nos veamos pesaré diez kilos más.

—Es bueno que te lleves bien con ellos —le respondió.

Layla era más social que él. Apenas acababa de mudarse a otra manada y ya tenía un grupo de amigas con las que salir y cotillear. Félix ya conocía la vida de todas ellas aunque se había esforzado por decirle a su hermana que no estaba interesado en sus vidas provocando que ella se enfadara y colgara el teléfono. A la mañana siguiente, los dos hermanos estaban hablando de nuevo.

—Me gustan. Y a ti también te gustarían —Layla dejó caer con sutileza la segunda frase, pero no pasó inadvertida para Félix.

Su hermana había querido que él también se marchara con ella. Siempre habían estado juntos, y cuando conoció a Edu en una de las fiestas de la manada, supo a primera vista que eran pareja. El problema era que Edu estaba de visita y que vivía en la manada de las colinas, a un par de días de distancia.

—Me gusta mi vida aquí.

—¿Tu vida? Siempre estás peleando con alguien o enfadado. ¿De verdad es eso lo que te gusta de la manada?

Félix tragó saliva, moviendo los ojos de un lado a otro, como si tratara de esconderse para no tener que enfrentarse a esa conversación de nuevo con su hermana.

—Aquí soy centinela.

—¿Y sabes todos los problemas que eso te ha traído? ¿Sabes que los Omegas tienen prohibido por ley ser centinelas? Sólo Caleb cambió esa estúpida norma para poder atraparte en la manada.

Un escalofrío subió por su columna al imaginarlo.

—Soy mayor de edad, Layla, y creo que lo suficientemente listo para tomar decisiones por mí mismo.

Su hermana soltó una carcajada.

—¿De verdad piensas que esas decisiones las estás tomando tú?

—¿Qué quieres decir con eso?

Layla hizo una pausa antes de hablar—. Ya sabes lo que pienso de Caleb.

Félix apretó los dientes. Lo que menos le apetecía ahora era pelear de nuevo, pero no iba a dejar que su hermana insultara a Caleb o lo acusara de cosas que no eran ciertas.

—Lleva cuidado con lo que dices, Layla. Caleb sigue siendo mi líder.

—No puedo creer que sigas estando tan ciego. Ese hombre quiere algo de ti. ¿Nunca te has preguntado por qué no tienes amigos?

—Yo soy el primero que no está interesado en hacer amigos.

—Caleb es controlador.

—Nos mantiene seguros, Layla. No puedo creer que lo insultes así después de haber vivido casi treinta años en su manada.

—Por eso sé de lo que estoy hablando. Siempre ha estado sobre tus pasos, no te pido que dejes de confiar en él, o que me creas, hermano. Pero prométeme que llevarás cuidado.

Félix no pudo aguantar la risa por el disparate que Layla acababa de decir. Ella y Caleb nunca se habían llevado bien, y eso pasaba mucho cuando dos Alfas dominantes se encontraban, pero Layla siempre había sabido cuál era su lugar en la manada y había respetado el liderazgo de Caleb hasta que decidió mudarse con su compañero. Félix llevaba un mes entero escuchándola criticar las normas que ella misma había aceptado meses atrás y tomándola con todo el mundo.

—No quiero seguir con esta conversación, Layla.

—Escúchame, tengo que contarte una cosa sobre mamá y Caleb...

—Voy a colgar.

—¡Félix!

—Y no me llames mañana, voy a estar muy ocupado. Espera a que lo haga yo —Félix bajó el teléfono y gruñó.

Eres un bebé centinela que aún no ha salido del nido.

Félix tembló al recordar sus palabras. Era la primera vez que lo llamaban así, ni Ivarr se había atrevido a apodarlo *bebé* y le hubiese arrancado la garganta de haberlo escuchado, pero con Caleb se sentía tan malditamente diferente que le hacía dudar y querer golpearse en la cabeza.

Metió las manos en su cabello oscuro, rozando con los dedos sus orejas y sacudiendo la cabeza para tirar al suelo el resto de tierra y hojas secas. No. De ninguna estúpida forma su hermana podía llegar a tener razón. Conocía a Caleb desde que era un niño que aún no sabía usar sus puños. Cuando su lado dominante empezó a manifestarse a los once años y a meterse en incalculables peleas en la escuela, Caleb le obligó a tomar clases con los centinelas.

—Al menos así sabrás devolver algún golpe —le dijo en ese entonces Caleb dándole un suave golpe en la nariz.

Félix descubrió un mundo nuevo entonces. Los centinelas eran duros, Ivarr estaba al mando y lo trataba como uno más. Sin diferencia, sin controlar sus puños para no hacerle daño y sabiendo muy bien hasta dónde apretar. Félix se dejó la piel en demostrar que realmente un Omega podía subir hasta el puesto de los centinelas, y finalmente, antes de que su hermana se fuera, le dio su merecido lugar con el que tanto había soñado. Lo que Félix no había esperado era estar rodeado de niñeras y jefes mandones que no dejaban de decirle lo que tenía o no qué hacer.

Se levantó del sofá y empezó a desvestirse de camino al baño. Se metió en la ducha y le llevó

un buen rato deshacerse del barro en su pelo y del olor de Marcus por completo.

CAPÍTULO 2:

TIRÓN

—Se llamaba Kevin. Sus padres llegarán mañana, realizarán la ceremonia con los suyos —le informó Caleb—. Llevaba una semana desaparecido.

—En su sangre había una gran cantidad de sedantes y drogas que no he podido identificar.

—Era un Alfa dominante, se defienden de alguna forma. ¿Puede ser esa la causa de la muerte?

Helia se encogió de hombros y Caleb lo guió fuera de la habitación. El sanador había limpiado la tierra y barro del niño para que la familia pudiera llevárselo.

—Sus padres no quieren hacerle la autopsia. No parece que haya sido golpeado o maltratado. Estaba bien alimentado y por la foto que me enseñaste, le habían cortado el pelo.

—¿Los drogan, les dan de comer y los cuidan y luego los asesinan y lanzan al bosque? Hay algo que no cuadra. ¿Para qué molestarse en cuidarlo y atenderlo si iban a deshacerse de él a los pocos días?

—Lleva tatuado el número cero ochenta y nueve, ¿podemos suponer que ha habido más niños antes que él? —el corazón de Caleb golpeaba con fuerza.

—Es una teoría, los otros cachorros encontrados también llevaban una serie de números aleatorios. Desaparecieron en lugares diferentes y sus edades varían de diez a quince años.

—Kevin tenía ocho, es más pequeño.

—Y Dardo siete.

Caleb mantuvo el silencio por unos segundos. No quería dejarse llevar por la rabia en este momento, necesitaba tener la cabeza fría. Dardo era un niño rebelde, pero muy querido, sus padres fallecieron en un accidente de caza y su cuidado quedó a cargo de la manada. A pesar de la tragedia, Dardo siempre estaba jugando y gastando bromas pesadas a los más ancianos. De alguna forma, se encaprichó con Helia justo en el momento en el que el Beta se unió a la manada con trece años y era muy habitual verlos juntos a cada rato.

—No hay razones para pensar que se llevaron a Dardo también, sucedió hace quince años —suavizó su voz porque sabía que este tema tocaba de forma muy personal al sanador.

—Pero los niños que hemos encontrado son dominantes, y Dardo también lo era.

—Exacto. Niños, Helia. Dardo debería tener ya veintidós. Se llevan a los cachorros porque son más fáciles y accesibles que un lobo adulto, y no parece que los mantengan mucho tiempo.

Helia miró al suelo.

—Es muy difícil que siga vivo, ¿verdad?

Caleb apretó su hombro.

—No estoy diciendo eso. No sabemos del todo lo que está ocurriendo, tampoco tenemos a nadie a quién acudir ni forma de encontrar a todos los niños que están desapareciendo, por eso tenemos que concentrarnos en lo que tenemos delante y no rebuscar en el pasado.

A Caleb le dolía ver el desconsuelo que Helia trataba de ocultar siempre con su máscara de tranquilidad, en su momento le prometió a Helia y a la manada que recuperaría a Dardo costara lo que costara. En esa época era un niño tonto que pensaba que podía controlarlo todo y que el

mundo era suyo, y nunca jamás había estado tan equivocado.

Por más que se esforzó en reunir pistas y entablar lazos con otras manadas, Dardo parecía haber sido tragado por la tierra, y aún no lo había escupido.

Helia tomó aire, metió las manos dentro de los bolsillos de su bata.

—Tienes razón. Lo siento.

—No hay nada por lo que debas disculparte. Has hecho un gran trabajo, sé que no es fácil para ti.

—¿Y para quién lo es? Los niños son los seres más puros del mundo, quien sea que esté haciendo esto tiene que pagar.

—Lo hará —esta vez no era una promesa en vano. Caleb estaba dispuesto a dejarse la piel en ello —Ve a descansar.

—Me temo que aún me queda trabajo por hacer, y a ti también. ¿Has visto el correo últimamente?

—Sí, y no me interesa nada de lo que proponen.

—Me siguen preguntando por ti. Las lobas están locas por saber quién será la elegida.

—¿Les has dicho que no pienso tener un compromiso forzado?

—Tienes a más de mil hembras detrás. Líderes de otras manadas quieren traer a sus hijas para que las huelas. Tienes treinta y tres años. A tu edad, todos los líderes ya tienen pareja e hijos.

Helia no sólo era el sanador de la manada. Era el que ayudaba a Caleb a enfriar su cabeza, el que lo centraba y aconsejaba.

—A los ojos de los demás, tú no tienes pareja —continuó hablando— ¿Qué es lo que vas a hacer? Las manadas no tienen más paciencia, en menos de una semana tendrás las puertas llenas de hembras Omegas esperando para que las reconozcas.

—Si quieren hacer ese duro viaje, las estaré esperando.

—¿Y qué pasará con Félix?

El lobo se movió atento al escuchar su nombre.

—Félix no sabe nada, y nunca lo sabrá —gruñó.

—El chico acaba de cumplir la mayoría de edad y tiene celos regulares. Caleb, tienes que decírselo.

—No.

—Dame una razón. Soy Beta, no entiendo de parejas, pero he estudiado y visto con mis ojos el caos que rechazar a una provoca. Y te veo a ti.

Y más que un sanador y un consejero, Helia también era su amigo y su cajón de secretos. Era el único lobo con el que Caleb no tenía miedo de sentirse vulnerable, el único lobo que nunca lo traicionaría.

—Félix es impulsivo, agresivo, infantil y cree que tiene la razón en todo. No está preparado para estar a mi lado. No en este momento con crías desapareciendo.

—¿Y estás haciendo algo para remediarlo?

—Lo intento. Sus tutores fueron unos de los mejores Omegas de la manada, ha sido criado como cualquier lobo y he procurado no darle demasiado atención.

—A lo mejor ese es el problema, Caleb. Le has ocultado tu olor, y dado por hecho que él no sentirá el tirón. Pero, ¿y si lo siente? ¿Y si se comporta así sólo para llamar tu atención?

Caleb evitó pensar en eso. Evitó pensar en Félix. No se lo podía permitir. No podía darle esperanzas a su lobo de algo que nunca iba a suceder.

Félix seguía siendo un niño. Un niño tonto que pensaba que la vida era un juego. Confió en él

cuando lo nombró centinela y esperó a que su comportamiento cambiara, pero en lugar de mejorar, empeoró en todos los sentidos. No tenía responsabilidad con nada ni con nadie, nunca acataba una orden y por no hablar con lo que hacía con las normas de la manada.

—¿Caleb? ¿Me estás escuchando?

—¿Cuándo es su siguiente revisión médica?

—Creo que dentro de un mes, tengo que consultarlo.

—Averigua si siente alguna conexión e informame.

—De acuerdo.

—Oh, por la diosa, que asco —gruñó Félix, una náusea a punto de atravesar su garganta al oler las heces recién hechas de la vaca favorita de Jason.

Acababa de limpiar todo el suelo del establo y no había forma de que esa vaca vieja dejara de ensuciarlo. Le pasó una cuerda suelta por el cuello y la animó a salir fuera, tapándose los ojos con el dorso de su mano cuando el sol estalló en el cielo.

Jason, que estaba pasando un rato tranquilo con las gallinas fue hasta él. Le acarició el lomo cubierto de manchas a la vaca y le dio un beso en la frente.

—¿Se porta bien, Matilde? Espero que lo estés vigilando por mí —le habló a la vaca como si ella pudiera entenderle.

La vaca sacudió la cabeza y Jason miró de reojo a Félix.

—Matilde dice que no te estás portando muy bien.

—Matilde sólo sabe comer y cagar —gruñó Félix cansado.

Jamás había pensado que trabajar en una granja sería estar cubierto de mierda de animal y apestar a sudor durante todo el día.

Jason soltó una carcajada y Félix quiso arrancarle la garganta. Odiaba a Jason. Odiaba el humor de Jason. Odiaba lo feliz y alegre que era entre vacas y ovejas y lo simple que era su vida.

—En eso tienes razón. Llevas desde las siete en pie, entra y toma algo, acabo de recoger los huevos de las gallinas.

—No necesito descansar.

—Escucha, chico. Acepte que vinieras a ayudarme y a cumplir con tu castigo aquí, pero no voy a dejar que te desmayes por no comer, beber suficiente agua o descansar. Caleb puso el castigo, pero es mi granja. Y todos mis trabajadores se toman un descanso a las doce, quieran o no.

Félix le sostuvo la mirada al Alfa. ¿Por qué todos eran tan malditamente mandones?

Jason suspiró, acarició de nuevo a Matilda y cuando habló, su tono fue más suave.

—Estás blanco, Félix. No puedes trabajar de siete de la mañana a siete de la tarde sin parar, tienes que descansar y alimentarte bien. Si te ocurre algo, me patearan el trasero.

Félix miró a su alrededor. Había pensado que después de ser sentenciado a trabajar en la granja, Caleb le haría al menos una visita para ver que lo estaba haciendo bien, por eso se había estado esforzando tanto. Pero Caleb ni siquiera había pasado por delante y tampoco había escuchado hablar a Jason con él aunque sea por teléfono.

Sus hombros cayeron hacia abajo y tragó la espesa saliva.

—De acuerdo —susurró para que únicamente Jason y Matilda pudieran escucharlo.

Jason le sonrió, y lo guió hacia dentro de la casa. Rápidamente le preparó unos huevos revueltos y un vaso de agua y Félix devoró el plato en segundos. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Te gusta la granja? —le preguntó el lobo.

—¿Crees que si me gustara, Caleb lo hubiese elegido como castigo?

—Buen apunte. Pero no es tan malo cómo esperabas, ¿o sí?

Aunque odiara a Jason, no quería herirlo. Ese hombre Alfa de gran tamaño amaba las cosas pequeñas y delicadas como las plantas. Cuidaba de cada animal como si fuera su hijo, y sonreía a cada bicho y lagarto que se estampaba contra su rostro. Félix no lograba entenderlo del todo.

Había visto a Jason entrenar con Ivarr en el gimnasio y enfrentarse a otros centinelas en combates educativos. Jason tenía madera de centinela, y aún así, prefería vivir rodeado de caca de vaca y plantas.

—No del todo —mintió.

Jason se vio satisfecho, abrió la nevera y sacó una tarta que parecía ser de queso. Partió dos trozos y sacó dos tenedores, colocó una en frente de Félix sin dejarlo hablar y le dio un buen mordisco a la suya.

—Está recién hecha. Pruébala.

Félix pensó en rechistar, pero finalmente, bajó la cabeza hacia la tarta cubierta de mermelada y frambuesas frescas y la probó. Evitó soltar algún sonido de satisfacción.

—No está mal —dijo en cambio, pero Jason sonrió como si lo hubiera cazado.

¿Cuánto tiempo hacía que no probaba ningún dulce? Había estado demasiado ocupado entrenando, comiendo sano y ganando músculo como para distraerse con tartas y comidas llenas de azúcar.

—Nos quedan unas semanas más juntos, y no quiero tener la sensación de tener a un esclavo en mi granja, así que por favor, come todo lo que quieras, y si te sientes cansado arriba tengo camas para invitados o puedes echarte una siesta bajo un árbol. No se lo diré a Caleb.

—Hice algo mal, Jason. No tienes que preocuparte por mi salud.

—Todos hemos hecho estupideces a tu edad. Lo que debes hacer es demostrar que has aprendido la lección y no volver a descuidar tu puesto.

Félix bajó los ojos a la tarta. Necesitaba que estas semanas pasaran lo más rápido posible para volver a su puesto y hacerle ver a Caleb que era un Omega digno de ser cantinela.

Caleb recogió el ciervo que acababa de cazar y lo llevó hasta una cabaña solitaria de la manada, el lobo que vivía allí no tardó en salir de entre los árboles del bosque con un hacha en su mano. Intentó sonreír, pero la boca estirada de Beom fue más una mueca rara.

—¿Necesitas comida, Beom?

Beom sacudió su cabeza con fuerza.

—Beom cazar. Caleb dar comida a manada.

—La manada tiene suficiente comida —Caleb sacó el cuchillo que siempre llevaba con él cuando cazaba y cortó la piel y músculos del ciervo para darle una parte a Beom. No le preguntó, sabía que el Alfa siempre ponía por delante a la manada aunque ésta lo dejará atrás—. ¿Estás al tanto de las nuevas noticias?

—Beom saber. Levi y Dan avisar.

—Si ves o sientes cualquier cosa extraña, no dudes en dar la voz de alarma.

Beom asintió a sus palabras. Dio un paso hacia delante cuando Caleb recogió la carne.

—¿Necesitas algo? —le preguntó viendo la indecisión en su rostro.

Beom no era bueno pidiendo cosas. Todo en su cabaña estaba viejo y desgastado y el lobo prefería vivir en el bosque solo, aunque nunca le había negado las visitas a Caleb.

—Beom... —empezó—. Beom necesitar filo de hacha afilada.

Caleb bajó la mirada hacia el arma desgastada y oxidada. El lobo era el principal proveedor de leña de la manada.

—Me aseguraré de que tengas tres a primera hora de la mañana. ¿Quieres ropa? ¿Alguna manta?

Beom negó fuerte.

—Levi... traer cosas a Beom. Beom no necesitar tantas.

—De acuerdo. Nos vemos la semana que viene.

Beom hizo una mueca. Otro intento de sonrisa antes de que Caleb se marchara.

CAPÍTULO 3:

ROSAS

La familia de Kevin llegó a primera hora de la mañana. Su madre lloró desconsoladamente abrazada a su cuerpo mientras que el padre trataba de mantener la compostura. Caleb los dejó a solas unos minutos y les ofreció comida y un sitio en el que relajarse en el caso en el que quisieran quedarse más tiempo.

—La manada está preparando su nicho, nos esperan para el anochecer —dijo el padre.

Pertenecían a una pequeña manada, a doscientos cincuenta kilómetros de distancia. Según su padre, Kevin no era un niño rebelde, pero le gustaba pasar tiempo en el bosque y muchas veces se quedaba a dormir ahí. Nunca había pasado nada, era un territorio custodiado por cinco centinelas. La noche en la que Kevin desapareció ninguno olió ni vió nada raro por lo que pensaron que seguía estando en el bosque hasta que la noche volvió a caer y su madre, nerviosa, empezó a buscarlo.

—Fuimos a la ciudad, pero ninguno de los policías se lo tomó en serio. Nos dijeron que estaba en su naturaleza desaparecer. Yo sabía que mi hijo no se habría marchado así, él no era esa clase de niño —sollozó la mujer al recordarlo—. Mi niño... ¿Qué es lo que le hicieron? ¿Por qué se lo llevaron a él?

—Estamos investigando —Caleb le ofreció una taza de té a la hembra.

—Habéis encontrado más, ¿verdad? Dicen que les hacen... les hacen barbaridades.

—Su hijo estaba bien cuidado y no tenía marcas de golpes. Ninguno de los otros niños encontrados tenían signos de violencia o tortura. Su hijo no sufrió.

Caleb sabía que eso no era un gran consuelo. Les habían arrebatado lo más importante de su vida y no tenían a nadie a quién culpar o descargar su furia.

—Tienes que encontrarlo. La persona que está haciendo esto no merece vivir ni un segundo más —rugió llena de rabia.

—Lo intentaré.

Esto se estaba convirtiendo en algo personal. Aparte de secuestrarlos, dejaban sus cadáveres en su territorio para que él los encontrara, incluso si no eran de su manada o si se habían llevado el niño de otro sitio. Los cuerpos aparecían cada vez más cerca de las puertas de la manada, y el culpable nunca era percibido.

Para ello tenía que haber ocultado su olor de alguna forma, tenía que estar al tanto de los cambios de turno de los centinelas, o ser muy paciente para esperar durante horas con un cuerpo en el maletero antes de dejarlo, y lo mismo para secuestrarlos.

¿De qué forma podrían llevarse a un cachorro sin que nadie se diera cuenta? ¿Con drogas? Tenía que ser muy rápido para poder clavarle una aguja sin que él lo descubriera antes, y muy sigiloso.

Cuando los padres de Kevin se marcharon con su cuerpo en el coche, Caleb regresó a su despacho. Pasó la mano por encima de todos los expedientes que había podido reunir de niños perdidos y se preparó un gran café.

—¿Estás ocupado? —golpeó Ivarr la puerta.

—Aún no he empezado. Dime.

—Ya he informado del toque de queda. Y he doblado la guardia de los centinelas, quería preguntarte si había alguna posibilidad de que Félix participara en ellas.

—No lo creo.

—¿Ninguna?

—Es lo que he dicho —miró a Ivarr a los ojos.

Desde hace dos años que se encargaba de entrenar y organizar a los centinelas.

—No estoy aquí para defenderlo.

—Eso espero.

—Incluso pienso que el castigo que le diste fue demasiado débil para sus actos, pero también entiendo que es un crío, y que necesita más disciplina. Déjame emparejarlo con Elek.

—¿Con Elek? —levantó las cejas Caleb— Se acabarán matando entre ellos.

—Elek tiene experiencia, es fuerte, dominante y no se dejará engatusar por sus palabras como Marcus. La culpa de que Félix haya fallado también ha sido mía.

Caleb se sentó en el sillón.

—Lo que realmente necesita Félix es entender que no tiene que medir su fuerza con ningún dominante de la manada. Tiene que aprender a valorar la suya propia y dejarse de juegos de parvulario mientras se están llevando a nuestras crías. No es tu culpa, Ivarr. Lo has entrenado bien, pero por desgracia, no está preparado.

—¿Quieres destituirlo?

—No quiero llegar a ese extremo. Sin embargo, tendrá que tomar clases de control de la ira, y volver a los entrenamientos con los novatos durante tres meses.

Ivarr asintió.

—Eso no va a gustarle.

Caleb lo sabía. Félix iba a rabiar, insultar y gruñir delante de él y el lobo no pudo evitar afilarse las uñas. No había nada más delicioso en el mundo que ver la mirada furiosa y sin una pizca de miedo de Félix.

A ese niño le importaba un pimiento que Caleb fuera el líder, le daba igual el poder que tenía sobre su propia vida y sobre él, ya que con un corte, Caleb podía obligarle a hacer todo lo que quisiera y más.

Pacto de sangre. Algunos lo llamaban el pacto del diablo.

Caleb nunca quiso hacerlo, pero el viejo Ryan y antiguo líder de la manada le enseñó y casi obligó a seguir con la tradición. Ahora, Caleb estaba cubierto de cicatrices. Una por cada lobo de la manada. Finas y pálidas en sus brazos. Y cada lobo tenía la suya correspondiente. Ésta desaparecía cuando un miembro de la manada fallecía o deseaba dejar de formar parte de su familia.

Estaría bien hacérselo recordar a Félix.

—Lo tomará. ¿Necesitas algo más?

—Sí, he escuchado a algunas hembras hablar, y parecen que creen que vas a empezar con la selección esta semana.

Caleb frunció el ceño.

—¿Por qué creen eso?

—No tengo ni idea, pero no se habla de otra cosa, al menos la noticia de Kevin ha pasado a un segundo plano. La gente está demasiado ocupada discutiendo quién de ella será la elegida.

—Entonces, déjemos que siga siendo así.

—¿No quieres que lo niegue?

—La manada está distraída, es mejor que se concentren en una ceremonia falsa a un fantasma que roba a sus cachorros.

—De acuerdo. Me retiro. No te quedes hasta muy tarde, si necesitas algo, llámame.

—Descansa.

Cuando el reloj dio las dos de la madrugada, Caleb era incapaz de seguir leyendo. Se cambió de ropa, usando un pantalón ligero de deporte largo y una camiseta ajustada para ir a darle unos cuantos golpes al saco de boxeo y sacar la furia y frustración que llevaba acumulando durante semanas.

No era una buena idea darle ahora el mando al lobo. Caleb había aprendido que cambiar estando cabreado no era nunca una buena opción si quería que Félix conservara su nuca limpia.

Caleb cerró los puños ante esa imagen y se detuvo a sólo tres pasos de la puerta entreabierta del gimnasio. El aroma a rosas frescas rodeándolo. Félix, vestido con unos pantalones cortos de ejercicio y una camiseta de tirantes oscura se movía por el centro del gimnasio con una elegancia y fluidez que nunca jamás había visto en nadie más que no fuese él.

Sus músculos se tensaban y estiraban, cubiertos de sudor, piel bronceada por todas partes...

Caleb debería de dar media vuelta y largarse pero ya era demasiado tarde.

Félix se quedó inmóvil por unos segundos, con las orejas moviéndose de un lado a otro al captar su presencia y los brazos en posición de defensa.

Nuevamente, Caleb debería de haberse ido, pero se encontró avanzando hacia la luz, siendo consciente de cómo Félix se tensaba y erguía los hombros.

—No mencionaste nada de entrenar. Puedo hacerlo —aunque parecía seguro sus últimas palabras sonaron más a pregunta que a afirmación.

—No he dicho nada —levantó las manos Caleb en señal de inocencia.

—Me has mirado mal. Es mejor que me vaya —Félix no llegó hasta el resto de su ropa y cosas.

Caleb lo agarró del brazo. Poniendo a prueba a su lobo. A su rabia y a su maldita ansiedad.

—Bajas el brazo antes de tiempo —dijo al final, escuchando el eco de su propia voz, colocándose tras él y deslizándolo la mano por su brazo para levantarlo—. Deberías mantenerlo recto antes de acabar con el giro. Eso es lo que estaba mirando.

El pulso de Félix latía con fuerza en su muñeca y los labios de Caleb cosquillearon. El lobo gruñó, deseando llevar esa pequeña porción de piel bajo su hocico y olerlo hasta quedarse sin espacio en los pulmones.

Félix asintió, movió la mano hasta que estuvo recta y ladeó la cabeza, dejando su nuca descubierta en un grave descuido.

Caleb sabía que no había sido su intención, pero era una maldita invitación a su lobo. Podría amoldar la mano sobre su garganta, cerrar los dientes sobre su yugular. Marcarlo. Hacer todo lo que quisiera y Félix ni siquiera lo vería venir.

—Inténtalo —gruñó en cambio, tomando una severa distancia.

Félix, extrañamente, no se opuso. Tomó carrerilla, realizó el giro con el brazo en la dirección correcta y golpeó el saco.

—Repítelo.

CAPÍTULO 4:

IDIOTA

—Eres un idiota. Maldito idiota...

—¿Quién es un idiota?

Félix giró la cabeza rápido, encontrándose con un niño de seis años y medio que lo observaba muy atento con sus ojos redondos.

—¿Qué haces aquí, Jack? Tu madre no te deja salir —Félix le hizo una seña con la mano—. Vuelve dentro.

—Mami se fue un momento —Jack dio una vuelta sobre sí mismo descalzo—. Me gusta mancharme los pies de barro.

Y era por eso mismo por lo que ni Sara, ni Jason dejaban que el pequeño terremoto saliera a la granja cuando había estado lloviendo durante parte de la mañana. Félix dejó de limpiar las telarañas del cobertizo y alzó en sus brazos al pequeño Beta.

—¿Qué vas a hacer si te pones enfermo? ¿Quién ayudará a tu madre a esquilas las ovejas?

—Mami... Nadie ayudaría a mami.

—¿Y quieres que tu madre llegue cansada a casa y que no pueda jugar contigo?

Jack sacudió la cabeza con fuerza.

—Entonces tienes que mantener tus pies limpios y secos. ¿Me has entendido?

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Tú también tienes los pies cubiertos de barro.

Félix bajó la cabeza, apenas se había dado cuenta. Llevaba todo el día metido en una nube.

—Yo soy mayor —dijo finalmente, dando por terminada la conversación.

No le gustaban los niños, pero Jason, aparte de ser granjero, también hacía de niño y dejaba que los lobos que trabajaban en la granja trajeran a sus hijos.

—¡Milka! Deja de esconderte de una maldita vez y quédate con el niño dentro.

Milka salió de detrás del cobertizo, se ajustó las grandes gafas de pasta y cerró el libro. La única razón por la que Félix aún no había peleado con él era porque ese lobo no tenía ni un sólo grado de dominante.

Milka era un poco más bajo que él. Con el pelo rizado, y siempre cubierto de hojas y tierra por andar leyendo y apoyando la cabeza en los árboles. Tenía los ojos azules, pero apenas se le veían y siempre iba con ropa ancha.

No hablaba mucho, mantenía un perfil bajo y más que un protector, para Félix era un estorbo. Caleb se lo adjudicó cuando sufrió su primer celo, y no ha dejado de seguirlo desde entonces.

Milka colocó el libro bajo su axila, y recibió a Jack en sus brazos. El niño inmediatamente empezó a jugar con su pelo.

—No creo que sea una buena idea decir palabrotas delante de él —habló en voz baja.

—¿Quién ha dicho una palabrota?

Milka abrazó la cabeza de Jack, tapándole los oídos.

—Has llamado a Caleb idiota —susurró.

—Porque es idiota. ¿No puedo expresarme? No sabía que el crío estaba detrás de mí.

—Esa no es una palabra correcta.

Félix bufó.

Milka era demasiado... correcto. Demasiado... lobo que nunca había hecho una trastada en su vida.

—Lleva a Jack dentro y límpiale los pies antes de que su madre llegue.

Milka le obedeció, pero antes de darse cuenta, el Beta estaba nuevamente metiendo la nariz en sus asuntos.

—¿Por qué siempre que estás de mal humor lo pagas con todo el mundo?

—¿Y tú por qué siempre estás con la cabeza metida en un libro?

—Me gusta leer, pero a nadie le gusta que lo traten mal.

Félix apretó la mandíbula, a punto de lanzarse contra Milka. Hoy su paciencia era mínima y ya se había agotado a primera hora de la mañana con los absurdos chistes de Jason.

—Métete en tus asuntos, Milka.

Milka lo miró durante unos segundos antes de regresar a la casa con Jack. Félix se quedó solo, una gallina fue a picotear a su lado y el lobo acabó acucillándose y metiendo la cabeza entre sus manos.

Nadie sabía por lo que estaba pasando, ni siquiera él mismo era capaz de entenderlo.

Caleb iba a elegir a una hembra para aparearse. Lo había escuchado esa misma mañana mientras caminaba hacia la granja. Estuvo con él anoche practicando en el gimnasio durante horas y ni siquiera lo comentó. Aunque por una parte era mejor así. Félix no sabía qué clase de cara hubiese hecho. Seguramente ninguna de felicidad. ¿Por qué? ¿Por qué todo el mundo estaba feliz y él se sentía cómo si algo hubiese muerto en su interior?

La gallina picoteó en su pantalón y Félix sacó un puñado de granos de maíz del bolsillo. Le tendió la mano con la palma abierta y la gallina comió.

Los ojos de Félix se cristalizaron sin ningún motivo. Sorbió su nariz y respiró profundo. ¿Qué cojones le estaba pasando?

Ese día, Félix no hizo mucho más, vagó por la granja con la cabeza gacha, limpiándose los mocos con el dorso de la mano y pateando todas las piedras que había a su alrededor mientras que las gallinas le seguían.

Jason no le dijo nada y Félix regresó a su casa vacía con el ánimo por los suelos.

Empezaba a echar de menos a su hermana. O el ruido.

Caleb por alguna y estúpida razón se sentía mucho más lejos de él, y la melancolía que llevaba sufriendo todo el día se convirtió en rabia. Félix salió de la cabaña dando un gran portazo, se quitó la ropa a manotazos y sus manos se convirtieron en grandes zarpas antes de tocar la tierra.

La bestia arañó. Sabía que iba a meterse en un gran problema por quebrantar el castigo. Pero le dio exactamente igual.

—No sé por cuánto más tiempo tu cuerpo va a ser capaz de soportarlo —habló Helia mientras vaciaba el contenido de la jeringuilla directo en el torrente sanguíneo.

—¿Puedes aumentar la dosis?

—Ya tienes la dosis más alta, Caleb —Helia sacó la aguja de su brazo y presionó un algodón contra la herida durante unos segundos. Su tono era de disgusto total. Helia nunca había estado de acuerdo con esto.

—¿Y si lo intercalo con las pastillas?

—Acabarás con una sobredosis —con un golpe, Helia sacó una libreta del tamaño de su mano —Tus ciclos hormonales son un desastre, necesitas encontrar una solución rápida antes de que el medicamento deje de funcionar.

—No puedo dejar la manada atrás cada vez que tengo el celo.

—Tampoco puedes seguir drogándote.

Caleb apretó la mandíbula.

—¿Y qué es lo que sugieres?

—Ya lo sabes.

Caleb se levantó de la silla, golpeó varias veces con su dedo la superficie de madera de la mesa de la cocina y negó con la cabeza. La única solución para que Caleb pudiera pasar su celo era enviar a Félix a la ciudad, o trasladarlo a otra manada.

—No voy a pedir un traslado.

—Entonces, cuéntale la verdad y permite que él decida.

Caleb se quedó en silencio durante unos segundos.

—Ya lo hemos hablado.

—¿Y qué harás cuándo tus feromonas salten sobre él? ¿Cómo se las vas a seguir ocultando? Los medicamentos están fallando.

—Encontraré otra forma.

—¿Cuántos años llevas suprimiendo el celo?

Desde que su lobo empezó a considerar a Félix como persona adulta.

Caleb solía escaparse por las noches para buscar a alguna hembra para aliviar el dolor y la frustración que sentía cuando veía al Omega, sin embargo, el sexo dejó de ser apetecible, el lobo se negó a continuar y Caleb no pudo volver a tocar a una hembra.

—Tres o cuatro. No lo sé.

—¿Y te parece normal? ¿Qué le dirías a un miembro de la manada si te enteras de que lleva tres años suprimiendo su celo y olor con medicamentos?

—Le diría que no es sano, y lo sé, mierda. Pero esto es diferente.

—¿Diferente porque se trata de ti?

—No lo hago por mí. Félix tiene que estar preparado para todo. No te hablo sólo para asumir el mando de la manada conmigo, si no para dejar de luchar contra su instinto dominante.

Caleb no era ningún cachorro adolescente. Caleb lo tomaría y aseguraría a su lado para siempre.

—Y tú estás alejando a Félix cada vez más de eso.

Caleb desvió la mirada, se acercó a la encimera de la cocina y colocó las manos sobre la madera áspera. Apretó los puños, y miró cómo sus garras se transformaban antes de regresar a la normalidad.

Cada vez que pensaba en el Omega era más difícil controlarse. No podía permitirse flaquear. Fantasear con la idea de tenerlo entre sus manos y arrullarlo como cuando era un bebé, y esos pensamientos habían ido de mal en peor conforme Félix había crecido.

El Omega al que cuidaba ya no era un niño, y su lobo se había dado cuenta.

Ron y Marcus estaban en la mitad de su guardia. Los lobos habían sido emparejados recientemente como pareja centinela, apenas llevaban unos días y Ron ya lo odiaba.

Marcus hablaba mucho, decía cosas sin sentido, se reía y espantaba a todos los animales nocturnos que se acercaban a Ron. El lobo había tenido que subir a lo más alto del árbol para poder dejar de escuchar sus berridos. Podía ser uno de los mejores centinelas de su generación,

pero era insoportable.

Ron subió un poco más, escudriñando las sombras de los árboles, sonidos y luces de la ciudad. Había una casa en concreto que siempre le ponía los pelos de punta, y no en el buen sentido. Era alta, al igual que una torre. Cercada con vallas y las ventanas de cristal estaban cubiertas por barrotes de hierro, como si no quisieran que alguien o algo escapara de ahí.

Cuando no podía dormir, Ron se encontraba atravesando el bosque, trepando por uno de los árboles más grandes con la esperanza de ver tras sus muros y enterarse de qué estaba sucediendo ahí dentro. A lo mejor, sólo era una familia rica con un par de niños juguetones, o unos ancianos con miedo a ser asaltados, sin embargo, el instinto de Ron le gritaba una y otra vez que ahí estaba sucediendo una cosa diferente.

De momento, Ron no quería dar la voz de alarma hasta estar completamente seguro. Caleb ya tenía demasiadas cosas por las que preocuparse cómo para pedirle que fuera a investigar una casa que hacía que su corazón se helase de frío. Y Ron sabía que era extraño, y que no tenía ningún sentido, y su mente se encontraba en una lucha siempre por lo que era racional e irracional, pero al lobo, eso le empezaba a dar igual.

—¿Piensas bajar en algún momento? —Ron escuchó el grito de Marcus, pero toda su atención se la estaba llevando la luz que acababa de encenderse en una habitación de la torre espeluznante.

Ron se colgó de la rama, se balanceó y saltó para llegar al siguiente árbol. Un poco más cerca. Su corazón se aceleró al ver la delgada sombra en frente de los barrotes, y volvió a saltar, como si quisiera llegar hasta ella y atraparla entre sus dedos. Ron parpadeó confundido cuando sus manos se cerraron sobre la nada, el lobo saltó sobre sí mismo y sus pies descalzos aterrizaron sobre la gravilla de acera de la ciudad.

Giró la cabeza, encontrando el límite oscuro del bosque y volvió a llevar la mirada al frente. La sombra de la habitación había desaparecido, los barrotes eran más toscos y fuertes de cerca, y la sensación no había cambiado.

Ron soltó un gruñido bajo, y volvió a su puesto en el bosque.

—¿Dónde te has ido? ¿Sabes que no podemos salir de nuestro cuadrante?

A Ron le gustaba más su antiguo compañero, Elek. Era mucho más callado, silencioso y discreto que Marcus, pero lo iban a destinar a una misión fuera de la manada y algo le decía que iba a llevarle mucho tiempo.

—Hablas mucho —se quejó Ron.

—Y tú no hablas nada. Vamos a pasar mucho tiempo juntos, así que creo que deberíamos empezar a llevarnos bien.

Ron simplemente asintió.

—¿Quién te enseñó a trepar tan alto? —le preguntó Marcus, en cambio.

—Mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—Murió.

Ron evitó mirar su rostro. Marcus era demasiado expresivo, mientras que Ron aún le costaba comprender los sentimientos ajenos.

—Lo siento mucho, tío.

—¿Por qué? Tú no lo mataste —Ron encogió los hombros.

En realidad, nadie lo hizo. Su hermano mayor murió por una sobredosis de drogas. Toda su familia estaba metida en ese tipo de negocios con los humanos, Ron fue él único que consiguió salir de ahí y llegar a la manada de Caleb.

—No quería decir eso. Es una expresión.

Ron lo miró durante unos segundos con el ceño fruncido.

—¿Expresión?

—Ya sabes. Palabras que se dicen para hacer sentir mejor al otro.

Ron profundizó más su ceño.

—¿Para qué querías hacerme sentir mejor? Tú y yo no somos amigos.

Marcus le dio un pequeño golpe en el hombro, y Ron lo categorizó cómo amistoso.

—Creo que lo seremos pronto. Me caes bien, hombre mono.

—No soy un mono. Soy un lobo.

Marcus se rio y entonces los dos giraron la cabeza con rapidez hacia una sombra que corría en su dirección.

El lobo le rozó el brazo a Ron y él dio media vuelta dispuesto a seguirlo y detenerlo, pero cuando su cuerpo estaba por cambiar, Marcus lo detuvo.

—Es Félix —habló Marcus, el tono divertido de su voz se había esfumado por completo.

—¿Y qué?

—Caleb se pondrá furioso si lo tocas.

—Está incumpliendo su castigo.

Durante un momento, Marcus sonrió. Lo vio llevar la cabeza hacia la dirección por la que Félix había desaparecido y sacó su teléfono móvil.

—Y yo que pensaba que la guardia sería aburrida —cantó mientras escribía un mensaje.

CAPÍTULO 5:

DIME

Helia intentó detener a Caleb en cuanto el sonido del mensaje de texto llenó la cocina, pero apenas rozó su camiseta.

Caleb salió corriendo en dirección al bosque, deshaciéndose de la ropa, arañando la tierra, rugiendo y siguiendo el olor de Félix como un completo drogadicto en busca de su heroína.

Félix no se escondió. Por supuesto que no. El lobo de pelaje castaño lo estaba esperando con la cabeza alzada y orgullosa junto al lago. Preparado para correr. Preparado para desafiar y jugar. Y en otro momento, Caleb hubiese aceptado con gusto.

El lobo de Caleb hubiera aullado, raspado la hierba y corrido tras él. Hubiese esperado el momento perfecto para saltar sobre su ágil cuerpo, rodar por el suelo, probar su nuca y destrozarlo. Por desgracia, no era el momento.

Félix no sólo se había saltado parte de su castigo, si no que le había demostrado a Caleb que seguía siendo un niño pequeño que necesitaba supervisión.

Caleb soltó un gruñido bajo. Amenazante y la postura de Félix cambió por completo. Caleb se acercó de forma lenta, sin vacilar, sin juegos.

Cuando llegó al frente, Félix agachó por completo la cabeza y las orejas, su cuerpo se hizo por instinto más pequeño y se quedó completamente paralizado y a la espera de que el Alfa tomase la decisión de atacar.

Caleb soltó aire por la nariz. Más que enfadado, estaba decepcionado. ¿Tan mal lo había hecho con Félix como para que no aceptase ni una sola orden? Los lobos que no eran leales a su líder se merecían el destierro. Pero mierda si Caleb estaba dispuesto a cortarse una mano antes que mandar a Félix lejos.

Incluso ahora. Incluso cuando Félix era un Omega terrible. Y un centinela aún peor. No podía hacerlo.

Su pecho se deshinchó, y Caleb dio media vuelta sobre sus pasos. Antes de poder empezar a sentir de nuevo, una mano se clavó en los huesos de su muñeca recién soldada.

—Cal... —La voz de Félix fue tan baja que hizo que todo el cuerpo del Alfa luchara por girarse hacia él y perdonarlo.

—Ahora, no. Necesito pensar —gruñó, aún animal.

—¿Estás enfadado?

Esas dos palabras despertaron algo. Algo malo que se había mantenido oculto y dormido en las entrañas de Caleb.

Se giró hacia él, se apartó de su agarre con rapidez y estuvo a punto de sostener su garganta.

—¿Eso es lo único que quieres? ¿Enfadarme día sí y día también? ¿Quieres realmente verme enfadado? ¿Quieres que te castigue como a uno más por desobedecerme en todas las maneras posibles? ¿Qué cojones quieres de mí, Félix?

—No... no lo sé.

—¿Qué tengo que hacer para que me obedezcas? —esta vez, Caleb cruzó completamente la línea. Agarró la garganta de Félix, sintiendo el tirón. Sintiendo la sangre y el pulso de Félix

golpeando su palma. Sintiendo los latidos de su propio corazón. Los rugidos del lobo. Olor a rosas— Dime.

Félix trató de separarse, pero Caleb no estaba dispuesto a ceder en nada. Apretó el agarre de sus dedos, consciente de que ambos estaban completamente desnudos, solos y expuestos en mitad del bosque.

—¿Y si en vez de darme órdenes empiezas a hablar conmigo? Antes lo hacíamos. Te preocupabas de mí. Me explicabas las cosas.

Las fosas de la nariz de Caleb se dilataron. Había sido un gran error seguirlo al bosque y agarrarlo del cuello porque ahora no sabía cómo cojones iba a soltarlo.

El cuerpo del Omega era deslumbrante. Y la luz de la Luna lo hacía incluso más. Su piel resplandecía, sus músculos estaban tensos, apretados. Y Caleb se permitió un momento para apreciarlo mientras que su lengua humedecía su labio inferior.

Miró sus pezones oscuros y duros, su estrecha cintura y los músculos que la envolvían, bajó por los huesos de la cadera y gruñó. Estaba medio duro. Su pene, cubierto por un delgado y corto vello, trataba de levantarse y Caleb no quería pensar en su trasero.

Todos estos años tratando de no pensar en Félix cómo algo sexual, en no darle ni una sola fantasía a su cabeza, se fueron a la mierda.

El cuerpo de Félix respondía a él. Y el de Caleb también estaba más que feliz.

No quería soltarlo. Quería darle media vuelta. Quería empujar su cara contra la tierra, levantar su trasero, separar sus piernas y follarlo de una vez hasta correrse dentro de él.

—¿Antes? —preguntó ronco, su cabeza volviendo poco a poco—. ¿Cuándo?

Caleb lo sintió tomar aire.

—¿Me puedes soltar?

—No. Habla.

—Lo estás haciendo de nuevo. ¿Es eso lo que te pone?

Caleb dio un paso más. Su cadera contra el estómago de Félix. La cabeza roja de su miembro goteando y dejando un camino húmedo en su piel.

—¿De verdad quieres llevar la conversación hacia ese lado?

Félix tragó saliva y negó tan rápido que lo decepcionó.

Caleb apretó los dientes.

—No soy tu amigo, Félix. Soy tu líder. Soy quien te da de comer. Quien te protege. Quien te viste. Y por el que tienes una bonita cabaña con todas las comodidades del mundo. Y lo único que pido a cambio de todo eso, es que cierres la boca y me obedezcas. Que te comportes, y dejes de probar mis límites.

—¿Y yo? ¿Yo no cuento? ¿No cuenta lo que yo quiera? —Félix preguntó débil y Caleb aflojó por completo su agarre sin soltar su cuello.

—Lo tienes todo. ¿Qué más podrías querer?

Félix agachó las orejas y su erección se perdió. Mierda. Caleb había dicho algo que no le había gustado para nada, pero... ¿qué cojones le importaba eso a él? ¿De verdad Caleb estaba dispuesto a entrar ahí? Quería abrir en canal a Félix. Quería marcarlo y hacerlo suyo. Quería despertarse con olor a rosas todas las mañanas, girarse y verlo durmiendo en su cama. Con su ropa. Cubierto de todas sus cosas. Quería hacer tantas cosas con Félix...

—Tienes razón. Por un momento pensé que...

—¿Qué?

—Olvídalo. ¿Puedo regresar a casa?

Caleb apretó el hueso de la mandíbula. Algo no sonaba bien en esa frase.

—Sí.

—¿Ha aumentado mi tiempo de castigo?

—Tres meses. Y reza para que no te mande a vivir al bosque.

Félix asintió. Dócil. Sin discusiones. Sin peros. Sin juegos de dominante. Sin jodidamente nada. Y cuando Caleb, finalmente soltó su cuello, el lobo se marchó.

Félix regresó a la cabaña en medio de un ataque de nervios, derribó una mesa hasta llegar al teléfono y marcó el número de su hermana mientras se dirigía a su cuarto y se subía a la cama, apoyando la espalda contra la esquina y recogiendo las mantas para abrazarlas.

—¿Layla? —masculló Félix con voz ahogada cuando el teléfono se descolgó.

—Acaba de quedarse dormida —respondió Edu, su pareja—. Espera un segundo, voy a despertarla.

—Puedo llamar mañana, no la levantes por...

—Ya está.

Félix escuchó unos cuantos susurros y mordió la punta de su dedo. No había pensado en lo tarde que era, pero es que realmente, Félix no podía pensar en nada. Su cuerpo seguía temblando, el lobo se movía cabreado por haber permitido que Caleb le hablara así y su cuello...

Félix llevó la mano a su garganta.

—Félix, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?—Layla al fin le respondió

—Lo he fastidiado.

—¿De qué hablas?

—He incumplido el castigo de Caleb. No sé en lo que estaba pensando, no sé lo que le pasa a mi cabeza, Layla. Fui al bosque y...

—Espera. Me estoy perdiendo, ¿castigo? ¿Cuándo te han castigado? ¿Qué has hecho?

Félix tomó una respiración entrecortada y le contó a su hermana su última semana y el encuentro de Caleb de esta noche, evitando algunas partes que prefirió guardarse para sí mismo. Mientras esperaba que ella respondiera, no pudo evitar que su mente fuera directamente ahí. En Caleb desnudo. En la mano de Caleb en su cuello. En...

Félix agarró un manojo de su cabello.

Lo había odiado tanto.

Mierda. Él era un Omega dominante, y Caleb lo había reducido en apenas dos segundos.

—¿Me estás escuchando?

—Perdón. Estaba pensando en otra cosa.

—Félix. Joder —maldijo Layla—. Lo que has hecho es motivo de expulsión. Tienes que bajar tus humos de dominante antes de que Caleb se canse de tapar todas tus cagadas. Tienes que centrarte.

—Hay algo más. Caleb va a... tomar una hembra —Félix lo escupió. Aún quería pensar que era una broma.

—Lo sé. Las noticias vuelan aquí.

—¿Cómo te sentiste cuando encontraste a Edu?

Hubo un silencio en la línea antes de que Layla respondiera.

—Félix...

—No estoy loco, Layla. Siento... cosas. Tú misma dijiste la última vez que Caleb quería algo de mí.

—Mira... no soy fanática de Caleb, pero no creo que sea el tipo de lobo que se esconde de su pareja.

—¿Y cómo explicas lo que me pasa?

—Siempre has tenido una fijación extraña por Caleb, incluso cuando eras pequeño. Es normal tenerle cariño a los líderes, y contando que Caleb te cambiaba los pañales... Es un amor que se puede confundir.

Félix se mordió el labio inferior. ¿Amor que se puede confundir? Caleb había estado duro en frente de él. Eso no se podía confundir.

—Sé que no es eso.

—Deja de ser terco, Félix. Si tú y Caleb fueran pareja ya lo sabrías. Esas cosas no pueden ocultarse, además, es... imposible.

—¿Por qué?

—Porque mamá era su compañera.

Félix tragó algo duro en su garganta y sintió ganas de llorar y esconderse bajo la cama.

—Rumores —masculló con voz temblorosa.

—Es verdad, Félix. Yo los vi.

—Si eran pareja... ¿por qué mamá se fue? ¿Por qué no se quedó con nosotros y con él?

Félix no sabía que le dolía más. Que su madre fuera finalmente la pareja de Caleb y que todo haya sido una fantasía de su cabeza, o que su madre hubiera abandonado a Caleb.

—Puede que no le gustara que Caleb fuera el líder. A lo mejor, Caleb no quería ocuparse de nosotros o la engañó. Eso no importa. Mamá nos abandonó a los tres y tú estás confundiendo las cosas.

No. Tenía que haber más. No podía ser eso.

—Lo que trataba de decirte la última vez es que... —Layla continuó—, eres igual que mamá.

—¿Qué?

—Tu cara, Félix. Es muy parecida a la de ella, y lo más probable es que Caleb vea a mamá a través de ti. Eso explicaría muchas cosas.

Toda la esperanza que Félix aún guardaba se esfumó en un segundo. No quería pensar en Caleb recordando a su madre a través de él. Era cruel.

Sabía que algo había pasado entre ellos dos porque en la manada no se podía esconder nada y Félix había pasado toda su infancia escuchando rumores y bulos sobre ellos. Incluso inventaron una vez que Caleb era su padre y que su madre se fue porque él nació siendo Omega.

Félix había aprendido a ignorarlos todos, pero lo que acababa de decir su hermana tenía un sentido enfermizo.

—Aún puedes venir conmigo. He dejado una habitación vacía para ti y a Edu no le importa.

—Deja que lo piense.

—¿Qué necesitas pensar? ¿Eres feliz ahí? Por mucho que te guste ser centinela, ¿te hace feliz? Yo creo que no. Caleb ya se ha olvidado de mamá y va a aceptar a otra hembra, y tú tienes que empezar a vivir tu vida.

—Necesito...hablar con Caleb sobre eso.

—No hace falta. Recoge tus cosas y mañana iremos a por ti.

—Layla, deja que lo haga a mí manera. Mañana hablamos.

—Vale. De acuerdo. Te quiero.

—Yo también.

Félix dejó que el teléfono escapara de sus dedos y cayera sobre la cama. Recogió ambas piernas y las abrazó contra su pecho desnudo. ¿Dejar la manada? ¿Dejar a Caleb? ¿De verdad iba a hacerlo?

Un dolor agudo se instaló en su pecho, y no lo abandonó hasta la mañana siguiente.

Félix trató de tranquilizarse de todas las maneras posibles antes de salir de la cabaña. Se duchó y vistió con su ropa favorita, intentó peinarse, acicaló sus orejas, limpió de barro sus deportivos y alisó las arrugas de la ropa. Le mandó un mensaje a Jason a primera hora para avisarle de que llegaría tarde, ya que no quería tener más problemas y pensó una y otra vez en su camino a la cabaña de Caleb, en sus palabras y en cómo abordaría la situación.

Félix se rascó el dorso de la mano.

La conversación con su hermana seguía sacudiendo su cabeza. Félix era feliz en la manada. Lo era. Y no quería abandonarla, pero tampoco podía soportar más la angustia que sentía cada vez que Caleb no reconocía sus habilidades o lo inseguro que se sentía cuando pensaba en él y su madre. O más bien, en la mujer que le dio a luz y luego decidió abandonarlo.

No la odiaba cómo Layla hacía. Félix nunca llegó a conocerla, no tenía ni un sólo recuerdo suyo o una foto con la que poder compararse y ver si realmente se parecían o no y tampoco le importaba. Esa mujer estaba fuera de su vida. No había más.

Félix levantó la mirada del suelo justo a tiempo para evitar chocar con Raven, el contable de la manada.

—Levanta la cabeza del suelo, bonito —comentó Raven sonriéndole con los colmillos afilados.

Félix puso los ojos en blanco. De todos los lobos, había tenido que toparse con él.

—Buenos días, Raven —saludó pasando por su lado.

Raven le cortó el paso y Félix se cruzó de brazos, tomando una gran bocanada de aire.

—¿Haces algo esta noche?

—No voy a salir contigo —repitió cansado.

Raven era famoso en la manada por coleccionar Omegas y parejas sexuales.

—¿Quién ha hablado de salir? —Raven se acercó a su oreja—. Me refiero a beber un poco y acabar la noche en mi cama —susurró sin una pizca de vergüenza—. Si tu papito Caleb te deja.

Félix lo apartó y le faltó muy poco para golpearlo.

—¿Qué te ha hecho pensar que me gustas? —rugió en cambio.

—Tranquilo, bonito. No me saques los dientes, sólo era una inocente oferta. Todos necesitamos divertirnos un poco, incluso tú.

—No quiero divertirme contigo.

—Una pena —Raven pasó la lengua por sus colmillos—. Tenía mucha curiosidad por saber si lo que dicen de los Omegas dominantes en la cama era cierto o sólo palabrería.

Tener esta conversación con Raven le estaba dando arcadas.

—Ni se te ocurra volver a molestarme —antes de pasar de largo por su lado, Raven lo agarró de la muñeca, frotando su dedo en ella. Félix se apartó rápido, cerró el puño y golpeó la mejilla del Alfa con él—. ¡¿Qué cojones haces?!—

Raven se rio.

—Tienes mi número de teléfono. No tardes en llamarme —dijo para luego marcharse sin más.

Félix apretó la mandíbula con fuerza, le llevaría horas deshacerse del olor de Raven y dos buenas duchas de agua caliente. Ese maldito lobo no respetaba los límites de ningún tipo y Caleb seguía dándole trabajo, parecía que Félix estaba siempre destinado a perder.

El enfado aceleró su respiración y decidió que era el momento de dejar las cosas claras de

una vez. No se molestó en tocar la puerta, entró en la cabaña esperando a que el propio aroma del lobo lo arrojara cómo una manta, pero siempre se encontraba con un sitio vacío y frío que no lograba alcanzar. Félix siguió las voces hasta el despacho del Alfa y se asomó para ver a Caleb, sentado en una de las sillas mientras que Helia le limpiaba el brazo cubierto de sangre.

Félix se precipitó hacia la habitación.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó corriendo hasta colocarse al lado de Helia, revisando con sus propios ojos la profundidad de la herida ahora que la mayoría de la sangre había sido retirada.

—Un oso —respondió Helia en su lugar, claramente enfadado.

Helia presionó el trozo de tela sobre la herida para detener la sangre.

—¿Fuiste a cazar osos?

—Estaba revisando el territorio, no sabía que había crías cerca y no vi venir a la madre.

—Es que tú no tienes que revisar nada. Tu trabajo es quedarte seguro en el despacho —respondió Helia, cómo si esa ya fuera la cuarta vez que se lo decía—. Tenemos cazadores, centinelas y lobos que se dedican a eso.

Al igual que un niño pequeño, Caleb se mordió la lengua para no responder, sabiendo que Helia llevaba razón.

—Félix. Aguanta aquí un momento. Necesito ir a la clínica a por aguja e hilo.

Félix tardó en reaccionar, por lo que Helia se tomó la libertad de agarrar su mano y presionarla con fuerza sobre el hombro de Caleb. Caleb se tragó un sonido de dolor y Félix se apresuró a disculparse.

—Tratar de hablar un poco en mi ausencia, sin recurrir a las garras. Le haríais un gran favor a toda la manada.

Caleb gruñó en respuesta, con la mirada fija en la pared mientras que Félix mordía su labio.

¿Cómo podía seguir enfadado con Caleb cuando el lobo no dejaba de sangrar y estaba claramente dolorido? Félix sólo quería lavarlo y besarlo. En ocasiones cómo esta, odiaba tener un instinto Omega tan fuerte.

Un hilo de sangre se deslizó hacia abajo y Félix apretó el paño, dándose cuenta de que lo había estado aflojando.

La mandíbula de Caleb apretó, y la mirada de Félix se deslizó por su cuello y torso, completamente desnudo. El calor ascendió hasta sus mejillas y dio gracias a que Caleb no estaba mirándolo. Pocas veces había visto a Caleb tan desnudo cómo la noche anterior, y no es porque los lobos del bosque fueran pudorosos.

Los centinelas pasaban la mayoría del tiempo en el bosque, cambiando su cuerpo y transformándose por lo que la desnudez era algo que estaba muy normalizado, pero Félix no recordaba haber visto a Caleb desnudo en toda su vida, y jamás había esperado que eso sucediera. No tan cerca. No con...

Félix se aclaró la garganta.

—¿Qué necesitas? —Caleb habló primero. Su tono era impersonal, y frío—. Espero que tengas una gran excusa para saltarte el trabajo y venir aquí oliendo a Alfa.

Félix se mordió el interior de su mejilla. Sabía que el olor de Raven había calado dentro de su piel, pero no esperaba que a Caleb eso le importara, o molestara.

—La tengo —respondió, y de nuevo, trató con todas sus fuerzas de engullir el aire que rodeaba a Caleb.

Nada.

Ni un solo matiz.

Félix se acercó.

—¿Cuál?

—Quiero... aclarar lo de anoche, y disculparme personalmente contigo.

Caleb no hizo ninguna expresión.

Félix miró a la puerta, esperando a que Helia entrara y cosiera ya su maldita herida para que pudiera empezar a gritar y despotricar. Sin embargo, Helia no apareció y Félix tuvo que respirar y tragarse su enfado.

—No pretendía desafiarte, ni incumplir tu castigo.

—Para no pretenderlo, lo hiciste muy bien.

Félix bajó la mirada a la mano con la que sostenía el hombro de Caleb. Repasó la cicatriz. Eso era lo único que ahora mismo lo unía con Caleb.

Un pacto de sangre.

Un pacto que Caleb tenía con todos los lobos de la manada y que le permitía controlarlos a su antojo. Y que claramente Caleb no hacía.

Félix sabía que si continuaba con el camino de cicatrices que se dibujaban en la piel de Caleb hasta el dorso de su mano iba a encontrar la misma marca que los unía. Y aunque para algunas personas podría sonar descabellado, a Félix le gustaba.

Le gustaba ver su marca ahí.

Le gustaba ver que Caleb sangró por él.

Le gustaba... Y no le gustaba a la vez.

—Estaba enfadado contigo —esta vez fue el turno de Félix de apretar la mandíbula.

—¿Conmigo? —Caleb giró la cabeza y sus ojos se cruzaron por primera vez desde que Félix entró en la habitación.

Estaban cerca. Dos centímetros y sus narices podían rozarse. Tres centímetros y Félix podía apretar su nariz contra la mejilla áspera de Caleb y respirar y encontrar su olor. Cuatro centímetros y...

—No esperaba tu noticia de emparejamiento —confesó con voz extraña.

No estaba mintiendo. A Félix le había dado repulsión escuchar que Caleb iba a tomar a una hembra, a vivir con ella, a tener hijos y a pasear de la mano y hacer lo que se suponía que las parejas hacían.

—¿Eso te hizo enfadar hasta el punto de poner en peligro tu vida en la manada? —Caleb preguntó—. Ya no eres un niño.

Félix tembló con furia contenida.

No era sólo eso.

Habían muchas cosas más que Félix no entendía y a las que no podía ponerles nombre aún.

—Layla me ha dicho que mi madre es tu compañera —Félix habló en presente, aún no sabía si su madre seguía viva o no y no le importaba. Lo único que quería era sacar alguna reacción de Caleb. La que fuera.

—Tu hermana se equivoca, como siempre.

—Pero estabais juntos, ¿verdad?

—¿De dónde sacas tantas tonterías?

El pecho de Félix tembló. Caleb no le mentiría, ¿cierto?

—La manada...

—Tu madre fue una gran amiga, no hay más. ¿Pensabas que iba a engañarla? ¿Por eso estabas tan enfadado?

Félix negó con la cabeza.

No era por ella. Ella sólo era una excusa para encontrar algo que tuviera sentido en toda esta maldita historia.

—Si mi madre era sólo tu amiga, ¿por qué se fue?

Félix lo vio entonces en los ojos de Caleb. Dolor. Dolor puro y duro, el cual Caleb tardó menos de un segundo en ocultar.

—No lo sé.

—Mentira. ¿Por qué se marchó, Caleb?

Caleb guardó silencio, y para consternación de Félix, quitó la mirada dando por terminada la conversación.

—Si no me cuentas la verdad...

—Vigila tus palabras, Félix.

—Layla me ha pedido que me traslade a su manada.

Los músculos de Caleb se tensaron, su mandíbula se apretó y cerró los puños con las venas de los brazos a punto de estallar. Félix grabó en su cabeza su reacción, su lobo bailando ante la rabia que Caleb estaba sintiendo y reprimiendo en ese momento.

—Así que la verdadera razón de tu visita era amenazarme.

—Sólo quiero respuestas. Tengo dieciocho años, mi madre me abandonó cuando no llevaba ni tres minutos respirando. La manada está llena de historias y bulos, y del único de quién puedo conseguirlas es de ti. Antes hablabas conmigo, Caleb. Me contabas cosas sobre ella, me ayudabas y aliviabas con tus palabras, pero desde hace unos años lo único con lo que me encuentro es con órdenes y situaciones que no entiendo —habló Félix al fin, sin respirar.

—No hace falta que pongas una excusa. Si quieres irte puedes hacerlo.

—¿Me estás escuchando?! —Félix levantó la voz—. No me quiero marchar pero...

—Lo entiendo, Félix. Tu madre se fue, tus Omegas adoptantes murieron, tu hermana conoció a su pareja en otra manada y también se marchó, y yo voy a emparejarme y dejar de prestarte atención y por eso tienes este berrinche.

—No estás entendiendo una mierda —La mirada de advertencia que le dio Caleb le hizo darse cuenta de que estaba cruzando la línea tanto con sus palabras cómo con su tono de voz.

—No tengo tus respuestas —dijo entonces Caleb.

—O no quieres dárme las.

Caleb tragó saliva y sus dedos rozaron los de Félix cuando agarró el trozo de tela que había cortado la mitad de su hemorragia.

Silencio.

—De acuerdo —masculló—. Borra mi cicatriz de tu mano. Me iré esta misma noche.

—No funciona así.

—¿A qué te refieres?

Caleb se acercó.

El pecho de Félix se comprimió.

—Si realmente quieres marcharte a otra manada, la cicatriz desaparecerá por sí sola. Mientras la sigas llevando, eres mío, Félix. Y me perteneces.

Félix aspiró las palabras cómo si de oxígeno se tratara. Los remolinos de su cabeza se detuvieron y el constante miedo a que Caleb se alejara de él amainó por unos segundos.

—¿Dónde está Helia? Sigues sangrando —dijo mirando hacia la puerta, esperando que eso desistiera a su lobo de seguir aullando.

—¿De verdad quieres saber lo que había entre tu madre y yo?

—Sí. Sí quiero.

—Estaba enamorado de tu madre —dijo en un tono duro como la piedra—. Y por si te lo preguntas, tu madre también estaba enamorada de mí.

Un balde de agua fría cayó sobre Félix. De repente, las palabras mío y me perteneces estaban tan lejos que era imposible tocarlas y tanto el lobo cómo él querían esconderse para siempre.

—Me has mentido.

Caleb gruñó.

—Nunca estuvimos juntos, Félix.

—¿Por qué?

—Ella era mayor. Tenía a tu hermana y estaba embarazada de ti. Me dijo que me quería, pero que necesitaba que su pareja fuera un hombre de verdad y no un niño. Y yo le prometí que me convertiría en todo lo que ella quisiera una vez que tú nacieras.

—Cuando yo naciera... pero eso nunca pasó. Ella se marchó al día siguiente.

—Sí.

—¿Por qué se fue? ¿Fue por mí? —su voz tembló con la última pregunta.

—Ya he contado demasiado.

—¿Sabes dónde está? ¿Sigue viva? ¿Hablas con ella? ¿Me parezco a ella?

—¿A qué viene eso último?

Félix mordió su mejilla.

—La gente normal tiene fotos de sus padres. Yo no tengo nada de ninguno —mintió.

Según Layla, su padre era un lobo incapaz de asumir el rol de padre, se acostaba cada día con una humana o loba diferente y nunca estaba en casa. A la tercera vez que su madre lo pilló en la cama con otra lo echó de casa y él se marchó a buscar más hembras. Y ella... Félix sabía que se llamaba Vera, que era una gran cocinera y Alfa. Preciosa y tan terca cómo él.

Caleb se movió hacia una de las estanterías con libros y Félix lo siguió por si de repente se caía.

—Abre la portada del tercer libro —ordenó Caleb.

Los dedos de Félix temblaban y su respiración se quedó atascada en algún lugar de su cuerpo cuando vio la foto de una mujer morena. No estaba mirando hacia la cámara, estaba distraída con los ojos en el cielo, sus manos ahuecaban la generosa barriga que ocultaba el largo vestido de flores y a Félix le gustó pensar que la estaba acariciando. Que su madre lo quería. Que su madre no lo abandonó después.

—A parte del color del pelo, y de lo cabezotas que sois los dos, no tenéis nada más en común.

Félix sorbió su nariz —. ¿Puedo quedármela?

—Claro.

Félix se apartó las lágrimas de un manotazo.

—¿Crees que me quería? —le preguntó sin poder evitarlo.

—Te quería mucho, Félix. Pero a veces, no estamos preparados para enfrentarnos a ciertas situaciones. Tu madre decidió huir.

¿Huir? ¿Huir de quién? ¿De él? ¿Por qué? Únicamente era un bebé.

Helia regresó y Félix terminó de espantarse las lágrimas.

Empujó el libro y la foto hacia el pecho de Caleb y gruñó.

—No me creo nada.

—Vete a casa, chico, ya es tarde. ¿Quieres que te acerque?

Félix rechazó a Jason. No había hecho nada más que ser un estorbo durante todo el día.

—¿Seguro? Llegarás en la mitad de tiempo, creo que más que ningún día necesitas una cama con urgencia. Has estado a punto de cargarte a mis gallinas con el pesticida de las plantas.

—Me vendrá bien tomar el aire.

Y más que eso, pensar. Jason no lo detuvo de nuevo, lo acompañó hasta la valla de madera, y le abrió la puerta.

—Tómate el día libre mañana.

—No es necesario. Estoy bien, de verdad.

—No lo parece, Félix. Si quieres hablar de algo...

—Te he dicho que estoy bien —respondió brusco—. Nos vemos mañana, tendré más cuidado con los químicos.

Jason lo miró durante unos segundos. Luego, suspiró.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Félix esperó a que Jason entrara en la casa.

¿Mala cara? ¿Por qué todas las personas en las que confiaba tenían que mentirle?

Layla le había mentido al decirle que se parecía a su madre, y Caleb... ¿acaso le había dicho alguna verdad?

Pensó en poner rumbo a la cabaña de Caleb para saber al menos cómo estaba su brazo, pero aprovechó que Milka no lo estaba persiguiendo y prefirió ir a dar un paseo por el bosque. Eso sí que lo tenía permitido, y si no era así que Caleb viniera a por él. De todas formas, lo único que el Alfa podía hacerle era castigarlo tres meses más en esa maldita granja.

Félix pateó una de las piedras del camino.

Eran las nueve de la noche, y el toque de queda estaba activado para los cachorros, adolescentes y lobas. No hacía demasiado frío, y hacía una noche perfecta para dar un paseo y olvidarse de todos sus problemas, sin embargo, sus problemas no lo dejaban en paz.

Frotó la cicatriz del dorso de su mano con los dedos.

Sigue estando, pensó con un extraño alivio en el pecho.

Se sentía tonto por sentirse así y se sentía aún más tonto cuando recordabas las palabras de Caleb. *Eres mío. Y me perteneces.*

El conocido escalofrío al que nunca llegaría a acostumbrar subió por su columna vertebral. Respiró y su lobo movió la cola entusiasmado. Dos malditas palabras y Félix quería arrodillarse delante del Alfa cómo lo haría cualquier Omega sumiso.

¿De qué iba? ¿Qué era lo que pretendía cuando dijo eso?

Félix estaba pateando todas las piedras que se encontraba por el camino cuando escuchó un ruido. Sus pequeñas orejas se sacudieron, alzó la cabeza para olfatear el aire y miró a su derecha.

Unos árboles le tapaban la vista, pero estaba seguro de que el ruido venía de ahí. Se agazapó y rodeó de forma silenciosa los matorrales. Podría haber sido un animal del bosque que venía a cazar, o un centinela, y no tenía ganas de que ninguno de los dos lo descubriera. Se escondió usando las sombras del bosque y la oscuridad como su mayor aliado y esperó a que las pisadas pasaran de largo para seguir con su camino.

—¿Quieres colocarlas aquí, Colm? —escuchó de repente una voz—. ¿No estamos demasiado cerca de la manada? ¿Y si uno de ellos...?

—¿No dicen que son superiores a los humanos? Seguro que saben distinguir una puta trampa de osos.

La pareja de humanos hablaban en susurros, usaban ropa oscura y botas de montaña. Olían a metal. Félix siguió observándolos de entre la maleza. El primero que había hablado era un palmo más bajo que el segundo, un poco más joven y estaba seguro de que su cabello era rubio.

—El gobierno humano tiene leyes claras sobre...

—El gobierno me puede chupar la polla. Somos cazadores, no hermanas de la caridad. Estos bosques antes eran nuestros. Mi abuelo cazaba osos aquí y yo no voy a dejar de hacerlo por un par de leyes de mierda.

—Sólo digo que no hay diferencia en poner las trampas un poco más lejos. Lo digo por los niños. Pagan un gran precio por ellos, pero solo si están de una pieza.

¿Qué?

Colm golpeó al otro humano en la mejilla y lo agarró del cuello de su chaqueta.

—¿Cuántas veces te he dicho que no hagas caso a lo que esos locos científicos dicen?

—¿Nunca lo has pensado? —su voz fue apenas audible y Félix tuvo que arrastrarse más cerca.

—No secuestramos a niños, Jonny.

—Son animales.

—Siguen siendo niños.

—Son doce mil. Joder, estoy cansado de helarme las pelotas por la noche para no cazar una mierda. Con dos podré pagar todas mis deudas, y estoy seguro de que tú también tienes algunas.

Colm lo empujó lejos —¿Crees que llevarse a una cría de lobo es tan fácil? Siempre están rodeados de la manada, y chillan cómo malditos hijos de puta cuando se encuentran perdidos. Si los lobos te pillan con uno de ellos en tu saco, se acabó el juego. Despídete de tu vida.

—¿Y si no me pillan?

—Deja de decir estupideces, y ponte a trabajar.

—¿Y si te digo que están ofreciendo el doble?

Félix se arrastró por el suelo. Se estaban moviendo.

—Cállate ya.

—¿Cuánto tiempo tardaríamos? ¿Diez minutos? Sólo es coger a uno de esos pulgosos y empujarlo dentro de un saco. Veinticuatro mil, Colm.

Colm sacó una pistola, y la garganta de Félix se comprimió.

Que se mataran ahí o no, no era su trabajo. Sin embargo, Félix quería seguir escuchando al rubio.

Estaban pagando por las crías. ¿Quiénes? ¿Eran esos científicos que había mencionado antes? ¿Para qué?

Félix se llevó la mano a la espalda. Mierda. No estaba en servicio y por lo tanto no llevaba su arma. Debía sacar su teléfono móvil y avisar cuanto antes a Ivarr, pero no quería que la luz brillante alertara a los cazadores.

—¿Quieres ir a por uno de esos críos? ¡Genial! ¡Lárgate! —meneó el arma—. Pero luego ni se te ocurra volver a hablarme.

—Colm. Tranquilo, joder. Somos amigos, era solo una broma.

—Pon la puta trampa y cállate la boca.

—De acuerdo. Está bien —le respondió poniéndose a trabajar.

Félix aún no había escuchado suficiente, si resolvía el misterio de los niños, Caleb no tendría más opción que devolverle a su puesto de centinela, quitarle los castigos y reconocer que era el mejor.

Sí.

El mejor.

Los cazadores ahora estaban distraídos y habían bajado la guardia mientras trabajaban.

Félix soltó un gruñido. La mejor parte de cazar era asustar a las presas, sin embargo, Félix no tenía tiempo de jugar, y tampoco quería que ellos se fueran corriendo por lo que no tardó en erguirse sobre la maleza.

El primero en verlo fue el rubio, que ya había estado alerta. Golpeó el brazo de Colm con la boca abierta.

—¿Qué te ocurre?

Señaló hacia Félix tembloroso.

—¿Dónde están los niños? —escupió.

Ahora que los tenía a unos metros de distancia podía verlos con claridad. Colm era mucho más mayor de lo que había pensado, tendría alrededor de cuarenta años. Su cabello era corto, blanco y con destellos grises, y un palmo más bajo que su compañero. Félix no olvidaba que ese humano iba armado. En cuanto al rubio...podía oler su miedo y pánico incluso en la otra punta del mundo.

Félix sacó las garras.

El rubio retrocedió de un brinco y Colm se esforzó por no seguirlo.

—¿Quién está pagando por los niños? —reformuló la pregunta dando un paso hacia ellos.

Sus ojos se detuvieron en el humano que temblaba, esperando una respuesta antes de que su lobo demandara el cambio.

—Regresa a tu cabaña, chucho —a Colm no le tembló la voz.

Félix sacó sus dientes y Colm levantó el arma, su frente estaba empapada en sudor.

—¿Qué quieren de los niños?

—Jonny, corre hacia el coche.

—¿Qué? Ni de coña te voy a dejar...

—¡Corre, mierda!

Félix saltó sobre él antes de que pudiera marcharse con la información, lo agarró del cuello rugiendo y lo golpeó contra el tronco de un árbol.

—Habla. ¡Ya!

Jonny chilló.

—¡No lo sé! Recibimos mensajes o llamadas desde teléfonos ocultos. Nos dicen una cifra, un día y un lugar. ¡No sé nada más!

—Has dicho que eran unos científicos, ¿para qué usan a los niños? ¿A cuántos tienen? ¿Qué es lo que quieren de ellos? ¿Por qué los asesinan?

Félix escuchó el chasquido del arma. Colm lo apuntaba a la cabeza con ambas manos.

—Suéltalo, perro. O dispararé y te reventaré los sesos.

—No lo harás, a menos que quieras estar rodeado de lobos en dos segundos. No os haré daño si me decís todo lo que sabéis de los niños, pero no puedo decir lo mismo de los otros o de las hembras a las que les habéis arrebatado a sus crías.

—Están...

—¡Cállate, Jonny!

—¡Deja de gritarme, mierda! ¡Lo tengo encima de mí! ¡Va a arrancarme la cabeza!

—Si hablas irán a por tu familia. Es un Omega, no tiene valor en la manada más que ser follado.

—¿Te parezco alguien que se deja montar? —gruñó en la oreja del humano.

Colm acercó el cañón a su sien —Suéltalo. Voy a disparar.

—No saldréis vivos de este bosque.

—¿Y crees que esa gente nos dejará vivir después de delatarlos?

—Os he escuchado, sé que tú no quieres secuestrar a ningún niño, Colm. Podemos protegerlos pero todo depende de lo que me digáis. ¿Vais a colaborar?

Los dos humanos se miraron.

—De acuerdo. Suéltalo.

—Baja el arma primero.

Colm bajó el arma y se separó de Jonny. Colm lo revisó.

—Os llevaré junto a mí líder —le faltó poco para no cantar.

No podía esperar a ver la expresión en el rostro de Caleb en cuanto los escuchara, y luego, él mismo iría tras toda esa gente que estaba detrás de las desapariciones y asesinatos de niños inocentes.

—Ey, chucho.

Félix giró hacia ellos justo en el momento en el que el cañón del arma se disparó contra él. La bala pasó cerca de la oreja. Si la intención de Colm fue fallar o no, Félix no lo sabía.

Tropezó, su pie se dobló y dio un paso hacia atrás para recuperar el equilibrio y abalanzarse sobre él. Entonces, escuchó el chasquido metálico, una gota de sudor resbaló por la frente de Félix antes de que la trampa de dientes afilados se cerrara con fuerza sobre su pierna derecha.

—¡Mierda, Colm! ¡¿Qué cojones haces?!

—Deja de chillar y arranca el coche, nos iba a matar de todos modos —Colm apuntó a su cabeza, o eso pensó Félix.

Los contornos de su visión se volvieron borrosos. Una de las manchas oscuras tiró de la otra y Félix gruñó en silencio, machacándose la lengua con los dientes y gritando cuando eso no fue suficiente para aislarse del dolor. Agarró la grande boca de metal con ambas manos y sintió sus extremidades frías antes de perder la conciencia.

CAPÍTULO 6:

RESPIRA

Caleb salió corriendo nada más recibir la llamada de Ivarr. En cuanto abrió la puerta, una ráfaga de olor a sangre y hierro lo golpeó. En el suelo de madera había un rastro carmesí que conducía a una de las habitaciones. Con la vena en el cuello a punto de estallar y una extraña opresión en el pecho, Caleb logró asomarse por la puerta antes de que Ivarr y Marcus salieran de ella.

El lobo de Caleb empezó a temblar de miedo.

Él no. Él no. Él no.

Pero era Félix. Félix era el que estaba sobre una camilla ensangrentada con una especie de boca metálica clavada en su pierna. Pálido. Ojeroso y demacrado.

—Te dije que no lo avisaras aún —masculló Helia junto a una maldición, luchando por soltar la pieza afilada de la carne de Félix.

Ivarr colocó una mano sobre el hombro de Caleb, cómo si quisiera impedirle el paso, sin embargo, su agarre apenas tenía fuerza.

—Respira. Caleb —le susurró el entrenador en secreto—. No pierdas el control ahora. Respira y enfría la cabeza, Félix necesita que estés tranquilo.

Caleb trató de hacerlo. Su mandíbula chasqueó cuando Helia falló de nuevo con soltar la trampa.

—Haz que le quiten esa maldita cosa del pie o entraré y lo haré yo mismo —rugió contra Ivarr sacando las garras.

Ivarrladeó la cabeza hacia Helia, y el Beta asintió débil, captando el mensaje. Helia cambió de utensilio y las ganas de correr hacia la camilla y sostener el rostro de Félix para obligarle a abrir los ojos lo estaban matando.

Caleb dio un paso hacia delante. Le habían puesto ya una intravenosa y le estaban haciendo una transfusión de sangre, su pecho subía y bajaba muy lentamente y pronto tendría esa horrible cosa lejos de él y estaría curado.

Caleb se aferró a ese pensamiento más que a nada en el mundo, lo reprodujo una y otra vez y no pudo controlar su cuerpo en cuanto Félix empezó a parpadear. Lo agarró de las mejillas. Mierda. Joder. Estaba muy frío.

Los ojos de Félix iban de un lado a otro, se cerraban y regresaban a los pocos segundos, se meneó de la camilla y Marcus tuvo que agarrarlo de las manos para que no llegara a arrancarse la vía o intentara levantarse.

—Los niños...los niños... —musitó tan bajo que apenas podía escucharse.

—No te muevas.

—Caleb...

—Vas a ponerte bien.

—Lo sien...

—Está bien. Está todo bien. No tienes que pedirme perdón. ¡Helia!

—¡Estoy intentándolo! —el agobio estaba llegando al rostro manchado de sangre de Helia, cambió de nuevo de herramienta pero no había forma de separar los dientes.

—Caleb...

—Estoy aquí. Por favor, aguanta un poco más.

Los ojos azules de Félix se desbordaron y Caleb gruñó, rugió y empezó a temblar.

—¡Ivarr, sácalo de aquí! ¡Sácalo y llévatelo lejos!

Por más que intentó luchar contra Ivarr y luego contra Marcus, no pudo evitar que lo empujaran hacia fuera y agarraran. La máquina de pulsaciones dio un largo pitido y todo el cuerpo de Caleb se congeló.

—Ron está siguiendo a los cazadores por la carretera, me dará una dirección clara en cuanto se detengan. Hemos asegurado el bosque y quitado el resto de trampas.

Caleb asintió a las palabras de Ivarr. Sus ojos seguían clavados en el pecho de Félix que de forma milagrosa, subía y bajaba con suma lentitud.

—Siento mucho lo que acaba de pasar —continuó el lobo.

Caleb sacudió la cabeza. Aún le temblaban las manos y las rodillas, había estado a punto de perder el control, sus feromonas se habían disparado contra todos y unos segundos más y su lobo hubiese salido rugiendo y acabando con todo. Félix estaba vivo ahora gracias a eso.

—Has hecho lo que tenías que hacer.

—Jason se despidió de él y nadie lo vio entrar en el bosque.

—Avísame cuando tengas esa dirección —le dijo a Ivarr acercándose de nuevo al rostro de Félix.

Esperando, y esperando, y esperando a que abriera los ojos. Helia consiguió sacarle el cepo de la pierna, parar la hemorragia y estabilizarlo, mientras que Caleb perdía la cabeza. Se había marchado cinco minutos a cambiarse el pijama y la bata ensangrentado y Caleb también debería ir a darse una ducha una vez que el Beta regresara, pero no podía quitarle los ojos de encima. Tenía miedo de que si lo hacía...

Caleb tomó aire expulsando de su mente ese pensamiento.

Rozó con los nudillos vendados su mejilla.

Por más que no le gustase a Caleb, su relación con él siempre había sido así. Félix lo buscaba, Caleb lo ignoraba, Félix se enfada, gritaba y amenazaba y Caleb conseguía calmarlo. Pero durante estas semanas las cosas se habían salido de lugar.

Félix había incumplido dos veces un castigo. Se había pasado por el forro las normas de la manada, había ido solo a enfrentarse a los cazadores, ¿pero qué importaba todo eso ahora?

Félix estaba vivo. Mierda. Estaba vivo. Respirando. Estaba justo ahí. Y le importaba una mierda todo lo demás.

—Tenemos su ubicación —informó Ivarr desde la puerta.

—Espérame fuera, en seguida voy.

—¿Te vas? —Helia bajaba del piso superior con el pelo mojado y nueva ropa—. Lo primero que hará al despertar será preguntarte por ti.

—Regresaré antes de que abra los ojos.

—Caleb, por una vez...

—Tengo que hacer esto —irrumpió con ansia en su voz—. Tengo que acabar con los cabrones que le han hecho esto.

Helia tragó saliva, y Caleb juraría que el Beta se estaba mordiendo la lengua para no decir algo más. Pasó por su lado y se metió en la habitación con Félix.

Caleb regresó cuatro horas más tarde, limpiándose la sangre de la mandíbula y recolocándose la nueva muda de ropa que había encontrado dentro de uno de los escondrijos de la manada.

Siempre disponían de ropa, botellas de agua, y botiquines escondidos por las zonas para que los centinelas estuviesen equipados y preparados en cualquier ocasión, e Ivarr muchas veces se encargaba de reponerlos en sus clases.

—¿Ha...?

—Está despierto —asintió Helia, con los brazos sobre su pecho.

Caleb respiró y fue cómo si lo hubiese hecho por primera vez en años.

—¿Cómo está?

—Ha entrado en celo, le he dado medicación, y sedantes pero tardará en hacerle efecto. Está desorientado, así que es mejor que lo dejes descansar por ahora.

—No me voy a ir de aquí sin verlo, Helia. Y lo sabes.

—Ha perdido mucha sangre, es muy probable que no se acuerde de nada de lo que le digas.

—Me da igual.

—Tampoco tendrá energía para otra regañina.

—No pienso reprenderlo hoy. Mierda, Helia, sólo quiero asegurarme de que respira.

—¿Respiran los dos cazadores?

—¿Tú qué crees?

—Cal, ¿acaso sabes las consecuencias que puede traer a la manada si el gobierno se entera?

Caleb apretó la mandíbula —.No lo hará.

—Algún día. No puedes ir tras los cazadores, no es tú trab...

—Basta ya, Helia. ¿Quieres que sea una estatua? ¿Quieres que me quede en mi despacho cómo una piedra mientras que mis tierras son atacadas? ¿De verdad crees que voy a consentir que un par de humanos le hagan daño a mi gente? Yo no soy ese. Y la Luna lo sabía cuando me hizo líder.

—El gobier...

—El gobierno no nos ayuda. Tanto tú cómo yo sabemos que los humanos nunca nos aceptarán. Sus presidentes permiten que los cazadores sigan en pie y los dejan en libertad después de pasar una noche en el calabozo. Toda su fachada de igualdad y respeto es falsa, por eso los casos policiales y denuncias se extravían o se clasifican.

—¿Cómo sabes eso?

Caleb evitó la pregunta.

Ni humanos ni lobos querían iniciar una guerra, así que ambos sonreían mientras sostenían un cuchillo a sus espaldas, y eso era difícil de reconocer en voz alta.

La paz entre especies era una mentira de la que sólo los líderes de las manadas eran conscientes.

—No más de diez minutos —sentenció Helia—, y estaré escuchando tras la puerta, que te quede claro.

Siguió a Helia y esperó a que le abriera la puerta. Era la misma habitación de hace unas horas, la única diferencia era que habían cambiado la camilla por una cama, y la sangre por un líquido transparente que goteaba. Caleb se aproximó sintiendo el olor débil a rosas calando bajo su piel y metiéndose en su sistema. Su lobo se incorporó en su mente al ver el cuerpo de Félix débilmente tapado con una sábana de la que sobresalía su pierna herida y vendada.

Le habían cambiado de ropa por un pijama de color blanco, cómo los que siempre usaban los lobos que se quedaban ingresados.

Caleb levantó la mano y la colocó sobre su frente para retirarle el flequillo húmedo y el sudor. Félix mordió su labio, respiró de forma entrecortada y abrió los ojos muy lentamente.

Caleb sonrió. Al fin.

—Hola —susurró bajo. No para que Helia no pudiera escucharlo, si no para no asustar a Félix.

—Mmmm... —murmuró Félix buscando con la cabeza su contacto.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Caleb?

Caleb acarició en su mandíbula —. ¿Te duele algo? Dime.

Félix entrecerró los ojos, subió su mano enredada con la sábana, sostuvo la de Caleb contra sus labios.

—Hueles a sangre —soltó en un suspiro.

—He despellejado a un ciervo —dijo agarrándose a la cama para no saltar sobre el chico en celo.

Félix besó su piel y los músculos de Caleb se tensaron.

—Félix, no hagas eso.

—¿No te gusta? En mis sueños siempre te gusta.

—Mierda, cariño. Tenemos muchas cosas que arreglar antes de esto.

Félix subió la mirada, sus mejillas estaban coloradas, y eso llenaba de alivio a Caleb cuando hace menos de tres horas estaba igual de blanco que un folio.

—No quiero hablar.

—¿Tienes sueño?

Félix tiró de su antebrazo y se quejó cuando trató de incorporarse y media parte de su cuerpo no colaboró.

—No te muevas.

—Ven.

—No puedo, Félix.

—Ven —repitió lamiendo sus labios.

—Ca...

—Mañana. Mañana dejaré que me rechaces. Pero por favor, te necesito cerca. No sé por qué. No sé qué me ocurre contigo. Quiero olerte.

Caleb sabía lo que era.

Rechazar a Félix nunca había estado en sus planes. Pero tampoco quería que se enterara de la conexión que ambos compartían. Caleb... simplemente quería mantenerlo seguro de cualquier peligro. Protegido. Envuelto en seda.

Aceptó que se uniera a los centinelas y que aprendiera a luchar porque sabía que eso era lo que le hacía más feliz. Pero estas últimas semanas...

Caleb miró a la puerta, esperando a que Helia irrumpiera y diera por terminada la visita.

Félix hizo un ruido.

—¿Me odias tú también?

Caleb se giró rápido —. No, mierda. Cariño, no te odio.

En realidad, no estaban exactamente lejos. Félix se negaba a soltar su brazo y a Caleb le faltaban menos de diez centímetros para hundir la cabeza en el cabello del Omega, sin embargo, para un lobo en celo esa escasa distancia era suficiente para ponerse a rabiarse.

—Cariño...

—Me duele, haz algo.

—¿Qué te duele? ¿Es la pierna?

—Tengo calor.

—Estás en celo, el medicamento aún tardará un poco en hacer efecto. Trata de dor... —la voz de Caleb se atascó cuando Félix lamió su pulgar y chupó.

Caleb tragó saliva. Respiró. Duro. Muy duro.

—Félix —gruñó viendo cómo apretaba sus muslos bajo la sábana.

Esto no estaba bien.

Esto estaba remotamente lejos de estar bien.

Sacó el dedo y sostuvo su barbilla.

Helia lo iba a matar por esto.

—Quédate quieto, ¿de acuerdo?

Félix se quejó, y sus labios se abrieron para gemir cuando la gran mano de Caleb bajó por su cuello y se metió entre la tela de la holgada camiseta blanca hacia uno de sus pectorales, lo apretó y sus dedos jugaron con el pezón suave hasta endurecerlo. Félix apoyó los codos en la cama, y Caleb presionó su pecho con una mirada de advertencia.

—Si te mueves, se acabó.

En lugar de una queja por su parte, Félix asintió con la cabeza dejando caer los hombros sobre el colchón. Caleb bajó por su abdomen hasta la cinturilla del pantalón incapaz de quitarle los ojos de encima a Félix.

Su cara. Sus ojos perdidos. Sus labios que no dejaba de mordisquear. Su pecho que subía y bajaba. Su piel.

—Más.

—Espera.

—No. Más — Félix alargó la mano con un gemido hasta alcanzar con sus dedos el miembro duro de Caleb —. Esto.

—Mierda, Félix. Estoy intentando ser medianamente decente contigo.

—No quiero que seas decente.

—Estás herido.

—No quiero...pensar. Haz que no piense en nada.

Caleb masculló una palabrota, los muelles del colchón sonaron cuando clavó la rodilla en él y se acostó junto al lado del Omega que tenía la pierna sana. Félix agarró el cuello de su camiseta y olió la tela.

—Por favor. Por favor, Caleb —Félix suplicó una vez más. Vulnerable. Frágil. Un lobo rabioso convertido en un cachorro el cual Caleb quería cuidar, mimar, sermonear y follar.

Suave, Caleb inclinó la mandíbula de Félix para besarlo.

CAPÍTULO 7:

DUELE

Todo daba vueltas a su alrededor. La Luna y las nubes lo rodeaban y espiaban por la ventana, el pequeño cuadro de la pared con el que había despertado danzaba hacia arriba y abajo, y entre todo ese amasijo de confusión y calor estaban las manos firmes de Caleb que lo mantenían estático sobre la cama.

Félix ladeó la cara, o fue Caleb quién lo guió a hacerlo. No importaba. Los dientes del Alfa mordisquearon su labio con la dureza necesaria para hacer que jadeara y abriera aún más la boca. Se agarró a la ropa de Caleb, y gruñó para sí mismo cuando su cuerpo no se movió ante la orden de trepar sobre Caleb y frotarse contra él.

—Quiero... —intentó decir entre jadeos— subir.

—¿Subir? ¿Dónde?

—A ti —respondió entre besos, aceptando con los ojos cerrados la lengua de Caleb en su boca.

—Hoy no.

—¿Cuán...?— Félix gimió cuando Caleb acarició entre su muslo, obligándole a doblar la rodilla de la pierna sana.

Su estómago tembló y su cabeza dejó de funcionar en el mismo instante en el que Caleb presionó sobre delgada ropa de algodón contra sus testículos y entre sus nalgas.

—Ropa...no...

—Ten paciencia —gruñó Caleb, casi parecía estar disfrutando de verlo temblar con un simple roce suyo.

Félix enredó su lengua alrededor de la de Caleb, moviendo la cadera contra sus dedos y bajando parte de su pantalón.

—No paciencia —masculló sin aire—. Te quiero. Dentro.

—Félix —sonó ronco, contenido.

Lamió su barbilla y vio la mano vendada de Caleb desaparecer bajo su pantalón, apretó la cabeza en el pecho del Alfa cuando sus dedos masajearon suave sobre su agujero húmedo.

—Más...Fuer...

—Tu cuerpo no va a poder aguantarlo esta noche.

—Yo puedo —mintió terco.

A parte de que la habitación seguía dando vueltas, no sentía su pierna y las puntas de sus orejas empezaban a adormecerse. Había estado en contra de que Helia le pusiera más medicamento, Félix prefería enterarse de lo que pasaba a su alrededor incluso si tenía que sufrir dolor a drogarse y no recordar cómo mover un maldito pie, pero Helia se había negado, y ahora luchaba por aferrarse a Caleb tanto como su conciencia y cuerpo se lo permitieran.

Caleb besó su cabeza y los ojos de Félix se entrecerraron al sentir la dulce y lenta presión de sus dedos entrando en él. ¿Era uno? ¿Dos? ¿Tres? Su lado dominante lo animaba a bajar la cabeza, agarrar la muñeca de Caleb y mover sus dedos más hondo, más fuerte. Por desgracia, lo único que podía hacer era agarrarse débilmente a la cintura del Alfa deseando y añorando...

—No llores, Félix. Mierda. Joder. Esto es todo lo que puedo hacer.

—No te vayas —masculló.

—No me voy a ir.

—No me dejes.

—Estoy aquí —Caleb le obligó a levantar la cabeza —. Estoy justo dentro de ti, cariño — Caleb movió sus dedos —. ¿Me sientes?

Félix asintió mordiendo su labio, agarró la nuca de Caleb y aplastó su rostro en su cuello bebiendo y llorando cuando sus dedos empujaron más fuerte. Su cadera se sacudió, sus dedos apretaron, su boca se abrió sin pensar y sus dientes y colmillos se cerraron sobre músculo, piel y sangre.

Caleb apoyó la cabeza sobre su mano. Había dejado a Félix durmiendo en la habitación, lo había tapado con las sábanas e ignorado la mirada de desaprobación de Helia antes de salir de la cabaña y dejar que el sanador revisara su estado.

—¿Puedo acompañarte?

Caleb levantó la cabeza hacia Ivarr, asintió y el lobo se sentó a su lado sobre los escalones del porche.

—¿Tampoco puedes dormir?

Ivarr negó con la cabeza, le dio una calada al cigarro y se lo ofreció.

—No, gracias.

—Es una mierda, pero ayuda a relajarte. Aunque me temo que voy a tener que dejarlo, Zoe siempre arruga la nariz cada vez que huelo a tabaco.

—¿Con quién está? —preguntó Caleb.

—Jason ha insistido en llevársela unos días a la granja. Cree que necesito un poco de tiempo después de lo de Félix.

—¿Has entrado a verlo?

—Sí, pero estaba durmiendo.

—No es tu culpa, Ivarr.

—Es uno de mis centinelas, tengo la obligación de saber dónde está en cada momento.

—Le prohibí ejercer su puesto, no había forma de imaginar que esto pasaría.

—Llegué tarde. Si hubiese puesto más vigilancia en ese sector, o al menos ir personalmente a revisar la zona, el chico estaría sano y salvo.

—Has estado vigilando a todos los niños de la manada y cambiamos los puestos de los centinelas a las zonas más vulnerables. Félix estará bien en unas semanas, pronto lo tendrás de nuevo dando golpes en el gimnasio, pensemos en eso. ¿De acuerdo? —habló Caleb, convenciéndose también a sí mismo con sus palabras.

—Es un chico fuerte. Cabezón como una mula, pero muy fuerte.

—Así es —sonrió Caleb.

—Nació para ser centinela, esas cosas se notan, Caleb.

—Lo sé.

Pero no dejaba de ser demasiado impulsivo.

—Sea lo que sea que tengas pensado hacer con él, no le quites eso. Es un favor que te pido.

—Lo tendré en cuenta.

Ivarr terminó su cigarrillo, tiró la colilla al suelo y subió los ojos hacia la noche.

—También... no hace falta que esto te lo diga yo, deberías saberlo, Cal. La manada lo aceptará. Lo hemos visto crecer y te hemos visto a ti, y aunque a algunos puede que les cueste entenderlo al principio, lo harán, y si no tendrán que enfrentarse a mí.

Caleb se llevó la mano al hombro. Si Félix le hubiese mordido cinco centímetros más a la derecha, ya lo hubiese marcado.

—No me preocupa ese lado de la manada.

—¿Y qué es?

—¿Recuerdas la muerte de Opal? —le preguntó Caleb.

—Como si fuera ayer —Ivarr hizo una mueca. Opal fue su compañera y la madre de Zoe, murió hace dos años en la ciudad debido a un accidente de coche.

—Si le llega a pasar algo a Félix...

—No pienses en eso.

Caleb suspiró, por más que lo intentara, no podía.

—¿Cuántos de vosotros lo sabéis?

—Sólo los que hemos pasado más tiempo con los dos.

—¿Y el resto?

—Saben qué está pasando algo extraño.

—Genial —masculló.

—A nadie se le ocurriría ponerle una mano encima, te lo aseguro.

Caleb creyó a ciegas sus palabras. Por supuesto que ningún lobo que no estuviera preparado para morir sería capaz de atacar a Félix. Caleb se había encargado de ello.

—¿Puedo preguntar cómo ocurrió? ¿Desde cuándo lo sabes?

Caleb se frotó la línea de la mandíbula.

—Desde el día en el que nació.

Ivarr no dijo nada más, encendió otro cigarro y acompañó a Caleb hasta que las cenizas se enfriaron en la tierra. Le dijo que mañana regresaría para verlo antes de dar su clase y Caleb volvió a la clínica de nuevo.

Helia le había preparado una habitación contigua a la de Félix, aunque ambos sabían que el Alfa no iba a usarla. Prefería dormir a los pies de Félix a que una pared lo separara de él.

Entró sin apenas hacer ruido, pero las orejas del Omega se sacudieron y sus ojos buscaron los de Caleb para invitarlo a acercarse más. Seguía en la misma posición en la que lo había dejado, con la sábana sobre sus hombros y los dedos del pie saliendo de ella. Caleb besó la frente del Omega adormilado.

—Duerme.

Esa misma semana encontraron otro cuerpo en mitad del bosque y más cerca de las puertas de la manada. Ya no era un Alfa. Esta vez se trataba de un pequeño Omega al que le habían arrancado la cola y las orejas. Ivarr se encargó de dar con la familia y hablar con ellos. No desvelaron el estado del niño a la manada, las hembras ya estaban demasiado asustadas como para decirles que habían encontrado un cuerpo mutilado, pero sí que avisaron a los líderes de otras manadas, incluyendo a Adam.

—Hago recuento todas las semanas y los cachorros y sus madres descansan en un piso de protección vigilado. ¿Crees que... el gobierno humano está detrás?

—No descarto ninguna opción. Incluso... estoy empezando a sospechar de miembros de mi propia manada —le respondió Caleb a Adam, el líder de la manada de la ciudad, sintiéndose culpable.

—Se llevan crías de manadas pequeñas, ¿tienes algún miembro que viaje o se mueva por esas zonas?

Caleb se detuvo a pensar, apretando el teléfono en su mano.

—Todos los movimientos tienen que ser aprobados por mí. Me hubiese dado cuenta.

—Investigaré todo lo que pueda. Tengo amigos en la policía, pero habrá que ir con mucho cuidado, así que no sé si tendré noticias pronto.

—Lo entiendo. ¿Has pensado en lo que te he propuesto? —le preguntó llegando a la clínica.

—¿Seguro que quieres enviar a uno de tus chicos? Si llega a pasar algo...

—Confío en ti y en que harás todo lo posible por mantenerlo a salvo —respondió Caleb con total seguridad.

Jamás había visto en persona a Adam, pero cómo la mayoría de los líderes de las grandes y pequeñas manadas se mantenían en línea cuando ocurría alguna catástrofe similar.

En el caso de Dardo, Adam fue el que lo llevó a la policía e intentó seguir las pistas del niño en la ciudad, también fue el que les informó de la muerte de Opal, la compañera de Ivarr, y llevó a los culpables humanos hasta el tribunal. Caleb podía contar innumerables historias de cachorros desorientados y perdidos, de un Omega de su manada siendo atacado por humanos y Adam siempre había dado su mano para ayudarlos.

—¿Cuándo llegará?

—Mañana a primera hora.

—¿Es un centinela? ¿Sabe pasar desapercibido?

—Lo verás en cuanto llegue. Se llama Elek, pero es mejor que uséis otro nombre y carnets falsos, sólo por si el gobierno humano está metido en esto.

—Proteger la manada. Lo sé.

—Concentraros en descubrir cómo logran llevarse a los niños. He trazado un mapa con los lugares de sus desapariciones pero están repartidos por toda la zona, así que o es una persona con experiencia en los lobos y caza...

—O son un grupo —concluyó.

—Y me temo que puede ser esa última.

Escuchó a Adam tomar una respiración.

—El niño Omega, ¿fue torturado?

Caleb apretó la mandíbula, miró a su alrededor y se deslizó hacia el pequeño despacho de Helia lleno de papeles.

—Le arrancaron las orejas y la cola antes de morir. Mucho antes, el tejido estaba cicatrizado y tenía alrededor de tres semanas. También, le abrieron el estómago.

—¿Qué?

—Tenía una incisión bajo el ombligo.

—¿Le quitaron algún órgano?

A Caleb se le revolvía el estómago cada vez que lo pensaba.

—No.

—¿Lo abrieron y cerraron?

—Sí.

—¿Qué sentido tiene eso?

—Los Alfas tenían marcas de agujas y sedantes en sus venas, el Omega no.

—Los Omegas son más sumisos, no necesitarían drogas para dominarlo. ¿Tenía también un número grabado? —preguntó Adama.

—Trece. Elek te lo explicará todo con detalle.

Caleb dejó caer la mano a su costado, guardó el teléfono móvil y fue a ver a Félix. Llevaba toda la semana con fiebre y el celo aún no había remitido. Soportaba las curas con muchos calmantes y le sacaba los dientes a cualquier lobo que intentara acercarse a él, menos a Caleb.

Con Caleb era...

Mierda. Félix era jodidamente dócil y necesitado de atención, algo a lo que el Alfa no estaba nada acostumbrado y que le estaba reventando la cabeza. Sabía que se comportaba de esa manera debido al celo y que el Félix con sus cinco sentidos jamás suplicaría para que se acercara, sin embargo, la línea de la realidad y de la fantasía ahora mismo era realmente delgada en su cabeza. Tan delgada que se había encontrado marcándolo con sus feromonas más de una vez.

Y lo haría de nuevo.

Félix se revolvió en la cama y Caleb lo rodeó. Colocó la mano sobre su frente para medir la temperatura y se aseguró de que la vía no se había movido de su brazo antes de acariciarle una de sus pequeñas orejas.

—Mmm... —murmuró.

—¿Necesitas agua?

Félix negó con la cabeza.

—Duele —musitó bajo Félix.

—¿Qué te duele?

—Pierna.

Caleb miró hacia el gotero de nuevo para asegurarse de que había suficiente medicación, aún faltaba más de media bolsa por vaciarse.

—Deja que eche un vistazo.

Caleb tiró de la sabana lo suficiente como para dejar al descubierto las vendas manchadas de sangre, desenvolvió con cuidado la pierna.

—¡Helia!

CAPÍTULO 8:

LAYLA

Félix despertó con las pestañas pegadas y un sabor amargo en la boca. Abrió los ojos, sintiéndolos pesados, y trató de fijar su mirada en las grietas del techo. Se dio cuenta de que ese no era el techo de su habitación y no tardó en ver que se trataba de una de las habitaciones de la clínica mientras incorporaba su espalda muy lentamente.

Masticó en su boca y se frotó la cabeza con la mano. Nuevamente, todos sus movimientos eran pesados y perezosos, como si estuviera en cámara lenta.

¿Había sufrido algún celo fuerte? Normalmente, él podía controlarlos pero sabía de lobos que habían tenido que ir a la enfermería por los síntomas. ¿Cómo había llegado a la enfermería? ¿Qué había pasado? Félix intentó recordar cualquier mínimo detalle, sin embargo lo último que le venía a la mente era la conversación que había tenido con Layla en la que su hermana le pedía que recogiera todas sus cosas y abandonara la manada para ir con ella y también...

—Porque mamá era su compañera.

Esas palabras habían hecho que Félix abandonara la estúpida idea de que entre Caleb y él había algo más.

Félix hizo un ruido seco con su garganta. Todo estaba en silencio. Se giró para ver si habían dejado algún vaso o jarra con agua e intentó levantarse. La intravenosa que llevaba colgando de su brazo con suero se enganchó y cayó al suelo. La aguja desgarró parte de su piel y la puerta de la habitación se abrió de golpe.

—¿Lay...? —Félix no pudo terminar la frase. Su hermana lo arropó entre sus brazos, llorando.

—Gracias a la diosa. Gracias. Gracias —repitió besando su frente.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado?

Layla se separó de él, pero antes de responder soltó un alarido fijándose en la sábana manchada de sangre, llamó a Helia y usó la propia tela blanca para tapar la herida y hemorragia. A Félix ni siquiera le había dolido.

Helia llegó corriendo. Su bata estaba arrugada.

Helia tomó su temperatura, le hizo seguir con los ojos una pequeña luz y alzó varios dedos frente a él.

—¿Cuántos dedos tengo? —preguntó.

—Tres. ¿Por qué está mi hermana aquí?

—¿Qué es lo último que recuerdas, Félix? —Helia revisó el desgarró.

—Recuerdo haber hablado con Layla por la noche y quedarme dormido. ¿He tenido algún ciclo de celo fuerte?

—¿Cómo te sientes? ¿Te duele algo?

Félix frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado, Helia? ¿Dónde está Caleb?

—¿Preguntas por ese idiota? —gruñó Layla.

—Layla, por favor —Helia respondió y luego volvió la cabeza hacia Félix, sus ojos se

suavizaron —. Félix, llevas dos semanas en coma.

—¿Qué estás...? ¿Dos semanas? Eso es imposible. Ningún celo por muy fuerte que sea te hace entrar en coma.

Layla soltó un sollozo. Se tapó la boca con la mano.

¿Qué había pasado? ¿Por qué ninguno de los dos respondía?

—Tengo sed —dijo Félix apartando las sábanas de encima. Por un momento, pensó que su visión le estaba jugando una mala pasada, que se había mareado, que en realidad Helia no le había enseñado tres dedos, si no dos, que había algo tapando su pierna, que...

Escuchó a Layla llorar más fuerte. Félix no pestañeó. No podía. No se movió. No habló por más de media hora en la que su mente parecía haberse ralentizado o más bien, paralizado.

Helia lo llamó un par de veces, sacó a Layla de la habitación y le pidió que saliera un rato de la cabaña para tranquilizarse, regresó con una jarra de agua que dejó junto a la mesa de noche y un vaso y colocó la mano sobre el hombro de Félix.

—Te encontraste con unos cazadores, caíste en una trampa para osos. Intentamos parar la infección, pero se extendió hasta tu rodilla —explicó Helia.

Félix continuaba mirando el lugar en el que antes estaba su pierna, habían cortado sobre la base de su rodilla.

Cortado.

—Intentamos encontrar más alternativas. La infección se estaba extendiendo más rápido de lo que pensábamos. Si hubiese llegado a tu corazón, te habríamos perdido.

Félix tragó saliva, rechazando el vaso de agua que Helia le ofreció.

—Entiendo que estés confuso, Félix. Erick tiene las puertas de su consulta abiertas para ti.

—No quiero un psicólogo. ¿Dónde está Caleb?

—Está atendiendo un asunto urgente.

—Mi hermana, ¿quién le dijo que viniera?

—Le contamos lo sucedido y se presentó aquí al día siguiente. Félix, hicimos todo lo que pudimos para mantenerte con vida.

Félix levantó la cabeza finalmente. Sabía que las palabras de Helia eran sinceras, y también sabía más que ninguno que lo acababan de condenar.

—¿Puedo estar solo un momento?

—Es mejor que hables...

—Por favor... —su voz se quebró por unos instantes.

Helia asintió con la cabeza y abandonó la habitación dejando la puerta entrecerrada. Félix se tapó la boca con la palma de la mano, y empezó a llorar.

—Come un poco más —le dijo Layla cuando Félix dejó los cubiertos encima de la bandeja.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí?

Había comido un poco de sopa y dos trozos diminutos de carne y ya sentía que iba a explotar. Helia le había dicho que era normal sentirse lleno con poca comida después de haber estado dos semanas alimentándose de una bolsa de fluidos, también le había comentado que había bajado unos kilos de peso y que cuando estuviera preparado podría pesarse de nuevo y establecer una dieta para poder recuperarlos.

Preparado.

Eso era lo único que Félix había escuchado durante toda la semana.

Preparado para ver su muñón.

Preparado para ponerse en pie.

Preparado para salir y encontrarse con la manada.

Preparado para volver a su vida.

—Vaya... ¿tan rápido te has cansado de tu hermana?

—No necesitas estar conmigo a todo momento. Seguro que tienes cosas que hacer en tu manada.

Crecer junto a su hermana había sido una de las cosas más divertidas y desafiantes de su vida. Ella era Alfa, cabezona y demandante, no había nada que uno no pudiera hacer si se lo proponía, sin embargo, ese fuego latente en su mirada se había desvanecido desde que Félix había despertado.

—Me iré cuando sepa que vas a estar bien —comentó retirando la bandeja.

—Entonces, te quedarás para toda la vida.

Los ojos brillantes de Layla regresaron y Félix se mordió el labio para evitar llorar de nuevo. Se había pasado toda la semana llorando y lamentándose. Había culpado injustamente a Helia, odiado a Caleb por no atreverse a mostrar su cara e imaginado una y otra vez lo que hubiera sido su vida si no hubiese ido al bosque esa noche.

—No digas....

—No puedo ponerme en pie sin ayuda. No volveré a correr por el bosque. No puedo... — Félix apretó su mandíbula—. No lo siento —confesó sintiendo un vacío en el corazón—. Mi lobo ha desaparecido, y ya sabemos que no puedo salir de la manada, estás perdiendo tu tiempo aquí.

—Hablaré con Robert y Cleo —mencionó Layla a la pareja Alfa de su manada que ocupaban el puesto de líder—. Les explicaré lo sucedido. No tienes que quedarte aquí si no quieres.

—Soy un tullido —le recordó.

—No digas... —los colmillos de Layla rasgaron su labio inferior, lloraba por más que intentara contener sus lágrimas y mostrarse fuerte—. No digas eso. ¿Vale? ¿Recuerdas la última conversación que tuvimos? Querías venir conmigo.

—Estaba hecho un lío.

—Deja que te cuide. Eres mi hermano pequeño. No sabes lo que me arrepiento de haberte dejado aquí, tendría que haberte llevado conmigo cuando me fui, si lo hubiera hecho, nada de esto hubiera pasado, pero Caleb te dio ese puesto de centinela...

—No estoy de humor para escuchar esas tonterías de nuevo, Layla.

Layla apretó los dientes.

Físicamente no se parecían en absoluto. Layla era mucho más morena de piel, su cabello rizado formaban perfectos bucles con los que Félix jugaba cuando era un cachorro. Tenía los ojos cálidos, color avellana, y un tatuaje en la clavícula.

—¿Sigues esperando a que te visite? Ha pasado una semana entera.

Félix no quería abrir esa puerta. En parte porque le dolía mucho más que haber perdido una pierna y no estaba muy seguro de por qué. Entendía que estuviera enfadado con él después de haber desobedecido sus órdenes, pero una visita... Félix aún tenía la esperanza de verlo aparecer por la puerta cada vez que ésta se abría para preguntarle cómo estaba. O simplemente para estar... ahí.

—Sabes que no vendrá —la voz de Layla se metió en su cabeza de nuevo.

Caleb no vendrá. Y no lo hará porque ya no eres un lobo útil para él.

Tullido.

¿No había sido él mismo el que había utilizado esa palabra antes?

—Está ocupado.

—¿Organizando su emparejamiento? Puede ser.

Félix giró la cabeza rápido, mareándose por la cantidad de pastillas y sedantes que llevaba en su cuerpo.

—¿Qué?

—Ha elegido a una hembra. Están viviendo juntos.

Félix tragó, pero el nudo y la angustia aún seguía ahí.

Layla pasó la mano por el cabello de Félix.

—Tenía que decírtelo. Espero que no sigas creyendo que tú y él érais...

Félix negó.

—Me gustaría descansar.

—Claro. Te veré mañana —Layla besó su frente.

Cada vez que Caleb regresaba de algún entrenamiento nocturno, el chico lo estaba esperando en su porche. Sentado. Con la cabeza entre sus piernas. Y las manos ocultando sus orejas. Así que Caleb no estaba sorprendido cuando esa misma noche encontró a Félix junto a su puerta.

Se acercó con pasos lentos y se dejó caer a su lado, con una buena distancia de por medio.

No lo miró.

—¿Qué ha pasado esta vez?

Félix no siempre respondía, y eso era lo que más rabia le daba. Venía todos los días a la puerta de su casa lleno de golpes y no habría la boca para decirle quién cojones le había hecho eso.

Félix levantó la cabeza del hueco y Caleb no pudo resistirse a mirar.

Soltó una palabrota, se levantó y envolvió un par de cubitos grandes de hielo en una toalla, volvió a sentarse y agarró la mejilla de Félix mientras colocaba con cuidado el hielo en su mejilla.

—No te muevas.

—No necesito hielo —respondió terco.

—Tienes la cara hinchada. ¿Cuándo vas a dejar de meterte en problemas? Algún día te abrirán la cabeza por la mitad.

—No, si antes puedo con ellos.

—Dime al menos con quién te estás peleando.

—¿Para que los vigiles?

—¿Los? Cómo estés metido en algún club de lucha clandestino te juro que...

—No es eso.

—Entonces, dime en qué te estás metiendo.

Félix miró hacia todos los lugares menos a él. Rehuyendo.

Caleb tuvo que hacer una gran labor de relajación mental para no forzarlo y gritar. No era así con todos. Caleb era paciente con los pequeños, tendía a darles su espacio, a esperar a que ellos mismos estuvieran preparados para contarles lo que había pasado o si estaban preocupados por alguna razón, pero Félix lo sacaba de sus cabales.

Tal vez porque él no era como otro cualquiera.

Registró en su mente cada golpe que le habían dado. Su ceja estaba partida y había sangre seca, ambas mejillas estaban hinchadas y moradas y también había sangre en la comisura de sus labios, por lo que se había tenido que morder la lengua mientras que alguien le golpeaba la mejilla.

Su camiseta también había sufrido, manchada de algo parecido a tierra y con el cuello desbocado.

Caleb alejó la mano. Si Félix se negaba a hablar no había nada más que él pudiera hacer ahí, y lo mejor era largarse antes de agarrarlo del pescuezo y llevarlo a rastras a la clínica para que curaran sus heridas.

—Es gente de clase.

—¿Quiénes?

—No soy un chivato —los ojos de Félix brillaron con furia.

—¿Te golpean ellos? ¿O lo haces tú?

Félix dudó en responder y Caleb acercó de nuevo el hielo.

Esperando.

—A veces, son ellos. Y otras veces, yo los provoco.

—¿Por qué haces eso, Félix?

—Porque... —Félix rascó con sus dedos en el pantalón vaquero—. Porque siempre se burlan de que sea un Omega dominante, y estoy cansado de que se metan conmigo, así que...

—Te diría que dejaras de buscar pelea, pero sé que no me vas hacer caso.

—¿Vas a castigarme?

—No. Yo también me metía en peleas a tu edad. Sois adolescentes, no sabéis controlar vuestras hormonas y cada mínima cosa os hace saltar.

—¿Eso significa que puedo seguir peleando?

Caleb sonrió.

—Mañana a las ocho de la tarde te quiero ver en el gimnasio. Ivarr te entrenará. Al menos así sabrás devolver algún golpe —Caleb le dio un leve toque a su nariz.

—¿En serio?

—Y que ésta sea la última vez que yo te vea tan magullado.

Los labios del chico se estiraron con una amplia sonrisa.

—¿Vendrás a entrenar? ¿Podré... entrenar contigo?

—Será mejor que empieces por presas más pequeñas.

Caleb regresó a la realidad en cuanto Félix empezó a retorcerse en la cama con el ceño fruncido. Subió la dosis de medicamento del gotero y en unos pocos segundos su cuerpo se relajó. Caleb le quitó las sábanas de entre los puños y colocó sus palmas hacia arriba.

—Te dije que no quería volver a verte tan magullado —susurró Caleb.

Eran las cinco de la madrugada, estaba lloviendo fuera y seguía sin poder pegar ojo. No es que las otras noches hubiesen sido mejor. Caleb se sentaba a esperar en el sillón las pesadillas y dolores de Félix, le administraba el antibiótico, echaba una pequeña cabezada y se marchaba antes de que Félix abriera los ojos.

Su lobo no estaba siendo fácil de controlar y los medicamentos que le suministraba Helia habían empezado a fallar cada vez que se acercaba a Félix. El lobo quería saltar sobre él, esconderlo del mundo dentro de su pelaje hasta que la tormenta amainara y mantenerlo seguro. Pero Félix no era un lobo que se dejara ayudar, y eso iba a ser un gran problema.

Félix había perdido media pierna. Iba a tener que aprender a vivir con eso, y también iba a

tener que aceptar mucha ayuda.

Caleb se frotó el rostro con ambas manos, se sentó en el sillón y tardó un poco más de media hora en dormirse. Lo despertó Helia con algunas palmadas en su hombro.

—Acabo de poner una cafetera.

Caleb fue al baño primero, se lavó la cara para refrescarse y pasó las manos por su cabeza. Miró hacia el espejo. Tenía que afeitarse, raparse e ir a cambiarse de ropa antes de que el día comenzara. Iba a tener que pasar todo el día en su despacho redactando cartas y luego quería hacer guardia en el bosque junto a los centinelas antes de regresar a la clínica. También tendría que ir a ver a Beom...

Fue directo a por el café, sin fijarse en las sombras negras que tenía bajo los ojos, ni en la sequedad de sus labios. Uso la taza más grande que encontró y la llenó hasta arriba mientras preparaba otra cafetera más pequeña para la enfermera.

—Erick vendrá esta tarde a verlo. Cree que lo mejor para él es empezar cuanto antes con la terapia y regresar a casa.

Caleb tomó un gran trago.

—Milka seguirá ocupando su puesto de protector, pero le he dicho que tome un poco más de distancia, es mejor si Félix no lo ve por ahora.

—¿Qué harás con su cargo? ¿Vas a sustituirlo?

—Primero necesita recuperarse.

—Imagino que aún no has tenido una conversación con él.

Caleb quitó la nueva cafetera del fuego.

—No.

—¿Por qué? —quiso saber Helia mientras se trenzaba el cabello a un lado.

—Quiero que se concentre en recuperarse.

—Maldita trampa —masculló Helia justo en el instante en el que Layla aparecía por la cocina.

Caleb le había ofrecido una cabaña propia, pero ella se había negado y preferido quedarse en los cuartos libres de la clínica. La mujer acababa de despertarse, sus rizos estaban recogidos en una cola alta, tenía el rostro hinchado y aún iba en pijama. Caleb le sirvió una taza de café en cuanto ella se movió para sacar el cartón de leche de la nevera y la dejó sobre la mesa.

Su relación era algo tirante. Caleb era consciente de que no le caía demasiado bien, aunque cuando estaba Vera se portaba de forma diferente con él. De pequeña solía buscarlo por la casa, le pedía que le leyera cuentos y que cazara pequeños conejos para ella. Sin embargo, cuando nació Félix, todo cambió, su rabia contra él aumentó aunque supo esconderla muy bien del resto de la manada y cumplir con sus obligaciones. A Caleb no le extrañó nada cuando un día la encontró en frente de su cabaña pidiendo el traslado y la anulación del pacto de sangre.

—Tengo que hablar contigo —le dijo Layla, mucho más tranquila que la última vez que hablaron.

—Sin problema.

—Iré a ver si Félix me deja ayudarlo en el baño —Helia salió de la cocina.

—¿Qué quieres? —Caleb se apoyó en la encimera.

—Quiero llevarme a mi hermano.

CAPÍTULO 9:

CULPABLE

—¿Has hablado con Robert sobre eso?

—No, pero...

—¿Y con Félix?

—Estoy segura de que mi hermano no quiere quedarse aquí —respondió moviendo el café con una cuchara para disolver los terrones de azúcar.

—Aunque quisiera marcharse, los dos sabemos que ninguna manada estaría dispuesta a aceptarlo —dijo Caleb, escogiendo las palabras con cuidado para que no fuera más doloroso.

—Por eso necesito que hables con Robert y le escribas una carta para recomendarle a Félix.

A Caleb se le cerró el estómago de golpe.

—No haré tal cosa.

—¿Por qué?

—Porque entonces tendría que decirle la verdad. Que Félix aún es un cachorro incapaz de cuidar de sí mismo, que es cabezota, tozudo, que siempre tiene que tener la razón aunque se equivoque y que aunque sus habilidades en la lucha son extraordinarias se ven perjudicadas cuando se encuentra con un oponente más dominante que él. Puedo seguir.

Las mejillas de Layla se volvieron rojas de ira.

—Era esto lo que querías, ¿verdad? Dejarlo a tu merced. Separarlo de su familia y de la manada.

Caleb dio un paso. Ninguno de los dos estaba levantando la voz ya que sabían que Félix se encontraba en una de las habitaciones de la planta de abajo y que podría escucharlos fácilmente.

—Me parece que tienes una idea equivocada de mí.

—Admite que hiciste a Félix centinela para que no se fuera conmigo.

—No tengo que darte ninguna explicación, Layla, y mucho menos justificar mis acciones delante de ti. Hice lo mejor para Félix y para la manada y lo seguiré haciendo.

—¿Qué vas hacer con él? ¿Para qué lo quieres? ¿Qué utilidad tiene ahora para ti? Mi hermano está destrozado y el culpable eres tú.

Desde la puerta se escuchó un alarido.

—Perdón. No pretendía... —balbuceó la enfermera, abochornada.

—No te preocupes, la conversación casi había terminado —Caleb dejó la taza en el fregadero —. Regresaré a la noche.

Félix estaba con los brazos cruzados sobre su pecho. ¿Para qué mierda le preguntaban si luego iban a hacer lo que ellos querían?

Erick no dejaba de mirarlo desde el sillón. Sentado y con las piernas ligeramente separadas.

Tenía el cabello rubio y ondulado a la altura de la mandíbula, pecas que cubrían su nariz, frente y barbilla y dos ojos verdes demasiado observadores.

Llevaba con él una libreta roja y un boli que sobresalía del bolsillo de su camisa a la derecha de su pecho.

—¿Hay alguna razón en especial por la que no quieras hablar conmigo? —preguntó, pausado y lento.

Más que a un lobo, Erick parecía un león. Tenía ese aspecto de tipo grande y dulce en el que querías acurrucarte para contarle todos tus problemas y secretos a pesar de no conocerlo lo más mínimo.

—¿De qué quieres que hable contigo? —respondió de mala gana.

—Dime cómo te sientes.

—Genial. Me acaban de cercenar media pierna y ahora tengo que pasar una inspección psicológica.

—Helia me ha comentado que no quieres verla aún.

Maldito Helia.

—Acabemos con esto lo antes posible. Dime qué es exactamente lo que quieres saber y así podrás marcharte con alguien que realmente necesite tu ayuda.

—Lloraste en cuánto supiste la noticia.

—¿Y qué? ¿Está mal llorar?

—No. Lo que realmente nos está preocupando a todos es tu forma de afrontar esta pérdida.

—Es sólo una pierna. Lloré un par días, ahora estoy bien y quiero seguir con mi vida.

—¿Podemos hacer un ejercicio?

—¿Qué tipo de ejercicio?

—Uno sencillo. No voy a pedirte nada descabellado y me marcharé en cuanto lo hagas.

Félix gruñó —. De acuerdo.

—Quiero que mires hacia abajo y que mantengas los ojos abiertos por unos minutos.

La boca de Félix se secó.

—¿Eso es todo?

—Sí. Yo te diré cuándo puedes volver a subir la cabeza.

Félix tomó una respiración lenta, apretó la mandíbula y sus puños se cerraron con fuerza. Miró hacia abajo convencido de que iba a encontrarse con ambas piernas colgando fuera de la cama, porque su cabeza así lo sentía.

Para su cabeza, él seguía teniendo esa pierna. En su cabeza dolía, en su cabeza sentía cosquillas y pellizcos, en su cabeza... Félix podía seguir corriendo y jugando en el bosque.

Sintió la angustia en su pecho y el frío en sus hombros cómo si acabara de perder la calidez de los brazos de alguien al ver la mitad de su extremidad vendada y ausente. Ni siquiera en las curas, Félix se atrevía a mirar. Más bien escondía la cabeza entre los almohadones y dejaba que Helia cambiara los vendajes e hiciera lo que quisiera. También lo ayudaba a ir al baño y Félix nunca miraba hacia sus pies o al espejo. Por un lado, se alegraba de que Caleb aún no lo hubiese visto.

—Respira.

Félix escuchó la voz más cerca.

—A veces, la mente es nuestra peor enemiga. Está bien querer esconderse, Félix, pero tienes que salir a la superficie de vez en cuando, o te quedarás atrapado ahí.

—Yo... siento cómo se mueve. Siento los dedos del pie.

—Se llama síndrome del miembro fantasma, y es bastante común en estos casos. Te daré una

serie de pautas y ejercicios para hacer durante la mañana y también ayudaría mucho que empezaras a levantarte y dar paseos cortos. A ser más consciente.

Félix aún no levantaba la mirada.

Consciente.

Llevaba tres semanas sin salir de la habitación y sin poder disfrutar del viento o de la lluvia sobre su rostro. Encerrado, medicado y cubierto de un sentimiento extraño de abandono.

Giró la cabeza hacia la ventana.

—¿Quieres mirar fuera? —le preguntó Erick, tal vez esperando a que Félix le pidiera ayuda o apoyo.

Félix colocó las manos sobre el final del colchón y bajó el pie descalzo al suelo hasta que sintió la madera áspera contra sus dedos. Tomó aire. Su pecho subió. Sus brazos empujaron para levantarse pero tuvo que mantener las manos apoyadas.

Habían sido pocas las veces que se había levantado. Mantenía el equilibrio durante unos segundos antes de desplomarse en la silla de ruedas o en los brazos de Helia.

Erick estaba haciendo lo mismo. Parecía tomar distancia, sin embargo, estaba atento a cada uno de sus movimientos, por eso mismo Félix hincó las uñas en la cama cuando su pierna débil empezó a temblar y su rodilla a ceder.

Erick lo sostuvo del costado.

Iba a tener que mejorar la fuerza en los músculos de su pierna si quería poder mantenerse en pie por sí mismo, al igual que el equilibrio. En su mente seguía estando ese pie conectado, pero su cuerpo no podía dar ese paso hacia delante, ni siquiera moverse del sitio.

—Puedes sentarte, Félix. A mí no me tienes que demostrar nada.

Era cierto. Erick no era Caleb.

—Puedo hacerlo. Yo puedo hacerlo.

—De acuerdo.

—Suéltame.

—Te comerás el suelo y tu pierna no está aún suficientemente curada. Déjame ir a por la silla.

Sabiendo que Félix no iba a poder moverse de la cama, Erick lo obligó a sentarse, llevó la silla hacia él y Félix se dejó caer en el sillón en cuanto la tuvo cerca. Empujó las ruedas de la silla y golpeó las esquinas de todos los muebles que se cruzaron en su camino sin darse cuenta. Al llevar a la ventana, tiró de las cortinas, se aferró al marco y sus dientes chasquearon cuando se colocó en pie.

Quedaba poco para que anoheciera y la gente ya estaba terminando sus trabajos, o paseando. El mundo fuera no se había detenido, la manada había seguido con sus vidas mientras que la de Félix se había mantenido en pausa por cuatro largas semanas.

Se preguntó qué estaría haciendo Caleb ahora mismo, si estaba entrenando o encerrado en su despacho con una maraña de papeleo, si iba de camino a la clínica para verlo o si esperaba la cena que su nueva hembra iba a hacerle.

—¿En qué estás pensando, Félix?

—Caleb no ha escogido a una pareja, ¿verdad?

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Lo ha hecho? —ignoró su pregunta.

—No. Hace un tiempo se corrió el rumor por la manada de que se emparejaría con alguna después de reconocerla, pero sólo fueron habladurías.

—¿Nunca pensó en hacerlo?

—Que yo sepa, no. ¿Te preocupa?

Félix llevó la cabeza hacia él.

—¿Por qué tendría que preocuparme?

Erick encogió los hombros.

—Has soltado un suspiro y tu rodilla está temblando otra vez. Nada de lo que me cuentes en nuestras sesiones saldrá de aquí. Si quieres tratar algún otro tema...

—No —Félix negó—. Era todo lo que necesitaba saber.

CAPÍTULO 10:

LO HAGO

El ritmo cardíaco de Félix se aceleró cuando las manos de Caleb le acariciaron los hombros. Grandes. Fuertes. Pálidas. Cubiertas de cicatrices. Sus dedos se enredaron bajo la camiseta y amasaron firmemente sus pectorales, burlándose de los pezones endurecidos y doloridos de Félix que ansiaban ser pellizcados y engullidos por sus labios.

Con un gruñido, Félix envolvió los brazos alrededor de su cuello, la mirada de Caleb se concentró en su boca antes de inclinarse y besarlo suavemente. Automáticamente, Félix capturó su lengua entre sus labios, la succionó gimiendo.

Caleb lo agarró de la nuca, sus manos habían dejado de acariciarlo para sujetarlo del cuello, como si esperase que fuera a escapar en cualquier momento. Y estaría bien jugar algún día a eso, pensó Félix sintiendo el escalofrío escalar por su columna. Lo había visto cazar desde pequeño y mierda si no había deseado alguna vez estar en el lugar de su presa.

Caleb tironeó de su cabello al mismo tiempo que mordió y lamió su lengua sin dejar espacio para la respiración. Volviendo a tomar el control, Félix lo empujó hacia abajo. El lobo Alfa gruñó, no parecía nada contento con esa posición pero era la que más le gustaba a Félix.

Y aquí mandaba él.

Se montó sobre sus caderas, se quitó la camiseta y apretó los pezones entre sus dedos.

—Cariño... —musitó Caleb, tan natural... tan..., como si ya hubiera usado ese apodo con él en más de una ocasión.

De repente, Félix hundió la cara hacia abajo y apretó la nariz contra el cuello de Caleb. Tomó una profunda respiración que hizo poco por calmar todo su dolorido cuerpo.

Félix no debería estar fantaseando con él. Caleb no era más que una figura de poder que había cuidado de él y amado a su madre. Y estaba confundiendo todas sus acciones, sin embargo, el Caleb de sus sueños lo quería. Lo deseaba. Lo cuidaba. Y eso era suficiente por ahora.

Félix lamió su garganta, las manos de Caleb viajaron hasta su trasero, se metieron bajo la ropa y de repente su cuerpo desapareció.

Félix se encontró mirando hacia el suelo, algo caliente y viscoso cubría sus manos. Antes de poder saber qué era y de dónde provenía, un dolor agudo estalló en su rodilla. La habitación se tornó oscura, hacía frío y estaba completamente solo.

Llamó a Caleb primero entre susurros, luego gritó su nombre de forma desesperada mientras que la sangre se acumulaba bajo su cuerpo. Descubrió la herida abierta en una de sus piernas y luego el sonido de una sierra estalló tan fuerte que tuvo que taparse las orejas.

Habían dos personas cuyos rostros no conocía, lo sujetaron a una camilla, lo ataron con cadenas y esposas, lo amordazaron y...

Félix se despertó de la pesadilla en medio de un grito, incluso fuera de ella podía sentir unas manos agarrándolo de las muñecas mientras él se retorció y trataba de escapar. Arañó todo a su paso y lo único que le hizo detenerse fue el espeso aroma a sándalo que inundó sus fosas nasales y se clavó en su garganta.

Respiró de forma entrecortada, y en cuanto las últimas lágrimas de sus ojos cayeron, pudo

ver a la perfección el rostro de Caleb. Estaba recién afeitado y también parecía haberse rapado, lo que hizo destacar la cicatriz que cruzaba desde su frente hasta su barbilla y que había tomado la visión de uno de sus ojos.

Eso nunca lo asustó. Nunca hubo nada en él que lo asustara.

—Tienes un calambre.

Félix negó con la cabeza. Agarró la muñeca de Caleb cuando su mano empezó a masajear su muslo dolorido. Era real. Carne y hueso.

Estaba ahí.

—La medicación está haciendo efecto.

La lengua de Félix no estaba cooperando con él, lo único que hacía era balbucear mientras observaba la camiseta manchada de sangre de Caleb y los arañazos que cubrían una parte de su hombro.

¿Se los había hecho él? ¿Por qué estaba ahí? ¿Qué hacía ahí?

Amasaba su muslo de forma mecánica, de arriba abajo, trazando círculos, presionando lo suficiente como para que sus músculos entraran en calor y volvieran a la normalidad sin llegar hasta su muñón.

Mirando. Viendo lo incompleto que estaba.

Félix intentó quitar su mano de encima, y cubrirse, pero la mirada y sonido ronco que hizo Caleb como advertencia fue suficiente para que abandonara la idea.

Mierda. No quería que lo viera así.

—Vete —musitó Félix en voz muy baja.

No quería que lo hiciera. No quería que se fuera. No recordaba la última vez que lo había visto y tenido la oportunidad de tenerlo así de cerca.

—Tendrás que soltarme primero.

En lugar de soltar, Félix apretó con más fuerza su brazo. ¿Estaba enfadado? ¿Por qué había dejado que él creyera que iba a emparejarse con alguien?

Desde el principio había tenido la confianza de que Layla le estaba mintiendo. Si Caleb estuviera viviendo con alguien, Helia se lo habría dicho primero, y no era ningún secreto que su hermana lo detestaba. De pequeña se enfadaba siempre que se enteraba de que había ido a verlo, y por eso Félix empezó a mentirle y a ocultarle sus visitas. Intentó convencerlo de que se fuera con ella cuando conoció a Edu y aun seguía intentándolo cada vez que tenía la oportunidad.

No sabía si había pasado algo entre ellos dos, o si sólo quería protegerlo del fantasma de su madre, pero Félix no necesitaba que hiciera eso por él, mucho menos mentirle.

—En un par de días regresarás a tu cabaña —le dijo Caleb. Ya no le dolía la pierna pero él seguía masajeando—. Quiero que te concentres únicamente en recuperarte. La manada agradece tus servicios como centinela por lo que tu rango no se verá aceptado, recibirás una compensación económica hasta que seas capaz de desempeñar otro trabajo.

—¿Qué... qué estás diciendo?

—Tendrás tanta terapia psicológica como necesites y rehabilitación.

—¿Qué? No hace falta... Puedo seguir...

—¿Siendo centinela? —interrumpió Caleb —¿Cómo? Dime. ¿Cómo lo harás?

—Encontraré la forma.

—Helia me ha dicho que tienes pesadillas todas las noches. Vives conectado a una máquina de morfina.

—Aguantaré el dolor y las pesadillas. Lo que haga falta.

Caleb presionó firmemente su muslo.

—¿Y qué harás con esto, Félix? Te dije que no te acercaras al bosque, estabas cumpliendo un castigo y decidiste desobedecerme, no una, sino dos veces.

—Los cazadores estaban poniendo trampas.

—¿No pudiste llamar a Ivarr y esperar? ¿O a mí?

—No me acuerdo. No sé qué fue lo que se me pasó por la cabeza en ese momento o que pasó, pero obviamente no pude mirar hacia atrás y esperar. Mi deber es mantener a la manada segura.

Caleb seguía sin retirar el contacto y su mano empezaba a quemar sobre la delgada tela del pantalón de algodón.

—Siempre te digo que tengas paciencia, que medites las cosas antes de actuar.

—Lo hago.

—¡Mierda! ¡Félix! —gruñó cabreado— ¡Nunca lo haces! Por eso estás en esta situación — Caleb lo soltó—. Se acabaron tus beneficios. A partir de ahora, tendrás que avisarme de cada uno de tus movimientos, se terminaron las salidas a la ciudad, al bosque, peleas y por supuesto, entrenamientos, Milka te acompañará a todas partes y si te deshaces de él, encontraré a alguien más que haga su trabajo.

—¿Me tomas el pelo? ¿Es que quieres hacer de mi vida un infierno? Entiendo que estés decepcionado, pero ya he tenido suficiente castigo, ¿no crees? —la morfina empezaba hacer algo de efecto, y tanto sus dolores como enfado contra Caleb mitigaron antes de explotar—. Sólo sabes criticarme, ¿acaso te has preocupado por mí?

La expresión de Caleb cambió, las comisuras de sus labios descendieron, ¿o ya habían estado abajo todo este tiempo? No lo recordaba, sólo sabía que su cabeza estaba rapada, y que quería pasar los dedos por ella y acariciarla mientras se acurrucaba junto a él.

Sí. Eso es lo que Félix necesitaba.

Nada de psicólogos. Nada de medicamentos y sedantes.

Seguro. Sentirse seguro. Estar seguro después de haber sido separado de una de sus dos piernas y haber perdido el contacto con su lobo.

Félix quería...

Sus brazos se alzaron al aire, le pesaban los ojos, sorbió su nariz y las manos de Caleb acunaron su rostro. Ya no podía ver nada. Algo rozó la punta de su nariz y el olor de Caleb se hizo más espeso y fuerte, como si lo tuviera a escasos centímetros.

Félix respiró, buscando. Ahogándose. Y finalmente, volvió a dormirse.

El camino de regreso a su casa se sintió extraño, silencioso y aterrador. Estaba claro que la manada ya sabía lo que había ocurrido, y que habían recibido órdenes de no molestarlo ni hablar con él, pero eso no incluían los cuchicheos, y miradas a escondidas.

—Ignóralos —le dijo su hermana. Algo bastante difícil de hacer.

Milka empujaba la silla de ruedas igual de silencioso que siempre. Lento, asegurándose de no coger ningún bache que le hiciera tambalear y caer. Los caminos de la manada no estaban hechos para estúpidas sillas de ruedas que se enganchaban con la mínima flor, así que Félix se encontró rezando durante todo el camino para no caer al suelo y ser nuevamente punto del día.

A regañadientes, aceptó la ayuda de Milka para subir los escalones de la cabaña y se quedó

sentado en el sofá demasiado fatigado como para poder volver a moverse mientras que Layla y Milka se encargaban de bajar todas sus cosas de la habitación al cuarto de invitados. Ésta era su cabaña familiar en el territorio Omega y dónde siempre había vivido, primero con sus padres adoptivos: Nina y Jacinto. Y después de su muerte con Layla.

Cuando Layla decidió irse, Félix barajó la posibilidad de mudarse a otra cabaña con un dormitorio para él mucho más cerca del gimnasio y del bosque, pero Caleb le aconsejó quedarse hasta que alguna familia necesitara alguna cabaña más grande. Realmente se alegraba por no haberse lanzado de cabeza. Su cabaña siempre fue bastante acogedora. Humilde, pero llena de recuerdos.

Nina y Jacinto fueron unos cuidadores excelentes, ambos eran Omegas y no habían podido tener hijos a pesar de haberlo intentado, así que cuando su madre decidió abandonarlos, fueron los primeros en presentarse voluntarios y en ser aceptados a pesar de que ambos rozaban los sesenta años.

Félix no se lo puso demasiado fácil en comparación con Layla. Él siempre buscaba pelea, tanto dentro como fuera de la casa y le costaba acatar sus normas. Nina se desesperaba mucho más que Jacinto con su etapa de hormonas rebeldes y discutían a todo momento. Luego, Jacinto solía ir a su habitación, le soltaba uno de sus sermones, y lo amenazaba con chivarse a Caleb si no movía su trasero y le pedía perdón a Nina y le daba un beso.

Félix sonrió al recordarlo. Nina lo esperaba siempre con leche y galletas, y a veces pastel, porque cocinar la calmaba y sabía que a Félix le encantaban los bizcochos. Ambos murieron cuando él cumplió los quince, primero Nina y Jacinto la siguió a los pocos meses completamente derrotado por haber perdido a su compañera.

Compañera. Compañero. Lo que jodidamente sea eso. Y si es que eso realmente existía y pasaba en el mundo. En su mundo.

Encontrar una pareja no era tarea fácil, tenías que tener mucha suerte y estaba claro que Félix no era uno de esos lobos afortunados a los que la Luna les sonreía. A Félix nada le sonreía.

Se había encaprichado de un hombre inalcanzable.

Caleb quiere algo de ti, recordó Félix las palabras de su hermana. Si quería algo, estaba claro que no tenía nada que ver con lo que Félix deseaba.

—Todo listo —anunció Layla.

Félix se hizo el dormido desde el sofá, no le apetecía para nada tener que despedirse de Milka ni darle las gracias por haber empujado su silla y haber trasladado sus cosas. Esperó a que la puerta se cerrara y masajeó su muslo de forma perezosa.

—¿Qué quieres comer?

—Sea lo que sea, puedo hacérmelo yo —le respondió incorporando la espalda.

—¿Qué tonterías dices? Para eso estoy yo aquí.

Félix tomó aire.

—Pero no estarás siempre —hizo una mueca cuando su muslo se acalabró y siguió amasando como lo hizo Caleb el otro día.

—Podría estarlo —Layla lo cantó y Félix la miró desde el respaldo del sofá—. En serio. Dime qué te apetece, la nevera la tienes llena.

—Eso es imposible, desde que he estado en la clínica no he ido a comprar. Estará todo podrido.

Layla encogió los hombros.

—Milka habrá ido por ti.

Félix soltó un quejido, se concentró en la pierna que no tenía, justo como le había indicado

Erick.

—Layla... ¿Puedes sentarte aquí un momento?

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí.

Félix escuchó un ruido de sartenes y luego Layla se dejó caer en el sillón de enfrente.

—¿Qué pasa? Tengo un montón de cosas que hacer.

—No voy a ir contigo —soltó Félix.

La sonrisa fácil de Layla desapareció, miró su regazo.

—¿Es por Caleb? Encontraré la forma de que hable con Robert, lo convenceré de...

—No es por él —mintió. En parte.

—¿Y qué es? No te puede seguir gustando tu vida aquí. Mírate. Te quedaste porque te nombraron centinela, ya no eres nada. A partir de ahora, la manada te va a ver como... como un lobo que es incapaz de protegerse, si antes no tenías amigos, ahora los más dominantes te harán la vida imposible. Necesitas que alguien cuide de ti.

—Volveré a ser centinela —Félix lo dijo bajo. Muy suave, como si estuviera pidiéndole un deseo a una estrella fugaz.

—¿Me tomas el pelo? ¿No te ha bastado lo que ha pasado para darte cuenta de que no sirves para ese puesto? ¡Casi mueres, Félix! —Layla se levantó del sillón y Félix deseó poder hacerlo él también.

—Pero no ha sido así, ¿no te dice eso algo?

—Que eres más cabezón de lo que yo pensaba. ¿Cómo vas a enfrentarte a alguien si ni siquiera puedes ir al baño solo? ¡Nadie te tomará en serio! ¡Se reíran de ti! ¡Caleb incluido!

Félix gruñó.

—¿Por qué siempre tienes que meter a Caleb en todo? Él no tiene la culpa de lo que ha pasado. ¡No puso la trampa en mi pierna!

—¡Por supuesto que tiene la culpa! ¡Él dejó que Helia te la cortara! Yo hubiese preferido mil veces... —Layla cerró la boca de inmediato.

Félix no pudo pestañear.

—¿Qué hubieses preferido, Layla? Termina la frase.

—Félix... —susurró su nombre arrepentida.

—¡Termina la frase, mierda!

Layla dio un brinco. No habló.

—¿Me hubieras dejado morir? ¡Layla! ¡Respóndeme! —Félix hizo todos sus esfuerzos por levantarse del sofá y mirarla cara a cara, con las manos apoyadas en el respaldo del sofá.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó bajo—. Todo lo que amas... no vas a poder volver a hacerlo. Vivirás amargado. Le pedí a Caleb que no lo hiciera, que si te apreciaba dejara que la Luna decidiera tu destino, pero él...

—Me salvó la vida.

—¡Te la ha arruinado, Félix! ¡Desde que naciste ese hombre ha ido detrás de ti! Y finalmente ha conseguido lo que tanto quería.

—¿Y según tú qué es?

—Te quiere a ti. Pero no te quiere libre. Ese hombre quiere encerrarte, aislarte de todo el mundo, quitarte lo que más quieres y hacerte miserable como mamá hizo con él.

—Mejor eso que estar muerto. Sé que tu relación con Caleb nunca ha sido buena, ¿pero tanto lo odias cómo para inventarte todas esas cosas?

—No es ninguna invención.

—Me mentiste al decirme que se había emparejado. ¿Cómo quieres que te crea ahora?

Layla se acercó, y cuando intentó poner las manos sobre Félix, él se apartó.

—Yo... no quiero que él te haga daño.

—La única persona que me está haciendo daño, eres tú. ¿Para qué querías que me fuera contigo a vivir, si me preferías muerto? ¿Por qué sigues aquí? ¿Has venido a cuidarme? ¿O esperas que me caiga por las escaleras y me abra la cabeza?

—No digas eso.

—¿Entonces, por qué?! ¡Dime por qué lo odias tanto y podré entender algo de lo que me estás diciendo!

—¡Porque a mí nunca me cuidó! ¡Yo estaba después de mamá! ¡Yo tendría que haber sido la elegida! —Layla se señaló— Soy igual que ella y Caleb debería haber ido a por mí, pero en cuanto naciste dejé de prestarme atención y sólo tenía ojos para ti.

Félix sintió un retortijón en la barriga.

—¿Todo esto es por celos?

—Éramos una familia de tres. Mamá, Caleb y yo. Y tú tuviste que nacer y estropearlo todo. Mamá se marchó por tu culpa, y luego Caleb se distanció de mí y fingió no estar interesado en ti. Podía escucharlo todas las noches en casa hablando con Nina, mirándote desde tu cuna mientras pasaba por mi habitación de puntillas para no tener que hablar conmigo.

—Si tan enfadada estás de que haya nacido, y de que siga vivo, ¿por qué has estado insistiendo tanto en que me vaya contigo?

—Si yo no puedo estar cerca de él, tú tampoco —escupió con rabia— ¿Sabes cuánto tiempo tardó en anular mi pacto de sangre? En cuanto entré a su despacho ya no tenía su marca, y a ti te tiene agarrado con dientes y garras.

—Tú no odias a Caleb. Me odias a mí.

—No te odio, Félix. Caleb nunca aceptará que siente algo por ti, sea lo que sea, y mucho menos ahora que no tienes pierna. Por eso, te doy una última oportunidad. Aquí nunca vas a ser feliz, Caleb no te va a dar lo quieres. Eres un lobo inútil a los ojos de todo el mundo, y si no me crees ahora, dale tiempo y él mismo te lo demostrará cuando sepa que ya no sientes a tu lobo. Yo puedo cuidar de ti. Nos olvidaremos de Caleb y de todo el daño que ha hecho a nuestra familia y volveremos a ser tres. Edu, tú y yo.

—Quiero que te vayas.

—Félix, escúchame... —Layla lo agarró de la muñeca, Félix se apartó de su agarre, perdió el equilibrio y cayó al suelo —¡Fél...!

—No me toques. Vete de aquí.

—Soy tu hermana mayor.

—No, Layla. Ahora mismo no eres nada, vete antes de que me ponga a gritar y haga que te saquen de aquí a rastras.

CAPÍTULO 11:

ALFA

Un año más tarde...

Félix se movía de un lado a otro de la cama sin poder pegar ojo. Los sofocos y el calor que llevaba sufriendo todo el día le estaban avisando de que pronto entraría en celo. No lo esperaba hasta finales de semana, pero la luna llena estaba cerca, por lo que su ciclo se había adelantado más de la cuenta.

Terminó por levantarse de la cama, la mejor manera de pasar el celo era distraerse y mantenerse ocupado, sin embargo, este último año había sido tan aburrido como infernal. Se duchó con agua fría y se vistió con algo cómodo. Se aferró a las muletas de hierro a las que ya se había amoldado por completo y escuchó el ruido de la televisión en cuanto salió del cuarto.

—¿Sigues aquí? Te dije que te marcharas hace horas.

Milka llevó los ojos hacia él.

—Estoy haciendo guardia —respondió sin más antes de volver a girarse.

—Ya te he dicho que ningún Alfa está interesado en mí. Nadie vendrá a atacarme.

—Caleb quiere que te mantenga seguro en tus celos.

Félix aplastó el cartón de zumo vacío entre su mano.

Milka se quedó paralizado por unos segundos —Perdón.

—Déjalo. Ya lo has estropeado —gruñó de mala gana.

Su humor se agriaba cada vez que escuchaba ese nombre acompañado de una de sus órdenes. Caleb quiere esto. Caleb dice que hagas esto. Caleb. Caleb. Todo órdenes puestas en otras personas en lugar de sacar la cara de su despacho y venir directamente a hablar con él.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo? —preguntó Milka.

Seguía sin aguantarlo, pero al menos, era mejor que estar solo. Durante todo el año, Félix se había peleado, discutido y enfrentado a todos los lobos de la manada. Una mirada de pena era suficiente para hacerlo saltar, apretar su puño y golpear.

—¿Por qué estás viendo un documental de peces a las doce de la noche? ¿No quieres ir a la fiesta? —Félix apoyó las muletas en la pared, saltó con una sola pierna y se dejó caer en el sofá, a unos palmos de Milka.

—¿Alguna vez me has visto en una fiesta?

—¿No te interesan las hembras de la manada?

Las mejillas de Milka enrojecieron. Se concentró en el documental ignorando la pregunta.

—Te estás poniendo rojo.

—Déjame tranquilo.

Félix lo pinchó con su dedo. Era fácil hacerlo saltar y burlarse de él. Milka seguía siendo extraño a su manera. En todo este año con él había descubierto que no le gustaba llamar la atención, por eso se vestía con ropa ancha, usaba gafas grandes y llevaba el pelo largo para ocultar parte de su rostro.

—Si te arreglaras un poco, podrías tener a cualquier hembra de la manada.

—Deja de burlarte de mí —le gruñó.

—No me burlo de ti. Lo digo en serio —Félix le arrancó las gafas y le subió el flequillo hacia arriba, el celo calentó el interior de sus brazos.

Cómo había pensado, Milka escondía su cara en esas malditas gafas, ¿por qué? Su rostro estaba lleno de ángulos suaves y dulces. Sus ojos eran azul oscuro, más parecido al profundo mar que al cielo. Tenía dos lunares bajo el ojo derecho y sus labios siempre estaban rojos por los pellizcos nerviosos que sufrían.

—¿Por qué te escondes? —susurró inclinándose hacia delante.

El celo era incómodo. Félix buscaba alguna feromona que le ayudara a calmar el ardor que avanzaba por su garganta hacia sus intestinos, y Milka era un Beta que no desprendía ni una gota de olor. Su lobo aquí hubiese llorado, gruñido y obligado a ir a por quién realmente tenía ese aroma que lo volvía loco.

Félix se negaba a pensar de nuevo en él.

—No me escondo. No me gusta llamar la atención.

—¿Por qué? —repitió —. No eres feo del todo.

Milka esbozó una tímida e incómoda sonrisa.

—Gracias, creo. Deberías moverte, estoy acostumbrado a que pase esto en tus celos, pero sigue siendo raro.

Félix frunció el ceño y luego se dio cuenta de a qué se refería. El Omega estaba casi acostado encima de él, seguía sujetando su frente y sus ojos se estaban apretando en torno a su cuello. Se separó antes de que su cuerpo reaccionara de forma involuntaria.

Tomó una respiración y se levantó del sofá.

—Voy a dar un paseo.

—Te acompaño —fue tras él.

—No. Necesito... —a Félix le costó tragar saliva—. Quiero ir solo.

—Félix —Milka lo llamó, la ansiedad recorriendo cada palabra—. No te estaba rechazando, sabes que... no me importa, pero me preocupa que tú te sientas mal luego.

Félix asintió con la cabeza. Ya había asimilado lo que había pasado entre ellos dos después de que su hermana se marchara hace un año. La adaptación a su nueva vida fue más que un infierno para Félix. La manada ya no lo necesitaba. Caleb no lo necesitaba. Su lobo tampoco. Se encontró solo y abandonado por todos menos por el Beta que lo seguía a todas partes y aguantaba su humor de mierda sin perder los estribos.

En uno de sus celos, Milka se quedó en casa para vigilarlo y tuvo la mala idea de entrar a su habitación alarmado por los alaridos. Félix, impulsado por la búsqueda de cualquier feromona se lanzó sobre él, y el resto... Félix se centró en no recordarlo. Tres meses después, volvió a suceder. Y tuvieron que sentarse a hablar las cosas como personas maduras.

Félix le hizo prometer que no le contaría a nadie nada de lo que ocurriera en sus celos, Caleb incluido, y se preocupó por si lo había forzado en algún momento. Los Omegas en celo podían ser... más que insistentes, y eso era nuevo para él. Para su sorpresa, Milka reaccionó bien. Entendió su posición y por qué había ocurrido, y no lo presionó. Ambos estaban de acuerdo en que eso no podía volver a suceder, sin embargo, los límites en su cabeza se difuminaban cuando estaba con el celo.

—Lo sé.

—¿Entonces?

Milka levantó la mano hacia él. La camiseta ancha se agitó y Félix respiró.

—Tengo que salir. Regresaré en media hora.

Se marchó sin mirar atrás.

Necesitaba dar un paseo, sentir el aire fresco y oler el bosque. Enfriar su cabeza. Bajo los escalones con soltura y paseó justo por el límite del bosque observando el oscuro cielo. Sabía lo que pasaría una vez que pusiera un pie en él sin Milka. Los centinelas saldrían de sus escondites y lo acompañarían hasta la puerta de su cabaña.

—Son órdenes —le dijo el estúpido de Marcus la última vez que Félix trató de pasar por los puntos de control.

Caminó sin ningún rumbo fijo durante un tiempo hasta que su pierna le pidió parar.

Bajó la vista al suelo suspirando y sus pequeñas orejas se movieron de un lado a otro al escuchar unos pasos tras él. Félix se fijó en la pequeña y delgada silueta que iba acompañada de una mucho más grande y alta.

—¿Levi? —preguntó Félix.

Levi alzó la vista, sonrió —. Félix, ¿qué estás haciendo aquí?

—Mi celo está a la vuelta de la esquina. No debería acercarme a la fiesta, además de que Caleb no me quiere cerca —dijo. No era ningún secreto para nadie.

—¿Por qué dices eso? ¿Te lo ha dicho? —preguntó Levi con el ceño fruncido.

Levi se pasaba la vida dentro de las cocinas haciendo pasteles de crema, así que era muy posible que no se hubiera dado cuenta de la actitud tirante que tenía Caleb hacia él. Antes de tener su accidente apenas hablaba con él, pero por desgracia tuvo que depender durante mucho tiempo de las comidas que el comedor ofrecía y Levi se empeñaba en llevárselas a su casa junto con cajas de galletas y bizcochos.

—No hace falta. Dejé de hablarme después del accidente, ¿quién es tu amigo?

El hombre a su lado se dio por aludido y alzó una mano hacia él. Iba tatuado.

—Me llamo Apolo, soy el primo de Daniel. Estoy de vacaciones.

Félix tuvo que maniobrar con las muletas para poder estrecharle la mano.

—Encantado. No sabía que Dan tenía un primo humano.

Daniel era el protector Beta de Levi. Ambos eran dos pegatinas. Siempre riendo, hablando y chillando.

—Mestizo —corrigió—. Algo raro, supongo.

—No me digas que eres el hijo de Brian.

—Sí, ¿lo conoces?

—Claro que sí, recuerdo que era uno de los profesores de la guardería —y uno de los que tenía más paciencia con él.

—Félix es un centinela —comentó Levi y Félix retiró la mano con una especie de mueca atravesada.

—Bueno, lo fui. Ahora, no me dedico a nada. Demasiado tullido como para vigilar y proteger a la manada.

—No digas eso, Félix. Sabes que no es verdad.

Félix se tragó una risa amarga.

—Caleb no me hace creer otra cosa. Se ha negado a verme. Siempre que me quiere decir algo manda a alguno de sus estúpidos Alfas o alguna estúpida carta. Y cuando me presento en su casa se niega a verme.

—Todo ocurrió muy rápido, puede que necesite meditar las cosas.

—Ha pasado un año. La próxima vez que se niegue a verme tiraré la puerta abajo.

Félix ya lo había aceptado. Con rabia. Con dolor. Con tristeza. Con arrepentimiento. Había

pasado todas las fases del duelo posibles hasta que se había dado cuenta que por más que rezara o soñara, su pierna no iba a regresar.

—Creo que me odia —era lo único a lo que encontraba sentido en toda esta historia y explicaría el comportamiento del Alfa durante todo este tiempo.

—Él quiere a todos sus miembros —se opuso Levi sacudiendo su cabeza.

—Cuando mi pierna desapareció, ¿sabes cuántos días vino a verme?

—¿Cuántos?

—Ninguno —reconoció enmascarando el dolor con amargura —Bueno, sí. Uno, para decirme que estaba destituido y que era un tullido que no podía hacer nada más que quedarse en su casa a leer y ver la televisión.

—No creo que Caleb te hablara así.

—A lo mejor no lo hizo, pero eso fue lo que dijo. Ya estoy hasta la coronilla de él y de su presuntuoso culo, si mañana no habla conmigo me iré a otra manada que sí sepa valorarme.

—Piensa eso bien, por favor. A mí me gusta tenerte aquí.

El rostro duro de Félix se suavizó.

—Gracias, debería regresar ya. Desde hace un tiempo la pierna ha estado dando calambres. Pasarle bien.

—Es una fiesta. Deja de vigilar a tu alrededor —habló Jason acercándose, acababa de dejar a una loba morena en la barra y meneaba tres cervezas en sus manos—. Y eso lo digo por los dos.

—¿Quién te ha llamado, Jason? —masculló Ivarr recogiendo una de las cervezas y dando un gran trago mientras miraba de un lado a otro del recinto.

—No sigas buscando, tu niño se marchó hace diez minutos.

—No estaba buscando a nadie —mordió el aire Ivarr— ¿Por qué vienes a molestar? Te hemos visto bastante entretenido durante toda la noche.

Ivarr señaló con la cabeza a la hembra de la barra y a su grupo de amigas que parecían cuchichear a su alrededor.

—Cassandra —dijo Jason su nombre en un suspiro—, voy detrás de su increíble receta de tarta de queso, pero se niega a dármela hasta que no la meta en mi cama.

—Menudo sacrificio, amigo.

—Tendré que emplear nuevas tácticas. A la pequeña Rossie no le gustan los extraños.

—Por favor, dime que has adoptado a una niña y que esa tal Rossie no es tu nueva mascota —jadeó Ivarr.

Jason le sonrió con un brillo especial en los ojos —. Es una cabra pequeña, y no miento cuando digo que no le gustan los extraños. Ayer casi le arranca la pierna al técnico humano que intentaba colgar esos alambres en mi granja.

—Es la conexión de internet —corrigió Ivarr.

—Lo que sea. No entiendo qué están haciendo esos humanos aquí.

—Necesitamos establecer más lazos con la comunidad humana —intervino Caleb.

Sabía muy bien que esa noticia no había sido de buen grado para todos los miembros de la manada. Hace seis meses, el consejero Charles se puso en contacto con él para hablarle del

nuevo plan de inclusión de especies. Se trataba de integrar tanto a los humanos en sus costumbres como a los lobos en la vida en la ciudad con ellos.

Lo primero que pasó por su mente fue rechazarlo, pero luego y pensándolo más fríamente se dio cuenta de que era una gran oportunidad para que el gobierno humano bajara la guardia al fin contra ellos.

Un año después seguían sin pistas sobre los niños asesinados y tirados en el bosque. La única buena noticia era que no habían vuelto aparecer uno de ellos en ninguna manada y tampoco había noticias de cachorros secuestradas.

Elek y Adam estaban reuniendo pistas y por el momento el gobierno humano parecía limpio.

Jason chasqueó con la lengua —. Estoy de acuerdo. Pero odio los cables.

—Me aseguraré de que los cubran bien cuando terminen.

—Te lo agradezco y Rossie también.

—Búscate una novia, Jas. Lo digo en serio. A veces me das miedo —Ivarr bebió otro trago.

Jason se burló de él y Caleb los escuchó bromear hasta que su teléfono empezó a sonar, se lo llevó al oído y se apartó de ellos mientras que la persona al otro lado de la línea balbuceaba de forma nerviosa.

—Daniel, de acuerdo. Cálmate, dime qué ha pasado.

—¿Es Dan? ¿Ha pasado algo? —preguntó Ivarr soltando de inmediato la cerveza.

Caleb asintió mientras seguía tratando entender lo que decía.

—Voy —colgó—. ¿Jason, has traído la camioneta?

—Claro.

—La tomaré prestada —Caleb cogió las llaves de las manos del lobo e Ivarr lo siguió hasta la salida.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Levi está atacando a alguien.

—¿Dan está con él? Voy contigo.

Caleb lo detuvo.

—Necesito que te quedes aquí para vigilar. Avisa a los centinelas más cercanos al territorio Omega, que busquen por los alrededores a cualquier lobo Alfa que se haya saltado el perímetro. Te mantendré informado.

Caleb condujo lo más rápido que pudo, tardó quince minutos. Se bajó de la camioneta y abrió la puerta de la casa con suavidad. Enseguida los vio. Ambos estaban tirados en el suelo, Levi agarraba al Mestizo de las costillas y le clavaba las uñas, había sangre en el suelo y en su camisa y se estaba esforzando por permanecer despierto.

—Siento tener que conocernos así, Apolo —habló Caleb suave, esperando que Levi reconociera su voz, en su lugar, Levi lo consideró una amenaza aún mayor y clavó completamente sus garras en él—. Vamos a ver qué le pasa al pequeño Levi —se acuclilló y buscó la mirada de Levi—. Tranquilo, cachorro. No voy hacerle daño. Puedes soltarlo.

Levi apretó la mandíbula, ladró y no lo soltó.

—Chico cabezón —susurró Caleb, buscó entre sus bolsillos y sacó una daga con la que cortó el dorso de su mano. Una fina línea de sangre se deslizó —. Suelta a Apolo, Levi — esta vez su voz sonó diferente, más como una orden, menos suave—. Suelta a Apolo y ven aquí —más grave—. Levi. Suéltalo y ven aquí.

A regañadientes y gruñendo, Levi lo soltó sin dejar de mirar al Mestizo y fue muy lento hasta Caleb.

—Buen chico. Siéntante.

Parecía que le costaba, sin embargo, el pacto le obligaba a obedecerlo una vez que había sangre de por medio. En cuanto Levi se sentó a su lado buscó con las orejas gachas la mano de Caleb.

Caleb se la ofreció, acariciando y consolándolo.

—Daniel, vas a tener que llamar a Helia para que cure a tu primo.

—Estoy en ello.

—¿Puedes levantarte, Apolo?

—Sí.

—Hazlo muy lento, apóyate en la pared. Al menos para que Levi vea que sigues bien. Está algo desorientado y se siente mal por no haberme obedecido a la primera. Cuando recupere la conciencia se sentirá peor por herirte, así que espero que puedas estar a su lado y tranquilizarlo, ¿puedes hacer eso?

—Lo haré.

La familia de Levi y de Daniel no tardaron en llegar, Caleb habló con todos ellos y trató de tranquilizarlos en la medida de lo posible. Helia acababa de curar a Apolo y Levi estaba durmiendo en el sofá mientras que Dan se sentaba en el sillón de enfrente con la cabeza gacha.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte en el sofá, Apolo? Caleb os puede subir a la habitación —le preguntó Dan.

—No hace falta, Levi acaba de tranquilizarse, no quiero que se ponga nervioso de nuevo.

—Lo entiendo, pero te vas a levantar de ahí con tortícolis.

—Estarán bien, Dan. Sólo es una noche y tendrán mucho de lo que hablar —se acercó Caleb.

—Ben tiene que pagar por esto. Ha saltado el perímetro, los centinelas, si Apolo no llega a estar aquí hubiese atacado a Levi.

—Estoy trabajando en ello, Daniel. Lo tenemos bajo vigilancia y pagará su peso en castigo si ha sido él.

Dan no parecía muy convencido, pero asintió.

—Iré a por una manta, Levi siempre tiene frío. Y a por agua.

Levi no atacó a Apolo por casualidad. Ellos estaban dando un paseo cuando recibió las feromonas amenazantes de otro lobo Alfa. Su impulsividad, corta edad e instinto actuó por sí solo y se aferró a Apolo con la intención de protegerlo. Los centinelas habían encontrado a Ben tratando de salir del territorio Omega, pero eso no significaba que había sido él.

Se encontraba sacando el teléfono para calmar a Ivarr cuando la voz de Félix atravesó el salón.

—No puedo creerlo.

¿Estaba jodidamente bromeando con él? Pensó Félix cuando vio a Caleb dentro de la casa de Daniel. El Alfa giró la cabeza hacia la puerta, su mandíbula se tensó llena de furia.

Bien.

Caleb estaba furioso.

—¿Qué haces aquí, Félix?

—¿Qué hago yo aquí, me preguntas? ¿Qué haces tú aquí? ¿Qué haces en casa de Daniel ayudando a Levi cuando recibí una carta tuya en la que rechazabas verme por estar demasiado

ocupado?

—Estoy ocupado para ti. Date la vuelta y vete a casa.

—¡Estoy cansado de tus órdenes! —exclamó—. Si lo que quieres es que me vaya de la manada, dímelo a la cara.

Caleb titubeó.

—Estás en celo, Félix.

—Sí, estoy en celo, ¿es eso un problema? Estoy en mi territorio, nadie puede atacarme aquí, así que no uses eso como excusa para evadirme de nuevo.

—¿Podemos hablar en otro sitio? —preguntó con los dientes apretados.

—No. Sólo tienes que responderme. Las preguntas son muy simples y llevo un año entero haciéndolas.

Las muletas de Felix se tambaleaban algo inestables, estaba empezando a sudar.

—Respondí a todas tus preguntas, Félix. Fuiste herido, casi mueres, te falta una pierna y eres incapaz de transformarte. No puedes luchar, ni pelear. Eres un Omega. No un guardián. Te dije que te mantuvieras en casa tranquilo, te di un protector Beta del que rechazas sus cuidados y encima estás en celo, fuera de casa, intentando mantenerte en pie y buscando más respuestas inútiles.

—De acuerdo. Mañana tendrás en el despacho mi carta oficial de renuncia. Si eso es lo que valgo para ti, no pienso quedarme más tiempo aquí —Félix empezaba a darse la vuelta, sus orejas se habían escondido, completamente planas y gachas.

—No aceptaré esa carta, Félix.

—Me da igual. Hace mucho que ya no eres mi Alfa.

CAPÍTULO 12:

DECIDIR

—¿Cuándo vas a quedarte quieto? —le preguntó Helia, gruñendo, mientras arreglaba el desastre de su brazo.

El suelo de su despacho estaba cubierto de sangre. Helia había dejado el maletín sobre el escritorio y luchaba con el hilo y la aguja.

La puerta se abrió de repente, y una rubia cabeza se asomó.

—Oh...perdón. No quería interrumpir, Jason me ha dicho que podía entrar y... —habló Levi, Helia se apartó de Caleb, ninguno de los dos lobos lo habían escuchado—¡Por la diosa! ¿Qué ha pasado?

—Caleb ha decidido jugar con los osos. Otra vez —masculló Helia. Sus regañinas ya no le enfadan.

—Necesitábamos carne de caza.

—Para eso están los cazadores, Cal.

Caleb encogió los hombros.

—Yo era cazador antes.

—Creo que tienes mejores cosas que hacer que cazar osos a las cinco de la madrugada y despertarme con el brazo colgando.

—Siempre exageras.

Helia acabó de suturar la herida y tiró a la basura las gasas y vendas manchadas. Caleb llevó la atención al Omega que seguía plantado en la entrada con las mejillas pálidas.

—Dime, Levi. ¿Ha ocurrido algo?

Levi junto sus manos al frente.

—No. Todo está bien, he acabado mi celo así que hoy mismo me pondré a trabajar en el comedor. Quería disculparme contigo, y con Helia.

Helia se irguió para mirarlo.

—¿Conmigo?

—Tuviste que correr a curar a Apolo.

—Es mi trabajo, Levi. Curo a las personas.

—Pero...

—Agradecemos tus disculpas, Levi —dijo Caleb dejando que Helia comenzara a vendar su brazo y hombro—, aunque como ha dicho Helia, no son necesarias.

Levi asintió con la cabeza.

—También quería disculparme por mi reciente comportamiento, sobre todo delante de un humano. Estoy...estoy preparado para recibir el castigo que creas conveniente.

—Helia, ven más tarde, necesito unos diez minutos con Levi.

Helia no replicó, los dejó solos y cerró la puerta del despacho. Levi esperó junto a la esquina de la habitación, al lado de una de las plantas decorativas. Caleb se levantó para estirar las piernas, el brazo le dolía y Helia no tardaría en golpear la puerta para darle alguno de sus sedantes.

Poco a poco, Caleb se estaba acostumbrando al dolor. Era mucho mejor que el otro.

Levi se encogió contra la pared, agachó la cabeza y fijó la vista en sus zapatos. Caleb le dio un pequeño golpe en la frente.

—No creo que un castigo sea necesario, Levi. No fue tu culpa y estamos buscando a la persona que tiró todas esas feromonas amenazantes en territorio Omega, pero te conozco, y sé que no te vas a quedar tranquilo hasta que te castigue de una forma.

—Sí, señor.

—Nunca tengo tiempo de ir al comedor, y cuando lo hago siempre es muy tarde y ya no queda ni un pastelito tuyo.

—No te entiendo.

—Tu castigo será hacerme una bandeja especial de pasteles. Has dicho que hoy mismo empezarás a trabajar, los quiero para esta noche.

Levi iba a rechistar, pero la mirada de Caleb no lo dejó.

—Muy bien, —continuó—. Ahora siéntate y cuéntame cómo es que Apolo, el primo mestizo de Daniel, es tu pareja.

Levi parecía sorprendido. ¿De verdad pensaba que no se había dado cuenta? Un Omega no atacaba y protegía así a otro lobo sin lazos de por medio. Según Dan, ambos estaban dando un paseo antes de que el celo de Levi lo golpeará, luego, sintió las feromonas amenazantes de otro Alfa y pensó que Apolo estaría en peligro.

Intentaba protegerlo de una amenaza, no hacerle daño.

—No es mi pareja. Bueno, sí, lo es, pero yo no soy la suya.

Caleb frunció el ceño y terminó él mismo de cerrar las vendas de su brazo.

—¿Por qué dices eso?

—Yo presento todos los síntomas de un emparejamiento. Celos imprevistos, protección, olores, pero él...él no tiene ninguno.

—Puede que sean más leves.

—Apolo tiene su familia en la ciudad, su trabajo y sus amigos. Es apuesto así que no tardará en encontrar a otra persona o a su real pareja dónde vive. No puedo obligarle a que se quede aquí conmigo.

—Lo entiendo, pero eso son cosas que debes hablarlas con él, ¿lo has hecho?

Levi negó.

—No sabe...no hemos hablado de esto. No le he contado lo que significa para mí y no creo que lo haga.

—¿Piensas que si se lo dices vas a condicionarlo?

—Los lobos solo tenemos una pareja de por vida. Atar para siempre a una persona a que esté conmigo...

—Aún hay tiempo para eso, Levi. Podéis conoceros poco a poco, y decidir luego lo que queréis hacer. No te pido que te emparejes con él mañana, pero pienso que lo más justo para él es saberlo. Tiene el mismo derecho que tú a decidir.

—Yo...lo pensaré.

—¿Has pensado alguna vez en aplicarte a ti mismo los consejos que les das a los demás? —inquirió Helia con disimulo una vez que Levi se fue del despacho.

—Has tardado en decirlo.

—Caleb. Te lo pido por favor, deja de hacerte daño. No puedes seguir así.

—Lo sé.

Mierda. Claro que lo sabía. Pero no podía evitarlo cuando su lobo enfurecido salía a cazar a Félix. Prefería mil veces mantenerse ocupado con una presa más grande que él a tirar la puerta de su cabaña abajo y tomarlo cómo su lobo pedía.

—Y te importa una mierda y vas a seguir haciéndolo, ¿verdad?

—No te enfades. Ya tengo suficiente tortura.

—Vas a colapsar, ya estás en el límite. ¿Cuánto tiempo crees que va a aguantar tu cuerpo en ese estado? Apenas duermes y luego te mantienes todo el día ocupado. Nosotros también tenemos que descansar. ¿Qué harás con la manada cuando eso ocurra?

Caleb sabía que Helia estaba asustado. Llevaba un año soportando los tirones del lobo, sus feromonas se habían vuelto inestables y ansiosas y sufría de pesadillas continuamente. Tenía que encontrar una manera de darle a su lobo lo que quería sin que Félix corriera peligro.

CAPÍTULO 13:

MUTILADO

Inútil.

Así se sentía Félix en estas situaciones. Habían dado la voz de alarma, por lo que habían encontrado cazadores o alguna amenaza en el territorio. Los centinelas estaban replegando y guiando a la gente a sus casas para luego montar guardia. Y él... él estaba encerrado en su casa, en medio del cielo, con Milka, sin poder salir y con la voz de Caleb atormentando de nuevo su cabeza.

—¿Cuándo podremos volver a salir? —preguntó impaciente desde la otra punta del salón al Beta.

—Supongo que por la mañana.

Joder. No podía quedarse ahí sin hacer nada. Llevaba haciendo exactamente eso un año entero y se negaba a pasar otro igual. No quería pensar en las palabras que le dijo su hermana antes de marcharse, pero todo apuntaba a que ella tenía razón en cuanto a Caleb.

Y se negaba. Se negaba a pensar que el Alfa quería vengarse de su madre a través de él. Eso sería cruel, despiadado, demasiado...

Caleb no era así.

Echó un vistazo al salón. Milka seguía ordenando el puzzle de mil piezas que empezó hace unas semanas sobre la mesa redonda, parecía estar concentrado en él, pero en realidad no le quitaba ojo a la ventana y a los lobos que se movían fuera. No podía escaparse con él acechando, hace un tiempo, sí. Félix saltaba por la ventana de su habitación en el piso de arriba y atravesaba el bosque corriendo antes de que él se diera cuenta. Ahora era más que imposible.

—¿Quieres beber?

—No, gracias. No tengo sed.

—Me refiero a alcohol, idiota.

Milka levantó la cabeza del tedioso puzzle, Félix no esperó a que él respondiera, ya estaba en la cocina preparando dos vasos de Whisky bien cargados. Él no solía beber, el alcohol fue un regalo que le hizo Marcus después de haberlo arrastrado del bosque a su casa. Había pensado en tirarla, y menos mal que no lo había hecho, recordaba muy bien el efecto que la bebida causaba en el Beta.

—¿Crees que es buena idea beber en esta situación?

—¿De qué hablas? Los cazadores jamás llegarán aquí, hay cómo ocho centinelas rondando la casa.

—Me refiero a ti, Félix —nuevamente las mejillas del Beta se sonrojaron.

¿En qué cojones estaba pensando ese lobo?

Félix dibujó en su rostro la sonrisa más encantadora que pudo.

—¿Piensas venir a ayudarme? ¿O quieres que lo lleve todo saltando?

Milka sacudió su cabeza, los rizos cayeron sobre sus ojos y caminó hacia él. A Félix le empezaron a sudar las manos. Calor. Hombre. Calor. Tragó saliva. Debía concentrarse. Tenía que conseguir que Milka bebiera hasta emborracharse y luego podría llegar hasta los cazadores.

Sus entrañas se sacudieron y sus manos empezaron a temblar sin ninguna razón. Félix las estabilizó pero no lo suficientemente rápido como para que Milka no lo viera.

—¿Es otro ataque de pánico? ¿O es por el celo?

—Tú qué crees. Bebe —empujó el vaso con hielo contra su pecho y le dio un sorbo al suyo.

—¿Seguro que...?

—Vamos, Milka. No hay nada más que podamos hacer en estas malditas cuatro paredes.

De un día a otro su vida se había vuelto tan... común. ¿Qué diferencia había entre un humano y él? Joder, incluso el maldito granjero Jason tenía una vida mucho más emocionante cuidando de todos esos pestilentes animales. Félix se levantaba de la cama, se duchaba, desayunaba, veía la televisión, se daba un paseo como los lobos ancianos y regresaba a casa para hacer putos puzzles y quejarse internamente de su vida.

Milka se mojó los labios y arrugó la cara.

—Más. Casi no has bebido.

—El alcohol no me sienta bien.

—Son sólo unos tragos —mintió, acercándose a él—. ¿Vamos al sofá?

Milka tenía su misma estatura, quizá era unos pocos centímetros más bajo, casi no se notaba ahora que Félix estaba mutilado.

Mutilado.

Mutilado.

Inútil.

Félix pegó la frente en su hombro y respiró. Seguía sin sentirse seguro, los temblores afectaban a su rodilla y no quería reconocer que estaba teniendo un pequeño ataque de pánico por unos cazadores que ni siquiera iban a llegar a su casa.

La última vez que estuvo frente a uno de ellos, Félix estuvo dos semanas en coma, despertó con lagunas, sudores fríos, pesadillas plagadas de escenas sangrientas y sin una pierna.

—¿Vamos? —animó a Milka obligándose a caminar y a manejar sus muletas lo mejor posible mientras que el Beta se encargaba de traer las bebidas—. Trae también la botella. La necesito.

Se sentó en medio del sofá, y Milka no tuvo más remedio que colocarse a su lado. Dejó los vasos en la mesa y la botella en el suelo y Félix rellenó ambos, animándolo a beber.

El whisky estaba amargo, quemaba su garganta, y el sabor era terrible, pero sus manos habían dejado de temblar.

—¿Has hablado con Caleb últimamente?

—No.

Félix lo miró fijamente.

—Aprende a mentir, Milka.

Milka sujetó el vaso con ambas manos.

—Sólo lo veo una vez cada quince días.

—¿Para qué?

—Me pregunta por tí. Quiere saber qué estás haciendo, o cómo te sientes.

—Ya, claro... —masculló con amargura—. Ahora se preocupa por mí. Hijo de puta.

—Félix. No hagas eso.

—No está aquí para escucharme.

Ojalá lo estuviera. Pensó estúpidamente una parte de su cabeza. Así podría respirar tranquilo, estar... seguro.

—Aún así. No debes hacerlo. Entiendo que tengas rabia contra él, pero insultarlo sigue sin

ser una buena opción.

—¿Y cuál es la buena opción? Tú sabes más que nadie cómo me trata. ¿Tengo que alabarlos como esos viejos lameculos sólo porque es mi líder?

—Caleb se preocupa por ti.

—Eso pensaba yo —bufó terminando su vaso.

A este paso, iba a ser él el que acabaría borracho.

—Cambiemos de tema. Háblame de ti.

Milka lo miró sorprendido.

—¿En serio? ¿Quieres saber cosas sobre mí?

—Lo dices como si fuéramos desconocidos. Nos conocemos desde que tengo quince años.

—Y en todo ese tiempo no has preguntado por mí ni una sola vez.

—¿Seguro? Creo que...

—Nunca —aseguró Milka.

—Pues... te lo pregunto ahora. ¿Vas a responderme o vas a seguir haciéndote el indignado? —sus palabras le arrancaron una risa a Milka. O la bebida.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Háblame de tu madre. De tus padres —corrigió.

Milka se recostó en el sofá, su hombro golpeó el de Félix.

—Son buenas personas. Tienen una biblioteca en la ciudad, trabajan mucho, y quieren que me centre en el negocio familiar para el año que viene y que me case con una hembra. A mi edad mi madre ya estaba en cinta.

Félix lo escuchó. Había olvidado por un momento las tradiciones tan estúpidas de los Betas. Al no poder percibir feromonas ni sentir las, la única forma que tenían de emparejarse era mediante matrimonios arreglados o citas a ciegas. Normalmente, los padres apañaban los matrimonios de sus hijos, buscando a la hembra que más se adapte a sus gustos.

—Que mierda. ¿Tú qué quieres hacer?

—Sé que no quiero un matrimonio arreglado ni que mis padres decidan qué hacer con mi futuro amoroso. Pero si una de las hembras de la manada muestra un poco de interés en mí, estaré perdido.

Félix enlazó, con el cerebro medio dormido.

—Por eso dices que no quieres llamar la atención. Por eso siempre llevas esas pintas de vagabundo.

La segunda risa de Milka fue más larga.

—No te rías, idiota. Acabo de descubrir uno de los enigmas más difíciles de la manada.

Milka dejó caer el brazo sobre los hombros de Félix, y el Omega se tensó. Su cuerpo volvió a calentarse al percibir el peso sólido del Beta oculto bajo esa ancha camiseta.

—Eres más gracioso cuando bebes, la próxima vez que vengan los cazadores no dudaré en servirte una copa.

¿Próxima? Félix no esperaba estar encerrado para cuando eso ocurriera. Esperaba estar fuera. Esperaba ser de nuevo uno de ellos, por muy difícil que fuera.

—A ti también te cambia el humor. Normalmente no puedes mirarme más de cinco segundos seguidos. Los he contado.

Milka bebió. Se rellenó el vaso e hizo lo mismo con el de Félix.

—Eso es porque me das miedo.

¿Perdón?

—¿Qué?

—No te hagas el sorprendido. Tienes a la mitad de la manada aterrada.

—Eso es... —Félix sacudió su cabeza—. Yo no doy miedo.

—Eres un Omega de dos metros de alto con cara de cabreado, famoso por golpear y meterse con la gente a su alrededor.

El alcohol bajó de golpe.

—Yo no..no hago eso. Dejé de hacer eso.

—Sólo cambiaste tus golpes por insultos. La gente no se acerca a ti porque te tiene miedo. ¿No lo sabías?

Félix negó con la cabeza. ¿De verdad le tenían miedo? ¿No era porque Caleb les había prohibido tener contacto con él?

—¿Félix? —el agarre en sus hombros se suavizó, la mano de Milka frotó su brazo—. ¿Estás bien?

Félix negó o asintió, o...

—Da igual. Esa gente me da igual.

La piel de su brazo empezó a quemar.

—Puede que tú no me conozcas del todo, pero yo sí que te conozco a ti. Y aunque no lo creas he visto todos tus lados malos y los pocos buenos que tienes.

—No digas tonterías.

—Sé que en realidad te preocupa lo que la manada piense de ti. Te hiciste centinela para protegernos.

El cuerpo de Félix tembló, lo hacía cada vez que recordaba esa época en la que era tan idiota y no se daba cuenta.

—Lo hice porque me gusta el poder y el control, y quedar por encima de los demás.

—Eso es lo que tú quieres creer.

—No intentes hacerme mejor persona.

—Te mata estar aquí encerrado, pero Caleb no dará su brazo a torcer hasta que se lo demuestres.

—¿Demostrarle? ¿El qué?

Milka guardó silencio.

—¿Qué tengo que demostrarle? —preguntó bajo y para sí mismo.

Milka dejó el vaso en la mesa y miró por la ventana. Los centinelas se habían retirado al bosque.

—Parece que ya ha pasado el peligro —lo ignoró. Estaba claro que Milka no quería responderle a eso.

Félix volvió a coger el vaso, tragó de golpe, la bebida se derramó por su barbilla y goteó sobre su camiseta blanca.

—No digas que soy buena persona —masculló—. Soy malo y egoísta. Te estaba emborrachando para poder irme con los centinelas a patrullar —Félix se rio al escucharse en voz alta—. Que idiota. No podría ni acercarme a un cazador, no después de lo que me hicieron —sus hombros se hundieron. Al fin lo había dicho en voz alta, pero la ansiedad no desaparecía—. Caleb no lo entiende. No quiero vivir así.

Milka se acuclilló en el suelo, le quitó el vaso de la mano —¿Por qué no se lo dices?

Félix negó.

¿Cómo iba a decirle que le daban miedo los humanos? ¿Qué centinela sería si llegara a confesar eso?

—No puedo hacerlo.

Cómo tampoco podía contarle a nadie que ya no tenía contacto con su lobo y que había desaparecido de su cabeza. Se lo dijo a Layla y ella acabó usándolo en su contra.

—Creo que es hora de ir a la cama —habló Milka.

—Sí. También lo creo —Félix se levantó de golpe.

Su rodilla se dobló por la mitad y Milka lo sujetó de la cintura.

—Me gusta hablar contigo así —confesó Félix respirando el perfume de Milka, era la primera conversación normal y sincera que tenía con alguien en mucho tiempo.

—A mí también, pero no podemos emborracharnos cada vez que queramos ser amable el uno con el otro.

Félix soltó una risa. Se agarró a los brazos de Milka que aún lo sujetaban, ¿en qué momento se habían acercado tanto?

—Te llevo a tu cuarto —más que una afirmación, sonó a pregunta.

Las orejas de Félix se tensaron y su cola permaneció inmóvil. Un escalofrío subió por su columna vertebral y se mordió el labio para sofocar un jadeo. Se había olvidado del celo, de que al calor que le nacía sobre la base de su estómago le daba igual quién estuviera delante.

Ambos habían prometido que nunca más iba a suceder, sin embargo, Milka estaba inclinando la cabeza hacia él y lamiéndose los labios.

Félix lo aceptó. No recordaba haber aceptado un beso de Milka antes, en sus anteriores encuentros el calor había sido tan insoportable que Félix no lo había visto cómo a una persona, si no cómo un vibrador caliente que usar.

Dejó que al Beta curiosear su boca. No era desagradable. Tampoco era agradable del todo. Tras estabilizar su pierna, subió la mano hacia la garganta de Milka.

Lo sintió tragar. Lo sintió tensarse. Su toque se volvió débil, sin embargo, no lo detuvo. Y Félix dejó de ser el pasivo para empujarlo hacia abajo, morder su lengua y lamer con ansias la sangre. Milka acabó acostado en el suelo, Félix se subió sobre sus caderas, el muñón rozaba el suelo y le molestaba pero sus manos no dejaban de jugar con el cuello y el pecho del Beta.

Inofensivo. Bajo su control. Félix cerró al fin los ojos y un destello llenó su cabeza. Parecía un relámpago.

Un relámpago cargado de imágenes en las que él y Caleb eran protagonistas.

Félix empujó su cuerpo hacia un lado con el corazón desbocado.

Miró a Milka, su rostro igual de desencajado que el de Félix.

—Tengo que irme —murmuró agarrando las muletas.

—¿Ahora?

—Sí. Acabo de recordar una cosa.

O eso pensaba.

—Aún sigue la voz de alarma. Y no puedes salir así.

—No me sigas o mandaré a la mierda todo lo que hemos hablado esta noche.

—¡Deja que te acom...!

Félix cerró la puerta de un portazo.

CAPÍTULO 14:

BORRACHO

Félix llegó a la clínica con los brazos y la pierna entumecida. Había intentado ir lo más rápido posible para evitar a los centinelas y a Milka por si se arrepentía de haberlo dejado salir solo. El alcohol que había ingerido tampoco había ayudado a que fuera más ligero.

Dio gracias a que las luces estaban encendidas y Helia ojeada una serie de papeles en el mostrador. Cuando entró levantó la cabeza desconcertado, luego, una extraña expresión pasó por su rostro antes de ir hacia él a toda prisa.

—¿Estás herido? —preguntó con las manos extendidas a ambos lados de su cuerpo, sin rozarlo, pero preparado por si Félix se desplomaba.

—No. No estoy... —tomó aire—. Tengo que hablar contigo.

—No es un buen momento, Félix. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —Miró hacia la puerta, quizá esperando ver a Milka fuera—. ¿Has venido solo? ¿Estás loco? ¿No has escuchado que hay cazadores por la zona? Tienes que marcharte.

Helia no lo estaba empujando, pero sí que lo animaba a dar media vuelta y regresar.

—Espera.

—Mañana.

—No puedo esperar. Hay una cosa que quiero preguntarte.

—Caleb está aquí, y apesta a alcohol —susurró bajo.

Félix clavó las muletas en el suelo y se negó a continuar retrocediendo.

—¿Le ha pasado algo?

El corazón se le subió a la garganta.

—No. Todo está bien. Vete. Contactaré contigo.

—¿Si todo está bien, porque está aquí?

—Mañana hablamos, Félix.

La táctica para echarlo de Helia no le estaba funcionando. El Beta estaba demasiado preocupado para que sólo fuera por su hedor a alcohol. Con rapidez se deshizo de los brazos de Helia, corrió hacia la habitación más cercana sin saber si el Alfa se encontraría ahí y abrió la puerta de golpe.

La rodilla falló. Helia lo apartó y cerró la puerta no lo suficientemente rápido como para que no viera lo que estaba pasando ahí dentro.

Las palabras no salieron de su garganta. Se llevó una mano a la boca y se lanzó sobre la papelera vomitando parte de la cena y alcohol.

Escuchó a Helia disculparse, y no le hizo falta girar la cabeza para ver quien era el Alfa que había salido de esa habitación infernal. Con la papelera agarrada entre sus manos y las uñas clavadas en ella, volvió a vomitar.

—Regresa dentro, yo me encargo —habló Caleb.

Los pasos se acercaron hacia dónde se encontraba él encorvado, apoyado solo en una muleta mientras que la otra estaba tirada en el suelo y con media cabeza en la papelera.

Mierda. No quería levantar los ojos. ¿Con qué clase de expresión le estaría mirando? ¿Se

había vuelto a enfadar? ¿O sentiría pena por él?

—¿Has terminado? —le preguntó, más bien fue la primera opción.

Félix negó con la cabeza. Prefería seguir enganchado a esa asquerosa papelera que tener que enfrentarse a su ira ahora mismo. Para su sorpresa, Caleb fue hacia algún sitio de la clínica y cuando regresó lo hizo con un vaso de agua y un par de servilletas.

—Déjate caer en el suelo.

Félix lo hizo. Su espalda dio con la pared y la muleta terminó de golpear el suelo. Apartó la papelera y aceptó las servilletas para limpiarse el resto de vómito de su barbilla y el vaso de agua.

Respiró. Respiró de nuevo preparado. La última vez que habló con Caleb, lo amenazó con marcharse de la manada y le dijo que ya no era su líder para largarse sin escucharlo. Y ahora...

—Estás borracho —gruñó Caleb.

Félix cerró con fuerza los ojos.

—¿Qué le han hecho? —preguntó.

No esperaba que Caleb se apiadara de él. Joder, no le gustaba nada estar sentado en el suelo con la bilis en su garganta, apestando a whisky y vómito delante de él. Sin embargo, necesitaba saberlo antes de soportar una de las mayores broncas de su vida en la que seguramente vendría con castigo de por medio.

—Avisaré a Ivarr para que te lleve a casa.

Félix lo agarró de la camiseta, no sabía que Caleb se había acuclillado frente a él ni que estaba tan malditamente cerca que hasta podía olerlo.

Sus fosas nasales se abrieron, respiró cómo si no lo hubiese hecho en mil años y sus hombros dejaron de temblar.

—¿Qué le han hecho? —volvió a preguntar con súplica.

Caleb guardó el teléfono móvil.

—Lo han mutilado —su semblante no cambió mientras pronunciaba esas tres palabras.

—¿Por qué? ¿Por qué le harían eso? Es una cría.

El dolor escocía en su garganta tanto que quería chillar. Nunca habían llegado hasta este punto de crueldad con ellos.

—Tienes que ir a descansar, Félix.

—No quiero.

—Hazme caso por una vez. Has bebido, estás en celo, tu cabeza no razona como de costumbre, y estás apunto de desplomarte.

Félix tragó saliva, y finalmente asintió con la cabeza.

No pudo levantarse. Su mente y cuerpo seguían dentro de esa habitación en la que él ya había estado mucho antes frente a la niña Omega cuyos pies estaban cubiertos de tierra y sangre, y a la que le habían arrancado las orejas.

—¿Puedes caminar?

Félix volvió a asentir de forma mecánica.

—Félix.

—Puedo caminar. Pero me va a costar un poco levantarme —respondió mirando al suelo.

Las botas oscuras de Caleb crujieron —Sujétate a mis hombros.

—Puedo hacerlo.

—Calla la boca ahora, Félix. Sujétate a mis putos hombros.

—No me lledes a casa. No quiero estar solo.

A lo mejor sí que había bebido más de la cuenta, o había sido el susto, el pánico y la angustia

al ver a esa pequeña ahí lo que le estaba haciendo que se comportara cómo un miedica.

En cuanto Caleb asintió con la cabeza, Félix pasó el brazo por encima de sus hombros, creía que Caleb iba a levantarlo y ofrecerle las muletas, en cambio lo alzó entre sus brazos y caminó a la puerta con él.

—Puedo... —su frase quedó a mitad al ver su mandíbula apretada.

Calla la boca.

Mierda. Félix realmente lo había llevado al límite esta vez.

Dejó de agarrarlo de los hombros y colocó las manos sobre sus muslos. Había decidido esa noche ponerse un pantalón corto, su muñón era visible y nunca le había importado que nadie de la manada lo viera y señalada.

Félix lo había aceptado.

Pero que Caleb lo tuviera delante y que lo rozara era otra cosa diferente. Félix intentó apartarse un poco de él. Su piel pálida lo estaba quemando. Era un horno. Las manos de Caleb lo marcaban en la espalda y muslos. Así lo llevaba cogido durante todo el camino.

Caleb lo alzó un poco más, sus rostros se aproximaron.

—¿A dónde vamos? —preguntó esperando a que el aliento no le apestará a vómito.

Podía estar más cerca. Podría apoyar la cabeza en su hombro y abandonarse en él, confiado. Seguro.

—A mi casa.

—Pensaba que ibas a llevarme de vuelta a la cabaña.

—Has dicho que no querías ir allí.

¿Lo iba a llevar con él? ¿Se iba a quedar junto a él?

Su sangre fue hasta el punto de ebullición, apretó los muslos y se mordió el labio inferior para no gemir.

Casa de Caleb. Casa con Caleb. Estar con Caleb. Entre las cosas de Caleb.

Félix sintió que se ahogaba. Le pareció tan correcto estar ahora agarrado a sus hombros que no se lo pensó y lo rodeó con sus manos. El cuerpo se le estaba despertando del miedo y del alcohol, el celo se estaba colocando en primera posición y no podía pensar en nada más que no fuera en la cama de Caleb o en una habitación cargada del olor del Alfa.

Félix gimió, incapaz de controlar su cuerpo. No debió pensar en eso. El cuello de Caleb no estaba muy lejos.

Lamió sus labios.

—Hace calor —susurró apretándose contra él.

Olió el inicio de su camiseta y Caleb se detuvo frente a la puerta de su cabaña. Abrió y empujó con su espalda y a Félix por poco se le cayó la baba.

Hace un año ese lugar estaba completamente limpio de feromonas, y ahora todo gritaba Caleb. Su olor estaba por todas partes, escalaba por su pierna y se aferraba a su piel y ropa con dientes. Si es que las feromonas tenían dientes.

—Calor —repitió.

—¿Quieres darte un baño?

Las orejas de Félix vibraron.

—¿Contigo? —preguntó frotando sus muslos.

Caleb gruñó. ¿Eso era un sí?

—¿Cómo se te ocurre pasearte por todo el territorio de la manada en ese estado? —Caleb lo bajó y sentó a la orilla del sofá, y Félix lo agarró de los brazos antes de que decidiera alejarse.

Félix presionó la punta de sus dedos en ellos. En esos brazos fuertes y pálidos cubiertos de

cicatrices. Esos brazos protectores que ya no lo abrazaban, ni lo alzaban, ni lo tocaban. Se sintió estúpidamente solo y abandonado. La razón no estaba jugando en este momento.

Todo en lo que podía concentrarse era en él. En ese aroma masculino, pesado, almizclado. Sándalo. Instintivamente lo supo. Era el olor de él.

Félix volvió a respirar.

—He recordado —hizo una pausa para lamer sus labios— una cosa.

Las imágenes iban difuminándose en su cerebro y tenía miedo de que acabaran por borrarse del todo.

—Me tocaste cuando estuve en la enfermería.

Aún dudaba de que eso fuera verdad o imaginario, por eso quería hablar antes con Helia, pero en el estado en el que estaba podía arriesgarse. Si resultaba no ser cierto podría echarle la culpa al celo y la vergüenza sería menor. Y si era verdad...

Ya habían pasado unos cuantos segundos y Caleb no lo estaba negando.

—Lo hice para calmarte.

Respuesta. No fue un sueño. No fue imaginación. Demonios. ¿Cómo había podido olvidar eso? Recordaba la mano de Caleb entre sus muslos y sus labios y aliento rozando su oreja.

El agarre se deslizó hacia los hombros de Caleb, estaba a punto de resbalar del sofá y esperaba caer encima de ese maldito hombre y quitárselo de la cabeza.

—Necesito calmarme —susurró.

—Quédate quieto.

—No.

—Félix, no es un buen momento para cabrearme.

—Ya estás cabreado. Siempre estás enfadado conmigo —masculló.

—¿Hablamos de las razones?

Félix sacudió la cabeza. No. Ahora no quería hablar.

—¿Podemos dejar esta conversación? —preguntó ahogando un gemido, separó levemente sus muslos y se frotó contra el sofá.

No era suficiente. Metió una mano por dentro de su camiseta.

—¿Ayudas a todos los Omegas que necesitan calmarse?

—No —respondió entre dientes.

—¿Sólo a mí?

—Sólo a ti.

Félix gimió. ¿Cómo esas tres palabras podían darle tanto placer?

—Repíte...lo.

Su ropa interior empezaba a humedecerse, el bulto en sus pantalones crecía y sus dedos pellizcaban y presionaban su pezón no con suficiente fuerza.

Miró al frente con los ojos entrecerrados.

Caleb estaba ahí. Arrodillado entre las sombras del salón, sus ojos perlados y brillantes lo miraban como un animal a punto de saltar sobre su presa y comérsela. Y eso quería Félix.

Olvidó que Caleb lo había abandonado y hecho sufrir. Olvidó todas y cada una de las broncas que había recibido por no ser suficiente para el puesto de centinela cuando se esforzaba al máximo, olvidó a su lobo, que ya no lo guiaba, olvidó la voz de su hermana en su cabeza y el recuerdo de su madre. Olvidó todo, porque se trataba de Caleb.

—Sólo a ti, Félix.

Su espalda arqueó, temblorosa.

—Ayúdame —suplicó.

Hacía calor. Mucho calor.
Caleb hizo un ruido con su garganta.

Caleb estaba a punto de perder las riendas. Ese no era el plan. Ni siquiera se acordaba ahora mismo si tenía un plan, pero seguramente no era lanzarse sobre el Omega en celo. ¿Por qué había tenido que recordar? ¿Por qué había tenido que hablarle con esa voz? ¿Por qué no podía estarse quieto?

Se inclinó sobre él y lo agarró de la barbilla.

—¿Y qué pasará con el Beta? —le preguntó tomando un poco más de autocontrol.

A veces odiaba tener tan poca paciencia con Félix y usar siempre su rango para tratar con él.

Félix repitió sus palabras con el ceño fruncido, como si lo hubiera borrado de su cabeza, pero Caleb lo sabía. Mierda sí lo sabía.

—Has usado a Milka en tus celos —pronunció mientras tomaba su espacio —¿Y ahora quieres usarme a mí?

Félix asintió repetidas veces con la cabeza. Apoyó la espalda en el sofá sobrante y luchó con quitarse la camiseta. Murmuró algo. La prenda se quedó colgando de su brazo. Había adelgazado, los fuertes músculos de sus brazos habían menguado por la falta de entrenamientos continuos y su cintura había perdido unos cuantos centímetros. Colocó una mano en el centro de su estómago sin apartar los ojos de su rostro.

Estaba ardiendo.

—Deja de quitarte la ropa y provocarme, Félix —dijo con un gruñido sordo.

No podía pensar.

Félix jugó con el botón de su pantalón, haciendo exactamente lo contrario. Se bajó el pantalón hasta los muslos y se sacudió como una especie de culebra para acabar sacándolos por completo. Cuando llevó la atención de sus dedos al propio pantalón de Caleb, el Alfa lo agarró de las muñecas y las presionó contra el sofá a ambos lados de su rostro.

Félix levantó las caderas con los ojos vidriosos.

—¿No te gusto? ¿Prefieres a una hembra?

—Deja de hacer eso —rugió deteniendo las serpenteantes caderas del Omega que chocaban contra las suyas.

—A tu polla le gusta —gimió—, le gusta mucho.

El problema era que su polla se levantaba con solo mirarlo.

Con un gruñido, acabó levantándose del sofá, rebuscó entre los cajones hasta encontrar la pequeña caja de calmantes y regresó. Cogió a Félix de la mandíbula y le metió la pastilla en la boca, colocó su mano encima para que no la escupiera.

—Traga, vamos. Es un calmante, no te hará daño —musitó masajeando su garganta.

Félix negó con la cabeza, pero no tuvo más opción que tragar. Caleb se mantuvo acariciando sus mejillas hasta que cerró los ojos.

Félix despertó al día siguiente con un dolor de cabeza increíble. Se incorporó de la cama, estiró los brazos sobre su cabeza y buscó las muletas al lado de su cama. No estaban. ¿Milka se las había llevado?

Pestañeó y se quitó las lagañas de los ojos. Bostezó. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete... siete segundos tardó en darse cuenta de dónde estaba y en recordar, por desgracia, lo que hizo. Saltó de la cama, se cayó al suelo y se levantó. Los músculos de su pierna ardieron, pero aceptaron todo su peso mientras saltaba con la palma apoyada en la pared. Abrió la puerta y asomó primero la cabeza.

Tenía que encontrar sus muletas y su ropa antes de encontrarse con él. Tenía que salir de ahí.

—¿A dónde crees que vas? —Apenas había dado un paso hacia el sofá cuando lo escuchó.

Félix giró la cabeza mascullando palabrotas. Caleb estaba apoyado de lado contra la pared del pasillo. Tenía los brazos en cruz sobre su pecho y cara de cabreado y de no haber dormido. Mala combinación. Llevaba puesto unos vaqueros azules con rotos en las rodillas y una camiseta negra, muy parecida a la que estaba usando ahora mismo Félix.

—¿Y mi ropa?

—Secándose.

—¿Y mis muletas?

—Escondidas. Ve al baño, y luego a la cocina, llevo más de tres horas esperando a que despiertes.

—Necesito las muletas —le jodía tener que reconocerlo.

—¿No puedes ir sin ellas?

—Ayer me pegué un maratón desde mi casa a la clínica, perdón si mi única pierna hoy no quiere cooperar.

Caleb dio media vuelta sin decir nada y regresó con las muletas.

—En el baño hay ropa interior por si la necesitas y otra camiseta.

—¿Y los pantalones?

—Te los daré luego.

Félix cogió las muletas y se encerró en el baño. Como había dicho Caleb, sobre la tapa del water había una camiseta y un par de calzoncillos.

—Date una ducha, hay toallas limpias en la cesta. —Caleb seguía dándole órdenes incluso desde el otro lado de la puerta.

—Ya lo sé —masculló apretando los dientes.

—Si necesitas ayuda grita.

—¿Quién necesita ayuda para bañarse?! —rugió y creyó oír la ronca risa de Caleb.

Creyó, porque nunca en su vida lo había escuchado reírse.

Aceptaría la ducha, pero ni aunque se cayera al suelo aceptaría esa humillante ayuda. Su trasero no podía sentirse más pegajoso y asqueroso, apestaba a sudor y su cabello era todo un nido de pájaros según el espejo. Sin querer fijarse demasiado, Félix se desnudó, dejó la ropa sucia a un lado y entró al plato de ducha. Fue lo más rápido posible, se secó con la toalla y se vistió. El olor de Caleb lo abrazó de golpe. Olfateó el cuello de la camiseta antes de darse cuenta y carraspeó sacudiendo su cabeza. Se subió los calzoncillos evitando pensar en si Caleb ya los había usado antes que él y marchó hacia la cocina.

—Has sido rápido.

—¿Puedes darme ahora mis pantalones?

—Siéntate, ¿qué quieres comer?

—No tengo hambre —mintió. Félix ya sabía cómo iba a acabar eso y prefería hacerlo rápido

—Adelante. Échame la bronca y grítame.

Caleb lo miró de reojo.

—Creo que al fin he entendido que ese método no funciona contigo. Siéntate. Necesitamos

hablar.

Félix tragó saliva. Las manos le empezaron a sudar. ¿Hablar? ¿Cuándo fue la última vez que ellos dos hablaron? ¿Realmente podían hacerlo sin gritarse el uno al otro?

Con el ceño completamente fruncido se sentó en la mesa.

—¿Te siguen gustando los sándwiches de queso?

—Sí. Me siguen... gustando.

Caleb tardó menos de cinco minutos. Calentó una sartén, untó mantequilla a ambos lados del pan y lo relleno con dos lonchas de queso, lo llevó al fuego hasta que el queso se deshizo y lo cortó en triángulos.

—¿Café? ¿Agua?

—Café.

—¿Con leche?

Félix se movió inquieto.

—Sí.

Caleb colocó el plato y la taza delante de él y lo miró apoyado en la encimera.

—¿Tú no comes?

—Ya lo hice mientras dormías.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la tarde.

—¿Por qué no me has despertado?

—Porque parecías muy cómodo en mi cama. Come.

¿En su cama? ¿Había dicho en su cama? ¿Lo había dejado dormir en su cama? ¿Él dónde había dormido, entonces?

—Sigues sin comer, Félix.

—Ya voy. Te encanta mandar.

—Y a ti llevarme la contraria.

Sí. ¿Qué pasa?

Félix agarró el sándwich y lo devoró. Luego, Caleb se empeñó en hacerle otro, y también se lo comió junto a lo que le quedaba de café. Se limpió la boca con el dorso de la mano y lo miró. ¿Por qué cojones tenía que verse tan... tan bien? Era jodidamente injusto para él.

—¿Quieres decir algo antes?

—¿Me puedes dar ya mi ropa? ¿Por qué tú puedes estar vestido mientras que a mi se me congela el trasero?

—Porque yo no me vomité entero anoche, ni estuve a punto de arrancarme los pantalones. Se están secando, puedo traerte unos míos si tanto te molesta.

—No. Déjalo —masculló.

Sólo le faltaba oler a Caleb por todas partes para terminar de confundirse. En estos momentos agradecía que su lobo no estuviera rondando en su cabeza, o ya estaría pensando que Caleb era algo suyo.

Suyo.

El pensamiento le hizo temblar.

—Siento si te has sentido abandonado por mí en algún momento —dijo Caleb.

Las palabras terminaron por abrir sus heridas no cicatrizadas.

—¿En algún momento, Caleb? Llevo un año entero pidiéndote hablar contigo. Ni siquiera me hacía falta tenerte cara a cara, me hubiese bastado con una llamada telefónica o un puñado de cartas, pero tú dejaste muy claro en cada una de ellas que no querías saber nada de mí.

Joder. Se suponía que la manada era una familia. Que Caleb era su familia.

—No era mi intención. Quería darte tiempo, pero supongo que te di demasiado y no cuidé lo suficiente de ti después del accidente.

—Lo último que recuerdo es que me echaste la bronca por no haber acudido a ti y que me gritaste. No necesitaba a un Alfa en ese momento, necesitaba... —Ni siquiera sabía lo que necesitaba? ¿Un amigo? No. Caleb no era su amigo y nunca lo había sido—. Necesitaba que me cogieras de la mano y te quedaras justo ahí. ¿Era mucho hacer eso por mí? ¿Costaba tanto, Caleb?

—Estaba enfadado. Por más que te prohibía y advertía, tú nunca hacías caso. Me desafiabas a todas horas, no aceptabas una orden y acabaste herido por mi culpa.

—No fue tu culpa.

—Mi manada. Mis territorios. Mi culpa. Digas lo que digas. No quería tener que volver a lidiar con eso.

—¿Y por eso me ignoraste? ¿Por qué no te apetecía lidiar con un Omega rebelde?

—No he dicho eso.

—Pues es lo que ha parecido.

Caleb hizo un sonido de frustración. Un gruñido.

—No quería volver a verte herido. Punto. Soy tu líder, puedo hacer contigo lo que me dé la gana.

—¿Vas a empezar una pelea de nuevo? Porque estás volviendo a ser el mismo de hace un año, y ésta vez sí que no voy a aguantarlo.

Caleb tomó aire y se frotó el rostro con la mano. Avanzó hacia él. Mierda. ¿Por qué se estaba acercando? No quería tenerlo cerca en estos momentos, no cuando ya estaba cubierto con su olor, sus feromonas, y se sentía...

—¿Realmente quieres abandonar la manada? —preguntó Caleb, sentándose en frente.

Colocó los antebrazos sobre la mesa y los ojos de Félix bajaron justo a esa dirección.

—No puedo irme hasta que la cicatriz no desaparezca —recordó en voz alta.

Así funcionaba el pacto de sangre.

—Si quieres irte, lo romperé. Félix —pronunció su nombre. Le gustaba que lo llamara. Sus orejas temblaban siempre, y su lobo solía retorcerse—. ¿Quieres abandonar la manada?

Félix apretó la mandíbula.

—No —masculló.

—En ese caso, tendrás que volver a aceptarme como tu líder.

—No vuelvas a ponerte mandón —advirtió.

Caleb hizo una mueca. Juraría que había sonreído.

—Estoy dispuesto a olvidar lo que ha pasado entre nosotros y empezar de cero, pero necesito que tú también pongas algo de tu parte.

¿Empezar de cero? ¿Podían hacer eso?

—¿Sin rencores?

—Aunque no lo creas, nunca te he guardado rencor.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer? —preguntó Félix.

Nada era gratis.

—Abandona la idea de ser centinela.

CAPÍTULO 15:

APOLO

—Vale —respondió Félix sin pestañear.

—Ni lo has pensado.

—No necesito pensarlo. Sólo mírame.

—¿Cuántas veces te ha encontrado Marcus en el bosque haciendo cosas que no deberías estar haciendo?

—¿Ahora pasear es ilegal?

—Lo es de madrugada, en hora de guardia y solo.

Caleb sabía que tener esta conversación con Félix no iba a ser algo fácil ni de un día. Tampoco que volviera a confiar en él.

—Tengo pesadillas.

—Y un protector bastante complaciente por lo que sé. Llévatelo de paseo, haz lo que quieras con él, pero no salgas solo.

Félix apretó los puños.

—¿Me has estado espionando?

—No —mintió.

—¿Y cómo sabes eso?

—Tengo muchos ojos en la manada.

—En otras palabras, has enviado gente a vigilarme.

Félix no podía estar más equivocado. Él no era el único con pesadillas, desde que empezaron a aparecer cuerpos de Omegas mutilados en el bosque, Caleb soñaba cada noche con Félix. Lo imaginaba tirado en el bosque, ensangrentado, y descuartizado, era entonces cuando el lobo furioso lo llevaba hasta la puerta de la casa del Omega para cerciorarse de que estaba sano y salvo, y cuando no podía verlo, se enfadaba. Se enfadaba tanto que cazar era lo único que podía hacer para quitarse esas imágenes de su cabeza.

Había probado calmantes, somníferos y todo tipo de medicamentos administrados por vena pero ninguno funcionaba a estas alturas. Anoche, después de acostar a Félix en su cama, creyó que su lobo lo destrozaría al verlo cubierto con todas sus cosas, sin embargo, se encontró respirando de forma tranquila, se relajó en una de las esquinas de su mentes y descansó por primera vez en mucho tiempo.

Todo lo que tenía que hacer era mantener a Félix a su lado y no podía hacerlo si las cosas continuaban así.

—Y por lo visto voy a tener que seguir haciéndolo. Lo de anoche no puede volver a repetirse.

El aroma de Félix que hasta ahora había sido tenue se hizo más fuerte.

—¿A qué parte te refieres?

Sus mejillas estaban adquiriendo una tonalidad rojiza y Caleb estaba seguro de que su temperatura había aumentado. El calmante de anoche ya habría perdido su efecto y los celos de los Omegas duraban alrededor de cinco días.

Caleb llevó las manos bajo la mesa.

—A todo. Sobre todo la parte en la que decides emborracharte estando en celo, y salir de la cabaña con cazadores en la zona.

El color abandonó las mejillas de Félix de repente.

—Esa niña Omega. ¿Sigues en la clínica? —Félix se precipitó a levantarse y Caleb lo agarró antes de que pudiera salir corriendo sin pantalones.

—Falleció esta mañana.

—¿Fueron ellos?

—No puedo hablar de esto contigo, Félix.

—¿Me vas a apartar del caso de los niños también?

—Ya no formas parte de los centinelas, es lo que trato de decirte. Tu misión no es proteger a nadie.

—¿Entonces, qué se supone que tengo que hacer? ¿Quieres que me pase la vida metido en la cabaña sin moverme mientras nos cazan?

—Hay un montón de puestos que puedes desempeñar. Si no quieres estar encerrado en una cocina o en una tienda puedo hablar con Jason para que te dé trabajo en la granja. Puedes ayudar a la manada de muchas formas.

¿Por qué le costaba tanto separarse de ese puesto? No podía entenderlo.

Félix lamió sus labios. Sus gruesas pestañas descendieron hacia el brazo por el que Caleb seguía manteniéndolo sujeto. No había logrado alcanzar sus muletas por lo que se apoyaba sobre su única pierna. La camiseta de Caleb llegaba hasta el inicio de sus muslos, ocultando su trasero y ropa interior. Caleb esperaba que estuviera usando sus calzoncillos. Joder. Era enfermizo la necesidad que tenía por acaparar y doblegar al Omega cada vez que lo veía.

Quería cubrirlo con todas sus cosas. Llenarlo de sudor, olor, mancharlo. Marcarlo.

Respiró hondo eliminando esos pensamientos irracionales que habían ido a peor desde que lo ayudó en la enfermería con el celo. No debía ser así. Félix había salido herido por su culpa. Había perdido una pierna por su culpa. Se había vuelto débil por su culpa.

Los machos dominantes solían rechazar a los lobos más débiles de la manada, pero su lobo aún se moría de ganas de hincarle el diente y machacarlo como si nada hubiese pasado.

—¿Ella sufrió? Al menos dime cómo se llamaba.

Caleb aflojó su agarre. Arrastró una de las sillas hasta él y lo animó a sentarse.

—No sufrió —le aseguró—, y en cuanto a su nombre, no conseguimos dar con la familia.

—Se la llevaron de alguna manada y ella intentó escapar, tenía los pies llenos de sangre. Pero, ¿por qué le arrancaron sus orejas? ¿Son una especie de trofeo? Ninguno de los niños Alfa fue mutilado.

Caleb vio cómo Félix luchaba de nuevo con las náuseas y acarició con el pulgar la piel de su muslo dejando que sus feromonas lo cubrieran y tranquilizaran.

—Puede ser.

—Eso es cruel y mezquino. ¿Atrapaste a los cazadores?

—No fueron ellos.

—¿Cómo lo sabes?

—Beom se encontró con ellos en el territorio Alfa y la niña estaba en la otra punta del bosque.

—¿Los dejaste escapar, así sin más?

Caleb tomó aire. Nuevamente Félix estaba intentando meterse en asuntos que ya no le correspondían.

—Dispararon a Beom, se asustaron de él y luego salieron corriendo. No parece que hayan

tenido las entrañas para hacer eso a un cachorro.

—¿Importa eso? Los humanos llevan mucho tiempo atacandonos, creo que es hora de que les devolvamos algún golpe.

—¿Y qué pretendes hacer, Félix?

—No lo sé. Secuestrar a alguno de ellos, torturarlo. Cortarle las orejas.

Las manos de Félix estaban temblando.

—Con eso solo conseguirás poner a todos los humanos en nuestra contra.

—¿No lo están ya? Llevan años cazandonos, ¿cuándo van a recibir su merecido?

—Lo tendrán, pero tenemos que tener cuidado.

—¿Y mientras tanto qué vamos hacer?

—Cuidar los unos de los otros.

Félix se mordió el interior de la boca. No estaba conforme con su decisión pero tendría que acatarla le gustara o no.

—Supongo que tú y yo ya no volveremos a hablar de este tema, ¿verdad? —dijo Félix apretando los dientes.

—Tendrás acceso a la información, como toda la manada, y podrás preguntarme cualquier cosa que te preocupe.

—Pero no podré interferir, ni actuar.

—Es por tu seguridad.

La puerta de la cabaña se abrió y Caleb se asomó por el pasillo para ver a Marcus.

—¿Estás ocupado? Apolo y Ben se han peleado en mitad del comedor.

—Llévalos al despacho, enseguida voy —respondió.

Caleb recogió la ropa doblada de Félix de su escondite y se la tendió.

—No hemos terminado de hablar —dijo.

—Para mí, sí.

—Adam está trabajando con un rastreador, ha descubierto algo —comentó Marcus frente a su despacho.

—¿Un rastreador humano?

—Sí, ¿quieres que lo cite?

—¿Sabemos si es de fiar?

—Viene de parte de Adam. Se crió en una manada del sur, y ha vivido toda su vida rodeado de lobos.

—Un humano criado por lobos, no sé si es una buena combinación, pero es mejor que nada.

—Eso pensé también.

—Que sea lo antes posible.

Marcus asintió con la cabeza mientras que las voces del despacho aumentaban de volumen.

—¡Me ha roto la nariz!

—No exageres, Ben. Apolo ni te ha rozado.

—¡Se ha abalanzado como un maldito animal! Haré que Caleb lo tiré de la manada ahora mismo.

—Tú eres el que va a terminar fuera de la manada, todos sabemos que has estado acosando a Levi y cruzando al territorio Omega, y ahora intentas tocar sus orejas. Has cruzado el límite incluso para ser tú.

—Métete en tus propios asuntos, estúpido Beta. También deberías irte a la ciudad, nadie te echará de menos, no haces nada más que molestar entre Levi y yo.

Caleb entró en el despacho antes de que los dos acabaran sacando las garras.

—Pensaba que esa potestad la seguía manteniendo yo —comentó Caleb.

En este último año, Ben había estado acosando a Omegas para que salieran con él, y por desgracia había puesto a Levi en su mira.

—Que alguien me explique qué ha pasado —dijo tranquilo y serio en cuanto llegó a su escritorio.

Ben se encaminó hacia la mesa, señaló su rostro y levantó parte de su camiseta para mostrar sus contusiones.

—¡Mira lo que pasa por acoger a humanos! ¡Me golpeó sin ninguna razón! ¡No tengo que estar aquí siendo juzgado!

—Apolo —lo llamó para que levantara la cabeza de sus manos—. ¿Iniciaste tú la pelea?

—Sí.

—¿Eres consciente de lo que supone eso?

—Expulsión. Suerte que ni siquiera es de la manada.

—Ben, no tienes aún la palabra para hablar —Caleb lo cortó y volvió a Apolo—. Te hemos acogido como visitante, hemos confiado en ti.

—Apolo tenía una buena razón para golpear a Ben, Caleb —la voz de Dan sonó débil, algo tímida.

—¿Cuál era? ¿Qué inició la pelea?

Apolo negó con la cabeza.

—No importa qué fue lo que la inició, mi comportamiento fue deplorable. No debería haber golpeado a Ben aunque lo deseara, y aceptaré cualquier castigo, pero no me iré de la manada.

—Dile lo que pasó, Levi, dile lo que te hizo Ben —le susurró Dan a Levi. Levi levantó los ojos del suelo, la expresión de Caleb se suavizó un poco. Por supuesto que ninguno de los dos Alfas que tenía enfrente habían pensado en él al lanzar sus feromonas—. Levi.

—Levi no tiene nada que decir —gruñó Ben.

—Sí que tiene.

—Por favor, dejadle hablar. Ven aquí, siento que vas a salir corriendo en cualquier momento.

Levi tomó aire, Caleb había cambiado sus feromonas y ahora eran más parecidas a las de Helia, caminó hacia él sin atreverse a mirar a Apolo ni a Dan y se sentó junto a Caleb en un pequeño taburete. Caleb giró la silla hacia él.

—Puedo hacer que se vayan, si no te sientes cómodo.

Levi negó con la cabeza.

—Vale, estás seguro conmigo, puedes contarme lo que ha pasado. Ellos se quedarán en silencio.

Levi tomó aire.

—Estaba sentado con Dan y Apolo en el comedor —susurró—. Ben vino y aunque le dije que no me tocara, lo hizo.

—No estás cómodo alrededor de Ben.

Ben bufó pero se mantuvo callado.

—¿Hizo algo más?

—Quiso tocar mis...orejas.

Las feromonas de Caleb cambiaron, pero las controló rápido. Orejas. Nuevamente, orejas. Todos los lobos sabían la importancia que tenían las orejas para un Omega, al igual que la cola.

Ellos eran los únicos que habían nacido con esas características animales en su forma humana, y durante mucho tiempo fueron acosados tanto por los lobos como por los humanos por ser diferentes.

Las orejas de los Omegas eran sensibles, muy receptivas y a menudo zonas erógenas a las que nadie debía acercarse a no ser que fuera su pareja.

—¿Lo hizo?

—Sí.

—¿Tenía tu permiso para hacerlo? ¿Ben es tu pareja, Levi?

—No, Ben no es mi pareja.

—Así que supongo que Apolo golpeó a Ben por tocar tus orejas.

Levi asintió con la cabeza.

—Como Apolo ha dicho, su comportamiento fue deplorable, más para una fuerza del orden —recordó—. Ben es parte de la manada, y aunque no tenga el derecho de tocarte podría ser perdonado si olvidamos que burló la seguridad del territorio Omega y escapó de Ron y Marcus para ir tras de ti. En la manada no toleramos el acoso, Ben. Lo sabes y vas a tener que cumplir tu penitencia.

—Lo haré, siempre y cuando el humano se marche de aquí —gruñó Ben.

—Si Apolo no quiere marcharse de la manada de forma definitiva deberá acatar su castigo también, a no ser...

—¿Qué? —interrumpió Ben impaciente.

—A no ser que Apolo fuera la pareja de Levi. En ese caso, Apolo tendría la completa libertad de proteger las orejas de su Omega, y golpearle, Ben.

—Eso es una tontería. Apolo no es la pareja de Levi. Soy yo.

—Levi ha dicho que no es tu pareja. ¿Tienes problemas para escuchar, Ben?

Ben se tragó el gruñido. Asintió.

—Ahora, Levi. ¿Reconoces a Apolo como tu pareja? ¿Es Apolo tu pareja?

Levi miró de reojo a Apolo, observando cada golpe, corte y magulladura.

—Es mi pareja —confesó tímidamente retirando la vista de él.

—¿Y lo reconoces? Si es así, no lo castigaré por proteger algo suyo.

—Lo reconozco.

Dan aplaudió en el aire y se detuvo al darse cuenta de que quizá no era el mejor momento para hacerlo.

—¡Imposible! ¿Quién creería eso? No me digas que tú lo crees, Caleb. Te está engañando, al igual que me engañó a mí con sus ojos de cordero degollado. ¡Estoy en esta situación por su culpa! ¡Me hizo creer que era su pareja y ahora va hacer lo mismo con el pobre humano!

Ben empezaba a irritarlo. Lo ignoró.

—¿Te encuentras bien, Apolo?

—Estoy bien.

—¿Y yo? ¿Has visto mi nariz?

—La he visto, Ben. Helia irá a verte a los calabozos, pasarás unas semanas aislado y reflexionando, luego, tendrás la oportunidad de pedirle disculpas a Levi por tu comportamiento o irte de la manada.

—¡¿Qué?!

—Marcus te acompañará.

CAPÍTULO 16:

PUZZLES

Félix lanzó las muletas con rabia al suelo. ¿Realmente Caleb esperaba que se quedara quieto después de lo que le hicieron a él? ¿Cómo podía estar tan tranquilo cuando a él le hervía todo el cuerpo?

—¿Por qué aún sigues en mi casa? —le preguntó al Beta cuando lo vio en la cocina.

—Quería asegurarme de que estabas bien. Anoche llamé a Helia y me dijo que te fuiste con Caleb. ¿Está todo bien? —repitió.

—Fabuloso. ¿No lo ves? —Félix se lanzó al sofá.

Había querido marcharse tan rápido de la cabaña de Caleb que sólo se había puesto sus pantalones y no se había cambiado el resto de ropa. Ver a Marcus convertido en una especie de mano derecha del Alfa lo enfurecía aún más.

Ese puesto debería de haber sido de él.

—Te veo enfadado, ¿ha pasado algo?

—¿Me ves con aspecto de querer hablar?

Milka asomó la cabeza por el sofá. El Beta no era demasiado expresivo con sus sentimientos, pero incluso él sabía que eso le había dolido.

Félix masculló algo.

—No me hagas caso. Nada ha ido cómo yo esperaba.

Milka se sentó al lado de sus pies. Había tenido que ir a su casa, porque no llevaba la misma ropa que anoche y olía a detergente.

—¿Qué era lo que esperabas?

Félix negó con la cabeza.

—¿Qué hay entre tú y Caleb? —preguntó Milka de nuevo.

—Nada —gruñó.

—¿Por qué llevas su ropa puesta?

Félix pensó en mandarlo a la mierda. En cambio, calmó su terrible genio. Milka no tenía la culpa de que la noche hubiese sido un completo fracaso. No había esperado encontrarse con Caleb en la enfermería, únicamente quería comprobar si esas imágenes eran reales o no, ni siquiera sabía si quería luego enfrentarse a él. Sin embargo, Caleb estaba ahí, la pequeña Omega también, y su vómito salió disparado junto al alcohol enfureciendo más al Alfa. En cuanto lo llevó a su casa, Félix pensó... mierda, esto era más que mortificante, pensó que podía ocurrir algo entre ellos dos, algo parecido a lo que pasó en la clínica y que Caleb le confirmó.

Sólo a ti.

Caleb sólo lo ayudó a él. ¿Entonces por qué se negó anoche? ¿No le gustó prestarse? ¿Prefería a las hembras? Pero estaba duro. Estaba duro y aún así lo rechazó. El recuerdo de su madre volvió a golpear con fuerza su mente más que nunca.

—Me vomité encima.

—¿Dormiste con él?

—¿Qué pregunta es esa, Milka?

—No me hace falta distinguir las feromonas para saber que estás cubierto por ellas.

—Si me acosté o no con Caleb es asunto mío. Tú y yo solo hemos follado dos veces, no me digas ahora que estás celoso, si ni siquiera nos aguantamos —bufó Félix levantándose del sofá y cerrando las cortinas de las ventanas—. Y por cierto, cierra siempre las cortinas cuando estés aquí. Nos están vigilando, Caleb sabe lo que hemos hecho.

—¿Sabe que...?

—Sí. Sí, lo sabe.

El rostro de Milka palideció, y Félix pensó que iba a desmayarse ahí mismo. Se levantó como si alguien le hubiera pinchado en el culo y corrió hacia la puerta.

—¿Qué te ocurre ahora?

—La madre que me parió. Me cago en...

—¿Estás maldiciendo? —Era la primera vez que Félix lo escuchaba.

—¿Cómo se ha enterado?

—Y yo que sé. Qué más da. Alguno de sus espías nos habrá visto. ¿Tú se lo has contado a alguien?

—Ni loco. ¿Crees que tengo ganas de que me arranquen la cabeza?

—Milka, cálmate. Nadie te va a arrancar la cabeza.

Milka soltó una risa amarga. Se tiró del cabello hacia atrás.

—Cambia ese nadie por Caleb. Te lo dije la primera vez, joder, estoy más que muerto.

—Creo que estás exagerando y deberías sentarte un momento porque me estas poniendo de los nervios.

—¿Cuánto hace que lo sabe? ¡En tres días me toca ir a hablar con él!

—Por la diosa. No pasa nada —repitió—. No le va a importar.

—¡Si! ¡Claro que le va a importar! Lo único que se me ocurre para que aún no haya venido a por mí es que esté planeando mi tortura y la forma de esconder luego mi cadáver.

—¿Qué mierda estás diciendo? ¡Deja de moverte!

Milka avanzó hacia él.

—Pensemos. Podemos decir que me ataste y que me amordazaste y que yo no nunca te llegue a tocar.

—Y también podemos decir que te obligué a meterme la polla por el...

Milka lo agarró y le tapó la boca con la mano.

—No digas ni una palabra sobre eso. Tómatelo en serio. A ti no te hará nada, pero a mí me va a despedazar.

—¿Por qué te haría eso? —le preguntó una vez que consiguió soltarse.

—Porque me lo dijo.

—¿Te dijo que iba a matarte?

—En resumen, sí.

—¿Cuándo?

A Félix le costaba creerlo.

—Hace cuatro años, cuando empecé mi trabajo como protector. Me dijo que si me aprovechaba y te tocaba un sólo pelo de la cabeza era lobo muerto.

Una parte de Félix saltó. Ocultó la emoción.

—A lo mejor sólo quería asegurarse de que no abusabas de mí en los celos. A veces, ocurre.

—No, estoy seguro de que no lo decía por eso. ¿Te acuerdas que te dije que mis padres me estaban presionando para que conociera a alguien?

—Sí.

—También lo hacen porque creen que estar cerca de ti es peligroso.

Félix frunció el ceño.

—Si quisiera hacerte daño, ya lo habría hecho en todos estos años.

—No eres tú, Félix. Caleb pierde la cabeza cuando se trata de ti.

Félix se apartó, cansado de seguir escuchando tantos disparates.

—Mira... no hace falta que pongas esto cómo excusa. Sé valiente y di que quieres dejar de ser mi protector, nadie te matará por eso, ya me encargaré yo. Y siento que mis celos te hayan molestado tanto, la próxima vez no te quedes en casa para vigilarme ni me beses, eso suele confundir las cosas.

—No tienes ni idea de lo que hizo con los cazadores que te hicieron daño, ¿verdad?

Félix se puso tenso.

—¿De qué hablas? Nunca llegó a encontrarlos.

O al menos esa fue la versión que Helia le dio.

—Deberías sentarte y pensar un poco. Eres un Omega, no te costará mucho empezar a hilar las cosas, y darte cuenta de lo que está pasando —habló Milka caminando hacia la puerta—. Y si hablas con Caleb para que no me rompa en dos, mi familia y yo te lo agradeceríamos para toda la vida.

CAPÍTULO 17:

REGALO

Luchando, de alguna manera, con la distracción de los recuerdos del día anterior, Caleb sacudió la cabeza.

Paciencia, pensó en cuanto el lobo soltó un gruñido.

Se encontraba en mitad del bosque, había anochecido y las luces de la ciudad se agolpaban a lo lejos. Había aceptado reunirse con el rastreador de Adam sólo porque parecía que tenía algo importante que decirle y había preferido ir en su forma de lobo para evitar cualquier tipo de imprevisto.

Mientras corría, su mente estaba calmada, sin embargo, ahora que se había detenido, el lobo no podía esperar a echar a correr hacia la cabaña de Félix.

Caleb hundió las uñas en la tierra y dejó que la brisa nocturna acariciara en su rostro. No tardó en escuchar unas pisadas, el aire trajo consigo un aroma dulce y empalagoso similar a los pastelitos que Levi cocinaba y Caleb sacó los dientes y tomó una posición de defensa.

Vio al rastreador llegar, sus pasos fueron más lentos y suaves, mantenía la cabeza gacha. Su lobo no entendía mucho de humanos, todos le parecían iguales, pero este... en este había algo extraño.

—Supongo que no debo acercarme más —habló muy bajo.

Caleb ladró y el hombre dio un respingo.

No estaba asustado. No olía a miedo.

—Adam me ha puesto al día de la situación. Trabajé para él hace unos años cuando una loba embarazada de su manada desapareció y desde entonces hemos estado en contacto. ¿Te ha dicho que trabajo para la policía?

Caleb gruñó y sus garras se adelantaron unos centímetros hacia él.

—Supongo que no —el rastreador bajó la cabeza e instintivamente se hizo más pequeño—. Estoy en delitos sexuales, mi campo no es investigar desapariciones de los tuyos, pero me he dado cuenta de que mi jefe muchas veces archiva esos casos o los da por concluidos. Lo investigué por si acaso y está limpio, supongo que tiene miedo y no quiere involucrarse demasiado con las personas que están haciendo esto. Voy a dejar en el suelo una carpeta. Es un regalo.

El hombre dejó en el suelo el archivo.

—Sé que no te fías de mí y no pretendo que lo hagas pronto, por eso me he tomado la libertad de indagar en la desaparición de uno de los niños de tu manada. Tienes mi número, llámame en cualquier momento.

En cuanto se alejó, Marcus y Ron salieron de sus escondites.

—Me había apostado una guardia entera a que se cagaba en los pantalones —masculló Marcus—. ¿Quieres que lo lleve a tu despacho?

Caleb gruñó en respuesta, dio media vuelta y echó a correr cómo un demonio hacia el territorio Omega. Resopló en cuanto se detuvo frente a la cabaña de Félix. Esperaba que el Omega estuviera durmiendo tranquilamente entre las sábanas de su cama. Uno de ellos debería

ser capaz de hacerlo.

Hizo guardia frente a su puerta durante toda la noche.

Félix se despertó en mitad de la noche debido a un calambre insoportable en su muslo. Rodó sobre el sofá y masajeó los músculos con fuerza. Se había quedado durmiendo en el salón viendo uno de los documentales de Milka y sintiéndose mal por haberle hablado de esa forma. Tenía que llamarlo e intentar arreglar las cosas con él, pero ni siquiera sabía por dónde empezar a pedirle perdón.

Sacudió el muslo y terminó rascándose cuando el dolor mitigó diez minutos después. Las muletas estaban lejos, su cuello se había quedado doblado en una posición dolorosa y se le había olvidado sacar la basura.

Levantó los brazos por encima de su cabeza para estirarse y olió el cuello de la camiseta. El aroma tan reconfortante de Caleb había desaparecido. Llevaba dos noches durmiendo con esa prenda y no pretendía quitársela ni para lavar aunque apestara a su sudor. Finalmente, Félix terminó por levantarse, se golpeó la pierna con el pico de la mesa antes de agarrar una de las muletas y fue hasta la cocina para tomar agua y comerse un plátano que estaba a punto de madurar por completo.

Apenas faltaban un par de horas para que saliera el sol. Podía tirar la basura, hacer unas cuantas flexiones y darse una ducha. Recogió la bolsa y salió por la puerta trasera, levantó la tapa y tiró la bolsa.

Miró hacia el cielo antes de darse cuenta, o más bien sentir que alguien lo estaba observando.

Giró sobre su pie, el corazón bombeando con fuerza. Todo estaba en silencio. Los pájaros aún no habían empezado a alzar el vuelo.

—Seas quien seas, sal de ahí —dijo, y su voz tembló al final.

¿Y si había un cazador escondido entre las ramas? ¿Y si se habían vuelto a colar y llegado hasta aquí?

—Ahora mismo.

Las ramas de los árboles se agitaron. Y Félix perdió el control de su rodilla, cayó al suelo, y se clavó una astilla de madera en la planta del pie.

El lobo de pelaje blanco no dejaba de observarlo. Sus pupilas estaban tan dilatadas que apenas podía distinguir el azul de sus ojos. No le mostraba los dientes, por lo que no estaba ahí para reñirlo, más bien... parecía estar mirando. Pero, ¿mirando el qué?

El lobo salió de su escondite y Félix sabía que no debía hacer ningún movimiento brusco, echó un vistazo a su muleta y abandonó la idea de volver a ponerse en pie.

—¿Eras tú el que me espiaba? —le preguntó suave.

Aunque Caleb estuviera ahí dentro, no estaba al mando, y los animales podrían llegar a ser impredecibles si los cabreaban.

El lobo gruñó bajo, se estaba acercando.

—No hace falta que diga que eso no está bien.

El animal inclinó la cabeza, se detuvo a escasos centímetros de su rostro. Una mala elección de palabras y su rostro podría ser agujereado.

—Tú no me intimidas —pronunció.

El sonido ronco y gutural que hizo su garganta fue suficiente para ponerle los pelos de punta,

sin embargo, Félix mantuvo su postura.

Él no le intimidaba.

Él no le intimidaba.

Él no le intimidaba.

El lobo sacó los dientes y Félix agachó la cabeza con la nuca ardiendo.

Vale. Quizá sí un poco.

El siguiente sonido que salió del lobo no tenía nada que ver con los gruñidos anteriores. Félix se estremeció al sentir el primer roce de su lengua en su oreja. Se apartó.

—¿Qué estás haciendo? ¿Caleb? ¿Estás ahí?

Gruñó. No. O sí. Consumió el espacio que había logrado ganar y lamió su oreja de nuevo. Félix tuvo que clavar las manos en la tierra para que no lo terminara de tirar abajo. No creía que fuera a pisotearlo o hacerle daño. Lo que más le preocupaba ahora mismo es que estuviera limpiándole y lamiéndole los oídos y que a él no le importara lo más mínimo.

Enterró los dedos en su pelaje decidido a disfrutar de la atención del Alfa por una vez en su vida.

—No deberías... —masculló aferrándose a sus hombros y al pelaje que empezaba a desaparecer.

No.

Si Caleb regresaba todas sus atenciones terminarían. Empujó su cuerpo hacia el suelo y para cuando se subió en él, Caleb había vuelto a la normalidad.

CAPÍTULO 18:

PAREJA

—Levántate —dijo Caleb, su voz más ronca que nunca.

—¿Por qué? ¿No eras tú el que me estaba dando mimos hace un momento? —preguntó inclinándose y colocando la mano sobre su cuello.

—Quita la mano, Félix.

Félix se tragó el pavor que le provocó no obedecer esa orden. Después de todo, su lobo ya no estaba. Era un humano con deseos suicidas sobre la garganta de un lobo al que no le estaba haciendo mucha gracia tener que adoptar una posición sumisa.

—Los mimos se han terminado —el rostro de Caleb no reveló nada, pero su sangre bullía rápido y con fuerza bajo la palma de Félix.

—¿Crees que puedes seguir amenazando a la poca gente que tengo a mi alrededor, ignorándome, espíandome, y mintiéndome en mi propia cara sin que yo me entere? —le dijo. Su propio corazón le latía tan rápido que se le iba a salir del pecho. Su cuerpo estaba tenso, caliente, demasiado consciente del de Caleb bajo él.

¿Tenía miedo? Probablemente. Caleb podía cambiar las tornas en cuanto quisiera y sin ninguna dificultad. Podía agarrarlo de la muñeca, hacerle rodar por el suelo y aplastarlo contra la hierba, podía agarrarlo del cuello y hacerle ver que él no le debía ninguna explicación.

Que era el Alfa.

Que era el líder.

Que sus decisiones no se cuestionaban.

Pero no lo estaba haciendo.

—Aléjate —siseó Caleb, encontrándose con sus ojos. Había algo oscuro acechando en ellos —. Te lo advierto.

La piel de Félix se erizó.

—Aléjame tú. ¿O te da miedo tocar a tu pareja?

Félix lo miró. El mundo entero iba a depender de lo que hiciera y dijera Caleb a continuación.

Caleb lo tenía entre sus manos y la putada era que no lo estaba ni tocando.

Félix esperó. Y esperó, y la esperanza se desvaneció de sus ojos. Sin su lobo, no sabía si todo lo que había insinuado Milka era real, se había lanzado a una piscina sin agua y se iba a encontrar con el mayor golpe de toda su vida.

Retiró la mano de su cuello, y entonces Caleb golpeó sus dos bocas juntas.

La mente de Félix se quedó en blanco. Ni siquiera se resistió cuando Caleb metió la lengua entre sus labios. Le tomó varios largos momentos recuperar su capacidad de pensar, y cuando lo hizo no dudó en devolverle el beso. Lo sujetó de la nuca, sus cuerpos chocaron de nuevo y Félix luchó por hacerse con el control del beso.

Caleb gruñó, lo agarró de las muñecas y lo sepultó bajo su cuerpo desnudo. Apenas habían empezado, ¿por qué se alejaba?

—No estás preparado para esto —le gruñó Caleb.

—¿Por qué no dejas que yo decida eso?

—Porque eres demasiado cabezota cómo para creer en mis palabras.

Félix se retorció, envolvió la pierna alrededor de la cintura de Caleb y lo acercó contra su centro. Gimió y Caleb apretó la mandíbula con los puños cerrados sobre sus muñecas.

—¿Eso importa ahora? ¿Tenemos que discutir siempre en medio de una parte tan interesante? Tú también lo deseas.

Caleb lo agarró del cabello.

—Llevo deseándote desde que olí por primera vez tu celo —masculló Caleb chupando su mandíbula con fuerza.

Temblando con eso, Félix aplastó su polla contra el estómago del Alfa. La ropa le molestaba, pero no había forma de que se separara de él y perdiera esta oportunidad. El olor a sándalo de Caleb le estaba haciendo cosas extrañas, su ropa interior estaba empapada, su agujero lloraba de frustración completamente vacío y solo necesitaba que Caleb lo llenara y marcara. Se retorció forcejeando con el agarre de Caleb y Caleb succionó su cuello con más fuerza. No importaba lo fuerte que lo hiciera, simplemente no era suficiente.

Necesitaba más.

—Fóllame —jadeó.

—Mantén la boca cerrada.

—O te montaré yo.

—Me gustaría ver cómo consigues eso —dijo Caleb, levantando la cabeza de su cuello.

Félix se mojó los labios con la lengua, su polla se contrajo.

—Quítame la ropa.

—No.

—Bésame —le gruñó.

—Aquí no mandas. Sigues siendo el mismo bebé Omega terco e impaciente con aires dominantes del año pasado. ¿De verdad te sigues preguntando por qué te he estado ignorando durante todo este tiempo? Deja que te responda de una vez. No tienes lo necesario para estar a mi lado, ni para asumir el cargo de la manada. La pareja de un líder debe ser indulgente, debe actuar con razón, debe saber cuidar de los demás y proteger. Y tú has fallado en cada una de ellas.

Las palabras le ardieron en el pecho.

Caleb le dio un último mordisco en el hombro, y le soltó las manos.

—Me importa una mierda lo que pienses —mintió—. Si te vas ahora llamaré a Milka y me lo follaré delante de tu cabaña hasta dejarlo seco —amenazó con rabia.

—No lo harás, sé que aprecias demasiado el pellejo de ese Beta.

—No sabes una mierda sobre mí —mantuvo la mirada de Caleb con la barbilla a punto de temblar.

¿Se daría cuenta de que le estaba mintiendo? ¿Qué cojones tenía que hacer para que lo tocara y aceptara de una vez? ¿Por cuánto tiempo más iba a negarle?

Félix sabía lo que era. Sabía que era egoísta, que no pensaba en nadie más que en él mismo, que siempre quería ser el mejor, en sobresalir, en destacar, en estar cerca de Caleb y que por eso mismo lo había jodido todo. Pero... mierda, Caleb llevaba sabiendo todo este tiempo que eran pareja y no había hecho nada por remediarlo. ¿Por qué no se había sentado con él un día y se lo había contado? ¿Nunca había confiado en que cambiara? ¿En que se convirtiera en algo mejor? ¿Nunca había soñado con estar con él?

Esa última pregunta le dolió más que el resto.

Ni siquiera con el celo había logrado persuadirlo, ¿qué más podía hacer, entonces? Se quedó

sentado en el suelo porque no confiaba en que su rodilla se mantuviera firme y apartó la mirada esperando a que lo dejara solo.

Lo escuchó gruñir, y luego Félix fue arrastrado hasta el interior de la casa.

—¿Tienes vendas? —preguntó Caleb.

—¿Para qué?

—¿Tienes o no?

—En el baño. Segundo cajón —le respondió finalmente, apoyándose en el respaldo del sofá.

Caleb caminó desnudo hacia el aseo, y cuando regresó le envolvió el cuello, ocultando la nuca, con la venda.

—¿Problemas de control?

Caleb lo fulminó con la mirada. Fue ahí dónde se dio cuenta de que el Alfa no era tan indiferente como pretendía ser. Caleb estaba completamente duro, sus músculos estaban rígidos por la tensión y la ira contenida y sus brazos pálidos cubiertos de cicatrices se veían jodidamente deliciosos.

Masticables, pensó Félix recorriendo con la mirada sus hombros anchos y su torso, estómago y... Félix gimió.

Quería consumirlo, lamerlo de pies a cabeza y dejar su huella en todo su cuerpo. Joder. Quería que Caleb también lo marcara, ¿por qué había tenido que comprar esas vendas?

—¿Y tu habitación?

—Pasillo.

Realmente iba a pasar.

Los nervios se apoderaron de él mientras avanzaban hacia la habitación. Con Milka había sido todo muy rápido, una bajada y subida de pantalones con placer de por medio, pero con Caleb quería tomarse su tiempo.

Mierda. Quería encerrarlo en su habitación y que no volviera a salir nunca. Quería meterlo en su armario, cubrirlo con toda su ropa, que oliera a él, o al menos a lo que quedaba de él.

Encendió la luz porque no era un maldito virgen al que le daba vergüenza enseñar su cuerpo y abrirse de piernas y se quitó la camiseta.

—Lo haremos a mi manera.

—¿No debería ser al revés? —contraatacó Félix.

—O lo tomas o lo dejas —respondió irritado.

¿Caleb pensaba que se iba acobardar llegado a este punto?

—De acuerdo. Tú mandas —al menos durante la primera ronda.

—Ve a la cama. ¿Dónde guardas los condones?

—No tengo —lamió sus labios secos.

—Prueba otra vez.

Félix fue hasta la cama brincando, nada erótico por su parte, pero era lo que había, se recostó y subió la sábana hasta el muslo de su pierna inexistente.

—Te digo la verdad.

El pecho de Caleb se llenó de aire, apretó la mandíbula y llevó la mano hacia su propia erección.

—Estás perdiendo un tiempo muy valioso, Félix.

Joder. Félix gruñó y acabó dándole la ubicación de los dichosos condones en el armario. Caleb debió de pasar por alto su colección de vibradores.

—¿Sabor cereza?

—A Milka le gustan los sabores.

Caleb se abalanzó sobre él, rabioso.

Félix tragó bajo su mano.

—Ha sido una broma de mal gusto —susurró cubierto de feromonas.

El estómago de Félix se estremeció cuando las grandes manos de Caleb se extendieron sobre él.

—¿Te molesta la pierna? —preguntó, acariciando su estómago tembloroso con los nudillos.

—No.

—Entonces, no vuelvas a ocultarla de mí.

Caleb enganchó los dedos en la cinturilla de su ropa interior, tirandolos tan lentamente que Félix estaba seguro de que lo estaba haciendo a propósito, sus manos acariciándole la piel por el camino. Los ojos de Caleb se elevaron hacia los suyos cuando la prenda húmeda cayó al suelo, sus manos se deslizaron por su pierna y muslos temblorosos. Lo estaba haciendo adrede.

Félix respiró.

Caleb se recostó boca abajo sobre la cama como un gran felino, sus dedos bajaron por su vientre hasta la base de su erección. Y entonces, se tragó su polla. Los ojos de Félix se pusieron en blanco, un largo y entrecortado gemido salió de sus labios. Oh joder, Caleb lo engullía con agresividad y confianza, sus manos mantenían sus muslos separados y lo agarraban con tanta fuerza que probablemente estaban dejándole moretones en forma de dedos, pero a Félix eso no le importaba.

Empujó sus caderas y agarró la cabeza de Caleb, todo en su boca era perfecta, cálida, húmeda alrededor de su polla y cuando estaba a punto de correrse en su boca, se detuvo.

—¿Por qué...?

—Aún, no. Date la vuelta —le ordenó sus ojos vagaban por todo su cuerpo desnudo, y por un momento se sintió cohibido.

¿Qué era lo que tanto miraba? ¿Le estaba gustado? Esperaba que sí. Esperaba que Caleb estuviera grabando a fuego su cuerpo para revivirlo una y otra vez en sus sueños. Por favor. Al menos podía tener eso.

—No vas a montarme.

—Eres exasperante, ¿lo sabías?

—Me da igual. No soy una de tus hembras a las que puedas coger del cuello y follar.

—¿Mis hembras? —preguntó subiendo sobre su cuerpo—. Define eso.

—Está claro que... —Félix gimió cuando Caleb bajó los labios sobre uno de sus pezones mientras que pellizcaba y presionaba el otro.

—¿Qué? Te estoy escuchando.

—No soy tonto. Has tenido que pasar tus celos con alguien. ¿Hiciste algo con mi madre?

—Mencionar a tu madre en este momento es de muy mal gusto —gruñó mordiendo su pezón con fuerza, clavándole los colmillos para luego calmarlo con su lengua.

Félix se retorció. Esperaba encontrar fuerza suficiente para darle la vuelta y colocarse encima, pero la verdad era que todo su cuerpo temblaba añorando a Caleb. Su piel quemaba, su agujero se retorció y lo necesitaba, joder.

—Respóndeme.

—Te diré una cosa —Caleb acercó su rostro al de Félix. El lobo se movía dentro de sus ojos —, por más que lo intenté, jamás pude volver a tocar a una hembra después de olerte a ti. ¿Contento? Ahora, date la maldita vuelta y enséñame el culo.

Félix deseaba poder decirle exactamente por dónde podía meterse sus órdenes. Pero ya le

había desobedecido demasiado, y su polla estaba tan dura que dolía. Así que se dio la vuelta sobre la cama aceptando el cojín que cuidadosamente colocó Caleb bajo su cadera. Arqueó la espalda. Cuando no pasó nada, miró por encima de su hombro.

Caleb lo estaba mirando con una expresión fija e intensa. Le extendió las nalgas, sus pulgares abrieron su agujero brillante, y luego lo lamió.

—Cal... —Un gemido agudo salió de su garganta. Su cuerpo sacudiéndose. Otra profunda lamida le hizo agarrar las sábanas y hundir las uñas en ella.

No podía creer que esto estuviera sucediendo en verdad. Había esperado la polla de Caleb. Había esperado sus embestidas. No se había preparado para esto. Esto... se sentía como algo más que simplemente follar. Y Félix no estaba listo para ese tipo de sentimientos.

Agitó su mano ciegamente hacia atrás hasta agarrar la cabeza de Caleb y apartarlo.

—Fóllame. Ya. Caleb. Por favor. Hazlo cómo quieras pero lo quiero ya.

—¿Vas a dejar que te monte?

—Sí —gruñó. Más que nada porque era eso lo que necesitaba.

Caleb lo agarró de la cola, y acercó su boca a su oído.

—Pídemelo.

—Eres un...

—Pídemelo, Félix —mordisqueó la punta de oído—. Y tal vez te deje montarme luego.

Las siguientes palabras de Félix se convirtieron en un jadeo cuando algo grueso, y duro presionó contra su agujero estirado y vacío. La polla de Caleb. Empujó contra él con la intención de tomarlo pero Caleb gruñó y lo detuvo.

—Una palabra, cariño —Caleb metió una mano entre sus piernas y agarró su erección—. Vamos.

—Móntame.

—¿Por favor?

—Por favor, Caleb.

Caleb soltó un gruñido, apretó el agarré en sus caderas y empujó dentro. Félix no hizo ningún sonido. No pudo. Su boca se abrió y cerró mientras trataba de no venirse. Sus ojos se desenfocaron. Y durante tres segundos, Caleb permaneció inmóvil en su interior, completamente clavado. Su cuerpo grande y duro detrás de él.

Y entonces, empezaron las embestidas. Los brazos de Félix fallaron, su mejilla se estampó contra el colchón, Caleb dejó escapar un gruñido desesperado y luego sus dientes se cerraron en el hombro de Félix. Lo estaba mordiendo como un animal salvaje. Félix quería protestar. Quería suplicar por más. Pero no hizo ninguna de las dos cosas, sólo podía gemir y mascullar palabras sin sentido cada vez que lo golpeaba con su cuerpo.

Fue injustamente rápido, sucio y desesperado. Todo su mundo se redujo a las respiraciones calientes e inestables contra su nuca, a sus gruñidos, al cuerpo duro detrás de él y la gruesa y perfecta polla que se movía en su interior. Follándolo tan bien... No tenía ni idea de cuánto tiempo duró. El placer se extendía por cada parte de su cuerpo, era incapaz de pensar, de dejar de mover sus caderas al ritmo de las de Caleb para encontrarse con sus embestidas. El aire se llenó de feromonas. Sándalo. Sus muslos y testículos lo golpeaban y no se detuvo incluso cuando lo tenía completamente aplastado en el colchón.

La mano de Caleb se envolvió alrededor de su erección y comenzó a acariciarlo más fuerte y rápido, a tiempo de sus empujes.

—Córrete —gruñó en su oído.

—No. Aún no.

Caleb se rió. Le giró el rostro y lamió su mejilla.

—No puedes contradecirme en todo, Félix. Córrete. Ya.

Y Félix se dejó ir. Su cuerpo traicionero le obedeció, manchó las sábanas bajo él y su estómago. Se abandonó sobre la cama mientras que Caleb seguía usando su agujero, saliendo y entrando, embistiendo, clavando sus dedos y dientes hasta que finalmente, se detuvo.

—No salgas —le pidió jodidamente temblando.

—No pensaba hacerlo.

—Abrázame. Aunque no quieras, sólo... —pidió odiando la súplica en su voz.

Su cuerpo empezaba a quedarse frío. Sus ojos se cerraban, y no quería que esto acabara convirtiéndose en una de sus pesadillas.

Sintió cómo los brazos de Caleb lo rodeaban, los labios contra su sien y su calor.

CAPÍTULO 19:

AMENAZA

Caleb no se sorprendió cuando a la mañana siguiente despertó solo en la cama de Félix. Tendría que haberse marchado en cuanto el Omega se quedó durmiendo entre sus brazos, pero su lobo no le permitió moverse fuera del colchón.

Se colocó una camiseta y un pantalón de Félix, que aunque eran unas tallas más pequeñas le servían hasta llegar a su cabaña. Cogió una manzana del frutero y mientras se la comía, dio una vuelta por el salón, casi todo estaba igual a cómo lo recordaba salvo la distribución de del salón y algunos electrodomésticos antiguos que se habían estropeado con el paso del tiempo. Su mirada dio con una serie de fotografías en la vitrina de cristal, Félix con Nina y con Jacinto sonriendo en la cocina. No tendría más de diez años, y ya tenía una magulladura en la mejilla, seguramente de alguna pelea.

Caleb se frotó la cabeza. Tiró el hueso de la manzana a la basura y antes de salir Milka entró. El Beta se congeló en la puerta, sus ojos se abrieron como platos y el lobo en su cabeza sacó las garras y los dientes.

—Bue...buenos días —balbuceó Milka mirando a todas partes menos a él.

Destrózalo. Le gritaba el lobo, rómpelo en dos. Caleb necesitó hacer un buen ejercicio mental para no seguir sus deseos.

Milka. No tenía nada contra él. Apretó la mandíbula. Milka. Era un Beta. Milka. Era amigo de Félix. Milka. Había tocado a Félix.

Un hueso chasqueó, y se acercó a él con ganas de arrancarle los ojos y cortarles las manos.

Milka dejó de respirar.

—Si ves a Félix, dile que lo estoy buscando.

Milka asintió con la cabeza.

—¿Al...algo más? —tartamudeó cerrando los ojos con fuerza.

Destrózalo.

—A partir de ahora —Caleb se inclinó. Gruñó—, yo me ocuparé de sus celos. ¿Me has entendido, Milka?

Milka tomó aire y asintió rápidamente.

—Me alegro —sonrió Caleb—. Que tengas un buen día.

En cuanto llegó a su cabaña, tomó una ducha, se afeitó, vistió y se puso a revisar su teléfono, los correos nuevos y la carpeta que el rastreador le dio y que Marcus se aseguró de dejarla en su despacho.

—Te he llamado más de siete veces, Caleb —le riñó Helia en cuanto marcó su número.

—Ya lo he visto. ¿Qué necesitas?

—¿Estás bien?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Marcus me dijo que te marchaste corriendo anoche, esperaba que volvieras a llamar a mi puerta con el brazo colgando, y estaba preparando un buen rapapolvo.

—Entonces puedes estar tranquilo, no estuve cazando.

Más bien, él fue cazado.

—Menos mal. ¿A dónde fuiste?

—Estuve con Félix.

No valía la pena ocultarle nada. Helia acabaría enterándose de todas formas. Él y todos los Alfas y Omegas que se cruzaran con Félix.

—Creo que eso me preocupa más. Caleb, ¿qué has hecho?

—Félix sabe que somos pareja —le dijo levantándose de la silla en la que llevaba horas sentado.

—¿Lo ha descubierto o se lo has dicho?

—Lo ha descubierto —junto con algunas cosas más.

—¿Y qué has hecho?

—No te gustará esa respuesta.

—Caleb, ¿has cruzado el límite?

—Si te preguntas si lo he marcado, la respuesta es no.

—¿Pero?

—Pero estuve muy cerca —reconoció.

—Si no vas a reconocerlo, déjalo libre. Ya ha pasado por demasiadas cosas, y entre tú y yo, no creo que pueda soportar que lo rechaces aunque se convenza de lo contrario.

—Lo sé.

—Habla con él.

—Estamos habilitando un par de cabañas más en el territorio Omega. Levi y Apolo tomarán una, me preguntaba si querías la última.

Helia le frunció el ceño.

—¿Por qué la querría?

—Has estado durmiendo en el bosque. Pensé que tendrías algún problema.

—Te has equivocado —dijo cerrando la puerta.

—¿Quieres algo más?

—Sí. Hayden ha estado aquí.

—No sé quién es Hayden.

—Apolo se unirá a la manada pronto. Es su amigo, compañero de trabajo, y resulta que es un muy buen rastreador con el que he estado manteniendo el contacto estos últimos días.

Helia encogió los hombros.

—¿A qué viene esa información? ¿Quieres que haga algo?

Caleb se rascó la nuca. Esto no estaba siendo tan fácil como había pensado.

—No sé cómo tomarás lo que tengo que decir a continuación.

—¿Tomar el qué? ¿Caleb?

—Hayden y Apolo van a abrir el caso de Dardo.

—Explícate.

—Hayden fue uno de los policías humanos que siguió el caso de Dardo cuando desapareció. El expediente fue cerrado por falta de pruebas y todo apunta a que alguien presionó a su jefe para que lo hiciera.

—¿Has encontrado a Dardo?

—No. Pero, si muestras de ADN recientes.

—¿Dónde?

—Aún no es seguro. Hayden lo investigará esta semana y nos hará saber todo lo que pueda. No quería contártelo hasta tenerlo todo hilado, pero creo que necesitabas saberlo.

Helia tragó saliva. Asintió.

—¿Estás bien, Helia?

—Si —dijo, sin embargo, todo en su rostro apuntaba a lo contrario.

—Sé lo que Dardo significaba para ti. Si está ahí, no tardaremos en dar con él.

—Gracias. Tengo que irme.

Félix no volvió a ver a Caleb hasta el bautizo de Apolo. No lo dejaron ayudar con la decoración y preparativos pero aún así se aseguró de estar listo y dispuesto por si alguien necesitaba ayuda.

—¿No deberías esperar a comer hasta que la ceremonia termine? —le dijo a Jason, sus mofletes estaban llenos.

Jason tragó, sonrió y ocultó el hueco que había dejado en la bandeja apretando las magdalenas entre ellas.

—Yo no he visto nada. ¿Tú has visto algo?

—Tienes crema en la barbilla.

Jason se limpió mirando a su alrededor.

—Listo.

—Como te pille Cati te vas a llevar una buena.

—Entonces, he tenido suerte en que fueras tú y no ella.

Jason llevaba una camiseta de tirantes y unos vaqueros blancos. Lo había visto a primera hora de la mañana montando el escenario con otra ropa, cubierta de polvo y bromeando con todos a su alrededor.

—Los huecos empiezan a notarse desde la primera bandeja. ¿Te has comido tú solo todas esas magdalenas?

—Bueno...he tenido a una pequeña chantajista —Jason hizo señas con la cabeza hacia debajo de la mesa.

Félix levantó el mantel para encontrarse con Zoe, la hija de Ivarr, sus manos estaban llenas de bizcocho y se había manchado de crema azul y rosa toda la camiseta blanca.

—Cómo se te ocurre...

—Me amenazó con chivarse si no le daba una de cada —Jason se encogió.

—¿Y no has pensado en vigilarla? —Félix agarró un par de servilletas —. Límpiale la cara antes de que Ivarr la vea. Llamaré a Dan para que traiga otra camiseta —sacó el teléfono y tecleó el número mientras que Jason convencía a Zoe para que soltara el bizcocho aplastado entre sus puños.

—¿Cuándo vas a hacerme una visita, niño? ¿Ya no te metes en problemas y no quieres verme? —Jason se levantó del suelo con Zoe entre sus brazos —. Matilde te echa de menos.

—¿Una vaca me echa de menos? Me extraña.

—Matilda sabe apreciar la buena compañía, ¿a qué sí, Zoe?

Zoe asintió masticando.

—El tío Jason dice que los animales le hablan —dijo la niña con voz aguda.

—Tu tío dice muchas cosas.

Jason rió.

—Y nunca me escucha nadie.

—Yo lo hago —habló Zoe con ternura levantando uno de sus pequeños dedos.

—Algo me dice que muy pocas veces.

—Creo que alguien siente envidia de que hayamos empezado ya con el postre, ¿qué piensas, Zoe? Dejamos que Félix coma un poco también de pastel.

—No quiero...

—¡Sí! —chilló emocionada Zoe.

—¿Haces tú los honores, renacuaja? —Jason le puso un pequeño pastel a Zoe en la mano de crema y pistacho.

—De verdad que no...

—Habrá que animarlo —le susurró Jason en la oreja a la niña.

—¡Come! ¡Come! ¡Come! Papi dice que para estar sanos hay que comer. ¡Come! ¡Come! ¡Come! —gritaba, la gente empezó a girar hacia ellos.

—¡Vale! ¡De acuerdo! —Félix cogió el pastelito y se lo comió de un bocado.

—Ahora, eres nuestro cómplice, y creo que aún podemos tener uno más —Jason miró por encima del hombro de Félix.

El olor a sándalo llegó a sus fosas nasales antes de girar la cabeza. Caleb no podía verse más impoluto. Vestido completamente de blanco como todos para el bautizo. Rapado. Dios, la última vez no pudo ni acariciarle la cabeza cómo tanto ansiaba. No pudo hacer absolutamente nada mientras que él lo dominaba por completo y se lo hacía ver.

—Será mejor que vayamos a buscar a Dan y a esa camiseta. Siéntete libre de venir a la granja cuando quieras, Félix. Matilde estará encantada de que la pasees.

La rata de Jason escapó y Félix terminó de tragar el bizcocho. Se relamió los labios en busca de migas.

—No has venido a verme. ¿Milka no te dio mi mensaje?

—Me lo ha estado recordando toda la semana, junto con tu amenaza.

CAPÍTULO 20:

LENTA

—¿Lo amenacé? No me acuerdo muy bien de esa parte.

Félix le dio la espalda. Llevaba toda la semana pensando en lo que había pasado entre ellos, con Milka atosigando para que fuera a verlo, y con una extraña sensación en todos los lugares de su cuerpo en los que Caleb había tocado o había estado. Tampoco había olvidado sus palabras lacerantes ni todo lo que le había ocultado por no estar a su supuesta altura.

Estaba gestionando muchas emociones a la vez y la verdad era que no quería explotar delante de él, eso terminaría por darle razón.

—Tú te empeñaste en darme a un protector. Por si no lo sabías, muchos Omegas los usan en sus celos —dijo sintiendo a Caleb a su lado.

No miraría.

No iba a mirarlo por más que quisiera.

No.

—Era consciente de las consecuencias, pero prefería mantenerte a salvo.

Félix fijó la vista en el tronco de un árbol.

—¿Era eso de lo qué querías hablar?

—Tengo un regalo para ti.

—No lo quiero.

—Aún no sabes lo que es.

—No me hace falta —gruñó.

Félix apretó las empuñaduras de las muletas. ¿Cómo estaba tan tranquilo? ¿Cómo había podido estar todos estos años tan tranquilo a su alrededor? Milka decía que Caleb perdía la cabeza con él, su hermana también le había insinuado algo parecido en el pasado, ¿por qué todos podían ver eso mientras que Félix no era capaz?

Félix también quería ver ese lado. Félix también deseaba ver a Caleb arrastrarse hasta su puerta cómo él hacía años atrás sin tener ni idea de que tenían un vínculo de por medio.

—Entonces, lo guardaré para cuando lo necesites.

—¿Cómo lo has estado haciendo? Hace un año era incapaz de olerte.

Y ahora que podía, su lobo no respondía.

—Tomaba medicación. Bastante medicación. Helia dice que mis ciclos hormonales son un desastre y que tendrá que encerrarme la próxima vez que entre en celo. Si es que algún día lo recupero.

Esta vez, sí que giró la cabeza para mirarlo. Caleb estaba parado a su lado, imitando su postura y con los ojos fijos en el mismo punto del árbol que Félix acababa de dejar.

No esperaba una respuesta, y menos una respuesta sincera después de todo lo que le había estado ocultando.

—¿No vas a volver a entrar en celo?

—No me preocupa, así que tú tampoco lo hagas. Era una molestia.

Molestia. Molestia porque el celo lo animaba a buscar a su pareja y a aparearse. Molestia

porque para Caleb eso no era necesario. Él no era necesario.

—¿Pensabas decírmelo algún día?

—Sí. No, no lo sé, la verdad es que no quiero volver a mentirte, Félix. Lo que sucedió la otra noche fue una completa falta de control por mi parte, no debería haberte arrastrado ni tomado por la fuerza.

—¿Tomado por la fuerza? —Félix negó—. Soy mayor. Y sé cómo noquear a un tipo más grande que yo aunque esté tullido. No necesitas responsabilizarte de nada. No me marcaste, y yo tampoco tuve la ocasión de hacerlo, así que por lo que respecta, seguimos siendo libres.

—No quería tener esta conversación aquí.

—Y yo no pensaba ir a tu despacho. Quiero saber una sola cosa más, y espero que seas sincero, si quieres que al menos te siga saludando en los acontecimientos.

Caleb lo miró a los ojos.

—¿Qué es?

—Ser centinela. ¿Me diste el puesto para atarme a la manada? ¿O fue porque realmente me lo merecía?

Félix podría haber cambiado la pregunta, pero realmente necesitaba saber si su hermana tenía razón en todo lo que le había dicho, y por el momento, era así.

—Ivarr te propuso como centinela, yo sólo cambié una norma.

—¿Te arrepientes?

—¿Por qué quieres saber eso?

—Porque es la primera vez en años que hablamos como personas normales, y no creo que esto vuelva a suceder. Aún tengo más preguntas, sobre todo las que conciernen a mi madre. Quiero entenderte antes de decidir si odiarte o no —tragó saliva, consciente de lo que acababa de decir.

¿Odiar a Caleb? ¿Realmente podía hacer eso cuando seguía escondiendo su camiseta y poniéndosela cada noche? Cuando lo único que había hecho todas estas últimas noches era asomarse a la ventana con la esperanza de que el lobo estuviera ahí. Cuando no podía dejar de mirar sus mordiscos en el hombro y sus marcas en sus muslos que iban desapareciendo con el tiempo. Ni siquiera podía olvidar la forma en la que su cuerpo lo había atrapado esa misma mañana, olido y gruñido en sueños antes de que Félix lo dejara y huyera al lago en medio de un ataque de histeria.

Caleb se inclinó sobre él. El pulso de Félix se aceleró cuando colocó la mano sobre su nuca y le levantó la barbilla con el mismo pulgar.

—Por mucho que lo intentes, no te dejaré odiarme. Hablaba en serio cuando te dije que había tenido mucha paciencia contigo.

—¿Qué significa eso?

Caleb lo soltó.

—Hoy es un día especial para Apolo, no lo estropeemos con un numerito. Estaré en casa todo el día de mañana, ven cuando quieras.

El bautizo fue un éxito. Caleb y Apolo sangraron y el mestizo se arrodilló ante él jurando lealtad. Luego, se desmayó y Levi chilló como un loco hasta que lo llevaron a la clínica. Félix se mantuvo a un lado con el ceño continuamente fruncido.

¿Qué había querido decir exactamente Caleb con sus palabras? ¿Se había acabado el tiempo? ¿Significaba que ya no le iba a esperar? ¿Qué realmente se había cansado y esta vez sí que iba a buscarse a alguien que estuviera a su mismo nivel?

El terror lo invadió dejándolo paralizado en el mismo lugar durante el resto del día. Milka no

se había acercado a él, y hablaba con otros lobos *nerds*. Toda la manada tenía un sitio, incluso el más estúpido. Decidió marcharse y recorrer el sendero del bosque. Se sentó a mitad de camino, e intentó recordar cómo había sido su vida antes de que le cortaran la pierna.

Nunca había sido una persona que destacara por su amabilidad y bondad. Incluso siendo centinela, nadie acudía en él en busca de consejos ni protección y lo único que había hecho en la manada era discutir y enfrentarse con todo el mundo.

Vaya mierda. ¿Se sorprendía ahora de no tener amigos? Había llegado a pensar que Milka era su único amigo, sin embargo, la realidad era que solo era un lobo Beta cumpliendo con su trabajo y con las amenazas de un líder.

Ahora, más que nunca se acordaba de su hermana.

Unas pequeñas manos lo agarraron por detrás y tiraron de su camiseta.

—¡Lo tengo! —gritó Zoe, con la respiración acelerada.

Ivarr salió del camino.

—¿Cuántas veces te he dicho que me esperes, Zoe? —le preguntó acucillándose en el suelo.

—Los bosques son peligrosos. Tú no quieres a nadie solo en el bosque.

—Para eso están los centinelas.

—Pero él está herido y cansado —Zoe colocó los dedos en garras delante de su rostro—. El peligro siempre acecha.

—Creo que estás pasando mucho tiempo con tu tío Jas. Lo siento mucho, Félix. Salió corriendo en cuanto te vio marcharte y no pude detenerla —Ivarr rodeó a Zoe entre sus brazos y luego lo miró—. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Papi yo creo que le duele la pierna.

—Zoe —pronunció su nombre en una suave advertencia.

—No pasa nada. Tienes razón. Me dolía un poco la pierna y me he sentado a descansar.

—A mí a veces me pasa lo mismo —le sonrió Zoe— ¿Quién te quitó la pierna?

—Aún... —Ivarr carraspeó —aún no he tenido momento de contarle lo que te pasó, ya que no os veis tan seguido —dijo el Alfa.

Félix lo entendió. Antes la veía casi todas las semanas. Dan siempre aparecía a última hora en el gimnasio con ella, y Zoe corría y saltaba sobre su padre. La pequeña y él eran dos gotas de agua. Compartían los mismos colores de cabello, blanco y castaño entremezclados, eran Alfas y estaba seguro de que su carácter poco tardaría en parecerse.

—Está bien si no se lo quieres contar. Lo entiendo.

—Siempre supe que acabaría preguntándolo —Ivarr se sentó en el suelo, acarició los brazos de Zoe —Cielo, ¿te acuerdas de la gente mala y peligrosa que hay en el bosque?

Zoe asintió con la cabeza rápido —Cassssadoreeees.

—Esas personas atraparon a Félix.

Zoe se llevó las manos a la boca—. ¿Y le quitaron su pierna? ¿Por qué?

—No. Ellos no fueron, pero le hicieron daño. Tanto daño que Helia tuvo que cortarle la pierna para poder salvar su vida.

—¿Mucho daño?

—Sí.

—¿Nadie protegió a Félix? Si los centinelas nos protegen, ¿por qué nadie le ayudó?

—Bueno... eso es... —Ivarr se quedó mudo.

—Nadie sabía que yo estaba en peligro, por eso no pudieron ayudarme.

Zoe giró hacia Félix, mordió la punta de su dedo pulgar.

—¿Te dolió?

—No me acuerdo de ello.

—¿Y qué pasó con esa gente peligrosa?

—Esa gente... —Ivarr miró a Félix—, recibió su merecido, ya no volverán a hacerle daño a Félix.

Oh. Así que todo eso era cierto.

—¿No puede conseguir una pierna nueva? Yo soy pequeña, pero cuando crezca, ¿puedo darle mi pierna, papi?

Ivarr le acarició la mejilla.

—Ojalá eso fuera así de fácil, cariño.

—¿La echas de menos?

—Zoe...

—No me importa hablar de ello. De verdad, Zoe es la primera persona que me pregunta en lugar de mirarme como un inútil.

—¿Puedo ir con él, papi? Tú siempre dices que hay que mirar a los ojos de la persona con la que hablas.

—Sí, eso es cierto —Ivarr la vigiló para que no se cayera y Zoe se sentó frente a Félix, colocó una mano sobre su pierna sana, expectante.

—A veces, la echo mucho de menos. Sobre todo cuando veo a los demás correr y yo no puedo hacer otra cosa que quedarme sentado en casa. Quizá me lamente demasiado por eso y descargue mi furia contra los demás. Sin embargo, estoy aprendiendo a aceptarlo —suspiró—, y a llevarlo de la mejor manera que puedo.

—Pero estás triste. Estabas llorando antes.

—Oh, eso no tuvo nada que ver con mi pierna.

—¿Y por qué fue? —Zoe miró a su padre.

—Es un secreto.

—Me gustan los secretos. Papi y yo compartimos muchos.

—Y seguro que estarán muy bien guardados.

—También puedo guardar el tuyo —susurró Zoe muy bajo.

Félix le sonrió.

—A lo mejor te lo cuente la próxima vez que nos veamos.

Zoe levantó su dedo meñique.

—¿Me lo prometes? Es una promesa.

Félix lo entrelazó con el suyo.

—¿Puedo darle un abrazo, papi?

—Claro que sí.

Zoe se acercó y Félix la recibió entre sus brazos durante unos cortos segundos.

—Yo también me siento sola muchas veces —le susurró Zoe en el oído—. Cuando te sientas solo, puedes venir a hablar conmigo —Zoe se separó con una sonrisa—. Ahora, compartimos secretos.

Oh. Félix quería volver a llorar.

—¿Podemos acompañar a Félix a su casa, papi?

—Claro que sí.

Félix pestañeó varias veces para apartar las lágrimas, se levantó del suelo y agarró las muletas.

—Voy un poco lento —le dijo a Zoe.

—No pasa nada. Yo también soy muuuuuuy lenta.

CAPÍTULO 21:

ALEXA

—¿Estás aceptando ayuda de la policía? —Alexa gruñó enfadada.

—No tenemos nada —le recordó Caleb bajando un tono su voz.

—Cualquier cosa es mejor que trabajar con los humanos o con los traidores que viven con ellos.

—¿Quieres encontrarte con más cachorros muertos? —masculló con rabia la última palabra.

Alexa era la líder de la manada del río. No era famosa por simpatizar con los humanos, y llamaba traidores a todos los lobos que tenían una pizca de contacto con ellos. Estaba prohibido entrar en sus territorios si no estabas dispuesto a morir ya que sus centinelas no se lo pensaban dos veces al sacar los dientes.

Caleb vio a Alexa contenerse, y contar hasta diez.

—La última Omega era de tu manada —le recordó—. Estás torturando a cazadores para nada. Si fueran ellos ya te lo habrían dicho, y no quiero estar en tu lugar cuando el gobierno humano descubra sus cuerpos.

—Jamás lo harán.

—Alguien tiene que estar detrás de esto. Y tú te estás arriesgando mucho.

—Las otras manadas quieren declarar la guerra —Alexa apretó la mandíbula —, estoy con ellas.

—¿La guerra contra quien? ¿Todo el pueblo humano?

—El consejo va a reunirse pronto, no debimos haber esperado tanto. Esos niños no tendrían que haber muerto.

—¿Y esperas conseguir algo con eso? No es ningún secreto que Caneck quiere deshacerse de los humanos y os obligará a formar parte de su propia batalla.

Alexa se paseó por el límite que dividía su bosque en dos. Se recogió la larga melena pelirroja en una cola apretada.

—Yo sólo quiero mantener segura a mi manada, ¿qué clase de líder soy si ni siquiera puedo hacer eso? Dímelo. Dos niños desaparecieron anoche, sus rastros se esfumaron y mis centinelas no han sido capaces de ver nada —le dijo—. Hice lo que me dijiste, aumenté la protección, impuse un toque de queda para todos los menores de quince años y nos pasamos el día patrullando el bosque y el río. Tú te has aliado con ellos. ¿Cuántos cachorros has perdido tú?

—Ni se te ocurra señalarme. Mi acuerdo con ellos es para conseguir que bajen la guardia, no puedes sorprender a alguien si estás todo el día con las malditas garras fuera.

—¿Me estás diciendo que me alié con ellos también?

—No, lo que trato de decir es que dejes de ver a todos los humanos como culpables. No sabemos por qué se llevan a los niños ni porque los matan, no sabemos lo que hacen con ellos, ni quienes son.

Caleb guardó para él la información que le dio el rastreador sobre el jefe de la policía que archivaba los casos con demasiada rapidez.

Caleb soltó el aire.

—Hace quince años, un cachorro de mi manada desapareció del mismo modo. Hemos encontrado ADN reciente y creemos que puede estar vivo, necesito tiempo para dar con él y para descubrir lo que pasó. Puede que él sea la pieza que nos falta.

—O puede que estemos dando círculos sin sentido de nuevo. ¿Qué te hace pensar que vas a dar con él?

—Una pareja de humanos denunciaron un circo a las afueras de la ciudad en el que según ellos estaban maltratando animales. Uno de ellos era un lobo con una cría. Llevaron la propaganda del sitio, cuando la policía fue a investigar, todo había desaparecido, encontraron restos de sangre, pero nunca llegaron a procesarse. Y la denuncia acabó archivándose de forma misteriosa.

—¿Su sangre?

Caleb asintió.

—¿Qué te hace pensar que sigue vivo?

—Por eso te pido tiempo. Si me equivoco y vuelven a aparecer más cuerpos, iré de cabeza al consejo y escucharé todo lo que Caneck quiera decir.

A Caneck no se le conocía exactamente por su misericordia. No diferenciaba entre adultos ni niños. Para él, el ser humano era un lastre. Era líder de la manada de las cuevas, y hasta ahora había mantenido la cabeza gacha y esperado el momento oportuno para atacar. Caleb sabía que una guerra no era lo más conveniente ahora mismo. Los humanos los superaban en número, armas y territorio. Perderían muchas vidas en el extraño caso en el que ganaran, y Caleb no estaba dispuesto a arriesgar ninguna.

—Me reuniré con él mañana, intentaré calmarlo, pero no sé hasta cuándo se mantendrá quieto.

—Tomaré todo lo que puedas darme.

Alexa asintió, le hizo una seña a los dos lobos que aguardaban junto a ella y se fueron.

Cuando regresó a su cabaña, se encontró con Jason esperándolo en la puerta.

—¿Querías verme?

—Sí. Entra. Raven, ¿ha venido alguien en mi ausencia?

—No, señor —respondió recogiendo sus cosas. A veces, trabajaba en su cabaña y respondía las llamadas de sus clientes desde ahí—. Ningún Omega dominante ha llamado a la puerta.

Caleb se preguntó dónde cojones se había metido Félix. Sólo se había ido media hora para hablar con Alexa y había pasado toda la mañana en su despacho esperándolo.

—¿Te vas ya?

—Tengo una cita. Nos vemos mañana.

—Adiós.

Caleb entró con Jason a su despacho.

—Soy consciente de que lo que te voy a pedir a continuación es demasiado. Pero espero que lo pienses detenidamente antes de darme una respuesta.

Jason asintió. La diversión que siempre había en sus ojos se apagó al ver que se trataba de un tema serio. Se sentó en la silla en frente de Caleb.

—Sabes que está en marcha el programa de inclusión a los humanos, ¿verdad?

—Sí, ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—Estamos recibiendo solicitudes, y aunque hemos habilitado algunas cabañas, me gustaría saber si cuento también con tu granja.

—¿Mi granja? ¿Quieres meter a un humano en mi granja?

—Entiendo que te niegues.

—Me niego.

—Escúchame, no te lo pediría si no fuera necesario. Tú siempre buscas a gente que quiera trabajar y colaborar, y según su informe y la llamada que he tenido esta mañana con su hermana, él es un poco delicado.

—¿Delicado?

—Sufre brotes de claustrofobia, y necesitará supervisión. Su hermana dice que es un chico muy tranquilo pero que últimamente lo ha notado un poco raro y quiere que descanse del estrés del trabajo.

—No me gustan los humanos, Caleb.

—Me aseguraré de que no sea ninguna amenaza. Más que cómo líder, te lo estoy pidiendo como amigo. Sé que intentas que todo el mundo se sienta cómodo a tu alrededor, y eso es lo que él va a necesitar.

—¿Puedo pensarlo al menos una semana?

—Sin problema.

Caleb estuvo esperando a Félix durante toda la noche.

Él no apareció.

Félix estaba sentado en la orilla del lago, juntó sus dos rodillas y se inclinó hacia atrás con los ojos cerrados, disfrutando de los rayos del sol.

—¿Llevas esperándome mucho tiempo? —Le preguntó una voz.

—Lo suficiente como para que se me este empezando a dormir el trasero.

El lobo rio bajo, empujó su frente contra la sien de Félix y le rozó la mandíbula con los labios.

—Perdón. Tenía trabajo.

—La bebida se ha calentado —masculló tragándose un gemido cuando sus dientes dieron con la piel sensible de su cuello.

Félix lo empujó del pecho.

—No vas a librarte con unos cuantos mordiscos, Caleb.

—Ha valido la pena intentarlo —sonrió —, y yo creo que ahora estás menos enfadado.

—Ment... —Caleb lo cortó con un beso, le sostuvo el rostro y mordisqueó su labio inferior.

—Lo siento. Ivarr quería cuadrar a todos los nuevos centinelas que saldrán a patrullar el bosque esta semana.

—Apenas nos vemos —susurró Félix—. Y cuando lo hacemos, lo que menos quiero hacer es discutir contigo.

—Entonces, no lo hagamos —Caleb seguía sosteniéndole el rostro con suavidad—. Intentaré sacar más tiempo, y tú puedes pedirle un par de horas libres a Levi, o...

—¿O qué? —Félix se apoyó en su tacto.

—O puedes mudarte de una jodida vez a mi casa —pronunció besando la comisura de sus labios.

—Me gusta vivir solo.

—Y a mí me vuelve loco.

Félix pasó los brazos por su hombros.

—Eso también me gusta.

—Eres malvado.

—¿Lo soy? —preguntó Félix, inocente, subiendo las manos por su nuca y acariciando su cabeza.

Caleb hizo un sonido ronco. Se lanzó hacia delante y Félix lo detuvo de nuevo.

—Mereces un castigo.

—Sí que lo merezco.

Félix lo empujó contra el suelo, se subió sobre Caleb a horcajadas, con ambas piernas a cada lado de sus caderas. Se inclinó sobre él, le hizo ladear la cabeza y lamió su cuello y chupó. Las manos de Caleb se cerraron en dos puños mientras trataba de contenerse.

—¿Te cuesta mantenerte quieto?

—No me provoques. Puedo ponerte a cuatro patas en menos de lo que tardas en pestañear.

Félix le regaló un mordisco y las caderas de Caleb chocaron contra las suyas.

—¿Quieres apostar algo? —lo retó.

—Lo que quieras.

—Si gano, me dejarás estar al mando durante una semana entera.

—Y si yo gano... meterás todas tus cosas en una maleta, y te vendrás a vivir a mi casa hoy mismo —Caleb empujó de nuevo sus caderas hacia arriba.

—Trato hecho.

Caleb lo sostuvo de la nuca.

—No ganarás —le dijo antes de besarlo con una fuerza salvaje, Félix gimió, abrió la boca con gusto y dejó que Caleb lo saboreara antes de agarrar sus muñecas y subirlas sobre su cabeza.

Caleb gruñó. Su cuerpo musculoso se lanzó sobre él y Félix se escabulló por el hueco que dejaron sus brazos. Ambos se miraron, los ojos grises de Caleb brillaron, la tela de sus pantalones se apretaba contra su erección y Félix no estaba en una mejor situación. Joder... Quería doblegar a ese Alfa. Jugar con su cuerpo, acariciarlo por todos los lados y luego empujarlo hasta el fondo dentro de él. Pero también quería que él se resistiera, luchara por domarlo y lo mordiera.

Quería jugar. Y sobre todo, quería ganar.

Corrió hacia él, esquivó su agarre, lo rodeó y saltó sobre su espalda, el Alfa pasó la mano por encima de su cabeza, tiró de la camiseta de Félix mientras pasaba la otra mano por su pierna. Félix cayó al suelo.

Antes de poder darse la vuelta, tenía a Caleb sobre su espalda.

—Eres muy predecible —susurró clavándole los dedos en la cadera.

—Y tú bajas la guardia muy pronto —en pocos segundos, tenía a Caleb de nuevo bajo su cuerpo, sacó los dientes y le mordió el cuello—. Y ahora... —Félix se estaba lamiendo los labios cuando de repente escucharon un disparo —¿Qué ha sid...? ¿Caleb?

Caleb había desaparecido de entre sus brazos. Se levantó para poder mirar a su alrededor y se llevó las manos a las orejas cuando escuchó de nuevo los disparos acompañados de un grito.

Félix se despertó, su corazón latía con tanta fuerza que apenas era capaz de escuchar sus propios gritos. Salió de la cama, se arrastró por el suelo hasta sentir la fría brisa nocturna y gateó cuando todo su cuerpo se negó a ponerse en pie.

Tenía que encontrarlo. Le iban a hacer daño.

—¡Caleb! —chilló— ¡Caleb!

Un rostro familiar se interpuso en su camino, sus labios se movieron, lo sujetó de los brazos.

—¿Félix? ¿Qué ocurre?

—Caleb está en peligro. Los cazadores... los cazadores están en el bosque.

—No ha habido aviso de cazadores esta noche.

—Le han disparado. ¡Tienes que ir a buscarlo!

—Félix... —Marcus lo agarró de la cara para que lo mirara—. Caleb no ha salido de su cabaña en toda la noche.

—¡No! ¡Esto... ha pasado durante el día! Joder, Marcus, ¡Hazme caso o apártate si no vas a ayudar!

—¡Ron, llama a Caleb!

—¡¿Es qué no me escuchas?! ¡Le han herido! —Félix se sacudió sus manos de encima.

—¡Ron! ¿Y Caleb?

—No responde al teléfono.

—¡Ve a buscarlo! ¡Tráelo aquí!

—Tienes que avisar a Helia, tenemos que ir al lago, desde ahí puedo guiarte. Tienes que ayudarme a levantarme.

—Necesitas calmarte antes, Félix.

—¡No! ¡Estamos perdiendo tiempo!

No podía suceder así. No podía pasar esto. Su pierna no le respondía, no dejaba de temblar, sentía que se ahogaba y su visión se estaba volviendo borrosa.

—¡Félix! ¡Félix, escúchame, respira hondo y deja de arañar el suelo! Te prometo que Caleb está a salvo.

—No...

—Está vivo. Está a salvo. Nunca te he mentado. Caleb lleva tres días sin salir de su casa rodeado de papeleo y haciendo llamadas. No se han escuchado disparos. Respira.

—¿Estás diciendo que me lo he imaginado todo?

—Has salido de tu casa corriendo, quizá ha sido una pesadilla. Por eso te pido que te tranquilices y respires. Caleb no tardará en llegar.

Félix negó con la cabeza. Deslizó la lengua por los labios secos y sacudió la cabeza de un lado a otro. No. Había sido muy real. Hundió de nuevo los dedos en la tierra, Marcus no estaba dispuesto a ayudarlo pero le importaba una mierda ahora mismo, solo necesitaba ponerse en pie, y si no podía, se arrastraría hasta dar con él.

Intentó fijar su rodilla y por un momento pensó que lo estaba consiguiendo, todo le dolía y ardía, los disparos y el grito de Caleb se repetían una y otra vez en su cerebro y...

Félix se desplomó tirando por la boca todo el aire que había en sus pulmones y se aferró con las manos sucias y polvorientas a los brazos de Caleb. Estaba ahí.

CAPÍTULO 22:

PESADILLAS

Caleb había perdido la cuenta de las veces en las que las manos de Félix le habían revisado el estómago, torso, espalda y brazos. Estaban sentados en el suelo, Caleb con las piernas abiertas y Félix en el centro de ellas cada vez más cerca. Su pie descalzo estaba lleno de heridas, su pierna también, y la piel de sus muslos estaban completamente rasgados, sin hablar del desastre que había en sus manos.

¿Por cuánto tiempo se había estado arrastrando por el suelo antes de que Marcus y Ron se dieran cuenta? No quería pensarlo.

Le acarició la espalda a Félix, arriba y abajo y dejó que sus feromonas lo rodearan.

—Podéis regresar a vuestros puestos —dijo Caleb hacia Marcus y Ron.

—¿Quieres que despierte a Helia? —le preguntó Marcus.

—No será necesario.

Marcus y Ron se marcharon.

Félix estaba agarrado a Caleb cómo si creyera que fuera a esfumarse en algún momento de la noche. Estaban en mitad de los terrenos de la manada. Félix llevaba un pantalón corto de pijama junto a su camiseta, mientras que Caleb usaba su pantalón de pijama habitual y una camiseta que había cogido en el último momento antes de salir corriendo de casa.

—¿Qué voy hacer contigo, Félix? —le susurró al oído.

—Todo... parecía tan real.

—¿Desde cuándo tienes pesadillas?

Félix apretó la mejilla contra el pecho de Caleb.

—Nunca se fueron. Están en mi cabeza cada vez que cierro los ojos.

Cómo las tuyas.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué pensabas que estaba en peligro?

Félix sacudió la cabeza.

—No me hagas tener que sacártelo, cariño. Estás hecho un manojo de nervios.

—No quiero recordarlo.

—Has comprobado más de veinte veces que estoy bien, no hay nada que me vaya a hacer daño.

Félix volvió a negar, y Caleb decidió no presionar más.

—¿Quieres regresar a tu cabaña?

Félix le clavó las uñas. No.

Respiró hondo hinchando el pecho y soltó el aire lentamente. Félix parecía un cachorro perdido, y no le gustaba verlo así. Prefería mil veces más el Félix enfadado y terco al vulnerable y herido. Con el primero estaba más familiarizado y sabía cómo sujetar las riendas de su lobo cuando tiraba, pero con este... no. Todo lo que quería hacer era atraparlo entre sus brazos, besarlo hasta que su labio inferior dejara de temblar y acunarlo contra su cuello.

Tomó la última opción y la que parecía la menos inofensiva. Sujetó la mejilla de Félix y guió su rostro hacia su garganta. Félix hizo un sonido agudo en respuesta, sus manos ansiosas se

aferraron a sus hombros y cavó en su garganta buscando el aroma del Alfa.

—Yo también tengo pesadillas. Imagino que son parecidas a las tuyas pero al contrario —susurró bajo.

—¿Cuándo empezaron? —preguntó Félix, su aliento caliente haciéndole cosquillas en la piel.

Se había prometido a sí mismo que no volvería a mentirle o al menos ocultarle información. Era necesario que ambos empezaran a ser honestos si no querían volver locos a sus lobos y a sus instintos, que era exactamente lo que estaba pasando.

—El día que entraste en coma.

Sintió a Félix estremecerse.

—¿Qué ves en ellas?

—Es más lo que siento —reconoció. Al menos, él aún no las confundía con la realidad—. Siempre te encuentro perdido en el bosque, tirado en el suelo. A veces, vivo y agonizando, y otras veces... muerto. Necesitaba verte en cada una de ellas, y por eso empecé a espiarte. No fue para controlarte.

—¿Me espiabas cada noche?

—Sí.

—¿Por eso supiste lo de Milka?

Sus brazos se tensaron en torno a él.

—Sí —masculló.

Aún tenía la imagen de ambos grabada en la retina. Félix a medio vestir, sus mejillas color escarlata y frente sudorosa montando a Milka sobre el sofá. Después de ver eso tuvo que ir a cazar para no irrumpir y arrancarle la cabeza al Beta.

No podía recriminarle nada. Lo sabía. Él mismo había cavado ese pozo, sin embargo, ardía en su pecho cómo una herida recién abierta. En su caso, Caleb había sido incapaz de estar con otra persona, hembra o macho. El lobo había rechazado a todos y exigido a Félix. ¿Cómo lo había hecho él? ¿Su lazo hacia él era más débil? Le costaba creerlo cuando lo tenía temblando casi sobre su cuerpo por una pesadilla.

No.

Félix lo necesitaba. Al menos, su instinto lo hacía. Había corrido hacia él y no hacia Milka.

Su lobo se hinchó de avaricia.

—¿Te molestó?

—Ni te lo imaginas.

—Me alegro.

El pecho de Caleb vibró. Mierda. La tentación de follarlo ahí mismo era aplastante.

—Veo que estás recobrando el sentido.

—Puede —dijo cortante, su cabeza seguía empujando —No le harás ningún daño, ¿verdad?

—Todo depende de si te vuelve a poner una mano encima.

—¿Y qué esperas? ¿Qué me mantenga célibe para el resto de mi vida?

En el fondo, Caleb disfrutó con esa idea.

—Te recuerdo que he visto los juguetes de tu armario.

—Y yo te recuerdo que siguen siendo juguetes y que a veces no son suficientes. No empieces a comportarte cómo un egoísta. Tú no me quieres como pareja, y yo... yo no voy a estar esperando eternamente a que cambies de opinión.

—La verdad es esta, Félix. Nada de lo que hagas con Milka o con otros conseguirá satisfacerte. Puedes seguir intentándolo como lo estuve haciendo yo, pero lo único que obtendrás

es aliviar un picor que regresará con más fuerza. Las pesadillas tampoco se detendrán y serán peores con el paso del tiempo. Por mucho que lo odies, lo único que va conseguir aliviarnos, centrarnos y dejarnos dormir es estar cerca el uno del otro.

—¿Crees que después de todo lo que ha pasado quiero estar cerca de ti?

—Suéltame, entonces.

Caleb era el primero en no querer quitarle los brazos de encima, pero lo hizo. El ánimo de Félix parecía estar regresando a la normalidad aunque temblaba ligeramente. Su cabeza dejó de presionar en su garganta.

—Puedo hacerlo.

—Hazlo —gruñó.

¿Por qué no podía separarse por más que lo intentara? Demonios. Caleb no lo estaba tocando. Todo lo que tenía que hacer era arrancar los dedos de sus hombros, despegar su costado de su fuerte y caliente cuerpo y patearlo. Pero jodida mierda si su cerebro no colaboraba con una simple orden.

La sensación de pérdida seguía encogiéndolo con una ansiedad constante. Se sentía estúpido. Tan estúpido...

No sólo había perdido el control delante de Marcus, sino que había soñado con Caleb y con una vida paralela a la suya. Se preguntaba qué hubiese pasado si él no hubiese sido centinela, si su genio fuera más dulce y maleable. Si hubiera escogido una vida como la de Levi. Tranquila. Segura.

¿Caleb lo hubiese aceptado? ¿Conservaría su pierna? ¿Estarían juntos de forma sincera y no por obligación? ¿Caleb lo querría?

No.

De ninguna manera podía dejar que esto fuera así. Caleb le estaba ofreciendo migajas, y Félix llevaba toda la vida conformándose con ellas, así que con los dientes fuertemente apretados, tiró de su cuerpo para separarse y alejarse de él.

CAPÍTULO 23:

PLANTAS

—¿Cómo te encuentras? ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias por permitir que me quede. No sabía dónde ir, y no me apetecía quedarme en casa solo —le respondió Milka, dándole un bocado a la tostada con mantequilla.

—¿Tus padres siguen quedándose en la ciudad?

Milka asintió.

—Estarán un par de semanas más.

—Tienen trabajo, eso es bueno.

—Supongo —Milka encogió los hombros.

Era mejor así. Milka había insistido en que se quedaran un poco más. Sólo...por si acaso.

—¿Vas a quedarte esta noche?

—¿No estaría abusando?

El hombre delante de él sonrió.

—Para nada. Me gusta tener gente en casa y mis plantas nunca han estado más contentas.

Milka se ruborizó.

—Sólo las he regado un poco y puesto junto a la ventana.

—Pues les has salvado la vida —dijo el otro Beta, tomándose el café solo de un trago.

—¿De verdad no te importa que me quede? —preguntó Milka con prudencia.

—Eres ordenado, silencioso, no tienes problema en cocinar, cuidar mis plantas, te gusta leer, y da la casualidad de que yo tengo una pequeña biblioteca. No encontraré un mejor compañero de cabaña temporal.

Milka sonrió a la tostada y asintió con la cabeza.

—Lo único que siento es no poder ofrecerte nada más que un sofá cama lleno de muelles.

—Lo haces sonar peor.

—¿No lo es?

Milka mantuvo una sonrisa débil mientras sacudía la cabeza. La verdad era que el sofá había sido horrible, se había levantado con dolor de cuello y los muelles se le clavaban en las lumbares, pero se sentía seguro. Algo que no llevaba sintiendo desde hace mucho tiempo.

—¿Te sientes más animado ahora para hablar?

Milka levantó la cabeza. Erick se había sentado enfrente con la taza en medio de sus manos, sus ojos verdes tan serenos y pacientes cómo siempre.

—¿Crees... crees que soy un cobarde? —le preguntó Milka bajando la mirada.

—¿Tú lo crees?

—Sí.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque... —mierda—. Porque estoy huyendo. Llevo toda la semana escondiéndome de Félix.

—¿Es por Caleb?

—En parte sí, pero... en realidad es porque no me atrevo a mirarle a la cara. Tú sabías que

eran pareja, ¿verdad? Por eso en una de las sesiones me dijiste que no me aferrara a él.

—Lo intuía. Sé que te gusta Félix, es normal. Has pasado mucho tiempo con él, te has preocupado por él y cuidado. Es un buen chico.

Félix negaría eso último.

—Él cree que nadie lo quiere, y que está solo. Cuando tratas de acercarte a él, se pone a la defensiva.

—Félix ha sufrido muchas carencias afectivas durante su desarrollo empezando por el abandono de su madre, la muerte de sus cuidadores, y su hermana. Se niega a confiar en alguien porque tiene miedo de que vuelvan a abandonarle.

—Y yo lo he dejado de lado, también.

—Nadie te puede culpar, reconozco que Caleb puede resultar muy intimidante —le sonrió Erick, a lo mejor buscando hacerle sentir un poquito mejor—. Sé que tú también estás confundido, Félix no te reprochará nada si se lo explicas.

—Me gustaría ser su amigo, al menos.

—Inténtalo, no perderás nada. Me encantaría seguir esta conversación, pero tengo un paciente en media hora. ¿Estarás aquí cuando llegue?

—Sí —dijo, esperando no ser mucha molestia para él.

—Genial, compraré algo para cenar y alquilaré una película, ¿te gustan las de misterio?

—Están bien, pero puedo cocinar cualquier cosa, tengo todo el día.

Erick se levantó.

—Ayer hiciste la cena, no quiero abusar de mi invitado y seguro que quieres meterle mano a la biblioteca.

Milka se sonrojó, ¿tan obvio era?

—Nos vemos más tarde.

—Adiós.

Milka se sentía mal por haber irrumpido en casa del psicólogo anoche, pero no sabía a dónde ir y cuando escuchó un ruido salió corriendo hacia la siguiente cabaña. Estaba siendo estúpido, por más miedo que le tuviera a Caleb, él nunca le haría daño a un miembro de su manada.

No le hizo nada cuando se enteró de lo que había pasado con Félix, eso lo ponía a salvo, ¿cierto?

Terminó de tomarse la tostada, el café, limpió las tazas y platos del fregadero y fue a su casa para asearse, mirar su teléfono móvil que ayer se quedó olvidado entre la almohada y prepararse una muda limpia en la mochila y otro pijama. Revolvió su cabello, se ajustó las gafas y buscó a Félix por su casa. Cuando no lo encontró salió al patio trasero, miró por los alrededores y siguió las huellas de las muletas hasta el lago.

Distinguió a Marcus ahí en su forma de lobo, observando a Félix a lo lejos y Milka le hizo una seña con la cabeza para que se fuera. En cuanto se marchó, Milka hinchó sus pulmones de aire y entró al claro.

El lago estaba en calma. Félix se encontraba sentado junto a la orilla con el pie descalzo. Llevaba un pantalón corto, y una camiseta básica, su cabello había crecido un poco desde la última vez que lo vio y estaba ligeramente ondulado. Sus orejas se movieron al detectar movimiento y se giró hacia él con una mirada entre asesina, y de cachorro enfadado con el mundo entero.

Mierda. Nunca había pensado que le podría llegar a gustar un hombre y mucho menos él.

—¿Qué quieres? —le gruñó.

Los pasos de Milka titubearon.

—Quería saber cómo te encontrabas.

—Así que has escuchado las nuevas noticias.

No era sorprendente. En la manada todas las noticias volaban, y Félix no había sido nada silencioso. Marcus lo llevaba siguiendo dos días enteros y el Omega ya se había cansado de intentar darle esquinazo.

Todos los lobos con lo que se había encontrado le habían mirado de la misma forma. Con pena. Parecía que había regresado a esa maldita silla de ruedas en la que aún no podía levantarse por sí sólo por estar demasiado débil. Y Félix odiaba eso.

Odiaba haber perdido una parte de él en ese maldito encuentro con los cazadores. Odiaba que Caleb no lo considerara digno por más que se empeñaba en pasar página. Los odiaba a todos.

—Algo... sí. Pero no estoy aquí para hablar de eso, si no quieres.

—No quiero —mordió el aire.

Cuanto más lo pensaba, más rabia sentía y más rabia tenía que contener. Soñar con Caleb no había sido una novedad, lo hacía constantemente. Algunos sueños eran buenos, otros... no. En algunos no había sangre y Caleb simplemente se alejaba solo, y en otros... Sus entrañas se removieron al recordar el último. Había sido tan jodido que lo había confundido con la realidad, ¿y si volvía a pasar?

—Creo que te debo una disculpa.

Sintió a Milka acercarse por su derecha.

—Tampoco la quiero.

Milka se sentó.

—Escúchame al menos. Si luego decides irte, no te detendré. Pero hay una cosa que quiero que sepas, sobre... lo que ocurrió entre nosotros.

—¿Tiene que ver con que lleves una semana sin mirarme a la cara?

—Sí.

—Vale. Te escucharé, pero no te prometo nada.

Félix miró hacia el lago.

—Sé que no sientes lo mismo que yo, así que intenta no pensar en que te cuento esto para sacar algo de tí. Las cosas se han estado saliendo de mi control. Aunque sea tu protector, no tenía ningún derecho a tocarte y...

—¿Me has estado evitando porque follamos dos veces? Ya hemos tenido esta conversación. Fui yo el que lo empezó todo e insistió.

—¿Nunca te has preguntado por qué acepté? No soy un Alfa. Tus feromonas no me afectan, podría haberme negado y haberte encerrado en la habitación, pero... lo hice porque quise.

Félix se giró hacia él con el ceño fruncido.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—Me gustas. No sé... cuándo empezó todo, no soy capaz de recordarlo, pero... esa es la verdad. Siempre supe que no ibas a corresponderme, y que yo no era nada para ti —Milka encogió los hombros—. Aún no sé cómo pudiste hacerlo hasta el final conmigo, había escuchado que los lobos con pareja no toleraban estar con otros, supongo que fue el celo y el hecho de que soy Beta.

—Eres idiota —grunó Félix—. ¿De todos los Omegas que hay en la manada te has tenido que fijar en el roto?

—No estás roto, Félix.

A Félix le entraron ganas de reírse.

—¿Quieres saber porque pude acostarme contigo? Mi lobo desapareció en cuanto tuve el accidente. No puedo reconocer a Caleb, no puedo sentirlo.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Para qué? ¿Podías hacer algo? No creo que nadie pueda.

—Pero tiene que haber alguna forma de hacerlo volver. ¿Qué era lo que más le gustaba?

Félix tragó saliva.

—Le gustaba cazar —recordó con voz débil—. Y le gustaba Caleb.

El hombro de Milka rozó el suyo.

—Entonces, tienes que llamar su atención con alguna de esas dos opciones.

Caleb estaba fuera de ello. Nunca se atrevería a contárselo, así que sólo le quedaba una opción.

—No se lo contarás, ¿verdad?

—No.

—Si se lo cuentas...

—No lo haré, créeme. Nunca le he dicho nada que tú me hayas contado, nuestras reuniones eran únicamente informativas. Creo que él necesitaba saber cómo estabas, y yo era lo más cercano que tenías.

—Me da igual lo que quiera él. Se terminó —gruñó.

—¿Qué ha pasado?

Félix se giró hacia él.

—¿No te molesta? Se supone que te gusto, tú eres el que me empujaste hacia la idea de que Caleb era mi pareja. ¿No deberías haber hecho lo contrario?

—¿Y qué obtendría con eso? Ya te lo he dicho, sé que tu no sientes lo mismo, y no voy a obligarte a que lo sientas con mentiras, eso sería mezquino. Quiero que estés bien, Félix. Que seas feliz, y Caleb puede hacer eso.

—No digas estupideces.

—Sois un desastre por separado.

—Caleb es un cobarde.

—¿Te has puesto en su lugar?

—¿Tú crees que él se ha puesto en el mío?

—Uno de los dos tiene que ceder, o pasaréis el resto de vuestra vida así.

Félix no durmió esa noche, y cuando despertó fue al gimnasio a hablar con Ivarr. Si pretendía cazar algo para despertar a su lobo iba a necesitar que alguien entrenara su nuevo cuerpo, sin embargo, la respuesta de Ivarr fue la esperada.

No. Y Félix se marchó de ahí a punto de explotar.

CAPÍTULO 24:

CAMBIO

Félix puso su plan en acción unos días después. Milka y él habían regresado a su rutina normal, Marcus y Ron ya no lo vigilaban tanto y de Caleb aún no sabía nada. Se despidió de Milka, que seguía viendo uno de sus documentales y se fue a su habitación. Apagó la luz, se cambió de ropa y abrió la ventana y olfateó el aire para saber si había algún centinela cerca.

No le había contado a Milka que pensaba salir a cazar, sabía que iba a detenerlo, y si no lo conseguía llamaría a alguien para que lo hiciera. Además, en el extraño caso en el que lo dejara, le haría partícipe de su falta, y podría meterle en problemas con Caleb.

Félix se sentó sobre el alféizar de la ventana. Sacó su pierna en la que aún quedaban restos de magulladuras y saltó fuera. Las muletas lo estorbarían en caso de encontrarse con algún animal y tampoco eran cómodas para pasar desapercibido.

Se ocultó entre unos matorrales cercanos y cuando terminó de cerciorarse de que no había nadie a su alrededor salió con cuidado.

No confiaba en que su lobo diera señales de vida, sin embargo, era esto o... Félix ya estaba cansado de vivir así. De estar solo, de no ser nada, de no encontrarse a sí mismo y ser rechazado.

Siguió los rastros de animales que encontró y agarró a un conejo distraído del pescuezo. Pequeño y fácil de atrapar. Lo soltó. Necesitaba algo más grande. Siguió más rastros agazapados entre las sombras, pero la mayoría llevaban a animales pequeños, hasta que lo vio.

Un ciervo.

Se quedó muy quieto para no espantarlo y sostuvo el familiar peso de su daga ya olvidada. Saltó sobre él, sus manos a punto de rozar el pelo del animal cuando una mancha borrosa le arrancó a su presa. La garganta del ciervo ya estaba abierta antes de tocar el suelo, la sangre oscura salió disparada y el lobo salvaje cerró las fauces sobre su cuello con la mirada fija en Félix.

Correr no era una opción, y mucho menos darle la espalda. El lobo lo alcanzaría, atacaría sus partes blandas y lo mataría. Por lo que no le quedaba otra alternativa más que luchar.

La daga pesó mucho más entre su mano y su rodilla tembló, pero Félix se obligó a mantenerse firme. No era la primera vez que se peleaba con uno de ellos, conocía sus movimientos.

Lo primero que hizo fue gritar y gruñir, sin embargo, el lobo no se mostraba para nada amenazado. Veía lo que todos veían, a una persona sin pierna que no podía defenderse sola.

Más le valía a su lobo despertar ahora, o ambos estarían muertos.

El lobo salvaje soltó el ciervo. La sangre relucía en sus dientes y chorreaba sobre el suelo. Félix dio un paso hacia delante. No le tenía miedo. No le tenía miedo. No le tenía miedo.

El lobo fue el primero en abalanzarse sobre él, sus garras se le clavaron en el pecho al tirarlo al suelo y por un instante sintió verdaderamente pánico. Le hundió la daga en algún sitio, pero eso sólo logró enfadarlo más, y sus afilados dientes cargaron contra su estómago. Rodeado por sus fauces, el lobo sacudió su cabeza para desgarrarlo.

Félix trató de asestarle un golpe en hocico, pero su visión se estaba volviendo borrosa, todo

lo que veía era oscuridad, sangre, y el rostro de Caleb enfadado cuando tuviera que ir a la mañana siguiente a recoger su cuerpo destrozado.

Félix gritó y manoteó, golpeó la cabeza del lobo y luego le acertó con el cuchillo en el ojo. El animal lo soltó, y Félix aprovechó para asestarle una y otra vez con el cuchillo hasta que los músculos de sus brazos dolieron a rabiar.

Le rugió, gruñó y golpeó con sus nudillos cuando se quedó sin fuerza, para cuando se detuvo, el lobo ya estaba muerto. Lo agarró del pescuezo y lo arrastró junto a él dejando un reguero de sangre por el camino.

Caleb tenía que verlo. Caleb tenía que reconocer que se había equivocado. Tenía que... No supo por cuánto tiempo se estuvo arrastrando. Su cuerpo cayó débil junto a los escalones y se aferró a la piel del lobo tiritando.

Cerró los ojos.

—Félix —escuchó su nombre a mitad de su descanso.

Le quitaron el cadáver del lobo de encima, y unas manos lo agarraron del rostro.

Pudo verlo. Estaba ahí.

—Lo he hecho —jadeó Félix, sosteniendo su estómago.

Vaya, había mucha sangre.

—¿Lo has hecho? Te has puesto en peligro. ¿Eso es lo que quieres decir? ¿No puedes por una puta vez hacerme caso?

Los ojos de Félix se humedecieron, respiró hondo.

—Quiero...Quiero mi vida de regreso. Quiero mi vida. Devuélveme mi vida.

Caleb le apartó la mano del estómago.

—Estás sangrando. El lobo te ha herido, ¿dónde demonios está Helia?

—No —Félix apartó sus manos. Nada de lo que había hecho había dado resultado. Su lobo no estaba, y eso significaba que nada de lo que hiciera lo haría regresar. Caleb estaba más que enfadado, y las esperanzas de que al menos le diera una oportunidad se acabaron ahí mismo —. Para seguir viviendo así, prefiero morir.

—No te dejaré morir por un mordisco.

—Lo haré de nuevo. No puedes controlarme siempre. Me cortaré las venas, me iré a las cuevas de los osos. Me da igual. Si no...si no puedo tener mi vida de regreso prefiero morir. Dámela.

—No puedo. ¿Crees que si pudiera, no lo habría hecho ya? —Caleb acarició su mejilla—. Te daría mi pierna si pudiera, cariño.

Félix lloró.

—Sólo quiero protegerte. Déjame hacerlo, Félix.

—Soy un inútil para la manada.

—No lo eres. Encontraré una solución. Déjame arreglarlo.

—Ha tenido suerte. El lobo no ha llegado a perforar el estómago. Lo he limpiado, cosido y vendado. He tenido que sedarlo y mañana regresaré a primera hora para revisarlo y cambiarle las vendas —le informó Helia limpiándose las manos.

—Gracias.

—Es la segunda vez en un año que está a punto de perder la vida. Sea lo que sea que quieres hacer con él, díselo ya. No estoy dispuesto a pasar por esto de nuevo.

Él tampoco.

Observó la espalda de Helia marcharse y entró en su habitación. Félix estaba acostado en su cama, Helia lo había dejado medio tapado. Caleb se sentó a su lado y le acarició la mejilla tibia. Félix se movió, sus pestañas se abrieron y cerraron muy lentamente.

—Cal...

—Descansa —susurró.

—¿Estás... enfadado?

—No, cariño. No lo estoy. No ha sido culpa tuya.

—El lobo... lo maté.

—Lo hiciste.

—¿Lo viste?

—Sí —Caleb siguió acariciando su cabello, recordando que estaba ahí. Que estaba vivo. Que estaba a salvo—. Lo vi.

Félix cerró los ojos y su rostro se relajó. Caleb no planeaba dormir esa noche, su lobo estaba demasiado asustado y nervioso y lo único que le relajaba era sentir el calor de Félix en su palma. Se quedó perdido mirándole. La suave curva de su cuello, su cabello castaño enredado por el sudor y la sangre. Le recordó a las noches interminables que pasaba junto a él cuando cayó en coma, Caleb prometió en ese mismo momento que no iba a dejar que nadie más le hiciera daño, y sin querer, Caleb se lo había estado haciendo por ser incapaz de reconocerlo.

Caleb tomó una profunda respiración, intentando calmar la ira, tristeza y miedo que se estaban mezclando en su interior. Si sólo hubiese sido un poco más... flexible con él. Esto no hubiese ocurrido. O sí. No tenía forma de saberlo.

Esperó junto a él hasta que el sol salió de su escondite, Helia regresó a cambiarle las vendas y a administrar un calmante más suave y Félix se mantuvo callado en todo momento.

—Dile a Milka que traiga toda su ropa. Se quedará aquí una temporada.

Félix levantó los ojos hacia él, pero no dijo nada mientras se colocaba la camiseta en su sitio y se bebía el zumo.

—Calmantes cada cuatro horas. Que no haga movimientos bruscos durante toda la semana y que se cambie las vendas dos veces al día al menos.

No se molestó en acompañar a Helia a la puerta.

—¿Cuándo vas a empezar? —le preguntó Félix.

—¿Empezar el qué?

—A gritar.

—No voy a hacerlo. ¿Quieres ver la tele, o prefieres descansar antes de comer?

Félix lo miró cómo si le hubiese salido una segunda cabeza.

—¿Por qué? ¿No vas a castigarme? ¿A enfadarte ni siquiera un poco?

—No te equivoques, Félix. Estoy más que enfadado y decepcionado contigo, pero llevo toda la vida intentando controlarte con castigos y nada ha funcionado. Así que las cosas tienen que cambiar.

—¿Cómo? ¿Cambiando mi casa por la tuya? No me puedo quedar aquí para siempre.

Caleb se acercó despacio. Dios... cómo deseaba tocarlo y meterse dentro de él. Que estuviera en su cama y en su casa lo empeoraba todo, por eso había evitado de todas las maneras posibles que Félix entrara aquí cuando era más joven.

—Te quedarás —masculló cerca del gruñido— y espero no escuchar ni una sola queja. ¿Quieres convertirte en mi pareja? Demuéstrame que eres capaz. Se acabaron los trucos, las llamadas de atención y los castigos, pero necesito que tú también estés dispuesto a cooperar. El numerito de anoche, Félix —Caleb apretó la mandíbula—. No puede volver a repetirse.

—No fue lo que crees.

—¿Importa eso?

Félix agachó la cabeza, negando.

Caleb suspiró. Se inclinó sobre él y le alzó la barbilla. Los ojos azules de Félix parecían cansados, tristes y sin vida.

—¿Tienes idea del jodido susto que me has dado? A mí y a todos.

La mano de Félix alcanzó su muñeca.

—Siempre actúas como si no te importara.

—Eso es mentira. ¿Por qué crees que todo el mundo sabe lo nuestro?

—Pero a mí me lo ocultaste y no pensabas decírmelo.

—Quería que estuvieras preparado, cariño.

—¿Para qué?

—Estar a mi lado no es fácil. Mi lobo lo va a querer todo, ¿entiendes eso? Va a querer marcarte, no dejará que te vuelvas a juntar con Milka ni con otro Alfa, te querrá tener controlado, seguro y a su lado siempre.

Félix hizo un sonido, y Caleb no sabía si quería averiguar lo que era.

—Te he estado dando el espacio necesario para que te sientas libre y hagas con tu vida lo que quieras, pero en el momento en el que elijas estar conmigo, se acabó. También tendrás que estar listo para asumir el mando y olvidar que una vez fuiste centinela. La manada será tu prioridad.

—¿Y yo que tendré a cambio?

—A mí. Sé que no es un cambio justo, y que a medida que pase el tiempo querré más cosas, por lo que piénsalo detenidamente antes de darme una respuesta.

CAPÍTULO 25:

SUMISO

Dos días después, Félix consiguió salir de la cama y darse una buena ducha. Devoró la fruta y el pan tostado que Caleb le había dejado en la cocina y fue a buscarlo. Estaba un poco... aturdido. Podía deberse a los calmantes que seguía tomando que le hacían pensar con demasiada lentitud, podía ser que aún estaba usando el cuarto de Caleb y que todo olía a él, o también podía deberse al cambio drástico que el humor del Alfa había dado.

Félix no conocía a ese lobo. Era demasiado... extraño.

Pasó por la puerta de su despacho y entró para darle al menos lo buenos días. No sabía dónde había estado durmiendo Caleb, Félix entraba en un profundo coma siempre que cerraba los ojos y restregaba su rostro contra la almohada, y cuando se despertaba por la mañana tenía los calmantes sobre la mesita de noche con un vaso de agua y algo de comida para tomar antes.

—¿Te has apañado con las vendas? —le preguntó Caleb sin levantar la mirada de los informes que tenía sobre la mesa.

Él había sido el que lo había cuidado durante estos dos días y se había asegurado de que su herida ya no sangraba. A Félix le había sido imposible conservar la compostura cuando le cambiaba los vendajes y sus manos firmes y suaves le tocaban y rodeaban. No había sido más de lo necesario, pero se había sentido...

—Sí —se aclaró la garganta— ¿Qué estás haciendo?

—Siéntate.

Félix lo hizo en el pequeño sofá y dejó las muletas contra la pared. Caleb se levantó, le ofreció uno de los informes amarillos.

—¿Qué es?

—Léelo y luego dime qué te parece.

Félix abrió la carpeta y leyó la primera página.

—Esto es un... contrato matrimonial. ¿Dan se va a casar?

—Al parecer, sí.

—Lo has firmado, ¿qué pasa con Ivarr?

—No creo que Ivarr tenga mucho que decir. Es más un asunto familiar.

—¿Has estado con Dani últimamente? Apesta desde su casa a Ivarr.

—Dani ha sido el que me ha dicho que quería casarse.

—¿Y te lo crees? Seguro que sus padres están detrás de esto.

—Puede ser, pero le he dado la oportunidad de pensárselo y no ha querido. Aunque a nosotros no nos gusten las tradiciones Betas, tenemos que respetarlas de la misma forma que ellos nos respetan a nosotros.

—¿No podemos hacer nada? Caneck saca dinero y territorios vendiendo Betas menores a familias ricas.

Caleb lo miró desde su mesa.

—¿Cómo sabes eso?

—Helia me lo contó cuando estuve en la clínica después del coma. Caneck lo vendió,

¿verdad? Y sigue haciéndolo con otros niños.

—Hace diez años, eso estaba permitido. Y muchas manadas siguen con esa tradición. Para las familias es un honor que el líder elija a uno de sus hijos.

A Félix le dio un escalofrío.

—Permite que él los venda cómo ganado. No deberías aceptar este matrimonio.

—Dan es mayor de edad. Conoceré a la familia de la hembra y daré la luz verde. Lo que tenga con Ivarr es asunto suyo.

—Así que así funcionan las cosas. No vas hacer nada para pararlo, te da igual que los Beta sean vendidos y usados.

—Te vuelves a equivocar, Félix. Lo primero que tienes que aprender es que no todo el mundo piensa como tú, y no puedes obligarlos a que lo hagan. ¿Qué crees que pasaría con todos los Beta de la manada si yo prohíbo de la nada los matrimonios concertados? Uno, dejarán la manada y se irán a otro lugar. Dos, se rebelarán. ¿Quieres que todos ellos acaben en manos de Caneck?

—No, pero...

—Prohibí los matrimonios entre menores. Pretendo que las familias se conozcan antes del enlace y las investigo. Si en algún momento llegara a ver algo que no me gusta, el matrimonio quedaría anulado. Hoy en día, son menos los Betas que se casan por conveniencia, y de aquí a unos sesenta años puede que la tradición desaparezca. Hago todo lo que está en mi mano para que mi manada esté segura, y Caneck también lo hace bajo sus propios ideales.

Félix seguía sin estar de acuerdo. Caneck era un miserable, usaba a las hembras para criar y servir, los Omegas eran reducidos al rango más bajo de la manada y los Beta sólo le servían cómo moneda de cambio. Ahí los Alfas llevaban el control de todo y si abrías la boca para contradecirle, eras desterrado o asesinado.

—¿Y si reunimos a manadas que también estén en contra? ¿No podemos de alguna forma detenerlo?

—Caneck tiene gente que le sigue, y por su historial es mejor no meterse con él.

Félix apretó los labios.

—¿Vas a contarle a Ivarr lo de Dan?

—No. Y tú tampoco. No nos pertenece esa conversación.

—¿Es lo que haces cuando estás aquí? Vigilar a la manada y esperar que ellos mismos resuelvan las cosas.

—Les ofrezco ayuda cuando la necesitan, pero no puedo decidir por ellos. Soy su líder, no el padre de todos.

—Pero yo sí que tengo que hacer lo que tú quieras —masculló recordando la última conversación que tuvo con él en su habitación.

Sus palabras lo marearon en ese momento, la mera idea de que Caleb fuese suyo... era más que tentadora, pero sacrificar su libertad...

—Tú eres al que más le he permitido equivocarse, incluso cuando eras un cachorro. Nina aparecía cada semana en mi despacho para chillarme y yo sólo podía decirle que tuviera un poco más de paciencia.

Félix arrugó el ceño. ¿Desde cachorro?

—¿Lo sabías desde... desde que era pequeño?

—Más o menos —respondió simple.

—Caleb, intento cooperar, y necesito que tú también lo hagas.

Caleb apartó la mirada. ¿No iba a decírselo? ¿Entonces, en esta estúpida especie de relación o

lo que fuera sólo él iba a tener que ser el sincero y sumiso?

Félix cerró la carpeta.

Genial.

—¿Por qué estás aquí? —le gruñó Félix a Marcus.

—¿No lo ves? Soy tu nuevo niño —respondió con una gran sonrisa —No me hagas las cosas difíciles y pórtate bien hasta que llegue Caleb.

La sangre no podía hervirle más. ¿Niño? ¿Y de todos los lobos que había en la manada había tenido que elegir a Marcus? ¿Al que más detestaba?

—¿Dónde ha ido? ¿Cuándo volverá?

Marcus se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —mintió claramente.

Se había tenido que ir muy temprano para que él no lo hubiese escuchado.

—Supongo que ya sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? Ducha, medicación, comer y esas cosas básicas.

Por un momento se preguntó de qué cojones estaba yendo Marcus hasta que recordó que las dos últimas veces en las que lo había visto había sido en medio de un ataque de ansiedad y cubierto de sangre y chillando que quería suicidarse.

—Tranquilo, no me clavaré ningún cuchillo en tu guardia, no te preocupes.

—¡No me preocupo! —le chilló Marcus cuando se metió en el baño —¡Tampoco te resbales en la ducha!

Le dieron ganas de salir y pegarle con una sartén en la cabeza, en su lugar contó hasta diez y respiró lentamente. Una vez que consiguió tranquilizarse, se cepilló los dientes y se metió en la ducha. No tardó demasiado debido a la herida y la secó a toques antes de vestirse con la ropa limpia. Milka debió de traer sus cosas porque el armario estaba lleno de sus prendas preferidas, lo que le hacía preguntarse si en algún momento Caleb le pediría que se mudara de habitación.

Se pasó la mano por el rostro y ordenó su cabello mojado con las puntas de los dedos. Necesitaba ir a cortarlo, no aguantaba que el flequillo le llegara a los ojos y siempre tenía que estar apartándoselo. Caleb no había dejado nada afilado a su alcance, ni siquiera una maldita cuchilla con la que poder afeitarse, menos mal que a los Omegas no les crecía tanto el pelo y sólo necesitaba afeitarse dos veces al mes como mucho.

Salió del baño tras escuchar los berridos de Marcus y pasó por su lado para ir a la cocina.

—No hace falta que me sigas —Idiota.

—Yo creo que sí.

Se detuvo justo a la entrada y Marcus chocó con él. Cuando se dio la vuelta, el lobo tenía la vista fija en su nuca.

Félix le gruñó.

—¿Qué cojones miras? —la cubrió con su mano.

—Calma, demonio. Sólo estaba preguntándome una cosa.

—Sí, ya lo veo. Deja mi nuca apartada de tus ecuaciones.

—Pensaba que estás alturas vosotros ya... eso. Por decirlo de alguna forma.

A Félix le entraron ganas de pegarle un golpe.

—No soy un crío, Marcus. Puedes decirlo tal cómo es —le dijo abriendo la nevera.

Nuevamente, Caleb le había dejado fruta cortada y tapada en un bol, la saco para comérsela sólo porque él había perdido su tiempo en prepararlo.

—Todos saben que habéis follado, ¿por qué no os habéis marcado?

—Pregúntaselo a él.

Marcus torció el gesto.

—No, gracias.

Félix rodó los ojos y masticó un trozo de naranja. Era mejor ignorarlo. Hacer cómo si no estuviera.

—Creía que el día de la pesadilla lo haría.

Félix tragó.

—Ya ves que no.

—¿Tú no quieres marcarlo?

—¿Por qué me estás interrogando sobre esto? ¿No sabes lo asqueroso que es hablar de mis relaciones sexuales contigo?

—Para mí también. No lo hago por gusto pero la manada quiere saber...cosas. Y nadie se atreve a preguntárselo a él.

—¿Para qué quieren saber si estoy marcado o no?

—Creo que es obvio, Félix. Queremos saber cómo tratarte. Caleb no ha hecho aún ningún comunicado.

Mierda. Se le había olvidado, de eso estaba hablándole la última vez mientras que él sólo podía concentrarse en el movimiento de sus labios y en lo perfectamente maravilloso que olía.

—Puedes decirles... que no soy nada, y que pueden seguir ignorándome cómo hasta ahora.

Se sintió mal al escupir esas palabras, no todo el mundo lo había ignorado. Había sido él más bien el que los había rechazado.

—Se van a llevar una gran desilusión, al menos la mayoría de nosotros.

Félix frunció el ceño.

—¿Desilusión? Todos me odian.

—Algunos Alfas, sí. Los Omegas sienten admiración y los Betas están divididos, sin embargo, hay una cosa en la que todos coincidimos.

—¿En qué?

—En qué sólo tú tienes los cojones de enfrentarte a él y llevarle la contraria, y ahora que se ha descubierto el pastel... tiene más que sentido que seas su compañero.

Compañero. Esa palabra le seguía mareando y haciendo cosas extrañas en su cuerpo.

—¿Y están felices por eso?

Macus sonrió.

—Es divertido ver a Caleb desquiciado.

—Pues lo siento mucho por ellos, pero no volverá a pasar. No vamos a convertirnos en pareja.

—Ya sois pareja, Félix. Y por la peste que llevas encima, algo me dice que no tardareis en marcaros.

—No sabes de lo que hablas. Caleb lleva mucho tiempo ignorando lo nuestro, tanto cómo para ocultarlo. Estaré aquí hasta que me cure, y luego regresaré a mi vida normal en casa.

—¿Eso crees? Milka ha renunciado a ser tu protector y lleva una semana escondido en casa de Erick. Y en cuanto a regresar a tu casa...

—¿Qué?

—Parece que no conozcas aún a los Alfas, y el pequeño problema que tenemos con lo egoístamente sucios que somos con nuestras cosas.

—No me voy a quedar aquí como una pieza de museo.

—Lo sé. Tú quieres estar con nosotros, más de una vez me he puesto en tu situación y no sé si sería capaz de superarlo, pero tienes algo bueno, Félix, y no te has dado cuenta aún.

—¿Qué hay de bueno?

En realidad, no podía ser más desgraciado.

—No digas ni una palabra de lo que te voy a decir a continuación —dijo Marcus serio para luego soltar una pequeña sonrisa—. Podrías tener a Caleb comiendo de la palma de tu mano en cuanto quieras, sólo te falta aprender a jugar un poco.

—¿Jugar? ¿A qué?

—Usa todos tus encantos, demonio. Si es que tienes alguno. Lleváis toda la vida enfrentados y eso consume y genera rencores. Caleb sigue pensando que eres un niño rebelde que necesita aprender una lección, tienes que hacerle abandonar esa idea. Eres su pareja, eres su igual. Y en cuanto acepte eso, no podrá decirte lo que hacer o lo que no.

¿Su igual? ¿Realmente podía?

—¿Y cómo hago eso?

—Seguro que se te ocurre alguna cosa —la sonrisa pícaro de Marcus le bastó para entenderlo.

Usar sus encantos. Su olor. Pero Caleb lo había rechazado incluso cuando estaba en celo. ¿Podría con otro rechazo? La última vez tuvo que llegar a amenazarlo, y ya había dejado muy claro que no quería más conflictos ni castigos.

Cuando Caleb llegó, Félix estaba metido en la cama, no había podido salir a ningún sitio porque Marcus se había pasado todo el día con él intentando entretenerlo, Helia también se había pasado a revisar su estómago y le había retirado la medicación.

Intentó no moverse en la cama para ver hacia dónde iba, pero después de abrir el armario salió fuera. Se levantó y se sujetó el estómago al sentir un tirón por lo que tuvo que hacerse con una de las muletas. Fue hasta el despacho con la luz encendida y se asomó justo para ver a Caleb quitándose la camiseta verde militar manchada.

—¿Eso es sangre? —graznó entrando en pánico.

Caminó hacia él, casi tambaleándose. Con el corazón a punto de salir de su garganta.

—No es mía —Caleb lanzó la camiseta al suelo.

Cierto.

No era suya. No había heridas. Ninguna.

Tragó de forma pesada y se aferró a ese pensamiento para no perder el control de nuevo. Sintió una mano caliente contra su mejilla.

—Cariño, mírame.

Félix obedeció.

—No es mi sangre —repitió Caleb como si supiera lo que le estaba pasando—. Nadie me ha herido.

Félix asintió con la cabeza.

—¿De quién es? —susurró.

—De un cazador.

Todos sus nervios se pusieron de punta.

—¿Aquí? ¿En la manada?

—No. Ha sido fuera del territorio.

—¿Y está...?

—¿Muerto? Sí.

Aunque no le gustaba escuchar eso, se llenó de alivio. Caleb dejó de sostenerlo y Félix lo agarró en cuanto sus manos empezaron a alejarse.

—¿Qué ha pasado?

Silencio. ¿De verdad no se lo iba a contar?

—Ve a la cama, deberías estar descansando.

Las manos de Félix fallaron en seguir sujetándolo. Caleb se colocó una camiseta limpia y se sentó en su sillón.

Así que pensaba que él no era más que un niño rebelde, ¿verdad?

Se acercó hasta el escritorio y dejó la muleta, agarró los dos extremos de la silla y se sentó a horcajadas sobre él.

—Félix —le gruñó Caleb cuando sus cuerpos encajaron cómo dos piezas de un mismo puzzle.

Félix lamió sus labios. Sus manos bajaron hasta los hombros tensos y duros de Caleb y los masajeó con sus dedos.

—Has tenido un mal día. Deja que te cuide —dijo en lugar de los gritos y amenazas que usualmente lanzaba contra él.

Las caderas de Caleb se sacudieron por un momento y luego clavó las uñas en el reposabrazos. La vena que tanto le encendía se marcó en su cuello y mierda si no quería olvidar sus hombros, meter la cabeza en el hueco de su cuello y morderlo, sin embargo, trató de concentrarse en su trabajo y en la manera en la que le haría escupir todo lo que había ocurrido con ese cazador.

—Tienes que relajarte un poco —dijo sonriendo, empezaba a sentir el principal problema de su tensión justo debajo de su trasero—. ¿No quieres saber cómo ha ido mi día?

—Cuenta —dijo ronco.

—Marcus no me ha dejado sólo ni un segundo, supongo que obra tuya. Helia me ha retirado los calmantes y en un par de días voy a poder salir fuera —habló sin quitarle la mirada de encima.

—Bien —Caleb entrecerró los ojos.

—Podré salir fuera, ¿verdad?

—Siempre que vaya Marcus contigo, o yo.

—¿Y Milka? —Félix pasó de masajear a acariciar su cabeza rapada—. Quiero ir con él.

Caleb gruñó.

—Sé lo que intentas, cariño. Y no vas a conseguirlo.

—¿Seguro? —Félix acercó su rostro—. Acabo de empezar. Tú has mostrado tus cartas, pero yo también quiero cosas, Caleb. Y una de ellas es dejar de ser un cero a la izquierda. Si crees que voy a esperarte todas las noches metido en la cama mientras que tu llegas de pelearte y sacarle los ojos a alguien, estás tan equivocado cómo crees que yo lo estoy.

La piel del reposabrazos crujió en cuanto el lobo empezó a pasearse por los ojos de Caleb.

—Estamos buscando un circo ambulante. Esta mañana recibimos información sobre uno de ellos a tres horas de aquí y fui con Ron a verlo, a mitad del camino de vuelta nos encontramos con una pareja de cazadores con ganas de divertirse.

Mierda. No podía creer que esto estaba funcionando aunque no de la manera de la que había esperado.

—¿Por qué estás buscando un circo? —Félix acarició los costados de su cabeza con la punta

de sus dedos.

Le daba igual que estuviera hablando ya, necesitaba tocarlo y tenerlo entre sus manos cada vez que nombraba a los cazadores.

—Porque pensamos que tienen a uno de los nuestros en él, y si mis suposiciones son ciertas podría estar ligado al tema de los niños.

—¿Y no querías decírmelo?

Caleb respiró hondo.

—No.

—¿Para que no te persiguiera?

—Para no preocuparte en el caso de que algo fuera mal. La sangre podría haber sido mía, y no sé cómo hubieras reaccionado.

Félix asintió a sus palabras.

—¿Por qué a mí me afecta más? Tú no perdiste la cabeza.

Su mandíbula se apretó, y Félix fantaseó con la idea de lamer ese hueso que sobresalía.

—Cada vez que sangrabas pensaba que me moría, incluso si era el más mínimo corte, y no ha cambiado.

—Cuando me cortaron la pierna...

—Fue uno de los peores días de mi vida, pero creo que verte frente a la puerta de mi casa completamente ensangrentado lo superó con creces. No sé lo que hubiera hecho si hubieses muerto.

—Yo... no prendía ir a por un lobo. Estaba buscando a un ciervo cuando el lobo salió de la nada, sabía que no tenía oportunidad de correr y que él me alcanzaría, así que intenté con todas mis fuerzas...

—No estoy buscando explicaciones.

—Pero quiero dartelas. Llevaba mi daga, la que me diste cuando me alisté a los centinelas, se la clave en la cabeza cuando me mordió y aún no sé cómo logré arrastrarlo hasta aquí. Sólo quería que lo vieras, demostrarte que podía hacer lo mismo que antes —le tocaba acariciar la línea de su mandíbula—. Supongo que nada volverá a la normalidad.

—Si querías ir a cazar —Caleb deslizó la lengua por su labio inferior—, debiste haberme avisado.

—¿Me hubieses dejado?

—A lo mejor.

—Vamos... Lo estabas haciendo muy bien antes —bajó por su cuello.

—Cómo sigas haciendo eso...

—¿Qué?

—Vas a terminar encima de la mesa.

Félix inclinó la cabeza.

—No creo que quieras que los puntos de mi estómago se abran. Esto es fácil, Caleb. Si no quieres que siga, sólo tienes que decir que pare.

Y el lobo salió. Jodidamente estaba ahí.

CAPÍTULO 26:

PREGUNTA

A Caleb le encantaba tenerlo aquí, en su casa, en su jodida guarida. Y eso era un problema que no había visto venir. Su lobo estaba envuelto por su débil aroma a rosas, estaba empujando y no sabía qué pasaría con Félix si le dejaba salir a la superficie aunque fuese por un pequeño momento.

La palabra *para* pasó por su mente cuando Félix coló una mano por debajo de su camiseta, pero sus labios no se abrieron. Su instinto dominante lo empujaba a levantarlo y montarlo, cada parte de él quería arremeter contra el Omega. Se resistió. Clavó de nuevo los dedos en el sillón regalándole nuevos cinco nuevos boquetes a cada lado y apretó su mandíbula hasta que chasqueó.

Félix se estaba divirtiendo. Claro que sí. Lo veía en la pequeña sonrisa que mantenía estirada sus labios, en sus ojos brillantes y azules, en ese maldito olor.

—Quítate la camiseta —le ordenó Félix.

—Quítamela tú.

¿Quería jugar? ¿Quería ver hasta dónde Caleb estaba dispuesto a llegar? Perfecto. Porque él también quería descubrirlo.

—Mandón.

—Sí —reconoció. Se humedeció los labios con la lengua—. Necesito tener el control.

—Qué novedad —Félix se encargó de hacer desaparecer la camiseta y Caleb convirtió sus manos en puños para evitar tocarlo.

Félix fijó la vista en sus brazos y abdomen. Todas las cicatrices tenían dimensiones y tamaños diferentes, algunas más profundas y cortas, y otras que se extendían finas como serpientes. El Omega colocó una mano en el centro de abdomen, sus músculos se tensaron y su polla saltó cuando besó y lamió su pectoral izquierdo. Tomó un pezón en la boca, lo rodeó con la lengua, hasta que se endureció. Lo chupó y de repente cerró la boca sobre él y lo succionó, primero suavemente, y luego más fuerte tirando de él.

¿Así que de eso se trataba? Félix quería convertirlo en un sumiso. Que pena para él que Caleb no tuviera ni un sólo rasgo de docilidad.

Lo agarró del cabello y le alzó la cabeza. Félix le aguantó la mirada. Siempre había sido así. Siempre había sido un crío que nunca había sabido dónde estaba el límite. Que lo había provocado hasta desquiciarlo. Que lo había retado y manejado, y aún así su lobo estaba completamente loco por él.

Le rodeó la cintura con el otro brazo y no fue difícil meter la mano por ese estúpido y diminuto pantalón corto con el que se metía todas las noches en su cama. Sus dedos dieron con su agujero húmedo y no dudó en presionar contra él y meter dos de ellos de golpe.

Los ojos de Félix se nublaron de placer.

—Eso... es trampa —jadeó el Omega.

—Nunca hablaste de reglas, cariño.

—Sácalos.

—No —gruñó.

—¿Por qué siempre quieres quedar por encima de mí? No quiero una relación así, me asusta. Ni siquiera quiero una relación. Quiero respeto...

—Yo te respeto.

—No lo haces. Si me hubieras respetado desde que supiste que éramos pareja la situación sería muy diferente.

Caleb curvó los dedos dentro de él y Félix gimió en respuesta. Estaba cansado de esto.

—No sabes lo que dices, Félix —gruñó.

—Sé que no tienes el valor de mirarme a los ojos y decirme la verdad.

—¿La verdad? ¿Sólo quieres eso? De acuerdo. ¿Quieres saber porque no te dije nada cuando me enteré de que eras mi pareja? ¿Eso es lo que buscas?

—Sí.

Caleb sacó los dedos de su interior, lo levantó de la cintura y lo sentó sobre el escritorio mientras que se inclinaba y consumía su espacio personal.

—Porque no eras más que un saco de tres kilos que lloraba y berreaba entre mis brazos. No creo que pudieras haberme dicho gran cosa en ese momento.

Vio la confusión en los ojos de Félix antes de que lo entendiera.

—Estás diciendo...

—Me preguntaste por la relación que tenía con tu madre antes del accidente.

—No lo recuerdo.

—Lo sé —habló Caleb—. Tu madre y yo no estábamos en una relación, pero nos queríamos y habíamos planeado un futuro juntos en cuanto tú nacieras. Yo tenía dieciséis años, era un mocosito que se creía dueño de todo, que creía que podía acabar con todas las injusticias del mundo y que no pensaba más de dos veces antes de actuar. Así me gané la primera cicatriz en la cara que me dejó ciego de un ojo. Tu madre me hizo entender tantas cosas...

—¿Te acostaste con ella? —le preguntó de nuevo Félix.

Caleb se apresuró a negarlo. El olor de Félix había disminuido y no era capaz de mirarlo a la cara.

—Decidimos ser amigos, al menos hasta que yo sentara la cabeza. Tú naciste en medio de todo esto.

—¿Se lo contaste a ella?

Caleb tuvo la necesidad de tocarlo. Le daba igual que fuera rechazado. Le acarició la nuca y la mejilla.

—Ambos lo supimos en cuanto te vimos. Nuestra conexión se rompió.

—¿Qué pasó después?

—Cariño... —pronunció, esta vez con pesar.

—¿Qué hizo? ¿Se fue? ¿Llegó a cogerme en brazos o me abandonó en ese mismo momento en el que se dio cuenta de que te había robado?

—Tú no me robaste. Nosotros fuimos los únicos culpables, confundimos las cosas, y a ti te hicimos daño.

—¿Llegasteis a algún acuerdo? ¿Sabes dónde está ella?

—No.

—Caleb, en serio.

—Te digo la verdad —Caleb apretó la frente de Félix contra sus labios—. Vera se negó a hablar conmigo, fui junto a la matrona para ver cómo te preparaban, y cuando regresé ya se había ido. Debí haberlo sabido, su pacto de sangre desapareció en cuanto perdimos la conexión, pero

yo estaba aprendiendo a sostenerte en brazos y ni siquiera... lo sentí.

Caleb le dio un poco de espacio y le dio un momento para pensar.

—Dime algo, Félix.

—¿Estabas... estabas realmente enamorado de ella?

—Sí.

—¿Y de mí?

—Es diferente.

—Te lo pondré más fácil. Si pudieras regresar al pasado y elegir a uno de los dos, ¿a quién mantendrías a tu lado?

—No puedo volver al pasado, Félix.

—¡Respóndeme! Jamás pensaste en contarme lo que estaba pasando y te escondiste muy bien para que yo fuera el único estúpido en no saberlo. No querías estar conmigo —Su voz cayó en esa última frase—. Tan sólo estuviste cuidando de una cosa que ella, la mujer que amas, abandonó. Quizá esperando a que regresara en algún momento y poder volver a vivir tu cuento de hadas.

—¿Crearás algo de lo que te voy a decir a continuación?

—No.

Caleb gruñó. Tan jodidamente... terco.

—Voy a regresar a mi casa, y espero que nunca más vuelvas a hablarme si no quieres que te abandone yo también.

El golpe hizo que un sabor amargo se instalara en su boca.

—Sigo siendo tu líder. Así que harás lo que yo te diga y cuando te lo diga, y ahora vas a escucharme te guste o no. ¿Quieres volver a las amenazas? Genial. Daremos ocho pasos atrás. No me importa porque sé que al final voy a lograr llegar hasta ti. Amé a tu madre, y cuando se marchó la seguí amando y odiando a partes iguales por habernos dejado a los dos sin decirnos ni una sola palabra. Me mantuve todo lo alejado que pude de ti, primero por miedo. Yo también era un jodido crío, no sabía cómo funcionaban las parejas y tú eras un bebé. Mientras crecías, la sombra de tu madre se iba haciendo mucho más pequeña, pero la culpabilidad aumentaba. No sabes las noches que pasé sin dormir pensando en cómo tener esta misma conversación contigo cuando fueras mayor. Heredaste el maldito carácter terco e impulsivo de tu madre y antes de darme cuenta estabas teniendo tu primer celo, te habías alistado en los centinelas y peleabas con todo el mundo.

—Intentaba llamar tu atención.

—Y yo no quería tenerla. Cada vez que alguien te pegaba quería ir a arrancarle la puta cabeza. Empecé a drogarme porque se supone que un líder tiene que proteger a su manada, y yo quería asesinarlos a todos por ti. Me encontré espíandote, conteniendo la respiración cuando te acercabas e imaginando que te follaba cada noche. No me di cuenta de lo que sentía hasta que tuvimos que cortarte la pierna y habló en plural porque yo también estaba en esa jodida sala cuando Helia lo hizo. Entraste en coma, mi lobo lobo se volvió loco y le di caza a todo humano con armas que entrará al bosque. Llamé tanto la atención que incluso Caneck me mandó una carta felicitándome y cuando al fin abriste los ojos de nuevo... —Caleb respiró hondo—. En todo lo que podía pensar era en mantenerte seguro y a salvo. ¿Lo fastidié? Sí. Lo reconozco. Y también reconozco que fui injusto contigo, que debí sentarme contigo en cuanto tuviste el primer celo y explicarte lo que estaba pasando. Reconozco que nada es tu culpa, que te mereces a un mejor compañero que a un loco del control y de la seguridad cómo yo. Y reconozco que estoy completamente jodido por ti. No sé si es amor. No sé qué cojones es, Félix. Pero quiero

descubrirlo, y cada vez que lo intento acabas sacando a los demonios del pasado.

CAPÍTULO 27:

LOBO

—En unos días podré quitarte los puntos, ¿cómo te sientes? ¿Estás tomando medicación para el celo?

Félix negó con la cabeza. Su pie colgaba de la camilla, todo lo que tenía que ver con este lugar le ponía la piel de gallina. El familiar olor a desinfectante y látex, el sonido del ventilador colgado del techo, los carritos con ruedas.

—Debes tomarla todos los días.

Félix volvió la vista al Beta, si asintió no se dio cuenta. Su cabeza llevaba toda la semana aturdida y de viaje. Se tropezaba todo el tiempo, rompía vasos y platos, Marcus estaba cansado de decirle que se quedara quieto y los días pasaban mucho más lentos que de costumbre mientras que su mente resonaba la voz de Caleb en bucle.

No pudo responderle nada ese día.

Caleb supo que era su pareja desde que nació. Su madre, la persona que se supone que debía protegerlo, lo abandonó en la manada con su hermana. Por su culpa, Layla también se quedó sin madre y sin nadie que hiciera el papel de padre. ¿Layla lo sabría también? ¿Se lo imaginaba y por eso estaba tan celosa? Tenía tantas preguntas y tanto miedo de hacerlas que se sentía paralizado.

—¿Félix? ¿Quieres regresar a la cabaña?

—No. Necesito despejarme un rato y éste es el único sitio en el que Marcus me deja solo.

—Por lo que he oído, pronto tendrá que enseñar a un nuevo centinela, así que tendrás más tiempo libre sin él.

Seguro que Caleb se las apañaba para encontrarle a otro niño.

Retiró la mirada del Beta. Helia dio un suspiro, se asomó por la puerta.

—Suni, voy a salir a tomar un café, ¿te puedes hacer cargo de la clínica?

—Sin problema, el día parece tranquilo.

—Vamos, a menos que disfrutes más de la compañía de Marcus.

Oh. No.

Helia convenció a Marcus para que los dejara solos, sirvió dos cafés, uno con leche y mucho azúcar para Félix y se sentaron fuera.

—¿Te sientes observado? —le preguntó Helia

—Un poco más de la cuenta, pero nada que no pueda aguantar.

El viaje que hizo en la silla de ruedas hacia su casa después de que le cortaran la pierna fue mil veces peor.

—No pensaba que lo llevaras tan bien.

Félix hizo una mueca, tomó un sorbo y se quedó paralizado cuando dos lobas le sonrieron y levantaron la mano para saludarle.

—Buenos días —Helia les respondió, sonriendo—. Más bien era esto a lo que me refería.

—Todos quieren ser mis amigos.

—Quieren conocerte a ti. Saber si pueden contar contigo cómo pareja del líder.

Todos estaban suponiendo cosas que jamás pasarían, y lo peor era que Caleb no estaba haciendo nada para que dejaran de hacerlo.

—Caleb me engañó —le gruñó a Helia.

—Lo sé.

—Todos lo sabíais menos yo.

—Entiendo que te sientas furioso.

—Me siento tonto. Cómo si se hubiera reído de mí todo este tiempo.

Helia se volvió hacia él.

—Caleb te aprecia mucho, Félix, pero también tiene miedo aunque no lo demuestre.

—¿Miedo a qué?

—A que desaparezcas como lo hizo tu madre, a que lo odies.

—¿Y él no me odia a mí? —le preguntó moviendo el café— ¿No me ha apartado todo este tiempo para vengarse? Si tanto quería a mi madre, y si ella se marchó por mi culpa, ¿no querría hacerme pagar todo su rencor?

—Caleb ha estado cuidando de ti desde el momento en el que respiraste por primera vez. Se encargó de que dos de los mejores cuidadores de la manada os adoptaran a tí y a tu hermana. Te dio tiempo para crecer, para vivir y tener experiencias, ¿acaso alguna vez te prohibió algo? Te entrenó porque sabía cuál era tu sueño, y reprimió a su lobo durante años. Si quisiera vengarse de ti, no habría hecho nada de eso.

Félix bajó la mirada.

—No lo sé.

—¿Qué no sabes? Después de todo lo que ha pasado pensaba que ibas a estar al menos un poco contento.

Félix se pellizcó el dedo.

—¿Y si no es real?

—¿De qué hablas, Félix?

—¿Y si no es mi pareja? ¿Cómo sé que me está diciendo la verdad?

Helia frunció el ceño.

—¿No lo reconoces?

Félix bajó la voz, tragó saliva. No podía decírselo. Helia iría directo a contarle a Caleb que su lobo había desaparecido.

—Nada. Olvídalo.

Félix apenas vio a Caleb después de su conversación, y si lo hacía era para gritarle y echarle las cosas en cara. Quería marcharse de su casa, dejar de ser vigilado por Marcus y Drake, su nuevo centinela en prácticas, que la manada dejara de mirarlo cómo una especie de nuevo salvador y regresar a su vida normal con el estúpido de Milka que lo único que hacía era enviarle cartas con una perfecta caligrafía porque Caleb no le dejaba acercarse a él.

—Félix... —Caleb suspiró frustrado—. Por última vez, toma tus pastillas.

—No.

¿No dejaba que se fuera? Entonces, iba a conseguir que lo echara de allí, aunque fuera a

patadas.

—Félix —soltó en advertencia.

Su cuerpo reaccionó a él con un escalofrío. Cómo lo detestaba.

—No es mi jodida culpa que a ti te incomode mi olor a Omega.

—Es territorio Alfa, necesitas pastillas para controlar tu olor o tendré la casa rodeada de lobos en una semana.

—¿Y eso es culpa mía?

—Toma las malditas pastillas si no quieres que te obligue.

Félix lo miró en silencio antes de responder —. Hazlo.

Caleb apretó el puente de su nariz.

—Félix, de verdad que estoy tratando de entenderte, pero no me lo estás poniendo fácil.

—Me has encerrado en tu casa.

—Estás herido, necesitas supervisión y rechazas cada maldito centinela que envío a cuidarte.

—¡No necesito una niñera!

Caleb hizo un sonido. No fue un gruñido, más bien el inicio de uno y Félix enmudeció al instante sintiendo la advertencia. Su olor se hizo más espeso hasta el punto de dejarlo sin respiración.

Caleb agarró las pastillas, se acercó a Félix y las presionó contra el pecho del Omega.

—O lo haces tú, o las meto directamente en tu garganta.

Félix entrecerró los ojos.

—No te atreverás.

—Prueba —ladró.

De mala gana, Félix agarró el bote, lo abrió y sacó un par de pastillas, y se las metió en la boca, tragó y miró desafiante a Caleb.

Caleb asintió con la cabeza.

—Vete a dormir —pasó por su lado y se perdió por el pasillo.

Félix escupió la pastilla y se pasó el dorso de la mano por los labios.

Félix quiso romper algo. Golpear. Masticar. Se fue al cuarto y se lanzó sobre la cama. Ninguno de los dos se había atrevido a volver a abrir la caja de pandora, Helia le había dicho que lo mejor sería tratar el tema ya, contarle a Caleb cómo se sentía, pero cada vez que se lo encontraba por casa quería esconderse. Mierda. Su olor era... Estaba más que claro que Caleb había dejado de medicarse, que sus feromonas estaban volviendo a su lugar después de tantos años, y ese lugar... debería de ser Félix.

Frotó sus muslos entre ellos.

La abstinencia lo estaba matando. No tenía sus juguetes con él. Estaba más que claro que volver a usar a Milka sería demasiado cruel y ruin después de su confesión y se negaba a visitar a Caleb porque sabía que tendrían que volver a tener esa conversación tan incómoda en la que Félix huyó.

Su bajo vientre se calentó. Cerró los ojos, intentando aplacar el deseo que se empezaba a acumular en sus entrañas y se levantó de la cama. Corrió cómo pudo, encendió la luz y abrió la puerta decidido a trepar, saltar y devorar.

—¡¿Sabes qué?! ¡Te od...! —la exclamación se quedó en el aire al encontrarse cara a cara con un Omega desconocido de cabello rojo dentro de la habitación de Caleb.

En su habitación.

Se abalanzó sobre él sacando sus dientes, el extraño le golpeó con fuerza en el estómago y se escabulló como una rata hacia fuera. Félix lo siguió, tiró al suelo una lámpara, estaba a punto de

agarrarlo del pelo y morderlo cuando una ola de feromonas lo arrasó. Sus ojos se abrieron como platos. No podía respirar ni tragar, cayó al suelo en medio de uno de los celos más dolorosos que había tenido en toda su vida y jadeó agarrándose el estómago, metiendo las manos entre sus muslos.

—¿Félix?

Félix gimió. Todo era una mancha borrosa. La saliva descendía por su barbilla, la ropa le pesaba. Su cuerpo y orejas ardían mientras escuchaba gritos.

—Félix, dime que estás bien —oyó la voz de Caleb disipando poco a poco la neblina de dolor.

Félix se retorció, apretó la mejilla contra el suelo.

—Está bien. Tendrá un celo corto. No le he hecho daño —no sabía quién cojones era él, pero lo odiaba.

—¿Qué quieres?

—No quiero pelear. No quiero esto.

—De acuerdo. Dime qué quieres.

—Tú. Tengo que hablar contigo —dijo el desconocido.

—Vale. Podemos ir a mi despacho, si retiras tus feromonas...

—¡No! Sé lo que harás, no soy idiota —chilló el Omega.

—Te escucharé. No te haré nada con tal de que me dejes ayudar a Félix y dejes tus feromonas.

Félix susurró su nombre, o eso creyó. El calor era demasiado. Su rostro quemaba, su cola danzaba por todas partes. Metió las manos bajo su camiseta palpando el abdomen sudoroso y se quejó cuando los gritos regresaron. Habían más personas en el salón. Reconocía las voces de Marcus e Ivarr, pero no podía levantar la cabeza del suelo ni gritar.

Caleb. Podía olerlo a lo lejos. ¿Por qué no se acercaba? ¿Por qué no estaba con él en éste momento? ¿Iba a rechazarlo por haberle hecho esta semana tan difícil? ¿Prefería al otro Omega de pelo rojo?

Félix sollozó.

—Haz desaparecer tus feromonas. Necesitan respirar, les harás daño —era Ivarr.

—Lo haré. Lo haré si me traes a Beom.

—¿Estás buscando a Beom?

—¡Yo no he hecho nada! —el Omega señaló a Félix —¡Él se abalanzó sobre mí!

—No te estoy acusando. Trato de entender qué estás haciendo aquí, y resolver esto —respondió Ivarr intentando mediar con él.

—Dame a Beom.

—Beom no está aquí, ¿vale? ¿Qué quieres de él?

—¡No te importa, idiota! ¡No te metas en mis asuntos!

Félix miró hacia el pasillo. Su trasero estaba húmedo, sus pezones doloridos se rozaban contra la tela de la camiseta. Jadeó o lloró mientras Caleb se acercaba lentamente.

Contuvo la respiración mordiéndose el labio inferior.

Ivarr, el extraño Omega, los centinelas, todos eran un borrón. El único que importaba era el Alfa que ahora mismo se estaba acercando a él.

Caleb movió sus labios. Félix no lo entendió, apretó sus muslos y nalgas fuerte y un pequeño punto de placer explotó.

—Cal...

Lo necesitaba. Lo quería, lo deseaba. Se imaginó trepando por su cuerpo, subiéndose encima

de él y abriendo sus piernas. Su polla lo llenaría tan bien... Félix ya sabía lo perfecta que era. Lo bien que se amoldaba a su interior como si ese fuera su verdadero lugar. Se perdió completo en su fantasía, soñando, jadeando, llorando por no poder tener nunca lo que quería.

Lo que más quería.

A Caleb.

Cuándo Félix volvió a abrir los ojos, Caleb estaba delante de él. El salón se había quedado vacío a excepción de dos sombras. Pero eso no importaba ahora. Lo importante eran los brazos de Caleb que lo sostenían y lo bien y perfecto que olía su cuello. Félix dejó que lo llevara a través del pasillo y le clavó las uñas en los antebrazos cuando lo soltó en la cama.

—Regresaré —dijo Caleb.

Félix negó fuerte con la cabeza, acariciando cada pulgada de su torso.

—Debo solucionar lo que ha pasado ahí fuera, cariño.

—No te vayas —suplicó entre jadeos —Quédate.

Apretar sus muslos ya no le bastaba teniendo a su verdadera presa delante de él.

—Será sólo un segundo.

—Todo me arde.

Se humedeció los labios con la lengua.

—¿Te tomaste la pastilla?

—Tócame —le pidió.

—Cariño, por favor —Caleb se inclinó hacia él, lo sujetó de ambos lados de su rostro —.

Necesito que me digas si te tomaste la medicina.

Félix se arqueó contra él. Cuánto deseaba que lo aplastara.

—N...no —reconoció—. No lo hice.

—¿La escupiste?

—Sí.

Caleb soltó una palabrota.

—Mis dedos...

—¿Qué ocurre con ellos?

—No llegan... no llegan a dónde a mí me gusta.

La mirada pálida de Caleb descendió por su cuerpo hasta su mano encerrada entre sus muslos y ropa.

—Necesitas calmarte, cariño —gruñó Caleb con expresión dolorosa—. Te has estado frotando delante de todos, aún me queda trabajo que hacer fuera y no podré concentrarme contigo aquí en este estado.

—Quédate.

—Me están esperando en el salón. Tengo que salir y actuar como líder durante diez minutos más. Luego regresaré y haré todo lo que tú quieras, cariño.

—Lo que yo quiera... —repitió.

—Pero para eso tienes que tomarte la medicación.

Félix movió la cabeza de arriba abajo de forma ansiosa.

Lo que él quisiera. Todo lo que él quisiera. Aceptó la pastilla entre sus labios que Caleb le ofreció y se la tragó.

—Enséñame la boca.

Félix abrió la boca, Caleb deslizó el pulgar por su lengua, buscó en su interior y debajo de ella. Félix atrapó su dedo y lo chupó.

—Prométeme que no saldrás de aquí y me esperarás.

¿Esperarlo? Siempre.

Caleb quitó el dedo de su boca. Lo agarró de las muñecas y le colocó las manos sobre su cabeza.

—Sin tocarte —le susurró en su oído.

—No...no puedo...

—Es tu castigo, por ignorarme todos estos días. Me has hecho daño.

—Yo no..no... —balbuceó.

—¿No querías hacerme daño?

—No...

—¿Entonces, por qué huiste sin decirme nada?

—Miedo —masculló.

—¿De qué tienes miedo, cariño? —Caleb frotó sus mejillas juntas.

Las manos de Félix intentaron escapar de su cárcel, pero apenas lo consiguieron. Subió su cadera, encontrándose con la erección de Caleb y lloró al sentirla tan cubierta.

—Odio cuando lloras —Caleb barrió sus lágrimas con sus labios— ¿Me esperarás?

—Rápido.

CAPÍTULO 28:

MADRE

Cuando Caleb salió de la habitación, Helia ya estaba haciendo su trabajo con el Omega dominante que había interrumpido en su casa. Se llamaba Ruby y había resultado ser la pareja de Beom. ¿Cuándo había ocurrido algo así? Beom no solía ser muy hablador, prefería estar solo y después de lo de Félix no había tenido tiempo para visitarlo tan a menudo.

Esperó a que Helia lo curara y lo mandó junto al sofá con Beom, que había aparecido cuando el Omega había gritado su nombre cómo un loco.

—¿A qué has venido a la manada? —le preguntó.

Había irrumpido en su propia casa, atacado a sus centinelas, a Félix... O tenía instintos suicidas, o realmente estaba desesperado y asustado por algo.

—Quiero protección —pidió escondiéndose en los brazos de Beom.

—Siempre estoy dispuesto a dar protección a quién la pida y más si es pareja de algún miembro de la manada, pero...necesito que me digas de quién quieres esa protección.

—Quiero protección de mi líder.

—Estás huyendo de tu líder.

—Sí.

—¿Por qué?

—No te hace falta saber eso. ¿Vas a dármela?

Caleb le dio una mirada de advertencia.

—Perdón.

—Te daré protección. Por ahora. Lo mejor es que te quedes en territorio neutro, es el lugar más vigilado, pero supongo que querrás quedarte con Beom en su cabaña.

—Sí. Si...si a Beom no le importa.

—Beom no importar, Beom proteger a Ruby.

—De todas formas mandaré a centinelas a cubrir puestos ahí. ¿Tienes algún pacto de sangre con tu manada?

—No.

—Eso lo hace todo más fácil. Estoy dispuesto a protegerte, Ruby. Pero a cambio espero que puedas ser sincero conmigo, con la manada y con Beom algún día. Somos una familia, y usar las feromonas contra alguien de la manada tiene castigo. Me da igual si estás de paso, o si quieres quedarte con nosotros para el resto de tu vida, la próxima vez que las uses irás al calabozo. ¿De acuerdo?

Ruby asintió con la cabeza.

—Bien, es muy tarde. Id a dormir, mañana os veré en mi oficina a los dos. ¿Entendido?

Caleb esperó a que ambos salieran para regresar a la habitación. Se sentó en la esquina del colchón y observó a Félix. La medicación le había hecho efecto, sus feromonas eran suaves, y respiraba tranquilamente. Caleb cubrió su cuerpo con la sábana y le acarició la mejilla con los nudillos blancos.

Su lobo estaba furioso. Enfadado con él por haberle dado la medicina, enfadado con Félix

por haber huido. Enfadado con todos.

Félix se inclinó hacia sus caricias.

—Aún estás ardiendo —dijo bajo Caleb.

—Me siento...mareado —le respondió junto a un quejido cuando Caleb retiró el contacto.

Se levantó de la cama y lo cogió en brazos dejando que la sábana se deslizara hacia abajo. Félix se agarró a él y se puso rígido cuando salió fuera de la casa y tomó asiento en el los escalones acomodando a Félix en su regazo.

—¿Qué estás haciendo? Cualquiera que pase por aquí podría vernos.

Su lobo enseñó los dientes con un gruñido.

—¿Crees que tengo intención de ocultarlo?

—No, pero...

—¿Qué?

—Esto es diferente, podrían hacerse ideas equivocadas.

—¿Y qué ideas son esas, cariño?

Caleb fue testigo del escalofrío que subió por la espalda sudorosa de Félix.

Sonrió.

—Lo sabes. Estás haciendo esto adrede —Félix dejó descansar su mejilla contra su pecho.

El susto, el celo y la medicación tendrían que haberlo dejado rendido, pensó Caleb, si no hubiera saltado ya de sus brazos.

La mano de Caleb se detuvo en su muslo durante una fracción de segundo antes de que comenzara a acariciarlo de nuevo con movimientos lentos. Félix llevaba puesto unos ridículos y enanos pantalones que bien podrían llegar a ser ropa interior.

—Habla conmigo, Félix —masculló ronco—. ¿De qué tienes miedo?

—No quiero hablar.

Caleb lo estrechó más cerca, la mano que había estado en el muslo subió hasta la curva de su cuello.

—De acuerdo —suspiró—. Entonces, no hablaremos.

Lo acarició con su pulgar. Lo marcó con su olor, primero realizando una pequeña prueba hasta que Félix dejó que su cuerpo se relajara por completo encima del suyo.

El lobo levantó la cabeza orgulloso. ¿Era esto lo que se sentía al cuidar de su pareja? Caleb no estaba del todo seguro, pero la sensación era demasiado perfecta cómo para no volver a repetirla.

Félix no sólo se estaba rindiendo a sus cuidados, si no que los estaba aceptando. Por primera vez en su vida, se estaba apoyando en él en lugar de correr en dirección contraria.

—¿Cómo era mi madre? —preguntó Félix tras quince minutos en silencio —¿Era una buena persona?

—Hasta dónde yo sé, sí. Era una loba increíble.

—¿Cómo os conocisteis?

—Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo —contó—. Yo era cazador, y tu madre cocinera. Nos habíamos visto en alguna celebración de la manada, pero nunca me fijé en ella hasta que la vi embarazada. Debí suponerlo.

—¿Crees que ella sintió lo mismo?

—No puedo hablar en su nombre. Lo que sí puedo decirte es que te quería mucho, era lo único de lo que hablábamos.

—¿De mí?

—Ajá. Nos preguntábamos cómo serías, Vera estaba segura de que eras un Alfa, tus patadas

y meneos a veces no le dejaban salir de la cama.

—Pero mi padre era Omega.

—Maurice —lo recordó Caleb.

Félix levantó la mirada.

—¿Lo conociste?

—Hablé un par de veces con él, pero se marchó antes de que ascendiera a líder. A tu padre no le gustaba quedarse mucho tiempo en una misma manada, quería viajar, y Vera aún no sabía que estaba en cinta de ti cuando lo dejaron y abandonó la manada.

—Layla me dijo que no era un buen hombre, que siempre las dejaba solas y regresaba borracho a la mañana siguiente. Nunca he pensado en ellos como en mis padres —le dijo Félix, suspirando, rozando con la punta de su nariz la piel del cuello —A mis padres me los diste tú. Pero aún sigo sin entender cómo pudo abandonar a un bebé recién nacido.

—Ambos tuvimos la culpa —Caleb frotó su muslo.

—¿No te sientes mal?

—¿Con qué?

Félix se movió, metió la cabeza en el hueco de su cuello y mordió su garganta sin romper la piel.

—Esto. Se supone que me viste nacer.

—Y han pasado dieciocho años. Para mi lobo dejaste de ser un niño en el momento en el que tuviste tu primer celo.

—¿Y para ti?

Caleb se había propuesto ser sincero con él.

—El hombre necesita algo más, cariño.

—¿Qué más?

—Ya lo sabes. No puedo darte el vínculo hasta que no estés preparado para asumir el mando de la manada. En el caso de que me ocurriera algo, toda la responsabilidad caería sobre ti.

Cuando Caleb le dijo a la mañana siguiente que tenía un trabajo para él, lo que menos esperaba era hacer de secretaria.

—No entiendo cómo has podido dejarlo libre —repitió con el ceño fruncido. Es peligroso, ¿te puedes imaginar lo que podría llegar a hacer?

Ruby era un Omega dominante capaz de controlar sus feromonas.

Caleb o bien no le estaba escuchando, o no quería empezar una pelea a primera hora de la mañana.

Félix se acercó a la mesa del despacho y golpeó la madera con sus nudillos.

—Nunca le negaré protección a ningún lobo que la necesite —dijo Caleb—. Beom responderá por él.

Esa era otra. Beom no tenía ningún pacto de sangre con Caleb, vivía en una cabaña más allá del territorio Alfa y siempre estaba solo. ¿Cómo había acabado emparejándose con alguien? Se preguntó mientras miraba a la pared. El lobo tampoco es que destacara por su gran inteligencia o raciocinio.

Caleb había enviado a Marcus a por ellos, no tardarían mucho más en llegar y por la pasividad que mostraba el Alfa, no parecía que fuera a echar a Ruby a patadas de aquí.

Se sentó en el sillón malhumorado. Su genio le estaba volviendo a jugar una mala pasada. Recordó las palabras de Marcus. Jugar. Tenía que cambiar la estrategia con Caleb, los gritos y enfados no les llevaban a ningún lado, pero tampoco las insinuaciones. Anoche, Caleb podría haber hecho lo que quisiera con él, y decidió darle una maldita pastilla y sacarlo a pasear como un bebé enfermo para que toda la manada los viera.

Tocaron a la puerta, y Beom asomó su gran cabezota.

—¿Beom poder pasar? —preguntó.

—Entra y toma asiento, Beom —Caleb le indicó señalando a la silla que tenía delante.

El gigantesco hombre lobo, torpe y desaliñado entró de forma tímida. Tenía el cabello largo y rizado, y parecía haberse vestido a conciencia para esa reunión cuando normalmente iba casi desnudo por el bosque.

—Me gustaría que me hablara un poco de Ruby.

Beom asintió con la cabeza, miró a Félix y le dedicó una extraña sonrisa que bien podría ser algo terrorífica.

—Beom encontrar a Ruby en el bosque hace dos meses. Beom marcar a Ruby. Ruby huir de Beom.

—¿Por qué no viniste a contármelo?

—Beom no querer molestar. Beom saber que Caleb estar ocupado.

—Debiste decírmelo, habría buscado a Ruby y ayudado con quién sea que lo esté acosando.

Beom bajó la cabeza, avergonzado.

—¿Qué planeas hacer con él? Lo has marcado, por lo que no hay vuelta atrás, pero, ¿quieres que viva contigo? Puedo buscarle una casa en el territorio y ponerle vigilancia hasta que estemos seguros de sus intenciones.

—No. Ruby ser mío. Beom marcar a Ruby. Beom hacerse cargo.

—De acuerdo. Entonces...

—¿Podemos hablar un momento a solas? —Félix lo interrumpió.

Caleb lo miró durante unos segundos antes de enviar a Beom fuera.

—¿Vas a aceptar al Omega? —le preguntó receloso —Beom ni siquiera es importante en la manada. Ruby nos incapacitó en menos de tres segundos, no creerás que alguien así será bienvenido, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. Y tendrá que luchar con eso si quiere realmente estar con Beom.

—Los Alfas querrán hacerle picadillo —gruñó—. Y por no hablar de su historia, ¿acaso sabemos si es real?

—No estás aquí para dudar de mi criterio, Félix.

—Piensa...

—Ve a por Ruby —le ordenó apartando la mirada.

Los dientes de Félix castañearon, fue hasta la puerta e hizo entrar al Omega junto a Marcus.

—Espera aquí —le espetó a Ruby—. Marcus.

—Voy.

En cuanto regresó al despacho no pudo seguir mordiéndose la lengua.

—Dile que está loco.

—Félix, te he pedido que me trajeras a Ruby, no a Marcus.

—No soy tu secretaria.

—Si no quieres descansar, trabajarás para mí.

—Ese Omega fue directo a atacarte, Marcus, Ron y Drake estaban haciendo la guardia y ni siquiera se dieron cuenta de que había entrado en el territorio y tú le das una cabaña y protección.

¿Estás loco? — dijo apretando las manos en torno a las muletas.

—Es pareja de Beom.

—Como si quiere ser pareja de un árbol. ¡Díselo tú, Marcus!

—Marcus, habla, por favor —pidió Caleb.

—La manada tiene miedo. No confían en la seguridad de los centinelas, y se preguntan cómo un Omega ha podido con tres centinelas. Temen también por los cazadores. Y por Beom. Todos saben lo que pasó con su madre.

—Beom pagó eso por años. Está libre.

—Dudan de que Beom sepa controlarse cuando alguien toque las orejas Ruby.

—Teniendo en cuenta de que las orejas de los Omegas sólo las pueden tocar sus parejas, lo veo justo.

—¡Caleb! —chilló Félix— ¿Por qué no dejas de defenderlos? Si hubiese sido otro lobo estaría en el calabozo.

Se escuchó un chillido al otro lado de la sala y Félix se precipitó hacia la puerta.

—¿Nos estabas espiando? —le preguntó a Ruby rojo de ira.

Le sacaba una cabeza y media, tenía el cabello rojo y era más delgado que un fideo, y aún así, y sin tocarlo, había conseguido dejarlo tirado en el suelo.

—Sí, lo hacía. ¿Algún problema? Tú me has dejado entrar —le respondió con la cabeza alzada.

Félix le sacó los dientes, levantó la mano con la intención de agarrarlo del cuello de la camiseta. Ruby sacó las garras y Beom se interpuso de por medio.

Caleb se levantó, el sillón soltó un chirrido.

—Félix —masticó su nombre—, regresa a casa. Marcus, asegúrate de que llegue bien.

—No lo necesito —gruñó, abriéndose paso a empujones.

CAPÍTULO 29:

PACTO

—Lo siento —Caleb se disculpó—. Félix aún sigue alterado por lo de anoche, haré que se disculpe la próxima vez.

Ruby salió de detrás de Beom.

—No. Está bien. Lo entiendo.

—Tomad asiento.

Ruby se sentó en la silla que Caleb había señalado mientras que Beom permanecía de pie tras él.

—Necesitaba hablar en privado con Beom, sólo para asegurarme de algunas cosas.

—¿También dudas de que sea su pareja?

—No dudo. Pero entiende que esto es algo extraordinario. Beom jamás te ha mencionado, y de la nada burlas toda la seguridad de la manada y atacas en mi casa, también necesito asegurarme de que no eres o serás una amenaza.

—No pretendo conseguir confianza. Estoy aquí por Beom, y porque necesito protección.

—Y yo prometí dartela, aún espero que me cuentes de quién estás huyendo.

—Ya te lo dije, de mi líder.

—¿Por qué?

Ruby apretó los labios.

—No necesitas saber eso.

Caleb lo observó en silencio durante unos segundos con sus ojos felinos.

—Te estás olvidando de que a parte de protegerte a ti también tengo que proteger a mi manada.

—Lo sé. Y aunque no me creas, yo también lo estoy haciendo al no decirte nada.

—Así que pretendes que confíe en ti. Así. Sin más. Sin darme más información que esa.

Ruby encogió los hombros.

—No puedo. Eres una amenaza que no puedo controlar ahora mismo —dijo Caleb.

—¿Qué significa eso? ¿Me vas a echar? Prometiste...

—No te voy a expulsar. Pero necesito algo que me haga confiar en ti. No quieres contarme por qué estás siendo perseguido, ni quién es tu líder. Tampoco puedo confiar en que mantengas tus feromonas a un lado y la manada tiene miedo.

—¿Y qué quieres que haga con eso? —preguntó Ruby.

Caleb abrió un cajón del escritorio y sacó de él una fina daga. Ruby miró el arma brillante.

—Dijiste que no tenías ningún pacto de sangre con tu manada —mencionó Caleb colocando la daga frente a Ruby—. Esto es lo que te propongo.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Y si me niego?

—Retiraré los centinelas, irás al calabozo.

Beom gruñó y Ruby tocó su pierna por detrás de la silla.

—Así que me has mentido. No pensabas darme esa protección aún siendo pareja de Beom.

—Tendrás toda la protección necesaria en el calabozo, comida y cama, pero no puedo confiar en tí. Pudiste herir a Félix y a mis centinelas y puedes hacerlo de nuevo. Puedes estar mintiendo, puedes estar utilizando a Beom para llegar a mi territorio y servírselo a tu líder. Te ofrezco dos opciones, Ruby. O me cuentas la verdad, o haces un pacto de sangre conmigo, renuncias a tu manada y prometes jurarme lealtad y ser parte de mi manada.

Ruby apretó los dientes.

—Ruby no estar obligado. Ruby no hacer eso —habló Beom.

—Entiendo que tengas dudas, Ruby.

—Podrás controlarme con esto. Podrás obligarme a...

—No —negó Caleb—. Nunca uso los pactos de sangre hasta que no son el último recurso. Jamás lo usaría para obligarte hacer algo, preguntáselo a Beom, a Marcus, o a cualquiera de la manada.

Ruby giró la cabeza hacia Beom.

—¿Qué dices tú, grandullón? Si hago el pacto de sangre jamás me iré de tu cabaña.

—Beom proteger a Ruby. Beom dar igual. Ruby ser manada de Beom.

—¿Me quieres incluso después de haberte abandonado? Te estoy ocultando cosas, ¿y si cuando las descubras decides que ya no quieres estar conmigo?

Beom negó con la cabeza.

—Beom querer a Ruby. Ruby ser pareja. Beom proteger pareja. Beom siempre proteger Ruby.

—¿Seguro?

—Beom seguro.

Ruby se giró.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer? —sonó decidido.

—Levántate.

Ruby lo obedeció, y Caleb estuvo cerca de él muy pronto, agarró el puñal.

—Dame tu mano.

Ruby tomó una buena respiración antes de hacerlo.

—Será un corte pequeño, ¿no?

—Sí.

Caleb hizo un corte en la palma de su mano, pequeño, pero demasiado hondo cómo para que una buena parte de su sangre brotara y cayera al suelo. Ruby hizo una mueca, y luego con la misma daga se cortó a él mismo para apretar su herida con la suya.

La sensación de poder llenó a su lobo. El animal rugió, sus feromonas cubrieron el lugar y a Ruby le fallaron las rodillas. Agachó la cabeza.

—Tu manada no estará nada contenta —dijo entredientes Ruby.

—Ahora, es tu manada también. Vas a tener que ganártelos.

—Oh, no, Félix. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Puedo entrar?

—¡No! —exclamó Milka apretando el libro verde esmeralda contra su pecho— ¿Qué parte de no puedo ir a verte no entiendes en mis cartas?

—Te estás escondiendo como una rata en casa de Erick, ¿no eras tú el que quería ser mi amigo?

—Sí, pero no puedo serlo si estoy muerto.

—¿Quién es, Milka? —preguntó a lo lejos otra voz, Félix supuso que era Erick.
—Félix, pero ya se iba.
Félix empujó la puerta hacia dentro.
—No me voy —gruñó.
—¿En serio? ¿Por qué se va tan pronto? Deja que pase —Erick asomó la cabeza por la puerta—. Seguro que tiene una buena razón para estar aquí.
A pesar de la resistencia del Beta, Félix pudo entrar en la casa.
—No puedes estar aquí —le susurró Milka—. Es casi de noche.
Sí. Félix sabía ese pequeño detalle.
—No me había dado cuenta —Félix encogió los hombros— ¿Te has cortado el pelo? Te queda bien.
—¿A qué sí? Lo siguiente será renovar su armario —secundó Erick— ¿Te quedas a cenar?
—No —Milka respondió por él.
—Sí. Muchas gracias.
—Pondré otro cubierto, entonces —sonrió Erick—. ¿Puedes quitarte el zapato antes de entrar? No me gusta que hayan huellas por la casa.
—Claro.
Félix se sentó en el banco de la entrada, se quitó el zapato y Milka lo agarró.
—¿Qué pretendes, Félix?
Félix suspiró.
—Tranquilo.
—No... —Milka apretó los labios y luego chasqueó con su lengua—. No me digas tranquilo. Caleb me ha prohibido verte, si te pilla aquí, me matará y por la expresión de tu cara puedo adivinar qué es eso lo que realmente quieres.
—No seas tonto. Por supuesto que no quiero que te pase nada malo.
Milka dejó el zapato en el suelo, se sentó a su lado.
—¿Qué ha pasado? Según los principales cotilleos de la manada, vuestro romance está yendo muy bien.
—¿Quién se inventa eso? No hay romance, ese es el problema —sus hombros decayeron—. Caleb quiere que esté preparado antes para soportar el peso de la manada, pero cuando intento ayudar... me rechaza. Cuando estoy en celo, me rechaza. Creo que si mi lobo estuviera aquí, se moriría.
—¿Aún no... se lo has contado?
—No. ¿Y si nunca lo recupero?
—No pienses en eso. Hablemos de la atención negativa que quieres atraer hacia mí.
Félix sonrió de forma muy débil.
—Me puse en contra del nuevo y de Beom.
—Vaya.
—Sólo le dije lo que la mitad de la manada piensa. Él siempre está protegiéndolo, no lo entiendo.
—Oh...
—¿Qué?
—Nada.
—No me digas nada cuando realmente hay algo, escúpelo.
—Sólo pensaba en que... ¿a lo mejor estás un poquito celoso de Beom? —Milka dejó el libro sobre sus rodillas —Y tú has venido aquí a ponerlo más celoso. Conozco tus juegos, Félix.

¿Celoso de Beom? ¿Él? ¿Por qué? ¿Porque siempre le dio la atención que Félix ansiaba hasta de niño? ¿Porque lo dejaba vivir en el territorio sin un pacto? ¿Porque confiaba plenamente en él y en Félix no?

A lo mejor sí que estaba un poco celoso.

—Lo quiero —Félix apretó sus dientes con fuerza—. Y no es sólo que lo quiera, necesito poseerlo. Que piense sólo en mí, que pierda su cabeza, que su lobo se vuelva loco. Que no pueda vivir sin mí. Quiero que sufra cuando yo esté lejos, que le duela tanto cómo a mí.

Le daba igual que sonara enfermizo.

—Puede que lo haga.

—Más —le gruñó—. Quiero que me encuentre aquí, que me saque a rastras, que...

—Sí, lo imagino —Milka estaba rojo como un tomate—. Yo... no entiendo ese sentimiento. Me gustaría ayudarte, Félix, pero la verdad es que no sé cómo. Si ha llegado a reprimirse tanto, puede que ni siquiera esto funcione, y la verdad que no tengo ganas de averiguarlo.

Félix se frotó el rostro con la mano. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Tengo que irme —agarró el zapato a toda prisa—. Dile a Erick que gracias.

—Escríbeme mañana.

—Ron, he escuchado que algunos Alfas han ido al comedor a buscar pelea con Ruby —habló Caleb—. Manténlo vigilado y échale una mano si es necesario mientras que Marcus resuelve su problema con Drake.

—Sí, señor.

—Helia ya me ha enviado su informe médico. Puede que el vínculo que han forzado dure unos cuantos meses —habló refiriéndose a Marcus y Drake—. Si te sientes incómodo, dímelo y buscaré una nueva cabaña para tí.

—Gracias, pero de momento no será necesario. Regresaré al trabajo.

A Caleb no podía dolerle más la cabeza. Tenían a un nuevo lobo de la ciudad con problemas de ira del que Ivarr se estaba encargando. Había estado a punto de perder a Raven, el contable de la manada por haberse emparejado con un mestizo de la ciudad, pero al final habían llegado a un acuerdo. Hayden no lograba dar con ningún circo ambulante que tuvieran lobos a pesar de haber interrogado de nuevo a la pareja de humanos que puso la denuncia, Alexa no dejaba de insistir en que ya le había dado demasiado tiempo y la reunión del Consejo era cada vez más inevitable. Todo eso, sumado a sus recientes cambios de humor, a su lobo furioso por dormir en un espacio diferente a Félix, y por...

Caleb escuchó un estruendo, llegó hasta la cocina para ver una olla de agua volcada en el suelo y a Félix en medio del charco, agarró a Félix corriendo de la cintura y lo sentó en la encimera mientras que sus manos agarraban su tobillo y pie descalzo.

—¿Te has quemado? ¿Te has hecho daño?

—No. La estaba poniendo a calentar.

Caleb suspiró, apoyó la frente en el hombro del Omega.

—Menudo susto.

—Sólo ha sido un poco de agua. Me apetecía pasta.

Caleb tragó la sensación ácida que subía por su garganta. Tenía ganas de vomitar.

—Dímelo la próxima vez y te la haré yo.

—Llevas cuatro días sin salir del despacho, y que yo sepa, aún puedo hacerme una maldita pasta con tomate para cenar.

—No digo que no puedas.

—¿Y qué insinuas? ¿También quieres controlar lo que como?

—Me siento enfermo cada vez que te ocurre algo, incluso si es un poco de agua.

¿Podía llamarlo sobreprotección? No lo sabía. Caleb ya había visto a Félix herido de demasiadas formas, y no creía poder superar otra más.

—Pues ayer me corté el pulgar con un folio, y me golpeé la cabeza con un armario. ¿Eso también te enferma?

Caleb gruñó en respuesta —Sí.

Félix levantó sus cejas incrédulo.

—¿De verdad?

—He estado a punto de verte morir —Caleb presionó sus frentes juntas.

Félix se apartó.

—Ya está bien. No me toques. No actúes de esa manera conmigo.

El lobo de Caleb merodeaba cerca de la superficie.

—¿O?

—Todo o nada —Félix se mantuvo firme a pesar de que su rodilla temblaba—. Si me quieres, tóname aquí mismo. Si no, déjame ir.

La única respuesta fue un lento parpadeo, la fuerza de su personalidad luchando contra el lobo que empujaba contra su piel. Hambriento. Cansado de esperar.

—Nadie de la manada se acercará a mí si sigues haciendo esto. Publica un anuncio si es necesario, pero asegúrate de que sepan que no soy nada tuyo.

Un gruñido hizo que la piel de Félix se pusiera de gallina. Lo vio dudar, pero mantuvo su espalda y cabeza recta.

—Lo digo en serio —su voz tembló ligeramente.

—Pareces muy seguro —murmuró con tono tranquilo—. ¿Tienes los ojos puestos en alguien? ¿Debo preocuparme realmente de las visitas que le estás haciendo cada noche a cierto lobo Beta al que te prohibí ver?

—¿Lo sabes?

—Respóndeme, cariño —Caleb tragó saliva antes de hundir la cabeza en su cuello.

Joder. Nunca había pensado que fuera a necesitar esto, pero sí que lo hacía. Las náuseas desaparecieron, las palmas de sus manos se calentaron, y quería tocarlo por todos los lados.

—¿Qué has estado haciendo con Milka?

—No tienes derecho a saberlo. Márcame, y te lo diré.

A Caleb se le escapó un gemido ronco. Por más que esa idea le volara la cabeza, no podía hacerlo. No, aún.

—La próxima vez que tu amigo ponga las manos sobre ti —dijo, levantando la cabeza—, le arrancaré la garganta y se la haré comer.

A Félix le tomó un minuto procesar el significado de las palabras pronunciadas en un tono tan razonable.

—No vas a tocarlo —se mantuvo firme.

Caleb nunca lo amenazado delante de él. Siempre había sido Milka el que había insistido en dejar de verse, y no lo había entendido hasta ahora.

Los ojos de Caleb estaban demasiado tranquilos. No se trataba de ninguna broma.

—Cal —lo llamó.

Él se inclinó hacia delante, atrapando su cuerpo entre sus brazos, empujó de nuevo la cabeza contra su cuello y lamió su garganta. Todo su cuerpo se estremeció.

—Milka no me ha tocado en ningún momento —le susurró, apenas capaz de hablar más allá de la necesidad que amenazaba con devorarlo.

La mano de Caleb se cerró alrededor de su cuello. No era una amenaza. Si no la manera en la que un lobo Alfa dominante y posesivo tocaba a su pareja.

—No pronuncies su nombre —le exigió pasando el pulgar por su pulso.

Félix cerró la mano sobre su muñeca.

—Sólo hablamos —le dijo.

—¿De qué?

—De ti.

—¿Por qué tienes que hablar de mí con él? —su gruñido fue tan bajo y profundo que lo sintió en su propio cuerpo, sus pezones se endurecieron y su trasero empezó a humedecerse cuando las inestables feromonas de Caleb se colaron bajo su ropa.

—Deja de intimidarme —en el momento en el que dijo esas palabras, se dio cuenta de que no iba a conseguir un comportamiento racional de su parte. El lobo de Caleb estaba tomando el control y joder si no echada de menos al suyo para poder disfrutar de un buen enfrentamiento.

—¿Sabes en lo que pienso cada vez que cierro los ojos antes de acostarme?

—¿En qué? —preguntó suave, sin apartar los ojos de él.

Caleb recorrió su rostro antes de centrar la atención en su cuello, y descender hasta sus muslos. Félix se tensó, por más que lo intentaba, no lograba sentirse cómodo con él sin su pierna en esta clase de situaciones. Caleb lo agarró de la rodilla, abrió su pierna y se colocó entre ellas.

—En tus dedos.

—¿Mis...?

—En que es una pena que no sean lo suficientemente largos cómo para llegar a dónde a ti te gusta.

Oh, mierda. ¿Eso lo dijo durante el celo?

—Así que cada noche miro mis dedos y me imagino abriéndote con ellos, hundiéndome dentro de ti y alcanzando ese precioso lugar que hace que tu estómago tiemble.

Félix se movió el labio inferior. No lo conseguiría esta vez. Félix ya había sido rechazado demasiadas veces cómo para volver a intentar algo con él. Apretó el borde de la encimera con sus dedos y se resistió al impulso de lanzarse sobre él, arrancarle la ropa, agarrar su polla y montarlo ahí mismo.

—Podrías haberlo hecho realidad —jadeó.

—Lo haré.

—Si yo te dejo.

—Me suplicarás, cariño.

—Te veo muy convencido.

—Mírate. Apenas te estoy tocando y tu cuerpo ya se mueve solo.

Félix detuvo los vaivenes de su cadera. Cómo detestaba que tuviera razón. Cómo detestaba no tener tanto control cómo él.

—Cállate.

Caleb cambió el agarre hacia su nuca, le obligó a levantar la cabeza y le clavó los dientes en el labio inferior, lamió la herida de forma concienzuda hasta hacerle olvidar dónde se encontraba sentado.

—Sigue moviéndote, cariño.

—¿Para qué te rías de mí?

—Para soñar contigo esta noche.

Félix pegó su cuerpo al de él.

—¿Planeas sólo mirar? —preguntó.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo bien que hagas tu espectáculo.

CAPÍTULO 30:

LO QUIERO

Félix se estaba deslizando por la encimera cuando Caleb detuvo sus caderas.

—Ahí —dijo.

Félix miró la superficie de madera pulida, abrió bien los ojos y levantó la cabeza.

—¿Aquí? —preguntó, esperando no haber escuchado bien.

—El suelo está encharcado, no puedo permitir que te resbales y te hagas daño.

—Podrías limpiarlo.

—No tengo tiempo para eso. ¿Has pensado en algo, o quieres que te dé alguna idea?

La respiración de Félix tembló. Estaba nervioso. Joder. No podía estar nervioso. Caleb no lo estaba tocando, sus brazos estaban a ambos lados de su cadera, inclinado. Su olor era... más que delicioso, una mezcla entre libros y sándalo que le hacía volar la cabeza. Lamió sus labios.

—¿De verdad no vas a tocarme? —preguntó inclinándose hacia delante hasta que sus narices se rozaron.

Caleb tenía las pupilas dilatadas, un cerco azul pálido las rodeaba. Negó con la cabeza.

—Voy a mirar.

—¿Y si yo no quiero que mires? —se aventuró a preguntar.

Caleb gruñó.

—Lo haré de todas formas.

—Eres injusto. Se supone que tienes que caer en mi juego, no al revés. Yo debo hacer que te pongas de los nervios, no tiene sentido que tengas tanto autocontrol. Lo odio. Pero te aseguro que esta noche voy a destruirlo.

—Estoy deseando ver eso.

Félix lo empujó del pecho por más que deseara apretarse contra él.

—Siéntate.

Para su sorpresa, Caleb ignoró el tono autoritario y demandante de su voz y se sentó en una silla frente a él. Sus piernas estaban abiertas, las manos caían sobre sus muslos. Y su mirada lo seguía.

Félix subió el extremo de la camiseta, atrapó la tela entre sus dientes, y pasó la mano entre sus costillas. Siempre había sido más grande que el resto de los Omegas, empezó a crecer y a desarrollarse en la pubertad y los duros entrenamientos de Ivarr le hicieron ganar fuerza y músculo al instante. Durante los meses que estuvo en coma, adelgazó la mitad de su peso hasta que pudo volver a comer con normalidad y a ejercitarse en casa. Aún no había recuperado todo su peso, pero estaba orgulloso de su cuerpo, al menos del que quedaba. Y por el bulto que despertaba en los pantalones del Alfa, estaba seguro que a él también le gustaba.

Rozó con sus dedos la herida cosida y a medio cicatrizar y el hombro de Caleb se movió en un espasmo hacia delante. Así que realmente era cierto, al lobo Alfa no le gustaba que se hiciera daño. Tenía sentido, Félix estaría desesperado en su lugar.

Subió hasta su pectoral derecho, agarró el pezón con ambos dedos y tiró de él. Sus caderas se elevaron ligeramente, y metió la otra bajo y la ropa interior.

Las fosas nasales de Caleb se dilataron.

—Quítatelo —ordenó con una voz que estaba muy lejos de ser humana.

Félix jugó primero, acariciándose con las puntas de los dedos. Estiró la pierna y la colocó sobre la rodilla de Caleb.

—Ayúdame —le pidió soltando la camiseta.

Caleb agarró los extremos del pantalón junto con la ropa interior y sin apartar los ojos de los suyos, deslizó la ropa con una lentitud pasmosa. Su mirada ceniza lo recorrió y se lamió los labios cuando dio con su erección. Ni se había fijado en su pierna tullida, en su muslo que temblaba porque no tenía nada a mano con lo que ocultarlo. La última vez que lo hicieron, Caleb estaba en lo alto, ahora con sólo girar un poco su cabeza...

Su mirada regresó, su rostro lleno de compresión, como si supiera exactamente porque temblaba y el porqué de que su erección estuviera descendiendo. Félix dejó de respirar cuando su mano firme se apoyó sobre su muñón, sus dedos se clavaron de una forma para nada dolorosa, capturando el miedo de no ser suficiente para su vista. Caleb inclinó su cabeza, sus labios barrieron en su piel morena antes de besarlo y apoyar su mejilla.

—Una. Dos o tres piernas. Me da igual, Félix. Sigues siendo tú.

—¿Incluso si soy inútil?

—No lo eres. Yo te necesito, cariño.

Félix pudo haber explotado de felicidad ahí mismo. Agarró la nuca de Caleb, mandándolo todo a la mierda, y acopló su boca a la suya. Si Caleb quería separarlo, tendría que arrancárselo esta vez de encima, porque no pensaba rendirse después de sus palabras. Obligó a Caleb a aceptar su beso, se bajó de la encimera y trepó sobre su pelvis. Le mordió el labio inferior. Un sonido ronco salió de la garganta de Caleb, y le devolvió el beso con la misma necesidad creciente. Félix se agarró a sus hombros, metió la lengua en su boca, acarició la suya y las manos del Alfa amasaron sus nalgas. Eso es lo que él quería. Lo que deseaba. Que él le hiciera arder, que su sangre hirviera y le mostrara lo mucho que lo necesitaba. Porque de un modo o de otro. Caleb lo necesitaba. Y no se podían negar eso. Era lo más auténtico entre ellos. Lo real.

Caleb se levantó de la silla con él en brazos, lo aplastó contra la nevera. Rozó repetidas veces su lengua con la de él. Así cogido se lo llevó al sofá. Félix pensó que se colocaría sobre él, y lo hubiera aceptado. Mierda. Félix aceptaría todo lo que Caleb le diera, incluso si eran migajas. Le daba igual. Sin embargo, se sentó en el sofá de igual modo que había estado en la silla, dejándolo encima. Con las venas de sus brazos y cuello a punto de estallar.

Sin dejar de besarse, Félix le acarició la nuca y la cabeza, profundizando el beso. Quería devorarlo. Meterse bajo su piel. Arrastrarlo a su lado para siempre. Su pelo rapado le hacía cosquillas en las palmas, sus pezones endurecidos dolían cada vez que se apretaba y frotaba en el pecho de Caleb.

—¿Es tu primera vez con alguien encima? —preguntó Félix, inclinándose y pasándole la lengua por los labios.

—¿Tú qué crees?

—¿Estás asustado, Alfa?

No tenía que ser un lince para darse cuenta de que a Caleb le repugnaba esta postura. Ningún Alfa tan dominante lo permitiría. Iba en contra de su naturaleza, y podía ver perfectamente a su lobo rabiando y sacando los dientes.

—¿Y tú, Omega? Deberías tener miedo de mí. Mi lobo sólo quiere despedazarte.

Félix sonrió, llevó la mano tras él, abrió la cremallera del pantalón y sacó su preciosa y pesada polla. Llevó la punta hacia su agujero húmedo.

—Veremos cuánto puede aguantar ese lobito sin moverse —le susurró sentándose y tomándolo, deteniéndose en el lugar justo para no correrse al momento.

Curvó los dedos de su pie y manos, respiró. Caleb agarró los huesos de su cadera y lo embistió, avanzando en su interior a empujones, hasta lugares que él no sabía que tuviera.

Félix le clavó las uñas cuando tomó toda su longitud y se quedó muy quieto.

—¿Cuánto he dicho que puedas tomarte un descanso, cariño? —Caleb mordió en su oreja y sujetó la base de su cola—. Si pretendes montarme, tendrás que hacerlo bien.

Maldito Alfa prepotente.

Félix se arrancó la camiseta. Tiró de su nuca.

—Lo haré tan bien... —gimió—. Que a partir de ahora, no podrás vivir sin esto.

Se miraron a los ojos. Se estudiaron. Los de Caleb azul ceniza, los de Félix azul cielo. Se movió de arriba abajo. Era devastador. Su cuerpo aún se estaba acostumbrando al tamaño de Caleb, su agujero lo apretaba con tanta fuerza que dolía, y lloraba. Sentía que las entrañas le quemaban, sus pezones picaban y que no era suficiente. Se movió con fuerza, sin importar si dolía o no, agradeciendo que después de cada pinchado fuera acompañado por una sacudida de placer salvaje.

Lo estaba haciendo. Lo estaba montando. Caleb se mordía el labio, sus ojos lo recorrían de arriba abajo, sus manos apretaban sus nalgas, abrían su agujero obligándolo a tomar más, sus caderas respondían a sus embestidas, le clavaba las uñas, los dedos dejando exquisitas marcas. Golpeando su trasero cuando el empuje no era lo suficientemente fuerte como para hacerlos jadear y gemir como animales y premiando a su cuello con un beso cuando sí que lo era.

Tomó tres profundas embestidas más antes de que el lobo Alfa tomara el control. Félix luchó por mantener su lugar, pero Caleb lo empujó contra el suelo, salió de él, le dio media vuelta, pegó su pecho a su espalda y lo penetró gruñendo su nombre en su oído. Lo estaba aplastando, el oxígeno apenas llegaba a sus pulmones, Caleb lo embestía como un animal, cada vez más fuerte, más duro. Félix apenas podía escuchar el sonido de sus propios gemidos rotos, sintió cómo llegaban los temblores desde su bajo vientre y estalló cuando Caleb le mordió el hombro de un modo agresivo y dominante. Apenas lo dejó recuperarse. Lo levantó del suelo, lo llevó hasta su habitación y lo tiró sobre la cama.

La cabeza de Félix daba vueltas. Todo quemada. Todo ardía. Levantó por un segundo la mirada. Caleb se estaba desnudando, lanzando y arrancándose la ropa como si picara. Fue entonces cuando Félix se dio cuenta de que no estaban usando condones ni ninguna protección como la última vez.

Colocó la mano sobre el pecho de Caleb cuando éste se arrastró a su lado.

—No hemos usado...condones, ¿lo sabes?

Cabía la posibilidad de que Caleb tampoco se hubiera dado cuenta y de que quisiera ponérselo antes de terminar.

Caleb le dio una sonrisa perezosa. Mordió y lamió su mandíbula.

—Claro que lo sé.

—¿Por qué?

—Cúbrete el cuello.

—¿Cal?

—El cuello —gruñó, sus dedos entrando y saliendo con soltura de su agujero—. Quiero correrme dentro de ti. Sobre ti. Ya hueles a mí, pero no es suficiente, cariño.

Félix gimió en respuesta. Asintió con la cabeza sediento incapaz de hacer funcionar a su lengua. ¿Cómo se decía que eso sonaba perfecto?

—Yo también.

—¿También quieres correrte dentro de mí? —jugó Caleb mordiendo uno de sus pezones.

Si pudiera. Joder que lo haría, pero al contrario que los Omegas, a los Alfas dominantes no era tan fácil convencer para ese tipo de cosas, muchos de ellos no sentían placer, y el dolor era tan fuerte y humillante que hacía que su lobo se volviera loco mientras que para los Omegas esa era su principal fuente de satisfacción.

Caleb abrió sus muslos.

—Tan perfecto. Hasta tu agujero, ¿lo escuchas? —Caleb clavó sus dedos hasta los nudillos, chasquidos, sonidos húmedos—. Pero esto ya no te llena. Está medio vacío.

Félix le clavó las uñas en el brazo.

—¿Quieres mi polla?

Félix se retorció.

—¿De verdad me vas hacer rogar?

—No, cariño. El que suplicaré a partir de ahora, voy a ser yo —dijo Caleb, acostándose en la cama y llevándose el cuerpo de Félix con él—. Estaré quieto.

—¿Y el lobo? —preguntó, ya lo había tirado una vez.

—Intentará comportarse —prometió.

—No me fío de él.

—Haces bien —Caleb pellizcó su nalga colorada—. Ven aquí. Haz que me corra.

Y Félix fue. Su agujero lo tomó de una. No tenía claro quién estaba montando a quién. Era Caleb quien lo controlaba, quien lo subía y bajaba, quien mantenía sus caderas y embestía hasta el fondo mientras que Félix perdía por completo toda su fuerza. Volvió a venirse, su polla se balanceaba marchita, su trasero lo engullía, Caleb dobló las rodillas, clavó los talones en el colchón y levantó sus caderas rugiendo mientras que Félix quedaba suspendido en el aire y trataba de aferrarse a cualquier cosa que le impidiera caer.

Caleb lo azotó con la mano abierta, frotó su piel y lo usó como le dio la real gana.

—Cal...No puedo...no...

Lo inclinó todavía más, agarró su cabeza, pegándolo a su garganta para acallar sus gritos desesperados mientras embestía una y otra vez, golpeando sistemáticamente su próstata hinchada y desarrollada.

—Yo te llevo. Estás conmigo. Agárrate a mí.

Félix lo hizo. ¿Lo hizo? Se dejó llevar a través del apabullante placer que nublaba todos sus sentidos y Caleb lo agarró del cuello segundos antes de clavarle los dientes en su mano. Los ojos de Félix rotaron. Su caderas se sacudieron apretando la polla de Caleb con un orgasmo en seco, exprimiendo cada gota de semen, tomando. Bebiendo.

Cayó rendido sobre él. Le dolía respirar, e incluso moverse. Sintió a Caleb deslizándose fuera. Su semen goteó. Félix sostuvo la polla de Caleb que poco a poco empezaba a deshincharse y trató de volver a meterla.

—Dame un minuto.

—Ya —lloriqueó tirando de ella, chupando su pezón con lentitud como si fuera la boquilla de un biberón.

Caleb gruñó, lo empujó. Lo puso a cuatro patas, y volvió a follárselo.

CAPÍTULO 31:

REGALO

Caleb no quería ponerse en pie a la mañana siguiente, ya que todo lo que deseaba en el mundo lo tenía atrapado entre sus brazos. Le acarició la mejilla, y Félix se abrazó a él de forma deliciosa antes de abrir los ojos y descubrir lo enredados y desnudos que estaban.

—Buenos días —susurró Caleb.

El rubor en las mejillas de Félix apenas fue perceptible. ¿Le avergonzaba despertar con él y no todo lo que hicieron anoche?

—Hola —Félix apretó el rostro contra su pecho y lo golpeó en la espalda cuando Caleb empezó a reírse.

—Voy a hacer el desayuno, ¿qué te apetece? ¿Dulce o salado?

Félix asintió a todo.

Caleb lo sostuvo de la nuca para poder mirarlo.

—Quédate aquí mientras lo preparo todo.

Se dio una ducha rápida y se vistió para empezar a cocinar. Unos minutos después escuchó el agua volver a abrirse e imaginó que Félix había preferido salir y limpiarse. Caleb contuvo las ganas de ir hacia la ducha y asegurarse de que estaba bien, anoche cuando acabó apenas podía manejar una frase completa, su agujero estaba lleno y lloraba cada vez que una gota se derramaba. Caleb supuso que eran cosas de Omegas, o simplemente de Félix, y para nada le importaría volver a vivir esa escena.

Preparó la mesa con dos cubiertos y mandó un mensaje a Ivarr para que nadie lo molestara el día de hoy. Sirvió la fruta, el zumo, las tostadas, café y tortitas y esperó a Félix que no tardó en seguir el olor de la comida con la barriga rugiendo.

—No tenías que haber hecho tanta comida —dijo acercándose, llevaba solo una muleta, el cabello y las orejas húmedas, una camiseta de tonos pasteles y uno de sus famosos pantalones cortos en los que Caleb podía ver sus marcas de besos, dedos y mordiscos.

—Al final, no te deje cenar anoche.

Sus mejillas volvieron a sonrojarse, y el lobo sonrió. Así que el duro Omega dominante tenía también un lado vergonzoso sin explorar.

Caleb iba a aprovecharse de él.

—¿Todo bien? —preguntó—. ¿Te duele algo?

—No. Sí. Todo bien.

—¿No a todo bien y sí a que te duele algo? ¿O al revés?

Lo vio tomar aire.

—¿Félix?

—Deja de hacer estúpidas preguntas. Todo está bien, y tengo un hambre mil demonios así que voy a empezar a comer.

Eso estaba mejor.

El desayuno no duró ni cinco minutos. Caleb hizo tostadas extra y más tortitas y observó a Félix fijamente mientras se las comía. Anoche fue un punto de no retorno para él.

Todo en su cabeza sonaba perfecto. La voz de Félix, su cuerpo dejándose dominar y dominando, sus gemidos, su olor. Todo. Caleb perdió varias veces la lógica en la que estuvo a punto de morderle la nuca y acabar de una vez por todas con todo el drama. Gracias a la Luna que no lo hizo, pero no podría decir lo mismo en cuanto volviera a llegar la noche y su lobo se despertara por completo con hambre.

—¿No tienes que irte? —le preguntó Félix dando el último bocado.

—Hoy no.

—Ni a tu despacho.

Caleb negó con la cabeza, y Félix alzó las cejas, como si estuviera comprendiendo alguna cosa que Caleb desconocía.

—Así que toca la conversación incómoda.

—¿Conversación incómoda?

—Sí, esa en la que me repites que no puede volver a suceder, que ha sido un error, y qué...

—No —Caleb lo detuvo.

—¿No?

—No es esa conversación, en realidad no esperaba que hiciera falta tener una, sin embargo parece que tú sí que la necesitas.

Félix se lamió la mantequilla salada de su labio.

—Sólo... quiero saber en qué punto nos encontramos, y si lo de anoche podría volver a repetirse o no.

—¿Te gustaría?

—¿Qué pasaría si dijera que sí?

Caleb se inclinó sobre la mesa.

—Olvidemos las adivinanzas, Félix. Yo he sido todo lo sincero que he podido contigo en estas últimas semanas, ahora te toca a tí.

—Anoche te dije toda la verdad. No voy a tener una relación meramente sexual contigo, si es lo que pretendes. Lo quiero todo, Caleb. Esté preparado para ti o no. Vivo en tu casa, me haces el desayuno cada maldita mañana, lavamos la ropa juntos y me cuidas incluso de un charco de agua, lo único que te falta es compartir conmigo el mando de la manada para el cual dices que no estoy listo —Félix se levantó de la mesa para estar a su misma altura y lo señaló con el dedo—. Déjame decirte una cosa. Puede que no esté preparado, pero si me sigues aislando, jamás lo estaré, si no escuchas mis opiniones ahora, ¿quién me dice que lo vas hacer dentro de dos años? Tú llevas la mitad de tu vida siendo líder, seguro que las primeras veces te equivocaste y lo fastidiaste, ¿por qué me exiges a mí ser perfecto? Se supone que ser compañeros de vida, significa exactamente eso. Estar el uno para el otro, incluso cuando uno de los dos no está listo.

Caleb lo miró largo y tendido.

—Espera aquí —le dijo antes de salir de la cocina, entró en el despacho, abrió la puerta del armario y sacó una caja de gran tamaño. La colocó sobre la mesa, frente a Félix.

—¿Qué es esto?

—Te dije que guardaría tu regalo para cuando lo necesitaras. Y algo me dice que a partir de ahora vas a tener que usarlo mucho si quieres acompañarme allá dónde vaya.

Los ojos de Félix brillaron de la emoción. Abrió la tapadera y Caleb estudió cada pequeño movimiento en su rostro mientras metía las manos y sacaba la primera pierna metálica.

—Es...

—Helia te tomó las medidas en tu última revisión por lo que debería encajar a la perfección. Tendrás que aprender a usarla y a correr con ella, y... —Caleb sacó la segunda prótesis, ésta era

diferente, en lugar de una pierna humana, imitaba la de un animal—, tu lobo también. Espero que me deje ponérsela antes de arrancarme el brazo.

El brillo en los ojos de Félix murió en ese mismo instante.

Félix dejó la pierna en su sitio. Apenas miró la que tenía Caleb en sus manos.

—No las quiero.

—¿Cómo que no? Puede que parezcan un poco dolorosas, pero...

—No las voy a usar —repitió más contundente—. Deshazte de ellas.

Caleb lo agarró antes de que pudiera irse. Su rostro pasando de la confusión a la ira.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que no te gusta de ellas? Me pediste una pierna. Me pediste tu vida de regreso. Te la estoy dando, Félix, el único cambio es que será a mi lado.

Sí. Todo eso sonaba...perfecto. En realidad, toda la mañana había sido maravillosa y tan abrumadora que había necesitado pellizcarse el muslo para darse cuenta de que era real.

—Mi vida —gruñó—, jamás volverá a ser la misma, y no necesito que una pierna metálica me lo recuerde todos los días.

Nunca iba a poder usar una de ellas, porque su lobo no iba a regresar.

Se deshizo de su agarre y se pasó el resto de día metido en la habitación.

CAPÍTULO 32:

TORTURA

Caleb tuvo con lo que entretenerse cuando llegó el mediodía, Marcus lo había llamado por una pelea en el comedor en la cual Ben y Ruby estaban involucrados. ¿Le sorprendía? No. La mitad de los Alfas había mostrado su disgusto con el clandestino pacto de sangre de Ruby, habían intentado poner a Helia en contra y a sus centinelas y desde hace unos días esperaba algún enfrentamiento de este tipo.

Caleb guardó silencio mientras que Helia atendía el corte en la mejilla de Ben. Caleb se encontraba en pie, con los brazos cruzados bajo su pecho.

Ben abrió la boca. Caleb hizo un gesto con el rostro y el lobo retrocedió enmudeciendo. Mientras que Helia recogía sus cosas, su mente volvió a divagar en torno a Félix.

Frunció el ceño. No lograba entenderlo, y se estaba esforzando. Jamás se había esforzado tanto con alguien. Félix alegaba haber pasado página, y haber superado el trauma de su pierna, le había pedido a Ivarr que lo volviera a entrenar, se enfrentó a un lobo salvaje él solo, y cuando Caleb al fin le ofrecía la herramienta definitiva... lo rechazaba.

Caleb apretó los labios antes de hablar —Empezad.

Ben se levantó impulsado por un muelle y señaló su rostro.

—Primero, Apolo me golpea y tú no haces nada, y ahora ésta pequeña comadreja me corta la mejilla. ¿Vas a intervenir? ¿O volverás a ignorarme?

—Nunca he ignorado a nadie, Ben. Apolo tenía derecho a golpearte, ¿has olvidado lo que hiciste? Tocaste las orejas de su Omega y gracias a ellos no fuiste desterrado.

—No he tocado ningunas orejas hoy. He sido golpeado y anulado sin razón, y pido que Ruby, Beom y Ron sean desterrados de la manada.

—¿Beom y Ron? ¿Por qué?

—Beom es su pareja, nos traicionaría por él. Y Ron es un centinela, su misión principal es proteger a la manada y no levantó un músculo cuando ese Omega furioso fue contra mí. Es todo lo que pido como miembro de tu manada.

Caleb miró de reojo a Ron. El lobo permanecía en una esquina, dos pasos lo separaban de Marcus, con las manos pegadas a sus costados y la respiración tranquila.

—¿Por qué no actuaste, Ron?

Ron cuadró sus hombros.

—Mi misión era vigilar y defender a Ruby de cualquier peligro, y Ruby no estaba en peligro. A Ruby se le escapó una risa. Tosió demasiado tarde y Ben se puso rojo de ira.

—¿Se está riendo de todos nosotros! Le importa una mierda todo esto.

—No te enfades, Ben. ¿No querías esto? Ya estás delante de Caleb, ¿por qué no le dices lo descontento que estás con su liderazgo y lo blando y sensible que se ha vuelto? —soltó Ruby, le empezaba a recordar un poco a Félix.

—Yo no he...

—¿Vas a negarlo? Sabía que lo harías.

—¡Cierra la boca! —chilló Ben.

Caleb inclinó la cabeza. El lobo se levantó en su mente. Las garras fuera. El peso del aire cayendo.

Ruby dejó de hablar para llevar los ojos al suelo. Marcus y Ron lo siguieron. Ben fue el único que mantuvo su mirada durante unos pocos segundos antes de que sus rodillas golpearan el suelo.

—Yo no... yo no quería decir eso, mi Alfa —susurró arrodillado.

—¿Qué querías decir?

—Mi estatus ha caído en picado de forma injusta. Los Alfas hablan de la presencia de Félix en el territorio, los centinelas son débiles. Beom, un lobo que asesinó a su propia madre con sus manos, está libre de castigo y jugando con su compañero, un Omega dominante y peligroso que nadie ha aceptado en la manada y que sólo está provocando problemas.

—Te perdoné una vez, Ben. Sabes que no doy segundas oportunidades. ¿De verdad quieres desafiarme?

Ben sacudió su cabeza.

—¿Crees que te he tratado de forma injusta? ¿Crees que estoy haciendo débil a la manada?

Ben sacudió de nuevo su cabeza.

—Mírame.

Ben lo hizo. Nadie desafiaba a un líder Alfa si no estaba preparado para pelear y ocupar su puesto o morir y Ben, claramente no estaba listo para eso.

Las palabras no salieron de la boca de Ben, y Caleb le miró una última vez antes de dar media vuelta.

—¿Quieres saber la verdad y lo que todos los Alfas piensan? —le preguntó Ben ansioso, lamiendo sus labios— La manada ya no te importa, te pasas el día encerrado en la oficina o en tu cabaña haciendo de niñera de un lobo tullido. No sales a cazar, descuidas a nuestras hembras, pero dejas entrar a mestizos y lobos peligrosos. Ya no eres el mismo líder que prometió protegernos y llevarnos hasta la Luna —Caleb ni siquiera se había girado para mirarlo—. Quiero un líder que imparta justicia. Beom no merecía ser parte de la manada, ni Apolo, ni ésta maldita bestia.

Ruby le enseñó los dientes cuando Ben lo señaló.

Caleb estaba girándose con el lobo preparado para volar hacia su yugular cuando sintió un fuerte olor desconocido.

—Marcus, ven conmigo —ordenó.

—Señor, los tres han pedido hablar con usted. Dicen estar buscando a un Omega —habló el centinela portavoz.

—Soltarlos.

Los centinelas dieron un paso atrás.

—Hablad. No tengo todo el día —les gruñó.

—Estamos buscando a un Omega dominante. Se llama Ruby —habló el rubio—. Puede controlar sus feromonas, por lo que es extremadamente peligroso e impredecible.

—¿Por qué se le busca?

—Asesinato múltiple, tortura a Alfas y traición.

—Graves acusaciones —dijo Caleb.

Los Alfas no parecían amenazantes. Le dijo a Marcus que regresara dentro.

—Todas ciertas. Perdimos su rastro entre tu territorio. Por lo que venimos a advertiros.

—Gracias por el aviso. Mis centinelas permanecerán alerta. Os acompañarán a la salida.

Los vio alejarse antes de tomar aire.

—Caleb —Ron lo llamó desde la puerta abierta—, Ben ha escapado. ¿Quieres que lo atrape?

—No.

Tenían problemas mucho más mayores que un lobo relegado de su puesto e inconforme.

—Sigue a los Alfas, quiero saber a dónde van. Que no te vean.

—Puedo hacer eso. Marcus ha encerrado a Ruby en la habitación de arriba, parecía alterado.

Caleb tuvo el maldito instinto protector de ir a su casa para cerciorarse de que Félix estaba a salvo de todo, sin embargo, se recompuso. Subió a la habitación y encontró a Ruby acucillado en el suelo, abrazando sus propias rodillas.

—¿Me vas a encerrar? —le preguntó a Caleb sin mirarlo.

—Tengo que hacerlo por seguridad.

—¿Podré hablar con Beom antes?

Caleb se acercó a él. El chico temblaba, y sería tan fácil usar el pacto de sangre ahora mismo y hacerle escupir toda la verdad... Colocó una mano en su cabeza en su lugar, acariciando. Se agachó junto a él. Seguía siendo enano.

—Uno —empezó—, lo que has hecho en el comedor con Ben ha sido una gran estupidez. Podrías haber salido herido o haber herido a alguien inocente. Está totalmente prohibido provocar peleas en el territorio de la manada, y dos, espero que ahora puedas darme una gran explicación sobre lo que pasó en tu antigua manada. No protejo a asesinos, si has hecho todo lo que esos centinelas aseguran, te encerraré de por vida.

—Yo... yo quiero ver a Beom.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Confesaré, pero Beom será el primero en escucharme, luego puedes hacer lo que quieras conmigo.

Caleb suspiró.

—De acuerdo. Ponte en pie.

Caleb lo llevó a los calabozos. Era más bien una cabaña alargada y alejada de los territorios de la manada dividida en celdas que permanecían casi siempre vacías.

—Son celdas provisionales. No estarás aquí siempre, sólo hasta que sepa qué hacer contigo. Te traeran comida y bebida. Marcus o Ron estarán de guardia, las duchas y los baños están detrás, si quieres usarlos sólo tienes que pedirlo —Caleb sacó unas llaves y abrió la tercera celda.

—¿Le dirás a Beom que estoy aquí?

—Se lo diré.

Ruby levantó los ojos.

—¿Crees que vendrá a verme? —Ruby se llevó la mano a su cuello y rozó su mordisco.

—No lo sé. Haré todo lo que pueda.

CAPÍTULO 33:

HERMANO

—Félix, cámbiate. Nos vamos —dijo nada más entrar en la cabaña.

Escuchó un golpe, y fue hasta el salón para encontrar a Félix recogiendo el mando de la televisión con medio cuerpo fuera del sofá.

—¿Nos vamos? No voy a ir a ningún sitio. Mi plan es ver una película y comer palomitas.

Caleb se preguntó qué cojones había pasado en su cabeza para que cambiara completamente su actitud en menos de cinco segundos. ¿Qué demonios lo había enfadado tanto? Sin embargo, no tenía tiempo para averiguarlo.

Había dejado a Ruby en el calabozo, debía hacer que Beom fuera y obtener su confesión, sea la que sea, antes de que la manada enloqueciera por completo.

Caleb llegó al cable de la televisión, lo arrancó.

—¿Qué haces?! —chilló Félix.

Caleb apretó los puños.

—Vístete —le ordenó.

—Acabas de joder la tele.

Caleb respiró hondo. Pasó por su lado del sofá y abrió la habitación de Félix con el Omega pisando sus talones y gritando que se marchara.

Caleb sacó unos pantalones del armario, una camiseta y un chubasquero.

—Tienes cinco minutos.

—No voy a ir a ningún sitio contigo.

—No me apetece pelear, Félix. He acabado teniendo un día de mierda, así que no me enfades más y haz lo que te digo.

—Me has puesto centinelas en la puerta —le ladró Félix.

—Es por tu seguridad.

Podría haber acogido realmente a un asesino, y el supuesto líder del que Ruby le pedía protección podría estar detrás de todo. No lo sabía. Tampoco tardaría mucho en descubrirlo.

—Una mierda. ¿No quieres que salga de tu casa? Bien. No pienso salir. Son tus órdenes. ¿Contento? Ahora, vete de la habitación —Félix trató de empujarlo con las manos, pero todo lo que encontró fue un bloque de músculo que se negaba a marcharse.

Félix golpeó su pecho.

—¡Vete! —gritó.

Caleb apesó sus muñecas. ¿De dónde venía tanta rabia? Apenas podía enfadarse con él después de la noche que habían compartido.

—Vendrás conmigo, Félix.

—No quiero.

—Escucha.

—¡No quiero! —chilló de nuevo el Omega, cerrando los ojos con fuerza.

Sus pequeñas orejas estaban hacia atrás, mordía su labio y era muy posible que Caleb le estuviera haciendo daño. Caleb relajó su agarre y acarició levemente su muñeca.

—Necesito... que vengas conmigo, Félix —Caleb trató de sonar suave.

—No me necesitas, en realidad.

—Mírame.

—¿Para qué?

—Mírame.

Finalmente, Félix desistió. Abrió los ojos y Caleb deseó de nuevo que las cosas entre ellos dos fueran diferentes ahora que había conocido todas sus malditas caras. Lo jodido era que no había ninguna que le desagradara.

Le gustaba el Félix terco y malhumorado.

Le gustaba el Félix quisquilloso, dominante.

Le gustaba el Félix obsceno.

Le gustaba el Félix sediento de atención. El que lo encontraba allá donde iba. El que se sonrojaba y sonreía, y también le gustaba el Félix inseguro y llorón.

—Vas a vestirte, y vamos a ir juntos a la cabaña de Beom. ¿De acuerdo?

—Odio la cabaña de Beom. Apesta a Alfa.

—Por eso te quedarás a mi lado.

—¿Ruby ha vuelto a hacer algo?

Caleb lo soltó e ignoró su pregunta.

—Vístete. Primero arreglaremos lo de Beom, y luego tendremos la conversación incómoda en la que me contarás exactamente lo que está pasando por tu jodida cabeza.

—Beom esto, Beom lo otro. Siempre es Beom. ¿Por qué te preocupas tanto por él?

—Me preocupo por él igual que me preocupo por cualquier miembro de la manada.

—No. Él es especial. Todos lo saben. ¿Por qué crees que la manada es tan recelosa con él?

—Eso es una tontería.

—Es un asesino, Caleb. Lo tienes viviendo entre algodón de azúcar.

—Sus acciones pasadas no tienen nada que ver con quién es Beom ahora. Es un miembro de la manada y lo quiero y lo trato igual que al resto.

Félix rio, pero no era de felicidad.

—¿Cuántas veces me visitaste cuando me cortaron la pierna?

—Félix...

—¿Cuántas veces, Caleb?

—Iba cada noche.

—Mientras dormía, así era más fácil no dar la cara.

—Pensaba que ese tema ya estaba zanjado —gruñó —¿Quieres que te pida perdón?

—No quiero una disculpa. Nunca la he querido.

—¿Qué es lo que quieres?

Félix lo ignoró, se cambió los pantalones y se colocó el chubasquero.

—¿No nos vamos? Tenías mucha prisa.

—Respóndeme.

—No tengo nada que decirte, no insistas.

—Esta mañana parecías emocionado, todo iba bien hasta que viste el regalo.

—No quiero...

Caleb lo agarró de la nuca, acercó sus rostros.

—Cariño —habló bajo contra su piel—. ¿No te gustaron las piernas? Puedes decírmelo.

Félix negó con la cabeza.

—Puedo tirarlas si es lo que quieres.

Félix asintió.

—¿Podemos no volver a mencionarlas? —le preguntó con un tono ansioso.

—De acuerdo.

Todo en ese bosque apestaba a Beom, no era un olor fuerte. Beom eran un Alfa recesivo, sus feromonas no se podían comparar con las de ningún dominante, sin embargo, después de haber olfateado a Caleb, todos los demás olores le repugnaban.

El tímido y enorme lobo los saludó con la cabeza.

—Beom, tienes que acompañarme a un sitio —habló Caleb, su tono no era del todo una orden. Con Beom, Caleb nunca usaba órdenes.

—¿Acompañar? Beom no terminar trabajo.

—Podrás acabarlo luego, no te preocupes.

—Beom acabar ahora.

Félix hizo un sonido de disgusto.

—Así nunca acabaremos. Díselo y vámonos de este maldito lugar.

Beom inclinó su cabeza ante las palabras del Omega y miró a Caleb.

—Te he dicho que no dijeras ni una sola palabra, Félix.

—Y yo te he dicho que odio este lugar. Beom es estúpido, díselo claro o nunca te entenderá.

—Siento lo que acaba de decir Félix, Beom. No ha querido llamarte eso.

—Beom entender —le respondió a Caleb—. Beom preguntar. Beom querer saber.

—Vale, no quiero que te alteres. Todo está bien. Ruby está bien.

—¿Ruby? ¿Pasar algo? —Beom se movió cómo una flecha hacia ellos, Félix retrocedió un paso

Caleb colocó una mano en el centro de su pecho —Tranquilo.

—Beom estar tranquilo —mintió.

—Ruby está bien, recuerda eso, Beom.

—Ruby estar bien —asintió Beom

—Ruby está en el calabozo.

Beom tardó en reaccionar, y cuando lo hizo, les rugió, sacó sus dientes, arrugó su nariz cómo la de un gato a punto de atacar y sus garras salieron.

Félix se quedó paralizado. Por más que la manada lo había insultado y dejado a un lado, Beom nunca se había mostrado agresivo con nadie. Tenían que salir de ahí antes de que se le fuera realmente la cabeza, pero cuando se volvió hacia Caleb para agarrarlo y marcharse, el Alfa estaba colocando las manos sobre sus hombros.

—Nadie le ha hecho daño, Beom. Ruby está bien. Está bien. Lo hemos encerrado por seguridad. Él está bien, Beom. Quiere hablar contigo. Ruby quiere hablar contigo —le habló Caleb bajo, intentando calmarlo o llegar a la parte de su cerebro que aún conservaba un poco de humanidad.

Beom se alejó. Sacudió su cabeza.

—Beom. Tienes que tranquilizarte —habló Caleb.

Beom volvió a rugir, Caleb extendió la mano hacia Félix, ocultándolo con su cuerpo cuando el lobo empezó a cambiar. Pero lejos de convertirse en un lobo, lo hizo en una bestia mitad hombre mitad cánido. Era gigante, el más grande que Félix había visto, se sostenía sobre dos firmes y musculosas piernas acabadas en garras, le había crecido pelaje por todo el cuerpo y sus ojos eran completamente negros.

Beom tiró aire por la nariz y salió corriendo.

—¿Qué es...? —Félix miró atónito la espalda de Caleb, se asomó, esperando ver la misma reacción de sorpresa en su rostro pero no estaba.

Una fina arruga se dibujaba en su frente de preocupación, nada que ver con lo que Félix estaba sintiendo ahora mismo.

—¿Qué es... Beom? —le preguntó a Caleb—. Tú lo sabes, ¿cierto?

Caleb apretó la mandíbula.

—Es un lobo diferente.

¿Diferente? Esa cosa podía partirlos a todos por la mitad.

—¿A dónde ha ido? ¿No vamos tras él?

—No.

Caleb pasó por su lado.

—¿Por qué no...? —se calló al ver que Caleb subía los escalones del porche. Félix miró a todas partes a su alrededor en busca de esos ojos malditos de Beom antes de salir tras él —Se supone que no debemos entrar ahí.

Era la casa de un Alfa. La guarida de un Alfa.

—¿Quieres saber cuál fue una de mis primeras cagadas cómo líder? —habló Caleb inmóvil frente a la puerta vieja.

Félix se lamió los labios.

—¿Cuál?

—Visitar a mi padre.

Félix observó su espalda ancha y hombros. Caleb nunca hablaba de su antigua familia, de sus padres o de lo que sucedió con ellos. Y Félix nunca le había preguntado, había estado demasiado concentrado en su propio drama que había olvidado que una vez, Caleb fue también un niño aunque por muy poco tiempo.

—¿Por qué iba a ser eso una cagada? —le preguntó sin saber si Caleb estaba dispuesto ahora a contarle algo.

—Mi padre era un Alfa extremadamente dominante. No aceptaba el control de ningún líder y vivía apartado de la manada en una cabaña parecida a ésta.

—¿Y tu madre?

—Ella sí que vivía en la manada. Se conocieron un día en el bosque y tuvieron un breve enamoramiento. Mi madre sabía perfectamente cómo era él, así que cuando se quedó en cinta de mí, no le pidió ninguna responsabilidad y me crió sola.

Félix asintió, aunque no pudiera verlo.

—¿Él sabía que existías?

—Sí. Nunca vino a verme ni una sola vez. Cuando... la Luna empezó a manifestarse a través de mí y me seleccionaron como próximo líder. Mi madre me dijo dónde vivía. Estuve meses evitando ir, hasta la noche en la que subí al cargo. Ni siquiera sabía si quería verlo o no, o que iba a decirle, simplemente quería que me viera. Que apreciara a su hijo y en lo que se había convertido sin su ayuda. Cuando... llegué a la cabaña, toque la puerta, pero nadie respondió. Así que entré sin más, porque yo era el líder, y pensaba que tenía todo el derecho del mundo para hacerlo.

A Félix se le formó un nudo en el pecho. ¿Por qué parecía que esta historia no tendría un final feliz?

Caleb abrió la puerta de la cabaña. Olor a polvo, a Alfa.

Entró y Félix lo siguió esquivando las cajas viejas y objetos viejos que habían tirados en el

suelo.

—Escuché un sonido que venía de la cocina —Caleb lo guió hasta la segunda puerta—. Eran una especie de gruñidos.

Félix miró hacia el fondo de la estancia. Su respiración se aceleró y apenas pudo calmar el temblor de sus manos al ver la celda de hierro oxidada.

—Encontré un niño encerrado, o algo parecido a un niño cubierto de sangre. Cuando me di la vuelta para buscar algo con lo que sacarlo de ahí —Félix sintió el pecho de Caleb contra su espalda—. Alguien me arañó la cara. Era el hombre que había estado buscando.

—¿Tu padre? ¿Tu padre tenía encerrado a Beom aquí? ¿Era Beom?

—No te adelantes, cariño. De inmediato mi rostro se llenó de sangre, el niño de la celda empezó a chillar y el hombre no dejaba de repetir que éste era su territorio. Intenté hablar con él, saqué la carta de líder, pero él se rió en mi cara y me dijo que él no agachaba la cabeza por nada antes de volver a atacarme. ¿Sabes en lo que pensaba?

Félix negó con la cabeza.

—En ti. Y en lo que le pasaría a ese niño si yo moría. Así que dejé el diálogo a un lado y empecé a luchar. Me gustaría decirte que fue rápido y fácil, pero no. Él era mayor, tenía más fuerza y más experiencia en el cuerpo a cuerpo, y yo era... un crío que pensaba que todo el mundo era suyo. Creo que la Luna eligió en ese momento, que lo hizo fallar, y yo aproveché para atravesarle el corazón con una estaca de hierro que encontré por ahí tirada. Asesiné a mi padre.

—Fue en defensa propia.

—Eso importa poco. Debí haber encontrado la forma de hacerlo parar. Cuando miré hacia la celda, el niño estaba llorando y llamándolo.

—¿Por qué? Tú lo salvaste, tu padre lo secuestró.

—Yo también pensaba eso, hasta que me di cuenta de lo que decía. Lo estaba llamando padre.

Félix dio media vuelta.

—¿Era...?

—Mi padre tuvo un segundo hijo.

—¿Beom lo sabe? ¿Sabe que es tu hermano?

Ahora todo cobraba un poco más de sentido en su cabeza. Por eso Caleb nunca le exigió a Beom un pacto de sangre, por eso lo dejaba vivir en esa cabaña sucia, y lo protegía.

—No. Me llevó toda la noche convencerlo para que viniera conmigo. No podía hablar, pero por alguna razón yo podía entenderle. Llevamos el cuerpo de mi padre junto a la tumba de su madre, y lo enterramos juntos. Luego lo traje a la manada aunque nunca consiguió sentirse del todo cómodo, por eso le permití regresar a este lugar. En el fondo, Beom aún no ha pasado página, lleva su pasado en la espalda, tiene miedo de la gente, y cree que se merece todo lo malo que le pueda ocurrir.

—¿Por qué lo encerraría en ese lugar?

—Por su madre. Vivía con ellos hasta que Beom perdió el control un día y la asesinó.

Félix entendió entonces las palabras de Caleb en su despacho.

Beom ya pagó por lo que hizo.

—Salvaste a un niño, Caleb. No creo que fuera ninguna cagada —Félix cuadró sus hombros para parecer más seguro.

—Le quité a su padre. La oportunidad de vengarse o de perdonarlo. Su muerte no me pertenecía.

—Salvaste su vida —repitió Félix—. Y lo vengaste.

Félix empujó su frente contra el hombro de Caleb. Respiró con fuerza su aroma. Empezó a llover.

CAPÍTULO 34:

JADE

—Beom no entender. Ruby explicar.

Caleb escuchó sus voces a través de la puerta de la clínica. El misterioso líder de Ruby lo había atacado en el calabozo esa misma noche. Tanto él como Marcus habían resultado heridos, Beom había ido en su ayuda y se encontraba dentro de la habitación con él.

—Yo... nací en una manada pequeña. Mi padre era el líder, se llamaba Citrino, y mi madre, Turquesa —habló Ruby—. Tenía una hermana pequeña, Ámbar. Ella murió por una enfermedad extraña, no contábamos con medicinas y nuestros sanadores eran muy mayores. Mi madre pasó mucho tiempo culpabilizándose por su muerte hasta el punto de no querer estar con Jade ni conmigo. Yo no la entendía, me enfadaba mucho con ella. Y Jade siempre venía a consolarme y a jugar conmigo. Una noche, la manada vecina con la que mi padre había tenido algunos problemas por el territorio, nos atacó. Ellos...Ellos eran Alfas. Consiguieron llegar hasta nuestra cabaña y obligaron a mi padre y a mi madre a arrodillarse ante su líder. Mi padre se negó. Les dijo que eran lobos sin honor, luego los mataron.

—Seguir. Ruby seguir —insistió Beom.

—Nos llevaron a la despensa. Dijeron que éramos Omegas, que no representábamos ningún peligro y se pusieron a beber y a comer sobre la sangre de nuestros padres. Yo no podía parar de gritar y llorar, mientras que Jade trataba de tranquilizarme. Un Alfa entró, borracho y enfadado, empezó a pegarme. Y Jade se metió por el medio. Entraron más Alfas, agarraron a Jade y se lo llevaron fuera. Mi hermano me dijo que agachara la cabeza, que no los mirara, que escapase y no regresara a por él. Esa noche, la manada le hizo daño a mi hermano —su voz tembló—. Le hicieron mucho daño, Beom. Yo... tuve mi primer celo, y los maté a todos. No quería. Pero se lo merecían tanto... Arrasaron mi manada, mataron a mis padres, se llevaron a Jade... Le prometí, le prometí que ningún Alfa nos volvería a tratar de ese modo, le prometí venganza, acabar con todos ellos. Torturarlos. Y lo hicimos juntos. Trabajé durante mucho tiempo en mis feromonas. Aprendí a usarlas, a dominar a los Alfas. Jade se nombró a él mismo líder de la manada, y yo cumplí con todas sus órdenes hasta que me di cuenta de que no íbamos por buen camino. ¿Lo entiendes, Beom? ¿Puedo seguir?

Hubo una pequeña pausa.

—Jade quería que asaltara manadas, me ordenó que me llevara a los Alfas, que los controlara e hiciera un ejército con ellos. El plan era reunir el máximo de Alfas posibles y luego hacer que se mataran entre ellos. Tuve que irme. No podía seguir haciendo eso, pero sabía que si me quedaba junto a Jade, haría todo lo que él me pidiera, incluso acabar con mi vida. Me escapé, si quieres llamar a eso traición, puedes hacerlo. Luego, me encontré contigo. El resto... el resto ya lo sabes. Supongo que esto acaba aquí, ¿verdad?

—Beom bien.

—Pero...

—Todo estar bien. Ruby no ser malo. Ruby ser bueno.

—He matado, Beom.

—Ruby no tener opción. Ruby ser como Beom.

—¿De qué estás hablando, Beom?

—Beom matar. Beom no querer.

—¿Matar? ¿Fue tu madre, Beom?

—Madre... Sí. Beom matar madre. Madre pegar siempre Beom. Beom no querer. Madre enfadar y madre pegar más. Beom morder. Madre no pegar más. Beom... Beom asustar. Beom llamar padre. Padre de Beom golpear y encerrar y golpear y encerrar y golpear y...

—Lo entiendo. Lo entiendo, Beom. Tranquilo.

Beom tomó aire.

—Caleb salvar a Beom. Caleb encontrar y salvar. Caleb pedir a Beom no decir nada.

Ruby frunció el ceño.

—¿No decir nada? ¿Sobre lo que tú hiciste?

Beom negó con la cabeza.

—Caleb...

Helia a su lado tocó la puerta.

—Siento mucho estropear este bonito momento de confesiones, pero alguien quiere hablar contigo, Ruby. ¿Es necesario que lo hagas ahora? —le preguntó Helia a Caleb.

—Sabes que sí.

—Acaba de despertarse. No ha comido aún. ¿No podemos esperar a...?

—Tengo a un psicópata, asesino de Alfas, metido en mi calabozo. No voy a esperar a que rompa otra celda y escape —Caleb se coló en la habitación y Ruby tragó saliva.

Beom tenía la respiración contenida, las anchas venas de su cuello y brazos se marcaban mientras que apretaba un trozo de sábana en su puño y estaba a punto de gruñir. ¿A punto? No. Beom gruñó en cuanto Caleb entró en la habitación.

Ruby alargó el brazo. Consiguió rozar el dorso de su mano y la frente de Beom se relajó un poco.

—Tu hermano será sacrificado al anochecer —anunció Caleb.

Ruby no pestañeó durante unos segundos procesando la información.

—¿Al anochecer? ¿Qué hora es? —preguntó con la mirada fija.

—La una del mediodía.

Helia lo detuvo cuando se levantó de la cama.

—Tengo que hablar con Jade.

—Más tarde.

—Mi hermano va a morir. Quiero estar con él al menos en sus últimas horas de vida.

—Beom, dile algo —rugió Helia, aún sujetaba a Ruby del brazo, lo único que le impedía a Ruby salir corriendo hacia el calabozo.

—Beom... —habló el Alfa, no añadió más.

—Caleb, ¿no puedes aplazar el sacrificio? ¿Y mañana? Ruby tendría tiempo de recuperar su fuerza e ir a verlo.

Caleb hizo una mueca de disgusto.

—Y Jade también tendría tiempo de escapar. Las manadas vecinas saben lo que ha hecho. Me han pedido la cabeza de Ruby también. Si no lo hago yo, lo harán ellos. Le estoy haciendo un favor.

—Vas a matarlo... —susurró Ruby.

—No dolerá. Lo prometo. Al contrario que ellos, esos Alfas quieren torturarlo.

Los ojos de Ruby se llenaron de lágrimas y pronto se vio envuelto en los brazos de Beom.

—Jade está sentenciado, pero... ¿y Ruby? Caleb, no puedes... —empezó Helia.

—No lo castigaré. Lo he escuchado todo y prometí protegerlo. Ruby no asesinó ni torturó a los Alfas por diversión, Jade sí. Ruby se detuvo y huyó, pero Jade no lo hará nunca.

El inevitable sacrificio llegó. Todos los Alfas de la manada se estaban afilando los dientes y disfrutando del momento, los Omegas observaban tímidamente la tarima y algunos Beta habían preferido no asistir. Félix logró distinguir la cabeza roja de Ruby de la multitud y se abrió a empujones hasta que logró agarrarlo de la muñeca y tirar de él lejos del gentío.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —chilló Ruby consiguiendo soltarse.

—Caleb no quiere que veas esto —respondió Félix serio.

Era la primera vez que obedecía una de sus órdenes sin rechistar. En realidad, Félix estaba a punto de proponérselo a Caleb cuando regresaron a casa, pero el Alfa se adelantó.

—Me da igual. Yo sí quiero verlo.

—Me ha dado poder para reducirte si te niegas a colaborar.

Ruby lo miró cómo si estuviera decidiendo si dejarlo con vida o matarlo en ese mismo momento, se acercó a él. No media más que un metro y medio, era flaco, debilucho, sin embargo tenía muchas agallas.

—Los dos sabemos que no puedes hacer eso.

Félix hizo chirriar sus dientes. Soltó la muleta para demostrarle cuán equivocado estaba y Beom se metió por el medio.

—No pelear —pronunció bajo.

Ahora que lo tenía tan cerca, podía ver algunas de las similitudes que compartía con Caleb. Los dos eran estúpidamente grandes, toscos y tenían la misma nariz. Beom era mucho más moreno tanto de piel cómo de cabello mientras que Caleb tiraba al rubio ceniza.

—Haz que tu compañero me siga o con quien tendrá problemas será con Caleb, Beom —le ladró al Alfa.

—Ruby querer quedarse.

Félix soltó un sonido de exasperación.

—Es peligroso para los dos.

—¿Peligro? —Beom ladeó la cabeza y luego miró a Ruby —Beom preguntar.

—Ahora, no. Tenéis que seguirme hasta la clínica. Algunos Alfas no están de acuerdo en que se sacrifique a uno de los hermanos, también quieren ver a Ruby subir a la tarima.

—Ruby no ser malo.

—Eso a ellos no les importa —le respondió Félix.

—Beom proteger. Ruby querer ver.

—No puedes pelear con todos esos Alfas tú solo, Beom.

—Beom poder.

—Caleb no quiere más sangre.

—Caleb no decidirá esto por mí —habló Ruby.

—Si no quieres ver a tu compañero con la garganta abierta te aconsejo que lo metas a rastras en la clínica —Félix lo ignoró, observando atentamente a Beom.

Beom no dijo nada. Giró la cabeza hacia Ruby y antes de que pudiera mover algún músculo, Caleb subió a la tarima. Los lobos aullaron y gruñeron y el líder los silenció a todos con un

movimiento de cabeza.

—Esta noche no habrá celebración tras el sacrificio —la voz de Caleb llegó hasta el más oscuro rincón del bosque—. No quiero oír ningún grito o murmullo de júbilo. Jade se llevó la vida de muchos de nuestros hermanos, pero antes de eso, se cometió un crimen injusto contra él y su familia, nada debe ser olvidado. Jade ha aceptado su castigo con honor, y será la Luna quien le juzgue a partir de ahora.

Nadie del claro se atrevió a decir nada, pero las feromonas amenazantes de los Alfas no tardaron en inundar el aire y sus garras estaban cada vez más afiladas.

Ron entró en el calabozo. Félix miró de reojo a Ruby. Parecía estar a punto de desplomarse, Beom se colocó delante de él para ocultar la visión, esperaron pero sólo salió Ron.

Félix observó a su alrededor con el ceño fruncido. Todos estaban girando la cabeza hacia ellos, gruñendo. Compartió una mirada con Caleb antes de que lo empujaran contra Beom. Sus muletas cayeron al suelo, y Ruby lo sujetó.

—¿Dónde está?! —escuchó entonces entre la multitud.

—¿Dónde está el asesino?! ¡Queremos su cabeza!

—¡Se ha escapado!

Las voces sonaban unas sobre otras. Gritos y gruñidos.

—Vámonos de aquí —susurró Félix, clavándole las uñas en el brazo.

Ruby negó, soltó a Félix que ya había recuperado el equilibrio y trepó por la espalda de Beom. Félix volvió a mirar a Caleb. Estaba hablando con Ron, el cual le enseñaba un par de cadenas rotas.

—¡Ha sido él! ¡Miradlo! ¡Él lo ha ayudado a escapar! —el grito hizo que todos los lobos llevasen su atención hacia él.

Los lobos tenían los ojos brillantes, lamían sus labios y mostraban sus dientes afilados, en pocos segundos, las feromonas se mezclaron y el aire puro se tornó pesado y apestoso.

—¡Ningún Omega Dominante trae nada bueno!

La multitud se abalanzó sobre ellos. Félix perdió por completo el equilibrio y lo tiraron al suelo. Trató de escapar de las pisadas, se arrastró por la hierba buscando cualquier hueco. Recibió una patada en el rostro, le pisaron la espalda. La mitad de los Alfas se estaban transformando, Beom se los quitaba de encima de la espalda, Ruby esquivaba los golpes que podía, Ron aterrizó para ayudar a Beom y Marcus también peleaba contra todos lo que se acercaban.

Éste sería otro gran momento para que su lobo levantara la cabeza del agujero y gruñera o hiciera cualquier cosa.

Le dieron en el brazo, Félix gruñó y levantó la cabeza enseñando sus dientes. Todo eran piernas, pies, garras, sangre. Alguien le golpeó en la frente, y luego vino impacto tras impacto. Félix se hizo un ovillo en el suelo, se protegió la cabeza con las manos. Sintió a alguien cubriendo su cuerpo y un mechón de cabello rojo le cerró la visión.

—¿...bien? —logró a alcanzar a escucharle.

Félix asintió con la cabeza aunque quisiera ponerse a llorar y gritar el nombre de Caleb para que viniera a rescatarlo. Como si su deseo hubiera sido escuchado, un rugido ronco cortó el aire. Lleno de peligro. Un gruñido que no estaba avisando, ni jugando. Todos los lobos se detuvieron de golpe.

CAPÍTULO 35:

CELO

El aire de la atmósfera era aplastante. Félix elevó sus pestañas, no podía ver nada desde su posición, y menos con Ruby encima. Algunas piernas retrocedieron y volvieron a detenerse. Quería preguntarle a Ruby que estaba ocurriendo pero decidió mirar entre la multitud de extremidades y patas de lobos convertidas con la mejilla pegada en la hierba.

Sintió la sacudida en su cuerpo antes de que sus ojos se encontraran con él. Cal. Caleb. Convertido en lobo. Solicitando la sumisión de su manada. Muchos Alfas se rebelaron contra él, y en cuanto le sacaban los dientes, sus piernas se despegaban del suelo y salían volando.

El lobo no tenía ninguna compasión.

El lobo no iba a jugar.

El cuerpo de Félix tembló pensando en todas las veces que al desafiarlo lo había visto a través de los ojos de Caleb. Había tenido que ejercer una inmensa cantidad de control sobre él para no dejarlo salir.

Las garras avanzaron hasta ellos. Ruby saltó de encima de su cuerpo en cuanto lo vio acercarse a Beom y Marcus lo agarró del hombro, pegando su mejilla al suelo junto a la suya. Ruby trató de levantarse de nuevo, pero Marcus tiró con más fuerza.

—Si sigues así acabarás con un boquete en la garganta —le susurró Marcus.

—Beom no entiende lo que está pasando.

—Claro que lo entiende.

—No se agacha, está claro que no...

—No es estúpido, Ruby. Beom entiende muchas más cosas de las que nosotros creemos.

—¿Entonces por qué no se agacha? Dile que lo haga —su voz se escuchó rota.

—Es su decisión. Seguir las reglas o rebelarse. Todos tenemos que tomarla —respondió Marcus sincero.

Decisión. Todos.

Beom estaba con la cabeza en alto, su torso y brazos sangraban y le habían arañado la mejilla. Por primera vez, el lobo le dio una segunda oportunidad. Era su hermano. Era su hermano. Era su hermano. No iba a matarlo. No lo haría. Gracias a la Luna, Beom se arrodilló, le enseñó su nuca y el lobo resopló por la nariz. Poco a poco llegó hasta ellos. Ron no dudó en agacharse, ni Marcus, que apenas levantó la cabeza de la tierra. Ruby también se agachó y Félix no tardó en ser el siguiente.

Se quedó completamente quieto. ¿Respiraba? No lo sabía. Su pecho latía como un loco. Su interior se sentía vacío, solo y oscuro. ¿Cómo se sentiría el lobo de Caleb cuando descubriera que él no iba a tener a ningún compañero? Que ya no existía. Tomó una corta bocanada de aire y evitó mirar el inmenso lobo de grandes colmillos con miedo a que lo descubriera y lo degollara.

El lobo lo miró durante unos breves segundos antes de pasar al siguiente.

Félix no se atrevió a moverse, incluso cuando todo acabó.

—¿Félix? No voy a ayudarte si no quieres, pero al menos dime que estás bien. Todos se están marchando a la clínica, deberías hacer lo mismo —el rostro de Ron apareció en su campo de

visión.

—Estoy bien.

—Te sangra la ceja.

—¿Dónde está Caleb? —Félix graznó su nombre.

Ron levantó los ojos hacia arriba.

—Está viniendo hacia aquí.

Oh, mierda. Al menos debería mostrarle que no era el más afectado en todo esto, pero se encontró completamente paralizado.

—Ayúdame a levantarme, Ron —le pidió lamiendo sus labios secos con sabor a hierro.

—No puedo tocarte.

—Tú no lo harás. Yo lo haré. Déjame agarrarme a tu brazo— Ron le permitió que lo hiciera, pero su pierna se había convertido en gelatina y no parecía dispuesta a colaborar — ¿Dónde están mis muletas?

—Algunos lobos expulsados las han usado de arma. Están...

—Ron, ve a ayudar a más heridos —su voz le puso los pelos de punta.

Félix lo liberó de la muñeca y respiró todo el aire limpio que pudo antes de girar la cabeza hacia Caleb.

Caleb dejó a Félix sobre el sofá.

—¿Recuerdas quién te ha herido? —colocó una mano sobre su cabeza, inclinándola suavemente para tener una mejor visión de la herida en la ceja y de las magulladuras de su rostro.

—Creo que no.

De una forma mezquina y cruel podía entender que quisieran hacerle daño a Ruby y a Beom, pero que tenía que ver Félix en todo esto para que terminaran golpeándolo y pisoteándolo. Un intenso ardor subió por el estómago haciéndole gruñir.

—Intenta hacer memoria.

—Todo ha sido muy rápido, de todas formas, me parece que te los has llevado a todos por delante.

Su suave sonrisa lo calmó un poco, pero seguía evitando el contacto directo con sus ojos.

—En ese caso, me alegro.

—Cal... ¿por qué no vas a darte una ducha?

—No hasta saber que estás bien. Puedo hacer que venga a verte un enfermero.

—Son magulladuras y alguna contusión, pero me encuentro bien. Tú estás cubierto de sangre —señaló.

—¿Por eso no podías ponerte en pie? —preguntó Caleb sentándose en el suelo y revisando la piel de su pierna de arriba abajo con sus manos.

Su ropa estaba manchada de tierra y dibujos de huellas.

—No tiene nada que ver con eso —se quejó Félix entre dientes, agarrando ambas muñecas de Caleb en el aire.

—Te ha dolido.

—Déjalo, Caleb.

—Mírame a los ojos —ordenó.

—Puedo mirar dónde quiera.

—Lo sé, pero te estoy pidiendo que me mires durante tres malditos segundos.

—¿Para qué? —sonó exasperado— ¿Por qué...?

—Porque nunca debes agachar la cabeza delante de mí. El único que podría haberla levantado, eras tú.

—¿Y qué ocurre con que tu lobo me considere cómo algo masticable?

—Ey... —Caleb lo agarró del rostro. El terco Omega seguía con la cabeza gacha. Le acunó las mejillas, y Félix levantó sus pestañas para él—. Siempre eres algo masticable para él.

—Qué gran consuelo.

—Hablo en serio, Félix.

—¿Ya no quieres controlarme? ¿No quieres que sigas tus normas? ¿Has perdido el interés en doblegarme?

—No —negó—. Me gusta dominarte, y voy a tener que morderme la lengua muchas veces a partir de ahora, pero no quiero que sigas mis reglas. No quiero que lo hagas por miedo. Nunca te haría daño —Caleb acarició sus mejillas—. Ni siquiera en mi estado más salvaje.

—Caleb, hay... —Félix pareció dudar—. Ve a la ducha, mi cabeza se está volviendo un poco loca.

—Prepararé una bañera para ti en cuanto termine.

—Y necesitaré unas muletas nuevas.

Caleb se metió en la ducha. La mayoría de la sangre que llevaba encima no era de él, sino de los otros ex miembros de la manada. No se acordaba muy bien de los Alfas que lo habían desafiado, su lobo no le había permitido debatir y se había lanzado al campo en cuanto había perdido a Félix de vista.

Caleb llevó la cabeza hacia atrás, dejando que el agua fría cayera sobre su rostro enfriando la piel. La adrenalina seguía fluyendo por sus venas, su lobo debería de estar en calma, pero lo sentía inquieto, nervioso.

Salió y se colocó una toalla alrededor de la cintura. Le puso el tapón a la bañera y empezó a llenarla con agua tibia. Miró sus brazos de reojo. Algunas cicatrices habían desaparecido, los lobos que se habían revelado habían perdido el pacto de sangre y su lugar en la manada. Y tendrían que buscar un nuevo líder pronto al que seguir si no querían pasar toda su vida como solitarios.

Caleb suspiró. Ese ya no era su problema.

Mientras que Félix tomaba su baño. Caleb bebió dos litros de agua aunque eso no calmó del todo la sed que estaba sintiendo. Su garganta continuaba seca y sentía la lengua pastosa. Se puso un pantalón, porque tenía demasiado calor para una camiseta y se fue al despacho a intentar distraerse con poco de papeleo antes de llamar a Helia y preguntarle cómo estaban todos.

Félix consiguió ponerse la ropa por su cuenta sin necesitar la ayuda de Caleb. Lo cierto era que sus costillas estaban moradas, y que su brazo no tardaría en seguir el mismo camino. Al menos no tenía ningún hueso roto. Le alivió recordar que no vio la cabeza de Milka entre la multitud, por lo que no habría resultado herido. Tomó un lento camino con pausas incluidas hacia la habitación y preparó un folio para escribirle una carta al Beta contándole lo que había sucedido y que estaba bien. A mitad se detuvo, se llevó la punta del bolígrafo a los labios y lo mordió.

Había estado a punto de decírselo a Caleb. Le había faltado un pequeño empujón. Milka estaba seguro de que Caleb debería saber que había perdido al lobo, y una parte de él también lo pensaba, sin embargo... tenía miedo de que lo rechazara, de que empezara a tratarlo de manera diferente, y también le daba vergüenza reconocerlo. Ya había perdido una pierna, ¿por que tenía que perderlo a él también? Las esperanzas de recuperarlo eran cero, sin embargo, ¿podría ocultarlo durante el resto de su vida?

Apretó su muslo entre sus dedos. Esa prótesis... ¿de verdad iba a permitirle correr cómo antes o parecido? ¿De qué forma se enganchaba a la pierna? Se arrancó el pensamiento de la cabeza de golpe. Por más que le había emocionado verlas, si las aceptaba tendría que contarle a Caleb que solo podía usar una, y estaría en el mismo punto que antes.

Alejó el boli de su boca y terminó de escribir la carta, la guardó en un sobre, le puso en nombre de Milka y la dirección de la cabaña de Erick y la llevó a la entrada.

Escuchó un golpe, entonces.

—¿Se ha caído algo? —preguntó en mitad del pasillo sin obtener respuesta— ¿Caleb?

Con toda la rapidez que pudo, corrió hacia el despacho. Abrió la puerta cerrada y vio a Caleb en mitad de la habitación con una mano apoyada en la pared, sus rodillas dobladas, medio cuerpo a punto de caer y un par de libros en el suelo.

Félix saltó hacia él. Lo sostuvo, pero era demasiado pesado.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó revisando cada pedazo de piel por si estaba herido.

Su espalda estaba ardiendo, y cubierta de sudor. Tenía los labios entreabiertos buscando oxígeno y sus ojos no terminaban de enfocarse en ningún lado.

—Vete —ordenó Caleb.

—Estás loco si crees que te voy a dejar así, ¿puedes caminar hacia el sofá?

Caleb gruñó.

—Llama a Helia, creo que estoy a punto de entrar en celo.

CAPÍTULO 36:

MÍO

Celo.

Hacía tantos años que Caleb no tenía uno que había olvidado por completo sus síntomas.

—Teléfono —masculló—. En mi mesa.

Empezaba a sentirse débil. Félix lo soltó con cuidado y Caleb resbaló hacia el suelo. Necesitaba que Helia le suministrara el suero antes de que fuera demasiado tarde. No sabía qué tipo de celo tendría, pero en todos los posibles casos, Félix era el que más corría peligro.

—No hay respuesta.

—A Ivarr, a Marcus, a quién sea. Y deberías salir de aquí.

—No sería mejor que...

—No —negó Caleb.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

Caleb bufó.

—No hay que ser un lince para darse cuenta de lo que ronda por tu cabeza. No puedes quedarte. No vas a quedarte.

—Estuviste conmigo en mis celos.

—Podía controlarte, Félix. Tú no puedes hacer lo mismo.

—No quiero controlarte —su voz sonaba más cerca.

Caleb mantuvo la vista fija en las vetas del suelo. Sus feromonas aún no habían fluido. Su lobo estaba alterado, pero seguía aprisionado en su mente. Tal vez si encontraba la forma de calmarse y volver a tomar el control... Esto último se vino abajo cuando la camiseta de Félix cayó sobre sus ojos.

Caleb apretó la mandíbula.

—No lo hagas —sus manos temblaban por agarrar el tobillo del Omega y arrastrarlo al suelo con él—. No quiero hacerte daño.

—Acabas de decir que ni en tu estado más salvaje me harías daño.

—Te mentí. Lárgate antes de que sea demasiado tarde.

Hubo un largo silencio en el que su lobo se volvió loco.

Caleb sintió una caricia en su cabeza, y levantó el rostro. Si no hubiera estado arrodillado en el suelo... podría haberse caído en ese mismo momento. Todos sus argumentos lógicos abandonando su mente.

Félix. Félix. Todo lo que llevaba puesto era un pantalón corto demasiado bajo en sus caderas. Caleb tragó saliva arrastrando la mirada por su pierna bien formada y entrenada para aguantar todo su peso, por sus muslos. Al igual que la mayoría de los Omegas, Félix tenía curvas. No excesivamente pronunciadas. Pero tenía. Su cintura se estrechaba en los lugares perfectos. Sus pectorales y pezones color canela eran grandes. Las manos de Caleb picaron por rodearlo y agarrar su trasero redondo. Por llevárselo a la boca...

Basta. Contrólate, joder. Se dijo a sí mismo, aunque era más fácil decirlo que hacerlo. Caleb hizo una mueca, dándose cuenta de que estaba bombeando feromonas, adoptando la postura de

un animal.

—Si... —Félix lamió sus labios, sus pupilas estaban dilatadas y aspiraba el aire con fuerza —, si de verdad no quieres pasar tu celo conmigo, me iré. Respetaré eso, Caleb. Pero te diré una cosa antes, tú eres mi pareja. Tú eres mío. Y tú celo, también.

Maldito Omega terco y dominante.

Sus palabras le arrancaron un intenso gruñido. Lo sujetó de la muñeca y lo tiró sobre él para luego darle media vuelta y aplastarlo contra el suelo.

—No seré suave —masculló mordiendo su oreja—. ¿Lo entiendes, cariño? No buscaré tu placer. Entraré y saldré de ti como un animal. Dejaré muchas más marcas que la última vez y te morderé —Caleb subió la mano por su columna vertebral hasta alcanzar su nuca. La abarcó por completo con la palma.

—B...bien —balbuceó, mirándolo de reojo de una manera a la vez hambrienta y asustada.

La parte jodida era que esa mirada forjaba el lado más depredador que vivía debajo de su piel. El lobo quería que el Omega corriera. Quería atraparlo en el bosque y montarlo ahí mismo, sin importar los posibles testigos.

—Dime que no lo haga —gruñó Caleb, aplastando su cadera contra su trasero —Dime que pare. Lo necesito. No puedo perder la cabeza contigo.

Los labios de Félix temblaron.

—Si quisiera un oso de peluche me habría quedado con Milka —dijo—. Úsame, Cal. Hazme lo que te dé la gana. Pienso tomar la revancha en cuanto llegue mi celo.

—No sabes lo que has hecho. Empezando por usar su maldito nombre.

—Deja de hablar y fóllame.

Con esas últimas palabras Caleb dejó de intentar controlar sus instintos en cuanto a Félix se refería. Liberó sus feromonas, su lobo aulló de placer y salió a la superficie. Agarró el cabello de la nuca de Félix y enterró su rostro en el cuello succionando con fuerza.

Todo estaba perdido.

Félix gimíó, sus caderas se sacudieron bajo su peso. Caleb chupó más fuerte, apenas evitando romper la piel. Quería morder. Quería jodidamente morder su nuca y marcarlo de una puñetera vez.

Y lo hizo.

Podría haber esperado. Podría haber aguantado a estar dentro de él, a correrse, a follarle su boca y trasero. Pero había esperado demasiado. Se había contenido demasiado.

Caleb gruñó con la piel de la nuca de Félix entre sus dientes. Lo sintió sacudirse. Temblar. Jadear. Soltó su cuello, le dio media vuelta y ambos gimieron cuando sus bocas finalmente se unieron. Sabía a hierro y sangre, Félix lo rodeó con sus brazos, Caleb metió la lengua en su boca cómo si fuera la cosa más natural del mundo, pellizcó su lengua y agarró una de sus nalgas con fuerza cuando Félix intentó mandar en el beso. Rugió de placer en el momento en el que su boca se convirtió de alguna manera en algo suave, dócil y codiciosa al mismo tiempo.

Así lo quería. Joder. Así tenía que ser. Su Omega. Su Omega dominante.

Cavó entre sus muslos y profundizó más el beso. Arrancó sus pantalones y apretó con ambas manos esas suaves y regordetas nalgas antes de probar su húmeda entrada. Ya estaba empapado.

Una segunda oleada de feromonas hizo que Félix se estremeciera y que hundiera sus uñas en los antebrazos de Caleb. Giró el rostro, apartándose del beso para poder respirar pero Caleb no lo dejó. Agarró sus mejillas y lo forzó a abrir de nuevo los labios.

Liberó su polla de los pantalones y lo embistió de un solo golpe. Caleb rugió en la boca de Félix.

Después de eso, todo fue un borrón de deseo, necesidad y poder desgarradores. Caleb dejó la boca de Félix para morder de nuevo su garganta, su rostro enterrado en el cuello de Félix mientras que lo montaba como un animal. Solo una polla dura entrando y saliendo de un agujero. El aire denso, pesado cubierto de feromonas con las que Caleb se sentía cada vez más borracho. Félix estaba gimiendo sin parar, pequeños sonidos que iban directamente a la polla de Caleb y que lo volvían absolutamente loco.

Caleb metió dos dedos entre su boca y lamió su mejilla.

—Más fuerte —le dijo ronco—. Grita más fuerte.

Sus caderas se movieron más rápido, hasta que los gemidos de Félix se convirtieron en fuertes gritos. Caleb disfrutó de la música y Félix lo mordió mientras se corría, su agujero se cerró alrededor de su polla, y joder si Caleb también quería correrse dentro de él y mantener su semen dentro para siempre. La sacó fuera, le dio media vuelta, levantó sus caderas y lo folló duro y fuerte, lo agarró de los brazos por detrás de su espalda para tener un mayor impulso y se quedó muy quieto dentro de él antes de venirse.

Contó hasta tres. No era suficiente.

—Quiero correrme en tu cara.

Félix lo miró de reojo. Todo enrojecido. Sus labios hinchados. Su nuca marcada. Asintió débil.

Salir de él fue incluso doloroso. Masajeó su polla de arriba abajo, mientras que agarraba el brazo de Félix con la otra mano para sentarlo en el suelo. Cogió la muñeca del Omega y dirigió la mano hacia su agujero recién llenado.

—Mete tus dedos. No quiero que se salga ni una sola gota.

Félix gimió torciendo su cuello, taponó su agujero, y levantó la mirada hacia él, lamiéndose los labios.

—Cal...

—Voy, cariño —se puso en pie, sujetó la cabeza de Félix rozando sus orejas y frotó su polla contra la mejilla del Omega mientras que se sacudía rápido y con fuerza.

La vista hizo que estuviera a punto de venirse. Félix arrodillado, su agujero tapado, sus ojos hambrientos observándolo directamente, lamiendo sus labios colorados, jadeando bajo mientras que se tocaba con la otra mano a sí mismo.

Caleb detuvo sus caricias juguetonas, colocó la palma de Félix sobre su muslo.

—Concéntrate aquí —gruñó Caleb frotando la cabeza de su polla contra la boca de Félix.

Félix se sonrojó, su aroma de Omega se disparó y sus labios se separaron.

Caleb empujó la gorda cabeza dentro de su boca sin pensar. Sus ojos vidriosos fijos en los labios de Félix estirados alrededor de su polla. Tiró de la parte trasera de su nuca, hundiéndose hasta su garganta. Félix hizo un sonido ahogado, se agarró con ambas manos a los muslos de Caleb y lo golpeó, pero el lobo Alfa estaba en su propio universo húmedo en el que la boca y lengua de Félix lo era todo. Salió débilmente para embestirlo de nuevo sin ningún cuidado. Todo lo que quería era ahogarlo. Poseerlo. Marcarlo por todas partes. Joderlo en todos sus condenados agujeros hasta que dependiera únicamente de él.

El lobo rugió. Caleb gimió alto, se sentía cómo si estuviera corriéndose para siempre, chorro tras chorro de líquido salado caliente golpeando la parte posterior de la garganta de Félix. Félix se atragantó, tragando la mitad del semen, y con la otra mitad terminando en su rostro.

El lobo hizo un sonido de satisfacción, frotando su polla aún endurecida en las mejillas y cuello del Omega. Tiró de él para ponerlo en pie y lo besó mientras lo arrastraba de camino al sofá.

Golpeó sus nalgas, y metió dos de sus dedos dentro.

—Te dije... que no quería que escapara nada —arrastró los dientes por su mandíbula.

—Casi me ahogas —su voz sonó ronca, magullada.

—¿Te estás arrepintiendo de tu decisión? —le preguntó hundiendo sus dedos en su nalga.

Su lobo estaría decepcionado, pero el humano lo entendería cuando regresara.

—No.

—¿Seguro? —Caleb respiró sobre su boca—. No he terminado aún.

—Me has mordido.

—Sí.

—Me has marcado, Caleb —en cuánto lo hizo, sus ojos se nublaron y desbordaron.

Caleb lo sentó sobre el sofá, se arrodilló en el suelo con la polla dura y el ceño fruncido y limpió sus mejillas con la ropa que habían destrozado.

—¿Por qué lloras?

—¿Sabes lo que significa que me hayas marcado? —balbuceó.

Caleb sonrió abiertamente.

—¿De qué cojones te ríes?

—Sé lo que significa.

—¿Lo querías? —preguntó, su rostro severo, pidiendo explicaciones cuando estaba hecho un completo desastre.

En realidad, la pregunta que quería hacer era si ya lo consideraba digno de estar a su lado o si lo había mordido impulsado por los instintos primarios de celo.

Caleb lo abrazó de la cintura, besó y lamió su estómago antes de levantar la mirada.

—Lo llevo queriendo desde que empezaste este juego de tira y afloja hace cuatro años. Y me arrepiento de haber tardado tanto en hacerlo.

Félix se mordió el labio.

—¿Puedes repetirlo?

Caleb levantó el peso sobre sus brazos, inclinándose sobre él, ganando espacio. Podía sentir el ardor de su piel incluso sin tocarlo.

—Debería haberte encerrado. Tu primera vez... —Caleb respiró fuerte entrecerrando los ojos—. Tu primera vez debió de ser mía, tu primer celo, tus primeros mordiscos y experiencias. Todo.

Sus celos parecían no ser tan diferentes. Ambos querían lo mismo. Poseer al otro sin importar en qué situación.

—Habrías quedado como un loco pedófilo. ¿Sabes cuándo fue mi primera vez? —provocó.

—No quiero.

—Con trece años, y fue con...

Caleb lo agarró de la nuca y lo besó. Félix tuvo que tragarse sus palabras. Gimió en su boca, esta vez abandonándose por completo, confiando en que mañana Caleb no se arrepentiría de nada de lo sucedido. Confiando en su marca.

—Lo mataré —gruñó Caleb—. Te juro que a éste si que lo mataré.

Entonces, era mejor guardar el secreto. Por el bien del pobre Marcus, aunque ya sabía lo que hacer cuando se enfadara con él.

—Por si te consuela, fue horrible.

Caleb le tapó la boca con la mano.

El lobo estaba muy cerca de salir, las pupilas de Caleb estaban tan dilatadas que sus ojos parecían negros.

Le hubiese gustado luchar un poco, pero su única pierna no respondía, y todos sus nervios iban directos a su estómago y trasero que desde hacía unos minutos había empezado a sentirse doloroso y abandonado.

Félix movió sus caderas. Hubo un rugido en sus oídos, y después de eso, todo fue algo borroso. Apenas recordaría parte de lo que había pasado. Vagamente recordaría a Caleb besando y lamiendo sus costillas, a él aferrándose a su cabeza rapada, pidiendo, suplicando. Respirando su aroma como si fuera el único oxígeno del planeta Tierra. Pero todo se enfocó nítidamente cuando Caleb empujó de nuevo su polla. Félix gimió. Tembló. Su cuerpo no podía con tanto placer. Sus nervios se estaban volviendo locos. Su trasero goteaba hambriento cada vez que Caleb lo embestía con fuerza, su miembro volvió a endurecerse y cuando intentó agarrarlo, Caleb tiró de su mano lejos y mordió y chupó su pezón.

Félix lo sostuvo de las mejillas y lo ancló en su pecho mientras dejaba que Caleb lo usara para buscar su propio placer. Sin delicadeza. Sin respeto. Una polla bombeando en un agujero caliente, su cuerpo con el deseo primitivo de llenarlo y marcarlo desde adentro. Félix estaba gimiendo debajo de él, tomándolo maravillosamente, perdiéndose en la sensación de tomar, tomar y tomar.

Caleb lo levantó entre sus brazos, a estas alturas, Félix ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaban enredados el uno con el otro. El Alfa, cómo era de esperarse, lo llevó a su propia habitación y guarida. Lo tomó en su cama, implacable, gruñendo por el esfuerzo.

—Mío —gruñó delirante, sus manos agarrando fuerte el trasero de Félix—. Di que eres mío.

Las uñas de Félix rozaron su espalda sin fuerza.

—Soy...

—Mío.

—Tuyo.

—Sí. Mío —Caleb hundió sus dientes de nuevo en su cuello, y joder si eso no había empezado a ser la cosa más favorita de su mundo roto.

Ya se veía yendo todos los días a su despacho, sentándose sobre sus piernas, provocándole, esperando que el lobo Alfa lo marcara y masacrar su trasero incluso sin celo de por medio.

—Mío —repetía Caleb en cada estocada, la polla dolorosa de Félix apretada entre sus estómagos—. Mío —gruñó.

Félix pasó los brazos por su cuello, escondió la cabeza y se preparó para el último asalto sintiendo el orgasmo de Caleb en cada una de sus descontroladas y monstruosas embestidas. Cuando se corrió, su cuerpo ardió. Su visión se volvió oscura, su cuerpo se estremeció violentamente, su espalda se arqueó mientras apretaba la polla de Caleb. Quería decirle que no se fuera. Que no la sacase. Que lo esperase. Que su conocimiento regresaría en unos minutos. Que Félix también quería morderlo. Que también quería acabar con la Omega o la Alfa que se llevó su virginidad. Que...

Le tomó un tiempo recuperar el conocimiento. Cuando lo hizo, se encontró a Caleb en la puerta leyendo lo que parecía ser la carta que le acababa de escribir a Milka y que había dejado en la entrada.

—¡Dame eso! —rugió Félix incapaz de levantarse de la cama, correr hacia él y arrancarle la maldita carta que acababa de fastidiar por completo su vida.

—¿Es verdad? —preguntó Caleb, el tono de su voz controlado, pero las feromonas que

soltaba aún indicaban que estaba en celo.

—¡Dámela! ¡No tienes por qué leer eso!

—He llamado a Marcus para que se la llevara, iba a cerrarla bien cuando he leído mi nombre.

Félix. ¿Es verdad lo que pone aquí?

—¡No te importa!

—¡¿Qué no me importa?! ¡¿Aún crees que puedes tener algún secreto conmigo?! ¿Qué te hace pensar que voy a permitirlo después de marcarte, Félix?

—Son mis cosas —siseó el Omega, encogido en la cama por sus gritos—. Mis... cosas.

Caleb hizo una mueca. Dejó la carta sobre la mesa, cerró la puerta y se acercó a la cama.

Se sentó a su lado. Una masa grande de músculo. ¿Se había duchado? Olía a champú. Estaba limpio. Los dedos de Félix estaban marcados en sus hombros.

—Nuestras cosas, cariño.

CAPÍTULO 37:

BEOM

—No lo son —Félix masculló entre dientes —Esto es sólo cosa mía.

—Deja de ser tan terco, ¿me entiendes?

—Tú no me contaste que éramos pareja, no he hecho nada diferente a ti.

—¿Qué no? Has... —Caleb tomó una profunda respiración, cómo si tratara calmarse de algún modo—. Con lo que acabas de decir tengo que entender que es verdad lo que le has escrito al Beta.

Félix se encogió de hombros.

—No sé lo que has leído.

Aún esperaba que no fuera la parte en la que le contaba a Milka cómo Caleb se había transformado y cómo su lobo seguía perdido. Caleb agarró la carta, la llevó hacia la cama y le señaló el párrafo.

Si. Era ese.

No le quedó otra que levantar la cabeza con el poco orgullo que le quedaba.

—¿Quién más lo sabe, Félix? ¿A quién más se lo has dicho?

—Nadie más.

—¿Y por qué a mí no? Ni siquiera a modo de venganza puedo llegar a entenderlo. ¿No confías en mí para ayudarte? ¿No pensaste que yo debía saberlo? Soy tu Alfa.

—Un Alfa que me abandonó por un año entero y que me hizo creer que iba a emparejarse con otra hembra. Al que ni siquiera le importo... —Félix se detuvo antes de romperse—. Me tratabas cómo un inútil, Caleb, y sólo por perder una pierna, imagina de qué forma hubieras actuado si llegas a saber que ni siquiera soy un lobo completo.

—Lo hubiera solucionado.

—Mentira. Me hubieses puesto más centinelas, me hubieras encerrado, y toda la manada se habría enterado, y jamás... me hubieras reconocido cómo pareja.

Félix se tragó el nudo de su garganta.

Caleb lo había marcado.

Caleb lo había mordido.

Lo que significaba que a partir de ahora, Félix lo necesitaría en cada uno de sus celos, rechazaría otras feromonas Alfas y no podría volver a acostarse con nadie que no fuera él si no quería que su marca ardiera de dolor. Sin embargo, Caleb estaba libre.

Él aún era libre.

—¿De verdad piensas eso?

Félix desvió la mirada.

—Sí. No hay solución. Lo he intentado todo.

—No lo has probado todo.

Félix apretó los labios.

—Me he acostado con otro, me puse en peligro enfrentándome a un lobo salvaje. Esperaba que ver a tu lobo pudiera hacer algo, pero tampoco surgió. Ni con tu celo, ni con la marca. No lo

siento. No está. Si tienes suerte, la marca se desvanecerá como una herida normal.

Félix escuchó un gruñido de parte de Caleb.

—¿Si tengo suerte? —Caleb lo agarró de la mandíbula con una mano—. Voy a olvidar lo último que has dicho porque sé que tu manera de protegerte es atacar, pero que ni se te pase por la cabeza creer que yo quiero eso. Si la marca se va, te haré otra, y otra y otra, hasta que tu lobo saque la cabeza y me enseñe los dientes rabiando. Y si eso no funciona, será mi lobo quien lo arrastre.

—¿Y si nada da resultado? ¿De verdad vas a aceptar a alguien así? ¿De verdad piensas que la manada va a aceptarme sabiendo que no puedo protegerlos?

Antes de que Caleb pudiera responder Marcus llamó a la puerta.

—Caleb, Ruby quiere hablar contigo, dice que Beom ha desaparecido.

—Haz que pase —le respondió Caleb sin mirarlo.

Ruby entró y Félix cruzó los brazos, mantuvo la vista baja.

—Beom no está, lo he buscado por todo el bosque —habló Ruby con voz áspera, a lo mejor había estado llorando.

—A veces, Beom necesita estar solo.

—Es diferente. Está en celo, se ha encerrado en esa especie de cárcel que tiene en su cabaña y luego ha echado a correr. No está en ningún sitio y Jade sigue suelto, y...

—Está bien, Ruby.

—¡No! —le chilló.

Félix giró de inmediato la cabeza hacia él.

—Si Beom se ha ido, es porque necesita estar solo.

—Una mierda. Todos decís lo mismo, pero únicamente lo hacéis para sentirlos mejor. Beom tiene una maldita celda con cadenas en su casa en la que se encierra. ¿Por qué? ¿Quién puso eso ahí? ¿Acaso te importa alguien más de la manada que no sea Félix?

Caleb se levantó.

—Tú no tienes ni idea de nada.

—¡Pues explícamelo! Todos parecéis conocer a Beom mucho mejor que yo. ¡Dímelo! ¿Por qué no es un lobo completo? ¿Por qué la gente le odia tanto que tiene que vivir escondido?

Caleb tomó aire.

—Ven conmigo —le dijo abriendo la puerta de la habitación y dejándolo solo.

Félix sintió una risa nerviosa. Se llevó las manos a su cabello corto y tiró de él.

¿Quién ganaría entre él y Beom?

Beom seguro.

—No podemos perder el tiempo, explícamelo por el camino —refunfuñó Ruby.

—No vamos a ir a por Beom.

—¿Por qué? Ya es de noche, Beom tiene que estar por ahí.

—Te puedo prometer que Beom está bien, pero si vamos tras él, los únicos que estaremos en peligro seremos nosotros.

—No te entiendo. Beom jamás me haría daño.

—Al igual que jamás pensó en hacerle daño a su madre, pero lo hizo.

—¿Por qué?

—Beom... no tuvo la mejor educación. En realidad, no tuvo ninguna educación. La manada ni siquiera sabía que existía o que había nacido.

—Eso no es posible.

—Su padre era cazador. Por aquella época la manada estaba bastante dispersa, y habían muchas cabañas y lobos que preferían vivir un poco más alejados que otros. Él consiguió una hembra.

—¿La madre de Beom?

—Sí, pero no avisó a la manada, tampoco avisó del nacimiento de Beom.

—¿Su padre era Alfa? ¿Y su madre?

—No hay mucha constancia de ella. Se sabe que no era de la manada, así que a lo mejor era alguna loba solitaria que había sido expulsada o se había marchado de su manada. Pero al parecer no tenía grandes dotes de madre, ya que Beom desde muy pequeño tuvo que aprender a cazar para poder comer y sobrevivir.

—Beom me dijo que su madre le golpeaba.

Caleb asintió.

—No se preocuparon de enseñar a Beom a controlarse, a conocer sus instintos, su rabia, o incluso el miedo. Y en medio de una pelea entre ellos, Beom saltó, se transformó antes de tiempo y asesinó a su madre.

Ruby se llevó los dedos a la boca.

—Él no quiso...

—Lo sé. Beom no sabía lo que estaba bien ni lo que estaba mal en ese momento. Su padre, en lugar de llevarlo a la manada, decidió construirle una celda en su propia casa y encerrarlo.

—Él le maltrataba.

—No quiero entrar en detalles, pero Beom estuvo años en esa celda. Por eso no puede transformarse en un lobo completo, por eso es inestable y por eso la manada le tiene miedo.

—Pero tú no, tú lo sacaste de ahí. ¿Cómo lo supiste? ¿Qué ocurrió con su padre?

Caleb no respondió.

—Cuando saqué a Beom de ahí, me aseguré de darle la educación y respeto que no había recibido, pero Beom...

—Se marchó en cuanto empezó a entender lo que pasaba a su alrededor —comprendió Ruby.

—Tenía miedo también de volver a perder el control y hacer daño a alguien y prefirió la vida en soledad aunque muchos de nosotros nos esforzamos por incluirlo en todas las celebraciones.

—¿De verdad no puedes decirme dónde está? ¿Qué tengo que hacer? ¿Regresar a la cabaña y esperarlo ahí? ¿Y si nunca regresa? ¿Y si le ocurre algo?

Caleb apretó la mandíbula.

—Lo único que puedo decirte para tranquilizarte, es que está en el bosque. Beom tiene un lugar. Un lugar especial, y se enfada bastante cuando otros lobos entran ahí. No tienes que preocuparte de que alguien...

De repente, la puerta del despacho se abrió de un solo golpe, y Helia entró completamente despeinado y siendo un completo manojo de nervios.

—Alguien ha entrado en mi despacho. Han estado rebuscando entre mis cosas.

—¿Has avisado a Ron? ¿Se han llevado algo?

Helia negó con la cabeza, tragó saliva.

—Sí, no se trata de eso. Estaba... le saqué una muestra a Beom de sangre mientras lo curaba para compararla de nuevo. Los papeles... los papeles estaban encima de la mesa. Sea quien sea, lo sabe.

—¿Sabe qué? —exigió Ruby.

—¿Has podido distinguir el olor? —Caleb lo ignoró.

—No, pero no ha podido ser hace mucho. Sólo he salido a tomar un café.

Caleb salió del despacho como una flecha.

—Ha sido un Alfa —Ron entró entonces.

—¿Crees que puede ser uno de los renegados? —le preguntó Helia.

—Es lo más probable.

—Ron, llama a Ivarr, necesito que reunáis a toda la manada en el territorio neutro, en el comedor. No quiero a nadie en los bosques. Ni un sólo centinela. —ordenó Caleb.

—De acuerdo.

—Es un simulacro de emergencia, que no cunda el pánico. Marcus...

—Félix no saldrá de aquí —respondió.

—¿Queda alguien en la enfermería, Helia?

—Dos lobos, pero ni siquiera pueden levantarse de las camillas.

—Ve con ellos, te enviaré un par de centinelas.

—¿Qué es lo que está pasando y por qué parece que el mundo se vaya a acabar? —inquirió Ruby casi chillando.

—¿No lo sabe? —Helia lo señaló.

—¡Por supuesto que no sé nada! ¡Y no voy a dejar que nadie salga de aquí! Estoy cansado de tener que ir por ahí suplicando explicaciones. ¿Qué es lo que tienen los análisis de Beom y por qué tenéis tanto miedo de que otro lo haya visto?

—¿Querías que te llevara a ver a Beom?

—Sí, claro, pero...

—¿Estás pensando en...? —Marcus se metió en la conversación sin alejarse de la puerta.

—Beom necesitará un estímulo para volver a la normalidad.

—Es peligroso, Caleb. Ruby no sabe a lo que se enfrenta.

—Si se trata de Beom me da igual. Iré.

Marcus rió de forma fría.

—Estúpido niño Omega.

—He visto a Beom en su otra forma, no me llames estúpido, sé a lo que me enfrento.

—¿Sí? Ahora, imagina a Beom en esa forma, realmente enfadado. ¿Crees que vas a poder hacerlo parar?

Helia se inclinó sobre Caleb.

—Dile la verdad. Caleb, tienes que decírselo. Los resultados coinciden de nuevo, y a estas alturas no vamos a poder seguir ocultándolo.

Caleb respiró hondo.

Tenía razón. Félix ya lo sabía, Helia, Ron, Marcus e Ivarr también, eran los únicos en los que confiaba para mantener a Beom seguro y protegido de él mismo, y ahora... Ruby también era parte de la manada y era su pareja. Tenía derecho a saberlo.

—Beom es mi hermano —reconoció finalmente.

CAPÍTULO 38:

POR FAVOR

Félix salió vestido de la habitación.

—Consigueme unas muletas —le ordenó a Marcus que estaba haciendo guardia en la puerta.

—Para el carro. ¿A dónde te crees que vas?

—Lo he escuchado todo, así que voy a ir a buscar a Beom. Tengo un par de cosas que quiero decirle.

—Guardatelas para otro día. Caleb no quiere que salgas, es peligroso. Beom anda suelto por ahí cómo un pollo sin cabeza y... han surgido otros problemas.

—Ya lo sé. No habéis parado de chillar.

—Si lo sabes, vuelve a entrar en la habitación y no me causes problemas.

Félix apretó los puños.

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas, Marcus —amenazó.

Marcus se enderezó.

—Estoy emocionado por saber cómo lo harás.

Félix se señaló a su cuello.

—Ahora soy la pareja del líder. Me debes respeto y obediencia.

—¿Y qué mayor respeto que protegerte el culo, señor? Me alegro de que al final uno de los dos haya cedido, pero no lograrás manipularme, Félix.

—De acuerdo. Bien. Me rindo. Lo he intentado. Me sentaré en la cama a esperar a que Caleb regrese para luego contarle cómo su centinela favorito me desfloró a la fuerza —ladró con rabia.

La tensión subió por el cuello de Marcus.

—Eso no fue lo que pasó. Y ambos prometimos olvidar el tema.

Félix encogió sus hombros.

—A veces tengo muy mala memoria.

—No vas a conseguir lo que quieres, Félix.

—Ya sabes lo que está pasando con Milka, la única razón por la que Caleb aún no lo ha matado es porque sabe que es mi amigo.

—Le explicaré que fue un error, que sólo éramos dos niños queriendo respuestas de nuestros cuerpos.

—¿Antes o después de que su lobo intente comerte? Tú también eres un Alfa dominante, sabes de lo que hablo.

—No me jodas, Félix.

—Consigueme unas muletas, llévame dónde están ellos y le diré a Caleb que te pegué un golpe y escapé, o prepárate para que éste sea tú último día en la tierra.

Marcus soltó una palabrota.

—Jamás debí haberte tocado.

—Lo mismo digo.

Cuando llegaron al claro ya había anochecido. Caleb detuvo a Ruby con la mano y ambos se quedaron muy quietos entre los árboles que aún permanecían en pie. Sintió a Ruby tomar una gran bocanada de aire mientras que con los ojos muy abiertos registraba el lugar.

Caleb hacía años que no lo visitaba.

La mayoría de los troncos de los árboles estaban arrancados y marcados con garras, el ambiente era pesado y estaba cubierto de feromonas, y en el centro del claro habían dos tumbas perfectamente cuidadas e intactas.

Su padre y la madre de Beom.

Mientras que para Caleb no tenía mucho significado, para Beom ese lugar representaba todo. Era su santuario. El perfecto territorio en el que podía ser realmente libre y desatar toda la rabia que llevaba dentro sin hacerle daño a nadie. Era dónde Beom acudía siempre que se sentía rechazado, o furioso consigo mismo.

—No te muevas —susurró Caleb.

—Son las tumbas de sus padres —Ruby jadeó.

—Sí.

—Nos está acechando, ¿verdad? Sabe que estamos aquí.

—¿Te acuerdas cuando te dije que no quería que usaras tus feromonas con nadie de la manada? —preguntó Caleb—. Lo retiro. Es un buen momento para empezar a soltarlas ahora.

Caleb lo miró fijamente, esperando a que el Omega siguiera su consejo, apretando con fuerza las cadenas de su lobo que aún se volvía loco por regresar a la cabaña y abrazar a Félix. No le dio tiempo de agarrar a Ruby cuando éste decidió caminar hacia el claro y Caleb le ordenó más de tres veces que regresara a su sitio mientras miraba hacia todas partes.

Si corría hacia él y lo agarraba, era muy posible que Beom lo atacara, y si no hacía nada... era muy posible que también sucediera eso mismo.

Captó un movimiento y ambos giraron la cabeza.

Ruby mantuvo la cabeza en alto, desafiando. Los dos ojos perdidos en el bosque brillaron y luego, Beom salió de su escondite. Su rostro y cuerpo era una mezcla entre humano y lobo, se mantenía erguido sobre sus patas y su enorme cuerpo estaba cubierto de pelo.

Caleb salió muy lentamente, tenía que poner a salvo a Ruby. Antes de poder agarrarlo, Beom rugió y se abalanzó sobre ellos.

Caleb empujó al Omega hacia atrás, sacó las garras y detuvo las fauces de Beom con sus manos. Le devolvió el gruñido y lo empujó lejos.

—¿Alguna idea? ¿Sabes cómo hacerlo volver? —le gritó a Ruby antes de soportar otro ataque de Beom.

Caleb no le estaba devolviendo los golpes. No quería hacerle daño. Tan sólo paraba sus ataques, esquivaba y retrocedía con la esperanza de que a Ruby se le pasara algo por la cabeza que lo hiciera cambiar. Sin embargo, no podía estar haciendo esto toda la noche, más cuando Beom no dejaba de enfurecerse con cada ataque fallido. En algún momento, Caleb tendría que devolver los golpes, y es ahí cuando empezarían a luchar.

—¡No lo sé!

—¡Concéntrate! ¡Eres su pareja, si no te hace caso a ti, no se lo hará a nadie! —exclamó saltando por encima de las garras Beom.

—¡¿Y el pacto de sangre?! ¡Úsalo!

—¡No hay ningún pacto con Beom!

—¡¿Cómo que no?! —chilló.

Las garras de Beom le alcanzaron el brazo y costado perforándole la piel.

—O haces algo o empiezo a jugar de verdad.

Ruby comenzó a hacer uso de sus feromonas, Beom se tambaleó durante unos escasos minutos en los que Caleb aprovechó para rodearlo por la espalda y atacar hasta reducirlo en el suelo.

Aún así, la bestia siguió luchando. Caleb lo arañó tratando de mantenerlo inmóvil, le clavó la rodilla en las costillas, utilizó toda su fuerza para dejarlo sin aire y que perdiera el conocimiento pero nada de eso funcionó. Sus garras se estaban transformando cuando Ruby se metió entre sus cuerpos, agarró la cabeza de Beom mientras que Caleb apresaba su hocico y lo mordió en el cuello.

Beom se quedó completamente inmóvil. Su cuerpo empezó a cambiar poco a poco y Caleb se quitó de encima de Ruby para sentarse sobre la hierba.

Ruby le hablaba en susurros. Beom se había encogido en el suelo y ahora parecía un niño grande y perdido.

—Todo está bien, por favor, créeme —le dijo Ruby agarrando sus mejillas.

Caleb se levantó del suelo. Olfateó el aire y se giró hacia ellos.

—Tenemos que irnos. Ya —los interrumpió—. Podéis hablar todo lo que querías luego.

Tenía que ponerlos a salvo hasta saber quién había entrado en el despacho de Helia y descubrir sus intenciones.

—¿Tan pronto os marcháis? Estaba disfrutando bastante del espectáculo —una voz conocida saltó al claro—. Realmente quería saber cual de los dos iba a ganar, apostaba todas mis cartas a Beom. Caleb sigue siendo... —Ben miró claramente a los ojos del líder de la manada, desafiándolo— un blando.

—Debí imaginar que eras tú, Ben —gruñó Caleb, escondiendo el débil hilo de sangre que bajaba por su brazo izquierdo y costado.

—Debiste. Pero no lo hiciste porque no soy importante para ti. ¡Llevas meses ignorándome y ya estoy cansado! Sólo pedí un poco de atención de mi líder y justicia, pero él estaba demasiado ocupado jugando a las niñeras con un Omega consentido y a los hermanos perdidos —Ben alzó una ceja hacia Beom y Ruby le gruñó en respuesta sacando sus dientes—. Nunca entendí por qué Beom era tan especial. Por qué todo lo que ese animal hacía estaba bien, por qué aceptaste a Ruby tan rápido e hiciste el pacto en secreto. Todo fue por y para Beom. Porque es tu jodido hermano.

Beom hizo un ruido y miró a Caleb con el ceño fruncido.

—¿Y eso qué importa, Ben? No estás aquí para tirarme cosas a la cara, ¿cierto? —respondió Caleb, moviéndose muy lentamente hacia ellos en el suelo.

—No. Esperaba que algún lobo tuviera el jodido valor de enfrentarse a ti y matarte después de liberar a Jade, así tendría menos trabajo qué hacer ahora.

—¡¿Fuiste tú?! —exclamó Ruby—. ¿Dónde está? Si le llegaste a hacer daño, te juro qué...

—Cállate —rugió Ben—. En lugar de chillar deberías agradecer y besar mis pies por salvar la vida del estúpido de tu hermano. Si no lo maté, fue porque me dio pena. Ya no es ni siquiera un lobo, no valía la pena perder tiempo por él. Lo dejé en la ciudad, y espero que las ratas se lo hayan comido.

—¡Hijo de...! —Ruby se levantó de golpe pero no pudo dar ni dos pasos hacia delante antes de que un calor sofocante lo hiciera jadear y agarrar su estómago.

—En estos días en los que he sido olvidado, he descubierto muchas cosas interesantes sobre los Omegas dominantes. Y una de ellas es que son muy susceptibles a entrar en celo cuando se

ven sometidos a una gran cantidad de feromonas Alfa. Deberías saberlo.

—Así qué...¿cuál era exactamente tú plan? Aún no lo he entendido —Caleb habló, intentando centrar de nuevo la atención de Ben en él.

—Voy a tomar la manada. Voy a desafiarte. Voy a matarte. Luego, en tu puesto, haré lo mismo con todos los lobos que aún te guarden lealtad y encerraré de por vida a tu hermano y a la puta de su pareja y los torturaré hasta que supliquen por su vida.

—Es un plan bastante arriesgado para tí —provocó Caleb—. Acepto. Beom, saca a Ruby de aquí —ordenó luego.

—Ellos se quedan. Quiero follarme al Omega en celo una vez que acabe de arrancarte la cabeza.

Caleb no discutió más. Sin ningún rodeo, se lanzó hacia Ben, convertido en un enorme lobo blanco y aterrizando sobre Ben. Ben lo esquivó con una voltereta, su ropa se rompió al cambiar también y ambos lobos rugieron antes de enredarse en una pelea de colmillos, gruñidos y garras.

Ruby chillaba mientras que Beom se lo llevaba lejos de la pelea. Caleb tenía a Ben agarrado de la nuca hasta que escuchó un grito. El lobo giró la cabeza para ver a Félix corriendo cómo podía con una vieja muleta. La piel de Ben se soltó de sus fauces y el Alfa aprovechó ese segundo de distracción para hundir los dientes en la garganta de Caleb y sacudirlo de un lado a otro hasta desgarrar su piel.

Cuando llegó al suelo, la visión de Caleb estaba borrosa. Se esforzó por mantenerse despierto. Tenía que acabar con Ben. Félix estaba ahí. No podía permitir que le hiciera daño. Escuchó gritos. Muchos gritos.

Y luego...

CAPÍTULO 39:

CABAÑA

Félix saltó del incómodo sofá en el que llevaba durmiendo dos días en cuanto Caleb abrió los ojos lentamente. Lo agarró de las mejillas y sus ojos se desbordaron al sentirlo tibio.

—Estás... —se tragó el sólido nudo que llevaba con él desde que vio al Alfa tirado en el suelo y no pudo controlar su llanto desesperado.

—Félix, sé que es difícil pedir esto, pero dale un poco de espacio. Aún se está despertando.

A regañadientes, Félix obedeció. Le dio un mínimo de espacio a Caleb mientras terminaba de salir del sueño profundo en el que había estado metido y empezaba a reconocer la estancia.

—Félix —susurró antes de intentar levantarse de forma abrupta.

Félix lo sostuvo de los hombros hacia abajo, aunque no le hizo falta usar mucha fuerza para mantenerlo quieto.

—Estás a salvo —le dijo Félix, queriendo apretarlo entre sus brazos.

—Y tú. ¿Y Ben? ¿Y Beom? ¿Dónde están él y Ruby?

—Todos están bien —Félix hizo una mueca—. Bueno... no todos. Beom mató a Ben después de que te atacara —le dijo, evitando entrar en detalles, incluso para él había sido algo borroso—. Los dos están bien, han estado paseándose por la clínica esperando a que te despertaras, y la manada también está a salvo. No tienes que preocuparte de nada.

Félix miró el cuello y pecho vendado del Alfa.

Soltó un ruido de angustia.

—Lo siento mucho, Caleb. Ha sido por mi culpa. Si me hubiese quedado en casa, si no hubiese desafiado a Marcus y salido...

—Podría haber salido herido de cualquier forma. Lo único que me importa es que tú estés bien. No quiero acumular rencor cómo Ben. No quiero que eso acabe con nosotros. Está bien que tengas secretos.

Félix negó con la cabeza.

—No. No más secretos. Te prometo que...

Helia carraspeó. Ambos lo miraron.

—Tengo que hacerte un pequeño reconocimiento, serán cómo mucho diez minutos. Puedes salir o esperar aquí dentro, Félix. Luego podréis seguir hablando.

—Prefiero quedarme.

—Bien.

Helia caminó hacia ellos, y Félix se apartó. No fue muy lejos. Miraba a Caleb sobre el hombro de Helia mientras que el sanador lo ayudaba a incorporarse, le preguntaba un par de cosas, tomaba su pulso y tensión y comprobaba sus heridas antes de volver a vendarlo. En cada movimiento, Félix se sentía a punto de saltar.

Ver a Caleb en la camilla en la que él había pasado tanto tiempo acostado... hacía que sus tripas se retorcieran en un muy mal sentido. En cuanto Helia terminó, Félix hundió las uñas en el colchón.

—Necesitarás un mes de descanso al menos, y cuando digo un mes, significa exactamente

eso, Caleb. Ben por poco te arranca la garganta.

—De acuerdo.

—No me fio ni un pelo de ti, pero espero que Félix pueda controlarte.

—Lo haré.

—Quiero mantenerte al menos cinco días en observación y luego podrás marcharte. Te traeré agua y un poco de comida.

—Gracias —agradeció Caleb.

Helia asintió con la cabeza de forma lenta antes de marcharse. Caleb alcanzó a Félix de la muñeca, tiró de él. Marcó una mueca de dolor.

—¿Qué estás...?! ¡Nada de movimientos bruscos! —Félix se soltó, acomodó el cojín de su espalda.

Caleb lo rodeó de la cintura.

—Cal... hablo en serio.

—La manada te aceptará —dijo de imprevisto.

Félix fijó sus ojos azules en él.

—¿Qué?

—La manada te aceptará. Haré que te acepten.

Oh. Vaya. Su rodilla estaba fallando. Se apoyó con ambas manos en el colchón.

—Entonces, te quedarás sin nadie a quién gobernar —dijo mientras miraba distraído por toda la estancia—. Ya has perdido a muchos miembros por Beom.

—Y volvería hacerlo. Nada de eso me importa, Félix. ¿Tengo que repetírtelo? Me da igual que tengas sólo una pierna, me da igual que tu lobo se haya escondido y no quiera salir, me da igual que la manada se enfade y me deje, me da igual todo. Lo único que quiero es estar contigo.

Félix bajó la cabeza. Quería llevar la mano hacia su nuca y tocar la marca. Se apoderó de él una pequeña risa nerviosa.

—No lo entiendo. ¿Qué es lo que te gusta de mí? Rompí tu relación con mi madre, mi hermana te odia, fui rebelde, me metía en todas las peleas de la manada solo para llamar tu atención, no te hacía caso y sigo sin hacerlo. Me he quedado sin pierna, sin lobo. Te he mentido y ocultado cosas. No soy fácil de manejar, y no estoy preparado para subir al mando y ser juzgado por todos. Sé que digo que no me importa la opinión de la gente, pero... me da miedo que me rechacen.

—Lo sé. Sé todo eso. Y yo te he hecho cosas mucho peores, y aquí estás. Conmigo.

Porque éste es mi lugar, pensó en secreto.

—Quiero... yo también quiero estar contigo —Félix sucumbió al instinto de alcanzar su marca.

No había tenido tiempo de mirarla. De tocarla. De admirarla.

Caleb gruñó.

—Se supone que ahora deberías darme un beso.

—Has escuchado a Helia, al menos un mes de descanso.

—Es sólo un beso.

—¿Cuándo ha sido sólo un beso contigo? —preguntó enarcando una ceja.

—En la mejilla.

—Nop.

—¿Pretendes que me pase un mes entero sin tocarte?

—Es lo que vamos a hacer.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada —aseguró Félix.
—Un mes tiene muchos días.
—Sé cuántos días tiene un mes.
Caleb hizo un sonido estrangulado.

Félix se despertó en mitad de la noche con una bola de angustia creciendo en su pecho. Agarró la muleta y sus latidos descendieron al ver a Caleb, que permanecía dormido, respirar.

Suspiró de alivio.

Subió la sábana hasta sus hombros y miró el reloj. Eran las seis de la mañana. Aprovecharía para ducharse, rebuscó en la pequeña bolsa que había preparado con prisa para pasar los días en la clínica y agarró una muda de ropa limpia. Antes de meterse en el baño, vio una sombra grande junto a la entrada. Encendió la luz para encontrarse con Beom sentado en una de las sillas de recepción con un ramo de flores.

—¿Qué haces ahí, Beom? —le preguntó dejando la ropa en el mostrador vacío.

Aparte de Caleb, no había nadie más hospitalizado y Helia se encontraba durmiendo en una habitación al lado de la del Alfa.

—Beom... no saber.

—¿No sabes qué haces aquí? ¿Estás solo?

—Beom... venir con Ruby. Ruby ir a correr. A Ruby le gusta correr —sonrió Beom, se levantó de golpe y se dirigió a Félix rápidamente, separó la mitad de las flores en un apretado puño y lanzó su mano hacia Félix. Justo en frente de su rostro—. Beom recoger flores para Félix. Beom no saber si gustar a Félix. Pero Beom ya tener flores.

Félix miró atónito las margaritas de diferentes colores.

—Prefiero... ver las flores en la tierra, pero gracias. Supongo —Félix las aceptó—. Aunque no habrás venido aquí sólo por las flores.

Beom sacudió la cabeza.

—Beom... pedir permiso para hablar con Caleb.

—No hace falta que pidas permiso.

—Beom pedir permiso —repitió—. Beom necesitar una cosa.

—De acuerdo, aunque Caleb está durmiendo ahora, sería mejor esperar unas horas.

—Beom esperar.

El gran lobo se volvió a sentar. Félix lo miró durante unos segundos. Bueno. La ducha podría aguantar un poco más.

—¿Quieres desayunar?

Beom levantó la cabeza del suelo. Lo miró, ceñudo.

—Desayunar, Beom. ¿Has comido algo?

—Beom comer con Ruby.

—Pues lo harás otra vez conmigo. No me gusta comer solo. Levanta el culo y sígueme.

No se molestó en girar la cabeza para ver si lo seguía, podía sentir en el suelo de madera sus pasos. Encendió la luz de la cocina y se giró a él para apuntarlo con las flores.

—Hablemos claro antes de que esto se vuelva más incómodo. Nunca me has caído bien. No

entendía porque Caleb te prestaba tanta atención, y a veces he sido injusto contigo.

—Beom...

—Déjame acabar —interrumpió mordiéndose el interior de su mejilla—. No me gustas. Tú olor es desagradable y llevas... llevas el pelo demasiado largo. La mayoría de la manada siente lástima por ti, pero a mí no me das ninguna pena. Y espero no dártela yo tampoco.

—Beom...

—Eres el hermano de Caleb. Sé que vives un poco por libre, y no sé qué planes tiene Ruby, si seguir tus pasos o integrarse un poco más en la manada. De cualquier forma, esto sólo lo diré una vez, Beom, así que escúchame.

Beom asintió con la cabeza.

—Beom escuchar.

—Me gustaría que contaseis los dos conmigo para lo que hiciera falta.

—Beom...Beom no entender.

—Somos familia, Beom. Caleb y yo estamos juntos, por lo que tú eres... mi cuñado, supongo.

—¿Beom ser...tu cuñado?

—Sí.

—¿Y qué hacer un cuñado?

—Nada. No tienes... —Félix suspiró—. Mira... no tienes que hacer nada, ni siquiera hablarme si no quieres. Tu vida puede seguir adelante cómo era antes con Ruby, o puedes aceptar que tienes una familia, pasar rato con ella.

—¿Félix quiere... pasar rato con Beom?

—Sí.

—Pero a Félix no gustar Beom.

—Nos has salvado la vida —le recordó—. Y te he dicho que ahora somos familia, así que puedo cambiar mis gustos y no me contradigas más, ¿de acuerdo? —lo señaló una última vez con las flores antes de buscarle un jarrón por las estanterías y llenarlo de agua.

—Familia —escuchó a Beom —A Beom gustar esa palabra.

Félix sonrió un poco.

—Te dejo cinco minutos. No lo agobies —le dijo Félix a Beom antes de dejarlo a solas con Caleb.

Beom se acercó a la cama.

—¿Qué necesitas, Beom?

—Beom...Beom querer pedir perdón.

—No necesitas hacer nada de eso, Beom.

—Beom sentir. Caleb aceptar disculpas.

—De acuerdo, pero sólo porque sé que no pararás.

Beom asintió y aclaró su voz.

—Ruby y Beom estar bien.

—Me alegra escuchar eso.

—¿Caleb estar...bien?

—Estoy bien. Tengo un gran enfermero.

—Beom también contento. Beom feliz.

—Beom, yo también debería pedirte una disculpa. Sé que no tendría que haberte ocultado que éramos hermanos.

Beom sacudió la cabeza.

—Ruby explicar. Beom entender acciones de Caleb.

—Aún así, tienes todo el derecho del mundo de estar enfadado.

—Beom siempre solo. Beom pensar siempre solo. Pero Caleb siempre pensar en Beom. Siempre pensar en proteger a Beom —Beom se llevó la mano al corazón—. Y Beom siempre agradecer.

Caleb esbozó una sonrisa tirante y alargó su mano, Beom no dudó en apretarla.

—¿Necesitas algo más? —Caleb preguntó justo cuando Félix entró en la habitación arrastrando un pequeño carrito con él.

—Beom... querer pedir también permiso.

—¿Para qué?

—Beom querer tirar abajo la cabaña. Beom querer construir un hogar para Ruby.

—Ya era hora —bufó Félix tomando el vaso de agua y dejándolo en la mesa de al lado de la cama. Apoyó la cadera en el colchón y ayudó a Caleb a incorporarse.

Caleb hizo una mueca de dolor, pero no se quejó.

—Eso está muy bien, Beom. Pero es una gran construcción, a lo mejor necesitáis un sitio en el que alojaros mientras tanto —habló Caleb.

—Jason tiene una caravana vieja que ya no usa. Ruby puede quedarse ahí, y a Beom no le importa dormir en el bosque. Sé que no quieres a gente desconocida tu territorio, pero, ¿qué te parece si avisamos a Ivarr, Jason, y Apolo? Estoy seguro de que entre los cuatro podéis tirar la cabaña y volver a levantarla en menos de un mes —dijo Félix tomando el vaso de agua y pasándoselo a Caleb.

Caleb tardó unos segundos en dejar de mirar al Omega y volver la atención hacia Beom.

El Alfa se aclaró la voz.

—Yo creo que es una buena idea, Beom. ¿Tienes alguna idea de cómo quieres hacerla?

Beom asintió con la cabeza, rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó una hoja arrugada en la que había garabateado unos cuantos ejemplos de planos. Félix la cogió.

—Se la daré a Jason. Los llamaré con suerte esta semana empezarán la construcción, ¿qué te parece, Beom?

—Beom preparado.

CAPÍTULO 40:

¿JUNTOS?

Caleb regresó a su casa una semana después. Su cocina estaba llena de regalos, algún que otro ramo de flores y cestas con comida. Había tenido que hacer un comunicado a la manada explicando lo que había pasado con Ben, aunque había contado una verdad a medias. Beom no quería tener el reconocimiento de haber salvado a su líder, le gustaba su vida tal y cómo era y no quería que por ese hecho ahora intentaran acercarse a él personas que nunca lo habían hecho. Ruby lo ayudó a explicarse, y Caleb lo entendió. También se negó a desvelar que era su hermano al resto.

Beom quería vivir una vida tranquila junto a Ruby y su nueva familia en la casa en la que acababan de empezar la construcción, así que Caleb tuvo que atribuirse el mérito de haberlos salvado.

—¿No vas a mirar ningún regalo? —le preguntó Félix viendo cómo se sentaba en el sofá.

—No son míos.

Félix se acercó a él. Se sentó en el suelo y le empezó a quitar los zapatos.

—¿Quieres que se los envíe a Beom?

—Es una buena idea —respondió inclinándose hacia delante, disfrutando de la vista de la nuca de su Omega marcada.

Su Omega.

Se moría de ganas por volver a morderlo.

—Caleb —Félix lo llamó, deshaciéndose del siguiente zapato.

—Dime.

—¿Tiraste las prótesis?

—No.

—¿Puedo volver a verlas?

Caleb acunó su nuca con la mano. La herida de su hombro tiró.

—Puedes hacer algo mucho mejor. Probártela.

Félix levantó la cabeza, con los ojos bien abiertos.

—¿Seguro?

—¿Por qué lo preguntas?

—Las rechacé. Rechacé tu regalo.

—Sigue siendo tuyo —respondió poniéndose en pie.

Lo llevó a su despacho y señaló el armario. Félix sacó la caja y se tomó un tiempo para abrirla de nuevo y observar su interior.

—¿Estás listo?

—¿Es estúpido tenerle miedo? Es una cosa de metal, no puede hacerme daño.

—Los cambios siempre asustan —Caleb besó su frente y lo empujó hasta sentarlo en su sillón.

Le levantó la tela del pantalón hasta su ingle y cogió el calcetín a presión. Helia le había dado alguna clase de cómo colocarla, por lo que no debía de resultarle muy difícil. Le colocó el

calcetín en el muñón y se aseguró de que no le hiciera daño. Luego sostuvo la prótesis de metal, Caleb había elegido la misma prótesis con la que los atletas humanos con piernas amputadas corrían. En lugar de tener la forma de un pie, era una especie de palanca curvada que le permitiría mantenerse en pie y correr como antes.

—Tiene una especie de vacío —susurró Caleb introduciendo la prótesis —Levántate y haz fuerza hacia abajo.

Félix se apoyó en la mesa. Sus manos temblaban y su barbilla también. Presionó hasta que el aire salió por completo de la prótesis y Caleb soltó su muslo.

—Listo.

—¿Ya... ya está?

—Sí. Suéltate con cuidado.

Félix equilibró su peso antes de soltarse. Se balanceó hacia delante pero logró ponerse recto. Sabía que Caleb intentaría cogerlo en cuanto se cayera y él aún seguía herido. Apretó los dientes, sintiendo una extraña sensación de presión en su pierna antes de mirar a Caleb y sonreír.

—Estoy... estoy de pie.

—¿Te hace daño?

—No. Es una sensación extraña.

—¿Te apetece probar a dar unos pasos? —Caleb le ofreció sus manos.

Félix se agarró a ellas. Se sentía como un niño aprendiendo a andar por primera vez en su vida. Dio unos cuantos pasos hasta el centro de la habitación.

—Estoy... caminando.

—Sí, y pronto podremos salir a correr juntos.

—¿Juntos? ¿A tu lobo no le importa? El no tener un compañero como debería.

—Mi lobo en ningún momento pensó que no eras apto para él. Era yo el que siempre me metía por el medio. Y que aún tengas celos, feromonas y conserves mi marca significa que no está todo perdido. Eres un lobo, cariño. Y encontraremos la forma de hacerlo regresar.

Félix asintió rápido. Pronto se vio rodeado por los brazos de Caleb y esquivó uno de sus besos.

Caleb gruñó.

—¿Vas a seguir rechazándome?

—No te estoy rechazando. Ya sabes lo que dijo Helia.

—Besarte no es ningún esfuerzo.

—Hablo en serio, Cal.

—Tienes que marcarme.

Félix apretó los labios para no gemir.

—Cuando sanes. No seas cabezota.

—Tú eres el que está siendo cabezota.

CAPÍTULO 41:

PERDÓN

Un mes después...

Caleb tocó la puerta de la cabaña con los nudillos, y esperó a que Helia abriera la puerta.

—Han encontrado a Dardo.

Helia se apoyó en la mesita de la entrada, se llevó los mechones de pelo detrás de su oreja.

—¿Es...él? ¿Seguro?

—Sí.

—¿Dónde estaba? ¿Está bien?

—Hayden lo encontró con su equipo en uno de los circos clandestinos que estábamos buscando, y eso no es todo, parece que tiene una cría.

—¿Un hijo?

—Aún no sabemos si es biológico, pero podría serlo.

Helia asintió.

—Lo entiendo.

Los lobos protectores de crías solían ser más agresivos con los extraños.

Caleb colocó una mano en su hombro, acercando a Helia en un abrazo protector. El sanador parecía haber menguado.

—Está vivo —lo escuchó suspirar respondiendo a su apoyo.

—Pero aún no sabemos el daño que le han causado los humanos en estos quince años. Llegará mañana ¿Crees que podrás hacerte cargo de él?

—No tienes que preguntarlo.

Caleb hizo un intento de sonreír, tal vez esperando calmar la expresión devastada y confusa de Helia, pero no lo consiguió.

—Se recuperará —le aseguró—. Dardo siempre fue un chico fuerte.

—Lo sé.

—¿Quieres que pase y me quede un rato contigo? ¿O prefieres venir a casa a cenar? Félix está preparando otra de sus incomibles recetas.

—No, gracias —sonrió débil—. Creo que me iré a dormir.

—De acuerdo. Intenta descansar.

Había sabido lo de Dardo desde la noche anterior, cuando Hayden le llamó para decirle que habían interceptado a uno de los circos, pero no había querido darle la noticia a Helia hasta estar seguro de que era él. Encontró a Félix en la cocina, balanceándose de un lado a otro mientras que removía lo que parecía ser un par de huevos medio quemados en la sartén.

No sabía que cocinaba tan mal hasta que empezó a cocinar para él. Caleb tampoco era un chef experto, pero demonios, ¿quién podría hacer mal una simple tortilla?

—¿Cómo se lo ha tomado? —le preguntó Félix mirándolo de reojo.

—Mejor de lo esperado —Caleb frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Caleb se acercó, colocó ambas manos en la encimera, rodeando a Félix.

—Ese niño y Helia eran inseparables. Dardo era... incontrolable, y no en el buen sentido. Siempre andaba planeando alguna cosa y los ancianos ya estaban cansados de cuidar de él hasta que Helia llegó a la manada. Fue... cómo si se convirtiera en un niño diferente.

—Se llevaban bien.

—Más que eso —Caleb lo abrazó, colocando la cabeza en el hueco de su hombro—. Se adoraban.

Helia tenía trece años cuando llegó a la manada. Le tenía pavor a los adultos por culpa del maltrato que había sufrido y de alguna forma, Dardo lo supo. No hizo falta que nadie se lo contara. Un crío dominante que siempre golpeaba a los que creía más débiles se acercó a él y le tendió la mano.

Así. Sin más.

—Espero que puedan volver a tener la misma relación.

—No lo sé, cariño. Ha pasado mucho tiempo, y Hayden me ha comentado que no pinta bien.

Félix dejó la espátula.

—¿A qué te refieres? —se giró.

Ya parecía controlar la prótesis a la perfección y cada vez que se la ponía podía pasar más tiempo con ella.

—Aún no ha cambiado de forma. Muerde a todo humano que intente curarlo, y los sedantes casi no le hacen efecto. Supongo que el cachorro tiene algo que ver.

—Quiere protegerlo a toda costa.

Caleb apretó a Félix entre sus brazos.

—Caleb... no puedo respirar.

—Perdón —lo soltó el lobo—. Estaba imaginando...

—¿Qué?

—En tener un hijo contigo.

Las mejillas de Félix se sonrojaron.

—¿En qué demonios estás pensando, perverso? —Félix trató de escapar de sus brazos, pero Caleb no lo dejó.

Apagó el fuego para que los extraños huevos verdes dejaran de quemarse.

—Ha pasado un mes. Justo un mes —apretó los dientes intentando contener sus manos—. Dime qué quieres hacer antes: cenar y follar o follar y luego cenar.

Félix entrecerró los ojos, su mirada descendió hasta los labios de Caleb y sus manos le rodearon los hombros hasta su garganta, rozando con sus dedos las rosadas cicatrices que Ben le había dejado y que llegaban hasta su hombro derecho.

El lobo de Caleb mordió impaciente.

Llevaba todo el día de un lado para otro, hablando con el rastreador, visitando a Beom y a Ruby, comunicándole a Jason que el humano estaría en la granja en menos de una semana. Y lo peor de todo era que Caneck había convocado al consejo.

Caleb evitó pensar en eso último. Ni siquiera se lo había dicho aún a Félix y con el único con el que lo había hablado había sido con Adam. Todos querían vengar a los Alfas muertos, y dar caza a Jade. Caleb sabía que ésta historia no acabaría nada bien para el Omega.

Caleb aplastó a Félix contra la encimera cuando sus manos le acariciaron el pecho de arriba abajo.

Bien. Follar y cenar. Estaba decidido.

Le arrancó el estúpido delantal de flores y sus siguientes prendas de ropa sufrieron el mismo destino. Le mordió la mandíbula mientras tiraba de él hacia la habitación.

—Siento no ser demasiado paciente esta noche.

—Lo mismo digo —respondió Félix estrellándolo contra la pared.

Aplastó sus labios juntos y metió la lengua en la boca de Caleb de forma agresiva. Caleb le devolvió el beso y ambos jadearon.

Todo fue desordenado, duro y necesitado.

Félix se quejó cuando Caleb terminó con el beso y enterró su rostro contra el lado de la garganta del Omega, aspirando profundamente. Chupó con fuerza, metió la rodilla entre sus piernas e intercambió sus puestos. Buscó el botón metálico tras la prótesis y lo pulsó con un *click*.

Levantó a Félix de las caderas, dejando la pierna apoyada en la pared del pasillo y lo tiró sobre la cama.

—Abre los muslos —le ordenó agarrándose la entrepierna con una mano—. Deja que te vea.

Félix respiró de forma temblorosa. Lo hizo.

Caleb gruñó al ver su agujero brillante y medio abierto y su polla que empezaba a endurecerse.

—¿Has estado jugando tú solo? —preguntó apretando su mandíbula.

Félix le dedicó una sonrisa.

—He conseguido un amigo. ¿Quieres verlo? Lo he dejado en tu mesita de noche. Creo que es más grande que tú.

Caleb rodeó la cama sin quitarle los ojos de encima, cuando abrió el primer cajón se encontró con un vibrador de color verde brillante.

—¿Más grande que yo? —preguntó sintiendo sus colmillos perforar su lengua. Abrió la ventana, agarró esa maldita cosa y la lanzó fuera de su casa.

—¡¿Qué estás hacién...?!

No le dejó terminar. Caleb se lanzó sobre él, se sacó la polla de los pantalones y lo clavó contra el colchón. Félix gimió hundiendo los dedos en la cabeza de Caleb, tirando de ella para acercarla a su cuello mientras que Caleb lo embestía con furia.

—La única polla que puede entrar en ti, es la mía —gruñó mordiendo sobre el reciente mordisco.

—Macho posesivo —jadeó Félix.

—Repítelo.

—No voy a...

Caleb lo golpeó profundamente, y luego... se quedó completamente inmóvil.

—Repítelo.

Félix balanceó sus caderas de un lado a otro.

Había querido enfadar un poquito a Caleb por dejarlo todo el día solo. Un poquito. Para nada esperaba que arrojara su nuevo vibrador por la ventana.

—Eres malo. Tenía siete modos de vibración y sólo he probado uno.

Calab gruñó bajo. Las venas de sus pálidos brazos y cuello hinchándose.

—Qué gran desgracia —dijo ronco apretando con firmeza las caderas de Félix cuando trató

de volver a moverlas.

Lo sentía tan clavado dentro de él que el mínimo movimiento hacia que su agujero lo apretara con fuerza y enviara descargas eléctricas a su estómago.

—Un poco...

—¿Quieres que me mueva? Sabes lo que tienes que decir.

Félix se mordió el labio inferior. Negó con la cabeza.

—Necesito... —exhaló—. Un amigo cómo ese. ¿Qué haré cuando esté caliente y tú no estés en casa?

—Tal vez... esperarme —susurró lamiendo su oído.

Félix se retorció con la piel de gallina, pero el cuerpo de Caleb lo tenía aplastado contra el colchón y apenas podía hacer un movimiento con sus caderas.

—Soy impaciente.

—Y yo celoso.

—Es un juguete. Por la diosa... Cal, muévete, joder. Podríamos haberlo usado los dos —esa última frase debió de haberlo enfadado un poco más porque inclinó su cabeza y masticó su pezón.

Félix jadeó sin aliento, dobló la rodilla, clavó el talón en la cama y usó toda su fuerza para volcar al Alfa sobre la cama. Mirando dentro de sus ojos cada vez más oscuros, Félix se movió. Fue tan excitante ver a Caleb luchando contra el impulso de derribarlo.

Félix apoyó las manos detrás y abrió sus muslos un poco más, ajustando su postura mientras tomaba lenta y profundamente la longitud caliente de Caleb. El Alfa bajó los ojos hasta el punto en el que ambos permanecían unidos.

—¿Te gusta la vista? —provocó Félix.

Caleb gruñó, tomó sus caderas y dirigió el movimiento cómo él lo quería. Rápido. Áspero. Guiando a Félix, doblando su cuerpo y dejando que el Omega lo montara. Tragándose sus gemidos, Félix empujó hacia abajo para aumentar la presión. La sensación del estómago duro de Caleb deslizándose contra la carne dolorida de su polla lo hizo gemir, se aferró a los hombros de Caleb abandonándose por completo en sus brazos, dejando que el Alfa tomara el control. Su polla deslizándose de arriba abajo, con ganas de más. Más profundo. Más.

Ambos respiraban de forma ruidosa, Félix gemía, se quejaba cuando las manos de Caleb no lo apretaban con fuerza. Lamía sus hombros y arañaba su espalda. Caleb gruñía, sus músculos trabajando mientras que levantaba a Félix y lo dejaba caer sobre su polla, y joder... cómo lo quería.

Pronto, eso no fue suficiente para ninguno de los dos. Caleb lo tiró sobre su espalda, le dio la vuelta de rodillas, levantó su torso, lo agarró del cuello y lo tomó tan duro que Félix estuvo a punto de perder la conciencia. Cuando recuperó el sentido, Caleb se había corrido dentro y él era un manojo de nervios que se sacudía por todas partes buscando a su Alfa con las manos. Caleb lo abrazó, guiando la cabeza de Félix a su cuello, lo rodeó con una mano mientras que sus caderas se seguían sacudiendo y metió tres dedos dentro de él curvándolos en su interior hasta que dio con su próstata. Dos malditos toques fueron suficientes para que se corriera escarbando en el cuello de Caleb hasta dar con su nuca.

Félix lo mordió. Hundió sus dientes y colmillos, la sangre de Caleb deslizándose por sus labios. Los dedos del Alfa quietos en su interior mientras que con la otra mano le acariciaba la espalda. Félix suspiró exhausto, cerró los ojos.

Lo sintió con un latido suave y profundo. Una mezcla de hierro y sándalo en su boca. Un pensamiento.

Mío.

El vacío frío con el que se había acostumbrado a vivir durante un año entero empezó a calentarse. Primero fue la chispa, luego todo su cuerpo ardió hasta el punto de ebullición.

—¿Félix? —escuchó su voz tan cerca y lejos a la vez.

Soltó su nuca.

Un lobo moviéndose dentro de él. Un lobo castaño de profundos ojos azules al que le faltaba una pierna.

El pecho de Félix tembló en una bola. Los dedos de su pie se crisparon mientras disfrutaba de la ya olvidada sensación de sentirse completo y lleno.

Mío.

—Lo tengo —susurró en medio de una risa débil.

Caleb lo miró. Primero con el ceño fruncido, luego sonriente cuando entendió sus palabras.

—¿Lo tienes?

Félix asintió rápido con la cabeza, soportando los golpes confusos que su lobo empezaba a darle por sentirse atrapado entre los brazos de un Alfa dominante, y no de cualquier Alfa.

El lobo se afiló las garras.

—Quiere salir a jugar.

Caleb se inclinó para mordisquear su oreja.

—¿Y a qué esperamos?

—¿Ahora?

—Vamos a tener mucho trabajo que hacer a partir de mañana con el regreso de Dardo.

Cierto. Aún así, Félix lo agarró de la nuca y lo besó. Su lobo aulló extasiado.

—Te amo.

La respuesta de Caleb fue un gruñido sordo.

—Eso tendría que haberlo dicho yo primero.

—Te aguantas.

Caleb sonrió.

—Yo también te quiero. Y que sepas que no se me ha olvidado lo del vibrador.

Culpa suya.

Mientras reía, Félix sintió un sabor amargo en su boca. Su lobo se movió inquieto, con una sensación extraña...como si hubiese olvidado decirle a Caleb algo realmente importante. Sacudió su cabeza.

CAPÍTULO 42:

DARDO

El camión de transporte llegó a las ocho de la mañana. Helia ya estaba fuera de la clínica con la bata blanca esperando. Había preparado la habitación y los instrumentos de cirugía, aunque esperaba no usarlos. Caleb también estaba a su lado. Se había avisado a la manada y dado orden para que no salieran a husmear.

—¿Dónde está Félix? —le preguntó Helia, intentando calmar sus nervios.

—Junto a Ruby, aprendiendo a usar sus nuevas prótesis por el bosque. Me ha costado un poco convencerlo para que no viniera. Aún no sé cómo va a reaccionar Dardo a todo esto.

Hayden bajó del camión.

—Buenos días —saludó el humano moreno.

Caleb le respondió mientras que Helia se quedaba tras él con la mirada fija en la puerta metálica del vehículo.

—Hoy no está mucho más tranquilo que ayer —avisó Hayden.

—¿Cuál es su estado? —Helia se armó de valor.

—Furioso —Hayden rodeó el vehículo—. Desnutrido, tiene heridas antiguas y recientes, le falta pelaje y un trozo de la cola. Las puntas de sus orejas fueron cortadas también —Hayden abrió el candado—. Hemos intentado suministrarle calmantes pero es imposible llegar hasta él sin ser mordido. Tuvimos que atarlo.

—¿Atarlo? —Todo lo que Helia escuchaba estaba mal, y empeoró cuando Hayden abrió las puertas pesadas del camión y el olor a lobo lo abofeteó.

—Para separarlo de la cría.

—¿Lo habéis separado del cachorro? —preguntó Helia temblando ante el par de ojos brillantes y furiosos que destellaban en la oscuridad del compartimento.

—Ese no era el plan, Hayden.

—Necesitábamos comprobar su ADN y darle comida. El cachorro no hubiese sobrevivido una noche más.

—¿Son familia?

—No, pero lo ha adoptado como a su hijo.

—¿Y la gente que les hizo esto? —preguntó Helia.

—En la cárcel. Llevábamos meses siguiéndoles la pista, compraban animales exóticos y los usaban de espectáculo hasta que se cansaban de ellos y dejaban de cuidarlos. Hemos encontrado cadáveres disecados y otros animales maltratados.

—Bestias —pronunció Helia en un susurro.

El lobo dentro de la jaula empezaba a sacar los dientes a sus nuevos espectadores. Era negro rojizo, grande a pesar del estado en el que se encontraba y magullado. Llevaba un collar de metal alrededor de su cuello y una correa atada a una de las barras de las celdas.

Helia observó a su alrededor.

—¿Y la cría? ¿Por qué no los habéis vuelto a juntar?

—Porque tiene que comer. Vuestro amigo ha pasado a un estado de alerta. Según los dueños del circo ya no les era rentable porque había mordido a varios clientes y trabajadores, pensaban

matarlo anoche y quedarse con la cría. Estaban a punto de hacerlo hasta que intervinimos.

—Hay que volver a juntarlos antes de que pierda su olor —respondió Helia tragándose las ganas de llorar. Tenía que ser responsable. Tenía que serlo. No podía derrumbarse, ya lo hizo durante toda la noche.

—¿Has traído al cachorro? —le preguntó Caleb.

—Está en el otro coche.

—Primero entraremos a Dardo y luego al pequeño, si lo ve ahora intentará hacer todo lo posible para llegar hasta él, incluso herirse a sí mismo.

Caleb asintió a sus palabras.

—Tener cuidado con meter los dedos dentro de la celda, sujetarlo de las asas —Hayden se metió dentro del camión, para ser un humano tenía el temple de un lobo.

Ningún humano de la ciudad hubiese podido permanecer tranquilo junto a una bestia Alfa que gruñía de esa manera. A pesar de ser Beta, Helia sentía sus feromonas rotas, y amenazantes y lo obligaban a retroceder y a esconderse. Sin embargo, no lo hizo. Agarró la jaula de metal y ayudó a bajarla del camión. Suni estaba fuera sujetando la puerta y Helia guió el paso a una de las habitaciones preparadas.

—Puedes llevarte la celda lejos en cuanto salga —le dijo Helia a Hayden.

—¿Vas a sacarlo? —Hayden lo miró cómo si fuera una especie de suicida.

—Helia tiene sus propias habilidades, no te preocupes. ¿Cuánto tiempo necesitas? —le preguntó Caleb a su espalda.

—No lo sé —. Primero, Helia necesitaba calmarse para hacer las cosas bien, y luego intentar calmar a Dardo—. Tiene miedo. Lo habéis separado del cachorro, y el collar y la celda no ayudan. Sé que era la única forma de poder capturarlo pero lo ha puesto a la defensiva. Tampoco me gusta que nos considere una amenaza.

Helia se acucilló en el suelo para estar a su altura y el lobo se lanzó hacia él. El metal detuvo su ataque. Ese lobo no se parecía en nada a Dardo. Más bien, tenía pinta de ser un lobo salvaje. Uno sin raciocinio, voluntad y cuerpo humano. Una bestia que había sido herida y que mordía para protegerse, ni siquiera estaba reaccionando al olor de Caleb o al de su manada. Sus ojos eran completamente negros y estaban perdidos. El hocico se levantaba para mostrar sus dientes de nuevo y gruñía y salivaba.

Dardo no estaba al mando ahora mismo de la bestia. Estaba escondido, herido en algún lugar de su mente.

Respiró hondo y dejó que el olor de sus feromonas inundara la habitación. Eran feromonas suaves y calmantes, lo suficiente para que Dardo se sintiera un poco más tranquilo. Funcionó al principio, luego volvió a abalanzarse contra la puerta de la celda.

—Traed a la cría y esperad los tres fuera de la cabaña.

—¿Vas a quedarte solo con ellos?

—Necesito ver sus heridas y el alcance de sus cicatrices. A Suni no la conoce, Caleb es Alfa, y tú lo has encadenado. No se mostrará amable con vosotros.

—¿Y contigo sí?

—Soy Beta, inferior a él en rango. Me conoce y no le tengo miedo. No tengo que ser una amenaza para él. Necesito crear un ambiente seguro y tranquilo para que Dardo salga. Llevará un tiempo.

—Lo conseguirás.

Caleb llevó a Hayden y a Suni fuera y Helia se puso manos a la obra. No esperaba poder subirlo a la camilla para revisarlo, podía hacerlo en el suelo y trasladar todo el material. Esa cola

no tenía buena pinta, las puntas de sus orejas habían cicatrizado bien así que no se preocupó por ellas. En la celda habían restos de sangre, no pensaba que Hayden y los de su equipo le hubieran hecho daño, más bien era obra de Dardo y de cada vez que se lanzaba e intentaba morder a Helia.

—No sabes quién soy, ¿verdad? —Helia suspiró. La pregunta dolía. Dolía verlo así. Dolía ver lo que los humanos le habían hecho.

Helia se recogió el cabello largo en una cola.

—¿Han intentado hablar contigo?

Dardo gruñó.

—¿Puedes entenderme?

Dardo seguía mirándolo con los ojos de lobo. Irracional. Sus músculos estaban tensos y el animal estaba listo para atacar en cualquier momento. La celda era su nuevo hogar y los lobos protegían sus hogares.

—No voy hacerte daño. Soy cómo tú —Helia cambió una de sus garras y la regresó a la normalidad—. Ves. No tienes que tener miedo. Tengo que tratar tus heridas.

Dardo no respondió y Helia tomó eso como un sí. Se acercó con cautela a la puerta de la jaula y esparció algunas más de sus feromonas. Sin ninguna amenaza excepto la presencia de Helia, Dardo pareció relajarse lo suficiente como para permitir que Helia metiera una mano en su celda.

—No tengo armas, ¿lo ves? Puedes olerme. Me conoces, Dardo. Conoces este sitio, te gustaba mucho pasar el tiempo aquí.

El animal seguía con sus dientes fuera, pero no gruñía. Helia acercó su mano de forma intencional, intentando mantener su cuerpo fuera de la celda. Suerte que su constitución delgada y larga se lo permitió.

El lobo olió sobre la piel de su brazo. Sus fosas nasales se dilataron y Helia recogió su brazo y cerró la puerta cuando escuchó las pisadas.

Dardo empezó a ponerse nervioso. Más que pisadas, habían quejidos y chillidos agudos. Dardo rugió, se estampó contra los barrotes y la puerta de la celda se abrió en el segundo impacto. Se lanzó sobre Helia con las fauces abiertas.

El collar de hierro detuvo el impacto a pocos centímetros de su rostro, Helia corrió hacia la puerta en busca del cachorro. Era más pequeño de lo que había imaginado y delgado, su olor era tan débil que apenas podía percibir si se trataba de un Alfa, un Omega o un Beta. Abrió su celda pequeña y le arrancó el collar que el equipo de Hayden le había puesto también.

El cachorro se movió entre sus brazos, no pesaba más de cinco kilos y Helia le acarició tras sus orejas mientras buscaba alguna herida. Por mucho que apreciara a Dardo, no iba a pasar con un cachorro herido, sin embargo, el pequeño estaba ileso a pesar de la desnutrición. Su pelaje brillaba, sus orejas estaban limpias y no había signos de haber sufrido maltrato.

Dardo tendría que haber estado cuidando muy bien de él.

Se escuchó un rugido proveniente de la habitación y el cachorro castaño se agitó en sus brazos, le clavó las uñas y le hizo un par de arañazos en el hombro, rasgando su ropa, mientras intentaba trepar y escapar de él.

—¿Lo has soltado? —más que una pregunta, Caleb hizo una afirmación.

—Me estaba reconociendo hasta que lo ha escuchado —Helia se giró para volver a entrar en la puerta.

Caleb lo sujetó.

—¿Estás seguro de qué no te hará daño, Helia?

—Sí —mintió, debió sonar convincente porque Caleb lo soltó.

En cuanto Helia abrió la puerta, Dardo saltó, la cadena de hierro se rompió con un chasquido y golpeó a Helia.

El sanador cayó al suelo. Dardo cogió a la cría que no dejaba de sollozar y mover la cola de alegría y la puso tras él, les rugió a Caleb y a Hayden y luego mordió a Helia de la bata y lo lanzó contra la mesa de exploraciones.

Helia se quedó sin aliento cuando el metal impactó contra su estómago, apenas le dio tiempo a recuperarse cuando Dardo estaba de nuevo yendo contra él. Helia se agachó de inmediato tomando una postura gacha y sumisa, evitó mirar a sus ojos y se concentró en la madera del suelo.

Pasaron dos respiraciones antes de que Dardo lo golpeará o más bien eso sintió Helia mientras lo arrinconaba en una de las esquinas de la cuadrante habitación.

—¡Helia! —chilló Caleb su nombre.

El lobo le dio la espalda para rugir al Alfa. Las manos de Helia temblaban, el intenso olor de Dardo era demasiado abrumador para él y hasta que no sintió a la pequeña criatura contra sus pies no se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Levantó uno de sus brazos para que Caleb viera que seguía vivo y consciente.

—Estoy bien —habló sin alzar la voz.

Los oídos del lobo fueron hacia atrás.

—No me hará daño. Dejados solos.

—Helia, no me hace ninguna gracia dejarte solo con...

—Estoy dentro de su círculo de protección —aclaró, su voz firme, su pecho temblando—. No me hará daño —repitió sin tenerlo tan claro.

Dardo siempre había sido impulsivo, y ahora mismo, no sabía muy bien hacia dónde estaba yendo.

—Necesito hacerlo volver, Caleb. Por favor... —suplicó con su voz.

—Y yo necesito que salgas de esta habitación entero.

—Tengo mi móvil en el bolsillo, si ocurre algo te llamaré enseguida.

—¿En serio estamos planeando dejarlo a solas con él sin ninguna atadura? —Hayden habló y Dardo se erizó y apretó su gigantesco cuerpo contra Helia —. Mis hombres tienen dardos tranquilizantes, puedo hacer que...

—¡No! —chilló Helia. El cachorro saltó a sus brazos—. Nada de armas, Caleb. Lo haré volver, confía en mí. Pero necesito tiempo, no sé cuánto, pero lo necesito.

El cachorro intentó trepar de nuevo.

—De acuerdo. Pero tendrás que enviarme un mensaje cada media hora, en el momento en el que deje de recibirlos entraré y haré lo que haga falta para reducirlo.

—Entendido.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó.

—Agua y comida. Y aleja a todo el mundo de aquí.

—Eso ya lo había pensado.

Se cerró la puerta y las últimas voces dejaron de escucharse. Dardo gruñó una última vez antes de dar media vuelta. Agarró a la cría del pescuezo, la dejó en el suelo, y el cachorro busco un sitio bajo sus patas mientras que Helia lo sentía acercarse a él.

Helia cerró con fuerza los ojos.

Tal vez, él fuera la carne, y sólo lo había estado protegiendo de las amenazas para comérselo. Tal vez.

Helia sintió algo húmedo rozar su mejilla y descender por su cuello. Abrió los ojos

débilmente y luego se abrieron cómo platos cuando Dardo hundió los dientes en su ropa y tiró de ella hasta romper parte de su camiseta y bata.

Era la comida.

De eso ya no había duda.

Se preparó para ser devorado.

CONTINUARÁ...